

LA GRAN OMISIÓN

Recuperando las enseñanzas esenciales de Jesús en el discipulado



DALLAS WILLARD

Autor de *La divina conspiración*

ELOGIOS A

La gran omisión

«No hay nadie como Dallas. Hallar más de sus palabras es como encontrar un tesoro escondido. ¡Lea y crezca!».

—John Ortberg, autor de *Dios está más cerca de lo que crees*

«*La gran omisión* entreteje los temas desarrollados en los primeros escritos de Willard y los enfoca en el punto central: una vida diaria de aprendizaje interactivo con el Señor Jesús en la escuela de la vida. Esto es característico en Willard, y lo deben leer todos los que ansían crecer como discípulos de Jesús».

—J. P. Moreland, distinguido profesor de filosofía del Seminario Teológico Talbot, y autor de *Love Your God with All Your Mind*

«No conozco a nadie como Dallas Willard que pueda expresar cosas profundas de manera tan sencilla y cosas sencillas de modo tan profundo. Nunca dejo de beneficiarme de sus escritos».

—Os Guinness, autor de *The Call* y *Unspeakable*

«Dallas Willard nos recuerda que una relación con Jesús solo tiene sentido cuando decidimos ser sus aprendices».

—Alan Andrews, presidente de los Navegantes de Estados Unidos

«Con precisión teológica, profundidad bíblica y visión penetrante, Dallas Willard ofrece una crítica aleccionadora del evangelicalismo contemporáneo mientras al mismo tiempo ilumina la senda por la que podemos volver a las exigencias sencillas y radicales de seguir a Cristo. *La gran omisión* podría ser la obra más importante de Dallas».

—Ruth Haley Barton, presidenta de Transforming Center, autora de *Sacred Rhythms*

«Otro clásico de la pluma de este extraordinario escritor. Tajante y perspicaz, este libro hace un apremiante llamado a redescubrir y renovar el discipulado cristiano».

—Alister E. McGrath, profesor de teología histórica en la Universidad de Oxford

«No es casualidad entonces que una de las vidas más fructíferas que he tenido el privilegio de observar nos ofrezca este valioso recurso sobre el discipulado».

—J. Stanley Mattson, fundador y presidente de

Fundación C. S. Lewis

LA GRAN OMISIÓN

Recuperando las enseñanzas esenciales de Jesús en el discipulado

DALLAS WILLARD

HarperCollins *Español*

HarperCollins*Español*
Los créditos y permisos están enlistados en la p. 237 y se consideran una continuación de esta página de derechos.
© 2015 por Dallas Willard
Publicado por HarperCollins Español® en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América. HarperCollins Español® es una marca registrada de HarperCollins Christian Publishing.
Título en inglés: *The Great Omission: Reclaiming Jesus's Essential Teachings on Discipleship*
© 2006 por Dallas Willard
Publicado por HarperCollins Publishers.
Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.
A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usados con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society y puede ser usada solamente bajo licencia.
Citas bíblicas marcadas «NVI» son de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® © 1999 por Biblica, Inc.® Usados con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.
Citas bíblicas marcadas «TLA» son de La Traducción en Lenguaje Actual
© 2000 por Sociedades Bíblicas Unidas.
Editora en Jefe: *Graciela Lelli*
Edición: *Nahum Saez*
Traducción y adaptación del diseño al español: *www.produccioneditorial.com*
Edición en formato electrónico © septiembre 2015: ISBN 978-082970-204-0
15 16 17 18 19 DCI 9 8 7 6 5 4 3 2 1

A
BERTHA VONALLMAN WILLARD
Verdadera aprendiz de Jesús que ha bendecido a todos aquellos en los que ha influido… Gracia y verdad de pies a cabeza

CONTENIDO

Introducción

Cómo ser aprendices de Jesús

1. Discipulado
   ¿Únicamente para supercristianos?
2. ¿Por qué molestarse con el discipulado?
3. ¿Quién es su Maestro?
4. A semejanza de Jesús
   Recursos divinos siempre disponibles para una vida transformada
5. La clave de las llaves del reino

Formación espiritual y desarrollo del carácter

6. La formación espiritual en Cristo es para la vida integral y la persona plena
7. Formación espiritual en Cristo
   Una perspectiva sobre lo que es y cómo podría hacerse
8. El espíritu está dispuesto, pero…
   El cuerpo como herramienta de crecimiento espiritual
9. Cómo vivir según la visión de Dios
10. Consultas en Idaho Springs con relación a la formación espiritual
11. Cuidado personal del alma
    Para ministros… y otros

Discipulado del alma y la mente

12. Disciplinas espirituales, formación espiritual y restauración del alma
13. La piedad centrada en Cristo
    El corazón del evangélico
14. ¿Por qué?
15. Jesús el lógico

Libros sobre vida espiritual: visiones y prácticas

16. *Cartas de un místico moderno* de Frank C. Laubach
17. *El castillo interior* de Teresa de Ávila
18. *Una invitación al silencio y a la quietud* de Ruth Haley
19. Cuando Dios se mueve: Mi vivencia con *Las experiencias más profundas de cristianos famosos*
20. *Un cuarto de maravillas* de James B. Smith

Unas palabras de despedida: «Sobre la marcha…»
Notas

Créditos y permisos

INTRODUCCIÓN

«Al mundo paz, nació Jesús, nació ya nuestro Rey. El corazón ya tiene luz y paz su santa grey». Así dice el gran villancico de Navidad, con la implicación de que en la actualidad, con la venida de Jesús a nuestro mundo y a nuestras vidas, las cosas van a ser *realmente distintas.* Y ese tema se sustenta a través de los siglos hasta el presente. Ninguna persona bien informada puede pensar en algo más. De la transformación hacia la bondad es de lo que tratan las «buenas nuevas»… ¿verdad?

Sin embargo, hay mucha frustración hoy con respecto al carácter y los efectos del pueblo cristiano, acerca de las instituciones cristianas, y (al menos por implicación) en cuanto a la fe y el entendimiento cristiano de la realidad. La mayor parte de esa decepción viene de los propios cristianos, los cuales descubren que lo que profesan «sencillamente no está funcionando», ni para sí mismos ni —hasta donde pueden ver—, para quienes los rodean. Lo que han hallado, al menos, no «supera todas las expectativas que tienen», según dice el formulario de evaluación normal. Los libros sobre «decepción» conforman una subcategoría en las publicaciones cristianas. La autoflagelación no ha desaparecido del repertorio cristiano.

Sin embargo, la frustración también viene de aquellos que simplemente están al margen del cristianismo «visible» (quizás no tienen conocimiento real de la situación o solo han «tenido suficiente»), así como de los que se le oponen con franqueza. Esos individuos suelen golpear a los cristianos con su propia vara, criticándolos con términos que el mismo Jesús ofrece. Hay una evidente «gran disparidad» entre, por una parte, la *esperanza de vida expresada en Jesús* (que se halla en la Biblia y en muchos ejemplos brillantes entre sus seguidores) y, por otra parte, el *comportamiento diario, la vida interior y la presencia social* de la mayoría de quienes profesan seguir a Jesús.

Las preguntas que deben surgir son: ¿Por qué esa «gran disparidad»? ¿Se debe a algo incorporado en la misma naturaleza de Jesús y a lo que enseñó y trajo a la humanidad? ¿O es el resultado de factores no esenciales que se adhieren a las instituciones y al pueblo cristiano en su peregrinar a través del tiempo? ¿Estamos en un período en que tanto los cristianos comunes como la mayoría de sus líderes, por alguna razón, se han olvidado de lo principal?

Si su vecino enfrenta problemas con su automóvil, usted podría pensar que lo que él tiene es una chatarra. Y tal vez tenga razón. Pero si descubre que, de vez en cuando, su vecino le pone a la gasolina un litro de agua, usted no culparía al vehículo ni al fabricante porque el auto ande mal o se mueva a trompicones. Usted diría que el coche no fue construido para funcionar bajo las condiciones impuestas por el dueño. Y, sin duda, le aconsejaría ponerle únicamente el tipo adecuado de combustible en el tanque. Después de un trabajo de restauración, tal vez entonces el vehículo funcione bien.

Así mismo debemos enfocar las actuales decepciones en nuestro caminar con Cristo. Esto tampoco está diseñado para operar con cualquier cosa que quiera ponerle. Si este caminar no funciona en absoluto, o lo hace solo a tropezones, se debe a *que no nos disponemos a caminar con Cristo de una manera que permita que nuestras vidas lleguen a estar totalmente cautivadas por* él. Quizás nunca se nos haya dicho qué hacer. Estamos mal informados respecto a cuál es «nuestra parte» en la vida eterna. O simplemente hemos aprendido en cuanto a «la fe y la práctica» en algún grupo en el que hemos caído, no a partir de lo que Jesús enseña. O tal vez hemos oído algo que es recomendable en relación con el propio Jesús, pero lo hemos malinterpretado (dilema este que tiende a producir buenos fariseos o «legalistas», lo cual realmente se convierte en una vida difícil). O es posible que pensemos que el «Camino» del que hemos oído hablar parece demasiado costoso y hemos tratado de economizar (suministrando de vez en cuando un cuarto de «agua» moralista o religiosa).

Ahora sabemos que el «vehículo» del cristianismo puede funcionar, y lo hace de modo glorioso, en todo tipo de circunstancia. Lo hemos visto (o al menos puede verlo todo aquel que quiera) más allá de las caricaturas y presentaciones parciales, sencillamente al observar al propio Jesús y también las muchas manifestaciones de él en acontecimientos y personalidades a lo largo de la historia y en nuestro mundo actual. Él es simplemente el punto más brillante en el escenario humano. No hay verdadera competencia. Incluso los anticristianos juzgan y condenan a los creyentes empleando los términos de Jesús y lo que él dijo. Realmente no está *oculto.* Sin embargo, a pesar de toda su presencia manifiesta en nuestro mundo, es necesario buscarlo. Eso es parte de su plan y es para nuestro beneficio. Si lo buscamos, sin duda él nos hallará y, por tanto, lo

encontraremos de modo aun más profundo. Esa es la existencia bienaventurada del *discípulo de Jesús* que constantemente crece «en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 3.18).

No obstante, he ahí el problema. ¿Quién, entre los cristianos de hoy, es discípulo de Jesús, cualquiera que sea el sentido sustantivo de la palabra? El discípulo es un aprendiz, un estudiante, un alumno… un *practicante,* aunque solo sea un novato. Esto lo clarifica la literatura del Nuevo Testamento, a la cual se le debe permitir que defina nuestros términos si alguna vez hemos de orientarnos en el Camino con Cristo. En ese contexto, los discípulos de Jesús son personas que no solo afirman ciertos puntos de vista como propios, sino que aplican su creciente comprensión de la vida en el reino de los cielos a todo aspecto de sus vidas en la tierra.

Por el contrario, la suposición predominante hoy entre los creyentes profesantes es que podemos ser «cristianos» por siempre y nunca llegar a ser discípulos. Ni siquiera en el cielo, al parecer, pues ¿para qué se necesitaría eso allí? Esa es la enseñanza comúnmente aceptada ahora. Compruébelo dondequiera que esté. Y esta (con sus variadas consecuencias) es la «gran omisión» de la «Gran Comisión» en la cual está firmemente enraizada la gran disparidad. Mientras se permita o se sustente la gran omisión, la gran disparidad florecerá… tanto en los individuos como en los grupos y movimientos cristianos. A la inversa, si cortamos la raíz de la gran omisión, la gran disparidad se marchitará como ha ocurrido varias veces en tiempos pasados. No hay necesidad de luchar contra ella. Solo de dejar de alimentarla.

Jesús nos dijo explícitamente qué hacer. Al igual que el propietario del vehículo, nosotros tenemos un manual. Él nos ordenó, *como* discípulos, que *hiciéramos discípulos.* No convertidos al cristianismo o a alguna «creencia y práctica» particular. No nos dijo que nos las ingeniáramos para que las personas «consigan entrar» o «estar a la altura» después de la muerte, ni que eliminemos las distintas formas brutales de injusticia o que produzcamos y mantengamos iglesias «exitosas». Todas esas son buenas cosas; sin embargo, Jesús tuvo algo que decir respecto a todas ellas. Sin lugar a dudas esto sucederá si (pero *solo si*) somos (sus constantes aprendices) y hacemos (formamos aprendices permanentes) lo que él nos ordenó que seamos y hagamos. Si tan solo hacemos eso, importará poco cualquier otra cosa que hagamos o dejemos de hacer.

Una vez que quienes somos discípulos ayudemos a otros a volverse discípulos (de Jesús, *no* de nosotros), podremos reunirlos, en circunstancias comunes y corrientes, bajo la sobrenatural Presencia Trinitaria, formando una nueva clase de unidad social nunca antes vista en la tierra. Estos discípulos son sus «apartados», su *ecclesia.* El «caminar» de ellos ya es «en los cielos» (Filipenses 3.20), porque los cielos se hallan en acción donde los discípulos se encuentren (Efesios 2.6). Ahora bien, son *estas* las personas a las que se les puede enseñar «que guarden todas las cosas que os he mandado». Al convertirse en estudiantes o aprendices del Señor concuerdan en ser enseñados, y los recursos están disponibles, por lo que metódicamente proceden a hacerlo. Esto produce confiadamente la vida que demuestra «superar todas las expectativas».

Jesús lo dijo de este modo a su pequeño grupo de seguidores inmediatos: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén» (Mateo 28.18–20). Así vemos en la historia del mundo los resultados de una pequeña cantidad de discípulos de Cristo que, sin ninguna «omisión», simplemente hicieron lo que él les dijo.

Los miembros de las iglesias occidentales, y en especial de Estados Unidos, por lo general y sin ponerse a pensar, suponen que la Gran Comisión de Jesús es algo que debe llevarse a cabo solo en *otros* países. Eso se debe en parte a la traducción del término griego ἔθνη como «naciones», cuando una mejor versión podría ser nuestro término contemporáneo «grupos étnicos», o simplemente «personas de todo tipo». Sin embargo, esta traducción lleva a que en la práctica *no* se trate a «nuestro tipo de personas» como aquellas a las que debemos llevar al discipulado con Jesús. Algunos en realidad creen que no necesitamos ese discipulado, porque —para empezar— *estamos* básicamente haciendo bien las cosas. No obstante, en verdad, el principal campo misionero para la Gran Comisión hoy se compone de las iglesias en Europa y Estados Unidos. Allí es donde la gran disparidad es más visible, y es desde donde esta amenaza con extenderse al resto del mundo. Nuestra responsabilidad es ejecutar la Gran Comisión exactamente donde estamos, no simplemente esforzarnos por llevarla a cabo en otro lugar. Si no lo hacemos, la Gran Comisión tampoco se implementará «allá».

Es un error trágico creer que cuando Jesús se fue nos estaba diciendo que empezáramos iglesias, como lo entendemos hoy. De vez en cuando, iniciar una iglesia podría ser adecuado. Pero el objetivo de Jesús para nosotros es mucho más grande que eso. Él quiere establecer «cabezas de playa» o bases de operación para el reino de Dios dondequiera que estemos. De este modo la promesa de Dios a Abraham, de que en el patriarca y su simiente serían benditos todos los pueblos de la tierra (Génesis 12.3), se puede llevar adelante y concretarse. El efecto exterior de esa vida en Cristo es una *revolución moral perpetua, hasta que el propósito de la humanidad sobre la tierra se haya consumado.*

Esta visión del significado de la historia se explica en detalle en la introducción general a *Renovaré Spiritual Formation Bible* (2005). Como discípulos de Cristo, hoy somos parte del proyecto mundial de Dios. Pero no debemos olvidar que la realización de ese proyecto es el efecto, no la vida en sí. La *misión* fluye naturalmente de la *vida.* No es una ocurrencia tardía, ni algo que podríamos pasar por alto u omitir mientras vivimos. La vida eterna, de la cual fluyen muchos efectos profundos y gloriosos, es una *relación interactiva con Dios y su Hijo, Jesús, en el ambiente permanente del Espíritu Santo.* La vida eterna es andar en el reino, donde en unidad ininterrumpida «se nos pide «hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios» (Miqueas 6.8). Aprendemos a caminar de este modo a través del aprendizaje con Jesús; su escuela siempre está sesionando.

Debemos destacar que la gran omisión de la Gran Comisión *no* es obediencia a Cristo, sino discipulado y aprendizaje, de él. A través del discipulado, la obediencia se ocupará de sí misma, y también escaparemos a las trampas del juicio a los demás y el legalismo, ya sean dirigidos hacia nosotros o hacia los demás.

Ahora bien, algunos podrían asombrarse al oír que lo que la «iglesia» (los discípulos reunidos) realmente necesita no es más personas, más dinero, mejores edificios o programas, más educación o más prestigio. El pueblo reunido de Cristo, la iglesia, siempre ha estado mejor cuando tuvo poco o nada de esas cosas. Lo único que se necesita para cumplir los propósitos de Cristo en la tierra es *la calidad de vida que se hace real en la existencia de sus discípulos.* Una vez dada esa calidad, la iglesia prosperará en todo lo que le venga en la medida que haga clara y disponible en la tierra «la vida que es verdadera vida». Siempre habrá muchas batallas que librar,

pero la inquietante presencia de la gran disparidad, y la ilusión de que *eso* es todo lo que Cristo tiene que ofrecer a la humanidad, no será una de ellas.

Por tanto, el mayor problema que enfrenta el mundo de hoy, con todas sus desgarradoras necesidades, es si aquellos a quienes por profesión o cultura se les identifica como «cristianos» se convertirán en *discípulos* (alumnos, aprendices, practicantes) *de Jesucristo,* esos que constantemente aprenden de él a vivir en el reino de los cielos en todos los rincones de la existencia humana. ¿Saldrán de las iglesias para ser la iglesia de Jesús, para llegar a ser —sin el poder o la violencia humana— su poderosa fuerza para el bien en la tierra, atrayendo a las iglesias tras ellos hacia los propósitos eternos de Dios? Además, en su propia escala, no existe dificultad mayor que enfrente el ser humano individual, cristiano o no.

¿Puede decirse cualquier cosa que nos ayude a hacer las transiciones en y dentro del discipulado hacia Jesucristo? Las páginas que siguen contienen varios artículos y discursos previamente publicados sobre discipulado, disciplinas espirituales, y crecimiento y formación espiritual. Hoy esas características son casi imposibles de encontrar para el individuo común y corriente, pero algunas personas han creído que hay una necesidad real de que estén disponibles. Algunas de las selecciones se han revisado ligeramente, pero en su esencia todas se han presentado como originalmente se publicaron o pronunciaron. Presentan algunas variaciones de estilo y un pequeño grado de repetición, ya que son piezas «ocasionales». Algunas están explícitamente enfocadas en ministros, pero los principios en ellas se aplican a todo el mundo. Espero que esto no resulte ser una distracción. He adjuntado unas «palabras finales» en las que intento resaltar la simplicidad de los «siguientes pasos» que pueden orientar a la acción a individuos y grupos.

Lo que Jesús espera que hagamos no es complicado ni lúgubre. En algunos casos requerirá que cambiemos lo que hemos estado haciendo. Pero la Gran Comisión (el plan *de él* para la formación espiritual, el «crecimiento de la Iglesia» y el servicio mundial) es muy evidente. Simplemente hagámoslo. Él proporcionará toda la enseñanza y la ayuda que necesitamos. Recuerde: «Cuando todo lo demás falle, siga las instrucciones».

CÓMO SER APRENDICES DE JESÚS

CAPÍTULO 1
Discipulado
¿Únicamente para supercristianos?

LA PALABRA «DISCÍPULO» APARECE 269 veces en el Nuevo Testamento. «Cristiano» se encuentra tres veces y se usó por primera vez para referirse precisamente a los discípulos de Jesús, en una situación en que ya no era posible considerarlos como una secta de los judíos (Hechos 11.26). El Nuevo Testamento es un libro acerca de discípulos, por medio de discípulos y para discípulos de Jesucristo.

Sin embargo, el asunto no es simplemente verbal. Lo más importante es que el tipo de vida que vemos en la iglesia primitiva se refiere a una clase especial de persona. Es evidente que todas las garantías y los beneficios ofrecidos a la humanidad en el evangelio presuponen una vida así, aunque no son lógicos aparte de ella. El discípulo de Jesús no es el modelo cristiano de lujo o el creado para tareas pesadas: especialmente acolchado, texturizado, aerodinámico y potenciado para la vía rápida o el camino estrecho y recto. Él o ella se encuentran en las páginas del Nuevo Testamento como el primer nivel de transportación básica en el reino de Dios.

Discípulos indisciplinados

Al menos durante varias décadas, las iglesias en el mundo occidental no han hecho del discipulado una condición para ser cristiano. No se requiere ni se pretende ser discípulo para convertirse en cristiano, y se puede ser cristiano sin ningún indicio de progreso hacia el discipulado o dentro de este. Las iglesias estadounidenses contemporáneas en particular no exigen seguir el ejemplo, el espíritu y las enseñanzas de Cristo como condición de membresía, ya sea para entrar en ellas o para fraternizar en una denominación o iglesia local. Me encantaría enterarme de alguna salvedad a esta afirmación, pero solo serviría para resaltar su validez y hacer más manifiesta la regla general. En lo que respecta a las instituciones cristianas visibles de nuestra época, *el discipulado es claramente opcional.*

Eso, desde luego, no es ningún secreto. Lo mejor de la literatura actual sobre el discipulado declara o supone francamente que el cristiano tal vez no sea para nada un discípulo, incluso después de algún tiempo como miembro de una iglesia. Un libro muy usado, *El arte perdido de discipular,* presenta la vida cristiana en tres niveles posibles: el convertido, el discípulo y el obrero. Afirma que existe

un proceso para llevar a las personas a cada nivel. La evangelización produce convertidos, la cimentación o «seguimiento», produce discípulos, y la preparación o adiestramiento produce obreros. Se dice que los discípulos y los obreros pueden renovar el ciclo al evangelizar, mientras solamente los obreros pueden hacer discípulos a través del seguimiento.

La imagen de la «vida eclesial» presentada en este libro se conforma generalmente a la costumbre estadounidense cristiana. Sin embargo, ¿no hace ese modelo al discipulado algo totalmente opcional? Es evidente que lo hace, así como sería una opción que el discípulo se convirtiera en «obrero». Por tanto, hoy grandes cantidades de convertidos ejercen las opciones permitidas por el mensaje que oyen: eligen no llegar a ser, o al menos no eligen ser, discípulos de Jesucristo. Las iglesias están llenas de «discípulos indisciplinados», como los ha llamado Jess Moody.

Por supuesto que en realidad no existe tal cosa. La mayoría de los problemas en las iglesias contemporáneas pueden explicarse por el hecho de que sus miembros nunca han decidido seguir a Cristo.

En esta situación, poco bueno resulta insistir en que Cristo *también se supone que sea* Señor. Presentar su señorío como una opción lo deja de lleno en la categoría de las llantas o los neumáticos de lujo, o de un equipo estéreo especial. Se puede prescindir de eso. Además, no tenemos claro lo que debemos hacer con el señorío. La obediencia y el entrenamiento en la obediencia no forjan una doctrina intelegible o una unidad práctica con la «salvación» presentada en recientes versiones del evangelio.

Las grandes omisiones de la Gran Comisión

Un modelo diferente de vida fue instituido en la Gran Comisión que Jesús dejó a su pueblo. El primer objetivo que estableció para la iglesia primitiva fue usar su poder y su autoridad omnímodos para hacer discípulos sin distinciones en todas las «naciones» (Mateo 28.19). Eso aclara un proyecto histórico-mundial y hace caso omiso a su anterior directriz estratégica de ir «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10.6). Después de hacer discípulos, solo estos deben bautizarse en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dada esta doble preparación, a continuación se les debe enseñar a guardar «todas las cosas que os he mandado» (Mateo 28.20). La iglesia cristiana de los primeros siglos resultó de seguir este plan de crecimiento, un resultado difícil de mejorar.

Sin embargo, en vez del plan de Cristo, la tendencia histórica lo

ha sustituido por «hacer convertidos (a una "fe y práctica" particular) y bautizarlos dentro de la membresía de la iglesia». Esto hace que sobresalgan dos grandes omisiones en la Gran Comisión. La más importante es que comenzamos a omitir la hechura de discípulos y el enrolamiento de las personas como estudiantes de Cristo, cuando deberíamos considerar todo lo demás como secundario a tal cosa. También omitimos, por necesidad, la etapa de hacer pasar a los convertidos por el entrenamiento que los llevará cada vez más a hacer lo que Jesús instruyó.

En la práctica estas dos grandes omisiones se relacionan como un todo. Al no haber transformado en discípulos a nuestros convertidos, es *imposible* que les enseñemos a vivir según Cristo vivió y enseñó (Lucas 14.26). Eso no era parte del paquete, no fue para eso que se convirtieron. Cuando se confrontan con el ejemplo y las enseñanzas de Cristo, la respuesta hoy es menos la rebelión y el rechazo que la perplejidad: ¿Cómo nos relacionamos con eso? ¿Qué tiene eso que ver con nosotros? ¿No es esta una táctica engañosa?

El discipulado de entonces

Cuando Jesús caminó entre la humanidad había cierta sencillez en cuanto a ser su discípulo. Ello significaba principalmente andar con él en una actitud de observación, estudio, obediencia e imitación. No había cursos por correspondencia. Se sabía qué hacer y qué costaría. Simón Pedro exclamó: «He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido» (Marcos 10.28). La familia y las ocupaciones se abandonaban por largos períodos para ir con Jesús mientras andaba de un lugar a otro anunciando, mostrando y explicando el gobierno o la acción de Dios aquí y ahora. Los discípulos tenían que estar con él para aprender a hacer lo que Jesús hacía.

Imaginémonos haciendo eso hoy. ¿Cómo reaccionarían los familiares, los empleados y los compañeros de trabajo ante tal abandono? Tal vez llegarían a la conclusión de que no los queremos mucho o que nosotros mismos no nos queremos. ¿No pensaría esto Zebedeo al ver a sus dos hijos abandonar el negocio familiar para acompañar a Jesús (Marcos 1.20)? Pregúntele a cualquier padre en una situación similar. Por tanto, cuando Jesús observó que se debía abandonar lo más apreciado (la familia, la «propia vida», y «todo lo que [se] posee» [Lucas 14.26, 33]) con el fin de acompañarlo, estableció un hecho sencillo: esta era la única puerta posible al discipulado.

El discipulado en la actualidad

Aunque costoso, el discipulado tuvo una vez un significado claro y sencillo. El mecanismo no es el mismo hoy. No podemos literalmente estar con Cristo de la misma forma en que pudieron estar sus primeros discípulos. No obstante, las prioridades e intenciones (el corazón o las actitudes internas) de los discípulos deben ser las mismas por siempre. En el corazón de un discípulo existe un *deseo,* y hay una *decisión* o intención resuelta. Después de haber entendido lo que esto significa, y también de «considerar el costo», el discípulo de Cristo desea por sobre todo lo demás estar con él. Por tanto, «bástale al discípulo ser como su maestro» (Mateo 10.25). Y además, «todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro» (Lucas 6.40).

Teniendo en cuenta este deseo, casi siempre producido por las vidas y las palabras de los que ya están en el Camino, aún se deberá tomar una decisión: dedicarse a ser como Cristo. El discípulo es alguien que, al estar decidido a ser como Cristo y así morar en la «fe y práctica» del Señor, reorganiza de manera sistemática y progresiva sus asuntos para ese fin. Por medio de estas decisiones y acciones, incluso hoy, es necesario enrolarse en la formación de Cristo y convertirse en su pupilo o discípulo. No existe otra manera. Debemos tener esto en mente si, como corresponde a los discípulos, decidimos *hacer discípulos.*

Por el contrario, el que no es discípulo, ya sea dentro o fuera de la iglesia, tiene algo «más importante» que hacer o emprender que llegar a ser como Jesucristo. Esta persona quizás ha «comprado una hacienda», o «cinco yuntas de bueyes», o se ha casado (Lucas 14.18, 19). Tales excusas poco convincentes solamente dejan ver que algo en esa lúgubre lista de seguridad, reputación, riqueza, poder, sensualidad, o simple distracción y adormecimiento, todavía retiene la lealtad definitiva del individuo. O si alguien ha pasado por esto, tal vez no conoce la alternativa; no sabe especialmente que es *posible* vivir bajo el cuidado y el gobierno de Dios, trabajando y viviendo con él como lo hizo Jesús, siempre buscando «primeramente el reino de Dios y su justicia».

Una mente abarrotada de excusas podría convertir al discipulado en un misterio, o podría verlo como algo que se debe temer. Sin embargo, no hay misterio en cuanto al deseo y la intención de ser como alguien… lo cual es algo muy común. Y si realmente queremos ser como Cristo, eso será evidente para toda persona madura a nuestro alrededor, así como para nosotros mismos. Por

supuesto, las actitudes que definen el discipulado no se pueden comprender hoy dejando familia y negocios para acompañar a Jesús en sus viajes alrededor de la campiña. Pero el discipulado puede ser concreto al aprender activamente cómo amar a nuestros enemigos, bendecir a quienes nos maldicen, caminar la segunda milla con un opresor y, en general, vivir las compasivas transformaciones internas de la fe, la esperanza y el amor. Tales acciones —llevadas a cabo por la persona disciplinada, con manifiesta misericordia, paz y gozo— hacen al discipulado no menos tangible e impactante hoy que lo que fueran aquellas deserciones de tanto tiempo atrás. Cualquiera que ingrese al Camino puede verificar esto, y al mismo tiempo demostrará que el discipulado dista mucho de ser algo aterrador.

El costo del no discipulado

Dietrich Bonhoeffer, en 1937, le entregó al mundo su libro *El precio de la gracia.*[1] Este fue un ataque magistral al «cristianismo fácil» o la «gracia barata», en el contexto de Europa y Estados Unidos de mediados del siglo XX. Sin embargo, no tuvo éxito en anular, tal vez incluso de modo obligado, la visión del discipulado como un costoso exceso espiritual, y solo destinado a aquellos especialmente motivados o llamados a cumplirlo. Fue justo y bueno que Bonhoeffer señalara que no se puede ser discípulo de Cristo sin abandonar cosas que normalmente se buscan en la vida humana, y que quien paga poco en la moneda del mundo para llevar el nombre de Cristo tiene razón para preguntarse en qué punto se encuentra con relación a Dios. No obstante, el costo del *no* discipulado es mucho mayor (incluso cuando solo se considera esta vida) que el precio pagado por andar con Jesús, aprendiendo constantemente de él.

No discipular cuesta la paz duradera, cuesta una vida impregnada totalmente por el amor y la fe que ve todo a la luz del gobierno primordial de Dios para el bien, cuesta la esperanza que permanece firme en medio de las circunstancias más desalentadoras, cuesta el poder para hacer lo que es correcto y resistir las fuerzas del mal. En resumen, no discipular cuesta exactamente esa abundancia de vida que Jesús dijo que vino a traer (Juan 10.10). El yugo en forma de cruz de Cristo es, después de todo, un instrumento de liberación y poder para quienes viven con él y aprenden a mostrar la mansedumbre y la humildad de corazón que trae reposo al alma.

«Síganme. ¡Me he encontrado!».

León Tolstoi escribió que «toda la vida de un individuo es una

contradicción continua de lo que sabe que es su deber. En cada segmento de la vida actúa en desafiante oposición a los dictados de su conciencia y su sentido común».[2] En nuestra era —en la que los parachoques de los autos hablan con sus calcomanías— algún empresario inteligente ha creado un marco para la placa trasera que aconseja: «No me siga. Estoy perdido». Tal marco ha tenido un uso asombrosamente amplio, tal vez porque refleja con un poco de humor el fracaso universal al que Tolstoi se refiere. Este fracaso causa una profunda y penetrante desesperación e inutilidad: una sensación de no poder estar en nuestro mundo como ejemplos de los que dan sal y luz, mostrándoles a las personas el camino de la vida. La descripción de Jesús en cuanto a la sal insípida sirve tristemente para caracterizar cómo nos sentimos con nosotros mismos: «No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres» (Mateo 5.13), puesto que «ni para la tierra ni para el muladar es útil» (Lucas 14.35).

Un dicho común expresa la misma actitud: «No hagas lo que hago, haz lo que digo» (¿más risas?). Jesús dijo acerca de ciertos dirigentes religiosos, los escribas y fariseos, de su época: «Todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen» (Mateo 23.3). Sin embargo, eso no era ninguna broma, y todavía no lo es. Debemos preguntar qué diría Cristo acerca de nosotros hoy. ¿No hemos elevado esta costumbre de los escribas y fariseos a un primer principio de la vida cristiana? ¿No es ese el efecto, intencionado o no, de hacer opcional el discipulado?

No hablamos aquí de *perfección*, ni de *ganar* el regalo divino de la vida. Nuestra preocupación no solo es con la manera de *entrar a* esa vida. Si bien nadie puede merecer la salvación o la plenitud de vida de la cual es la raíz y parte natural, todos debemos actuar como si esta salvación debiera ser de ellos. ¿Por medio de qué acciones volitivas, qué deseos e intenciones, encontramos acceso a la vida en Cristo? El ejemplo de Pablo nos instruye. Él pudo decir, casi de un tirón, que no era perfecto (Filipenses 3.12) y que hiciéramos lo que él hacía (Filipenses 4.9). Sus defectos, fueran los que fueran, quedaban atrás, pero él vivía proyectado hacia el futuro por su intención de obtener a Cristo. El apóstol estaba a la vez decidido tanto a ser como Cristo (Filipenses 3.10–14) como a confiar en mantener la gracia de su intención. De ahí que pudiera decir a todos: «Síganme. ¡Me he encontrado!» («Sed imitadores de mí, así como

yo de Cristo», 1 Corintios 11.1).

La oportunidad más grande de la vida

El doctor Rufus Jones ha reflexionado en un libro reciente sobre la poca influencia que la iglesia evangélica del siglo XXI ha tenido en los problemas sociales. Atribuye la deficiencia a una correspondiente falta de interés por la justicia social de parte de los conservadores. Eso a su vez se remonta a reacciones contra la teología liberal, que se deriva de la controversia fundamentalista modernista de décadas anteriores, puntos que debemos tomar muy en serio.

Las relaciones causales en la sociedad y la historia son difíciles de rastrear, pero creo que este es un diagnóstico inadecuado. Después de todo, la falta de preocupación por la justicia social, donde es evidente, requiere una explicación. Y la posición actual de la iglesia en nuestro mundo se puede explicar mejor por *lo que los liberales y los conservadores han tenido en común*, que por aquello en lo que difieren. Por distintas razones, y con énfasis diferentes, han acordado que el discipulado hacia Cristo es opcional con el fin de ser miembros de la iglesia cristiana. Por consiguiente, el mismo tipo de vida que podía cambiar el curso de la sociedad humana, y que en ocasiones lo ha hecho, se excluye o al menos se omite del mensaje esencial de la iglesia.

Preocupado por entrar en esa vida radiante, cada uno de nosotros debe preguntarse: «¿Soy discípulo o solo soy cristiano según las normas actuales?». El examen de nuestros deseos e intenciones finales, reflejado en las respuestas y decisiones específicas que conforman nuestras vidas, puede mostrar si hay aspectos que consideramos más importantes que llegar a ser como Cristo. Si los hay, entonces aún no somos sus discípulos. Al no estar dispuestos a seguirlo, nuestra afirmación de que confiamos en él parece vacía. Nunca afirmaríamos convincentemente que confiamos en un médico, un maestro o un mecánico de autos cuyas instrucciones no seguimos.

Para los que dirigen o ministran hay preguntas aun más graves: ¿Qué autoridad o base tengo para bautizar a individuos que no han sido llevados a tomar una clara decisión de ser discípulos de Cristo? ¿Me atrevo a decirles a las personas, en calidad de «creyentes» sin discipulado, que están en paz con Dios y Dios con ellas? ¿Dónde puedo hallar justificación para tal mensaje? Quizás lo más importante sea: ¿Tengo como ministro la fe para realizar la obra de

hacer discípulos? ¿Es mi primer objetivo hacer discípulos? ¿O tan solo ejecuto una operación?

Nada menor a la vida en los pasos de Cristo es adecuado para el alma humana o para las necesidades de nuestro mundo. Cualquier otra oferta no le hace justicia al drama de la redención humana, priva al oyente de la más grande oportunidad de la vida, y abandona esta existencia actual a los poderes malignos de la época. La perspectiva correcta es ver el hecho de seguir a Cristo no solo como la necesidad que es, sino como el cumplimiento de las más elevadas posibilidades humanas y como la vida en su plano más enaltecido. Es ver, en palabras de Helmut Thielicke, que «el cristiano se encuentra, no bajo la dictadura de un legalista "Deberías", sino en el campo magnético de la libertad cristiana, bajo el fortalecedor poder del "Puedes"».

CAPÍTULO 2
¿Por qué molestarse con el discipulado?

SI SOMOS CRISTIANOS SIMPLEMENTE porque creemos que Jesús murió por nuestros pecados, eso debería ser lo único que necesitaríamos para recibir el perdón de los pecados e ir al cielo cuando muramos. ¿Por qué entonces algunas personas siguen insistiendo en que es deseable algo más que esto, algo como señorío, discipulado, formación espiritual y cosas parecidas?

¿Qué más se podría pedir para estar seguros del destino eterno y disfrutar la vida entre otros que profesan la misma fe? Por supuesto que todos en el mundo queremos ser buenas personas. Sin embargo, esto no requiere que *hagamos* realmente lo que Jesús mismo dijo e hizo. ¿No hemos oído decir: «Los cristianos no son perfectos, sino solamente perdonados»?

Pues bien, los que se preocupan de manera sincera acerca de tales asuntos podrían hallar útil considerar cuatro puntos sencillos:

En primer lugar, no hay absolutamente nada en lo que Jesús mismo o sus primeros seguidores enseñaron que sugiera que se puede *decidir* tan solo disfrutar del perdón a expensas de Jesús sin tener nada que ver con él.

Hace algunos años, A. W. Tozer expresó su «sensación de que una notable herejía ha nacido en todos los círculos cristianos evangélicos: ¡el ampliamente aceptado concepto de que los humanos podemos elegir aceptar a Cristo solo porque lo necesitamos como Salvador, y que tenemos el derecho de posponer nuestra obediencia a él como Señor mientras lo deseemos!».[1] Tozer sigue diciendo «que la salvación aparte de la obediencia es algo desconocido en las sagradas Escrituras».

Esta «herejía» ha creado la impresión de que es bastante razonable ser un «cristiano vampiro». Alguien en efecto le dice a Jesús: «Me gustaría un poco de tu sangre, por favor. Pero no me interesa ser tu alumno ni tener tu carácter. Es más, discúlpame mientras sigo con mi vida, te veré en el cielo». Sin embargo, ¿podemos imaginar de veras que Jesús encuentre aceptable este enfoque?

Y al detenerse a pensar en eso, ¿cómo podría alguien confiar realmente en Jesús solo para que perdone sus pecados y nada más? No se puede confiar en él sin creer que tiene razón en cuanto a todo y que solo él tiene la clave para todo aspecto de nuestras vidas aquí

en la tierra. Pero si creemos *eso,* naturalmente querremos estar tan cerca de él como sea posible, en todo aspecto de nuestras vidas.

En segundo lugar, si no nos convertimos en aprendices de Jesús en la vida del reino permaneceremos derrotados en lo que concierne a nuestras intenciones morales. Aquí es donde la mayoría de los cristianos profesantes se encuentran hoy. Estudios estadísticos lo demuestran. Por lo general, las personas deciden pecar. Y están llenas de explicaciones en cuanto a por qué, considerado todo, es «necesario» hacer eso. No obstante, aun así nadie quiere ser *pecador.* Es curioso que las personas admitan mentir, por ejemplo, pero con firmeza nieguen ser mentirosas.

Queremos ser buenos, pero estamos preparados y listos para hacer lo malo, si así lo *exigen* las circunstancias. Y por supuesto que lo «exigen» con tediosa regularidad. Como Jesús mismo indicó, los que practican el pecado en realidad son esclavos de este (Juan 8.34). La vida ordinaria lo confirma. ¿Cuán constantemente vemos personas que de manera rutinaria triunfan en hacer lo bueno y evitan lo malo que quieren?

Por el contrario, *practicar* las palabras de Jesús, como sus aprendices, nos permite entender nuestras vidas y ver cómo podemos interactuar con los recursos redentores de Dios siempre a la mano. Esto a su vez nos da una libertad cada vez mayor en cuanto a las intenciones fallidas a medida que aprendemos de él cómo simplemente *hacer lo que sabemos que está bien.* Al practicar continuamente sus palabras llegamos a conocer la verdad, y la verdad, desde luego, nos hace libres (Juan 8.36). Ahora podemos hacer lo bueno que queremos.

En tercer lugar, ser ávidos discípulos de Cristo a través del Espíritu es lo único que produce una transformación interior —en cuanto a pensamiento, sentimiento y carácter— que nos limpia «por dentro» (Mateo 23.25) y nos hace «árbol bueno» (Mateo 12.33). Al estudiar con Jesús cada vez más llegamos a ser por dentro —con el «Padre que está en secreto» (Mateo 6.6)—, exactamente lo que somos por fuera, escenario en el que las acciones, los estados de ánimo y las actitudes se manifiestan visiblemente en nuestros cuerpos, vivos en su contexto social. Una sencillez asombrosa controlará nuestras vidas, una simplicidad que *en realidad* es transparencia.

Eso requiere un aprendizaje concienzudo en cuanto a Jesús para eliminar la *duplicidad* que se ha convertido en nuestra segunda

naturaleza, lo que tal vez sea inevitable en un mundo en el que —a fin de «manejar» nuestras relaciones con quienes nos rodean— debemos ocultar lo que realmente pensamos, sentimos y nos gustaría hacer (claro, si pudiéramos evitar que nos observaran). Por tanto, parte de la enseñanza de Cristo fue que nos guardáramos «de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía» (Lucas 12.1).

Los fariseos eran en muchos aspectos las mejores personas de la época de Jesús. Pero ubicaban la bondad en la conducta y trataban de asegurarse manejando cuidadosamente el nivel conductual. Sin embargo, eso sencillamente no puede hacerse. La conducta es impulsada por la dimensión oculta o secreta de la personalidad humana, desde lo más profundo del alma y el cuerpo, y lo que está presente allí *saldrá a la superficie.* Por tanto, el fariseo siempre falla en algún momento en hacer lo que es correcto, y luego debe volver a definirlo, describirlo o explicarlo… o simplemente ocultarlo.

Por el contrario, el *fruto* del espíritu, como lo describen Jesús, Pablo y otros escritores bíblicos, no consiste en acciones, sino en actitudes o rasgos de la personalidad que conforman la sustancia del yo «oculto», el «hombre interior». El «amor» capta este fruto en una palabra, pero lo hace en una forma tan breve que debe explicarse. Por tanto, «el fruto [singular] del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gálatas 5.22–23). Otros pasajes relativos son: 2 Pedro 1.4–8, 1 Corintios 13 y Romanos 5.1–5.

La «formación espiritual» en la tradición cristiana es un proceso por el cual se es poseído e impregnado cada vez más por esos rasgos del carácter, mientras caminamos en el yugo fácil del discipulado con Jesús, nuestro maestro. Del carácter interior surgen de manera natural y transparente —aunque sobrenaturalmente— las acciones del amor. Claro que siempre habrá oportunidad para mejorar, por eso no debemos preocuparnos por llegar a ser perfectos, al menos durante unas pocas semanas o meses. Nuestro objetivo es ser poseídos dominantemente por Jesús a través de su compañía constante. Al igual que nuestro hermano Pablo, «una cosa hago […] prosigo a la meta […que es conocer a] Cristo Jesús» (Filipenses 3.13–14, 8).

Por último, para quien se asegura de caminar tan cerca de Jesús como sea posible llega el ejercicio fiable de un poder que está más allá del individuo al tratar con los problemas y los males que afligen la existencia terrenal. Jesús está realmente en busca de personas a

quienes pueda confiarles su poder. Él sabe que de otra manera permanecemos demasiado indefensos frente a los males organizados y desorganizados que nos rodean, y que somos incapaces (dada la estrategia que ha elegido) de promover poderosamente su voluntad para el bien de este mundo.

Él es quien dijo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id» (Mateo 28.18–19). De él se habló acerca de «cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, *porque Dios estaba con él*» (Hechos 10.38, cursivas añadidas). También a nosotros se nos ha dado la tarea, hemos sido llamados, a hacer su obra con su poder, no con el nuestro.

Aunque podríamos entender los detalles, en la descripción bíblica de la vida humana no hay ninguna duda de que estamos destinados a ser habitados por Dios y a vivir mediante un poder superior a nosotros mismos. Los problemas humanos no se pueden solucionar por medios humanos. La vida humana no puede florecer a menos que palpite con «la supereminente grandeza de su poder [de Dios] para con nosotros los que creemos» (Efesios 1.19). Sin embargo, únicamente a los alumnos firmes de Jesús se les otorgará poder para cumplir su llamado de ser el pueblo de Dios para el tiempo y el lugar que ocupan en este mundo. Ellos son los únicos que desarrollan el carácter que hace seguro tener ese poder.

Sin embargo, ¿dirá alguien que no se puede ser «salvo», es decir, entrar al cielo cuando muera, sin nada de esto? Quizás se pueda. La bondad de Dios es tan grande que estoy seguro de que nos dejará entrar si puede hallar alguna base para hacerlo. Pero *antes* de morir deberíamos pensar en lo que es nuestra vida, deberíamos meditar en qué tipo de personas nos estamos convirtiendo y en si realmente estaríamos cómodos estando toda la eternidad en la presencia de aquel cuya compañía no hallamos especialmente deseable en las pocas horas y días de existencia terrenal. Después de todo, él es aquel que nos dice hoy: «¡Síganme!».

CAPÍTULO 3
¿Quién es su Maestro?

HOY SE HABLA A MENUDO DE LA ERA de la información. Por supuesto, la información es vital para todo lo que hacemos, pero siempre lo ha sido. Lo que distingue al tiempo actual es que hay mucha más información (y desinformación) que nunca, y muchas personas están tratando de vendérnosla.

¿Qué sucede con Jesús entre la multitud de estos traficantes de información? Por desdicha, casi siempre se le hace a un lado. Muchos cristianos ni siquiera piensan en él como alguien que tiene información confiable acerca de sus vidas. Por consiguiente, no se convierten en alumnos suyos. ¿Qué tiene él que enseñarles? Es muy común encontrar cristianos que se esfuerzan mucho por dominar una profesión y triunfar ante la opinión pública, aunque sus estudios no contienen en absoluto ninguna referencia a Jesús ni a su enseñanza. ¿Cómo puede ser eso?

Hace poco dirigí un retiro de profesores de las mejores universidades cristianas en Estados Unidos. Al iniciar mi presentación informé al grupo que lo importante que se debía considerar era lo que el propio Jesús les diría si fuera conferencista en ese retiro. Indiqué mi convicción de que les haría esta pregunta: ¿Por qué ustedes no me respetan en sus variadas especialidades de estudio y experiencia? ¿Por qué no me reconocen como maestro, en cuanto a investigación y conocimiento, en sus especialidades?

Fue interesante observar las respuestas de esos profesionales cristianos, por decir lo menos. Algunos pensaron que la pregunta era totalmente apropiada. Muchos no estaban exactamente seguros de lo que yo estaba diciendo. Una buena cantidad respondió: «¿Habla usted en serio?». La idea de que Jesús es maestro de especialidades tales como álgebra, economía, administración comercial o literatura francesa simplemente no había cruzado por sus mentes, por lo que tuvieron dificultad para hallar la relación cuando se les presentó la idea.

Eso pone de manifiesto una realidad profundamente significativa. En nuestra cultura, y también entre los cristianos, a Jesucristo se le disocia automáticamente de la brillantez o la capacidad intelectual. Nadie entre miles pensaría de modo espontáneo en él en conjunción con palabras como «bien informado», «brillante» o «inteligente».

Con demasiada frecuencia a Jesús se le considera como alguien apenas consciente. Se le ha tomado como un simple ícono, una figura fantasmal de un individuo que vive en los márgenes de la «vida real» donde usted y yo debemos morar. Tal vez él esté calificado para el papel de chivo expiatorio o de crítico social aislado, pero para poco más que eso.

No obstante, ¿podemos imaginar seriamente que Jesús podría ser Señor si no fuera inteligente? Si fuera divino, ¿sería tonto? ¿O estaría mal informado? Una vez que nos ponemos a pensar en eso, ¿cómo podría él ser lo que los cristianos creen que es en otros aspectos y no ser la persona bien informada y más inteligente de todas, el ser más perspicaz que alguna vez haya vivido y que nos trae la mejor información sobre los temas más importantes?

Lo que yace en el corazón de la increíble falta de atención hacia Jesús —que se encuentra en la existencia minuto a minuto de multitudes de cristianos profesantes— es una simple *falta de respeto por él.* A Jesús no se le toma en serio como un ser con grandes habilidades. ¿Cómo entonces podemos *admirarlo*? ¿Y qué significa devoción o adoración si no se incluye el simple respeto?

Por el contrario, los primeros cristianos que llevaron el poder vivificador de Dios en Cristo a todos los rincones de la tierra, pensaban en Jesús como en alguien «en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Colosenses 2.3). Ellos pensaban que era maestro en todo aspecto de vida.

El aumento natural de esa confianza en él se enfocaba en todo lo que hacían, «sea de palabra o de hecho […] en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Colosenses 3.17). Es decir, aprendieron a hacer todo lo que dijeron e hicieron actuando conjuntamente con Jesús, su maestro siempre presente.

Si viviéramos como Dios quiere que vivamos, deberíamos aprovechar la guía informativa que Jesús nos da en tres aspectos:

Primero, debemos aprender de él la razón de por qué vivimos y por qué hacemos lo que hacemos. Aquí como en otras partes estamos constantemente bombardeados por la desinformación, lo que nos lleva a ser manipulados miserablemente por nuestros propios deseos y la voluntad de aquellos que nos utilizan. El destino humano habitual es elegir un trabajo, una profesión, un cónyuge o una casa, solo para nuestro mayor placer, poder y gloria. Aquí rigen «los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida» (1 Juan 2.16), a la vez que nos destrozan la existencia.

Jesús nos brinda información fiable en cuanto a lo que somos, por qué estamos aquí y cuáles son los motivos humanamente propicios para hacer lo que hacemos. Antes que nada nos informa que, por naturaleza, somos seres espirituales infinitos con un destino eterno en el gran universo de Dios. Nunca dejaremos de existir, y no podemos hacer nada al respecto.

Aunque hayamos fallado con respecto a los propósitos de Dios para nosotros, él puede reincorporarnos a su divina vida si lo tomamos en cuenta para todo. Es decir, debemos confiar en Dios; y confiar de veras en él es hacer nuestra su causa, tomar su «yugo» (Mateo 11.29). Entonces nos enseñará cómo tomar nuestras decisiones con el propósito de glorificarlo haciendo el bien a los seres humanos. Bajo su instrucción, esto demostrará ser la más emocionante clase de vida imaginable, con un alcance y una riqueza —en cuanto a la creatividad personal— que nunca deja de aumentar.

Segundo, debemos aprender de Jesús, nuestro «informador», un carácter nuevo: nuevas *entrañas* como dice una antigua traducción. Nuevas *agallas* deberíamos decir francamente hoy (véase también Colosenses 3.9–10). Él nos enseña, en primer lugar, que esto es lo que Dios quiere para nosotros y es lo que él hace posible.

Las enseñanzas centrales de Jesús acerca del corazón bueno, dadas en Mateo 5.21–48, tratan con todas esas actitudes cotidianas que mantienen la maldad humana en pleno funcionamiento: desprecio y hostilidad hacia los demás, lujuria sexual y repulsión, deseos de manipular verbalmente a otros, venganza y retribución, etc. Jesús nos dice que podemos reemplazar todo eso con verdadera misericordia, pureza y buena voluntad a medida que crecemos interiormente.

Además, cuando preguntamos: «¿Cómo?», él nos vuelve a señalar su primera lección, anteriormente citada, la que nos asegura nuestro lugar y nuestro futuro en los propósitos eternos de Dios. A la clara luz de lo que somos a los ojos de Dios, nuestras iras y pasiones parecen tontas y repulsivas, ya que las vemos como él las ve.

Luego Dios nos invita a seguirlo en sus prácticas, como por ejemplo: tener momentos a solas con él, meditar, estudiar, servir, adorar, etc., lo que llamamos «disciplinas espirituales». Allí, con él, se elimina poco a poco —en un grado cada vez mayor—, la predisposición a hacer el mal que habita en nuestros miembros a través de una larga práctica. Nuestra «carne» se pone al lado de

nuestro espíritu y del Espíritu Santo en el servicio a Dios. Las disciplinas para la vida espiritual son parte central de la «información» básica que Jesús nos da, por lo que no debemos descuidarla.

Después, a medida que avanzamos en los dos primeros aspectos de la enseñanza de Jesús, él comenzará a enseñarnos un tercer aspecto informativo absolutamente vital. Debemos aprender de sus interacciones y participaciones positivas con nosotros en nuestras actividades cotidianas concretas. Cuando actuamos «en su nombre» lo hacemos en su representación, por lo que siempre se involucra en el procedimiento. Tenemos que aprender cómo funciona esto y, sin duda, Jesús nos enseñará a medida que *esperamos* que se mueva en nuestras circunstancias y estemos atentos a sus acciones.

He experimentado en persona esa «interacción» en muchas clases de contextos, desde asuntos familiares hasta proyectos de escritura a gran escala, reuniones de comisión o intensas sesiones de consejería, en charlas, reparando una tubería de agua rota o en el automóvil. Podemos asegurarnos de que nuestra sincera intención sea glorificar a Dios y bendecir a otros con nuestros esfuerzos, y si no nos motivan actitudes de desamor, veremos la mano de Dios moviéndose con nosotros a medida que actuamos con expectativa. Nuestra parte es simplemente esperar la mano de Dios, observarla, agradecer cuando la veamos y, en base a nuestra experiencia, animar a otros a hacer lo mismo.

Si confiamos en Jesucristo como nuestro maestro, él nos enseñará de todas esas maneras. Por supuesto, siempre debemos hacer nuestro mejor esfuerzo y siempre encontraremos espacio para mejorar. Pero, sin duda, también conoceremos la asombrosa realidad de la eterna clase de vida divina que fluirá a través de nosotros instante a instante y para siempre. Y los efectos de nuestros esfuerzos, como se ve en las personas y los acontecimientos en la Biblia, serán enormemente superiores a los que podrían resultar solamente de nuestras habilidades.

CAPÍTULO 4
A semejanza de Jesús
Recursos divinos siempre disponibles para una vida transformada

HACE ALGÚN TIEMPO ME DI CUENTA DE que no me gustaban los vecinos de al lado. En todos los sentidos eran personas peligrosas y antipáticas… antiguos motociclistas que se ganaban la vida vendiendo drogas.

Nunca habían intentado dañar a mi familia, pero el constante tráfico de compradores de drogas, algunos de los cuales se sentaban en el patio a inyectarse, comenzó a agotar mi paciencia. Mientras reflexionaba en ellos un día, dando rienda suelta a mi irritación, el Señor me ayudó a ver que en realidad yo no tenía nada de amor hacia estas personas, que después de «sufrir» durante varios años en secreto estaría feliz de que se murieran para que así pudiéramos librarnos de ellos. Me percaté de lo poco que realmente me importaban casi todas las personas con las que trataba a lo largo del día, incluso cuando tenía que ver con «asuntos religiosos». Tuve que admitir que nunca había *deseado* fervientemente ser poseído por la clase de amor de Dios, ni llegar a ser más como Jesús. Ahora era el momento de buscar eso.

Sin embargo, ¿es posible ser como Jesús? ¿Podemos en verdad tener el carácter del Padre celestial? Sabemos que Dios muestra amor sincero por todo el mundo y que siempre es amable incluso con los ingratos. Jesús de igual modo comprobó ser compasivo, perdonaba ofensas libremente y se complacía simplemente dando, sin esperar nada a cambio. Es posible, como les dijo Pablo a los efesios (5.1), ser «imitadores de Dios como hijos amados».

Ahora creo que es posible vestirse «del Señor Jesucristo» (Romanos 13.14). Las personas comunes y corrientes en entornos normales pueden vivir de la abundancia del reino de Dios, dejando que el espíritu y las acciones de Jesús sean el flujo natural de sus vidas. El «árbol» se puede hacer bueno, y el fruto será entonces bueno como cuestión de rutina (Mateo 12.33). Esta nueva vida que Dios imparte implica tanto un objetivo como un método.

El corazón de Dios y nuestro corazón

Como discípulos (literalmente *alumnos*) de Jesús, nuestro objetivo es aprender a ser como él. Empezamos confiando en que nos acepta como somos. Pero nuestra confianza en Jesús nos lleva al mismo tipo de fe que él tuvo, una fe que le hacía posible actuar como lo

hacía. La fe de Jesús se expresó en su evangelio regido por el cielo, las buenas nuevas del «reino de los cielos» (Mateo 4.17). *Cielos* es una palabra muy significativa. De Abraham (Génesis 24.7) en adelante significó para el pueblo de Israel la *disponibilidad directa de Dios* para sus hijos, así como *su supremacía sobre todo lo que nos afecta.* Desde el cielo, «los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos» (Salmos 34.15; también 1 Pedro 3.12).

Jesús estaba interesado en transmitirles a sus seguidores esa realidad del dominio de los cielos que sustentaba su vida. Cuando envió a sus doce amigos en su primera misión les informó que estaba enviando «ovejas en medio de lobos» (Mateo 10.16). Serían como mariposas contra ametralladoras. ¡Imagínese unas ovejas a las que se les diga eso! Sin embargo, no había necesidad de que tuvieran temor. Dos gorriones cuestan un centavo. No obstante, «ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre». El cielo está tan cerca que incluso los cabellos de nuestras cabezas están contados. En consecuencia, Jesús nos declara: «Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos» (vv. 29–31).

Evitemos los sustitutos lúgubres

Vivir bajo el gobierno del cielo nos libera y nos fortalece para amar como Dios ama. Sin embargo, apartados de la seguridad y la suficiencia de la guía del cielo estamos demasiado aterrados y enojados para amar de veras a otros, o incluso a nosotros mismos, y por tanto organizamos sustitutos lúgubres en forma de placeres y «amores» de varias clases. Una redacción contemporánea de lo que Jesús expresó al comparar el tipo de amor ágape de Dios con lo que normalmente se considera amor podría ser: «¿Qué hay de grandioso en amar a los que los aman? ¡Los terroristas también lo hacen! Si a eso es todo lo que asciende el “amor” de ustedes, no hay duda de que Dios no participa en absoluto. O supongan que ustedes tan solo se relacionan con su “misma clase de gente”. ¡Eso es lo que hace la mafia!» (Mateo 5.46–47).

Reflexione ahora: ¿Se ha expresado su corazón mostrando generosa bendición con alguien que le haya ofendido o humillado? ¿Puede, sin pensar en beneficiarse, trabajar por el bienestar de alguien que francamente lo desprecia o que le ha deseado la muerte? ¿Apoya con entusiasmo el éxito de alguien que compite con usted por favor, posición o beneficio económico? Eso es lo que hacen los poseídos y empapados por la clase de amor de Dios.

Una alfombra muy usada en las entradas de las casas dice: «¡Bienvenidos, amigos!». ¿Podrían las suyas también dar genuinamente la bienvenida a los enemigos? Cuando usted presta un vestido, un estéreo, un auto, algunas herramientas o libros, ¿puede desprenderse de ellos sin esperar volver a verlos, como sugiere Lucas 6.35 que deberíamos hacer? Yo hago mucho de mi propio trabajo de mecánica y carpintería, y tengo un buen suministro de herramientas… que mis vecinos pronto descubren. Me alegra la oportunidad que tengo de prestar una sierra eléctrica, un hacha, una llave inglesa o unos alicates, porque veo eso como un verdadero ejercicio espiritual en cuanto a rendirme ante Dios. Aun con una punzada de preocupación personal aquí y allá, estoy aprendiendo a amar a otros en estas pequeñas cosas que realmente importan para las relaciones humanas.

Un «triángulo dorado»

Si esta vida de fe y amor celestial es el objetivo del discipulado de Jesús, el cumplimiento natural de la nueva vida en Cristo, ¿cómo podemos entrar a ella? Aunque en cierto sentido este es un resultado de la presencia de Dios dentro de nosotros, el Nuevo Testamento también describe un proceso que incluye que «nos vistamos» del Señor Jesucristo. Esto se analiza varias veces en la Biblia bajo tres aspectos esenciales, cada uno separado del otro y todos interrelacionados. Dicho proceso se podría presentar en un «triángulo dorado» de transformación espiritual, porque es tan valioso como el oro para el discípulo, y porque cada uno de sus aspectos es tan esencial para todo el proceso como lo son los tres lados para un triángulo.

Un aspecto o lado de nuestro triángulo es la fiel aceptación de los problemas cotidianos. Cuando soportamos las pruebas con paciencia podemos alcanzar una seguridad plena de que el cielo rige nuestras vidas.

Santiago, el hermano del Señor, comenzó su mensaje a la iglesia instruyéndonos que tengamos «sumo gozo» cuando vengan los problemas: «Amados hermanos, cuando tengan que enfrentar cualquier tipo de problemas, considérenlo como un tiempo para alegrarse mucho porque ustedes saben que, siempre que se pone a prueba la fe, la constancia tiene una oportunidad para desarrollarse» (Santiago 1.2–3, NTV). Cuando la resistencia o la paciencia se han desarrollado plenamente en los detalles de la existencia diaria, tal cosa nos hace «perfectos y cabales, sin que [nos] falte cosa alguna»

(1.4).

Con seguridad Santiago aprendió esto de Jesús, su hermano mayor, por más de veinte años viviendo en familia y con los resentimientos propios de la relación (Juan 7.2–8). No debemos olvidar que la mayor parte de su vida Jesús fue lo que hoy llamaríamos un obrero, un comerciante, un «contratista independiente». Sus manos tenían callos, puesto que usaba martillos, taladros, hachas y planos propios del siglo I. En su pueblo lo conocían simplemente como «el carpintero».

Allí Santiago lo vio practicar todo lo que más adelante predicó. Sabemos lo que es «hacer negocios con el público». Así lo hizo Jesús. Todo aspecto sencillo que Jesús nos enseñó a hacer ya lo había puesto en práctica en circunstancias similares a las nuestras. En las pruebas cotidianas, en su vida familiar y comunitaria, Jesús confirmó la suficiencia del cuidado de Dios hacia aquellos que confían en él y le obedecen. Y, al menos en retrospectiva, Santiago lo entendió. Una vez que supo quién era realmente su hermano mayor, comprendió el poder de la paciencia en los acontecimientos de la vida diaria —manifestada por sobre todo con una lengua inofensiva (Santiago 3.2)—, como la senda en la cual el carácter de Dios se cumple en nuestras vidas.

Vidas receptivas al Espíritu

El segundo lado de nuestro triángulo es la interacción con el Espíritu de Dios en nosotros y alrededor de nosotros. Como señala Pablo, vivir en el Espíritu nos permite «andar en el Espíritu» (Gálatas 5.25). Esta personalidad todopoderosa y creativa, el prometido «Consolador», el Paracleto de Juan 14, amablemente espera que le hagamos la invitación para actuar en nosotros, con nosotros y por medio de nosotros.

La presencia del Espíritu Santo siempre se puede reconocer por el modo en que nos lleva a lo que el mismo Jesús sería y haría (Juan 16.7–15). Cuando experimentamos interiormente la dulzura y el poder de la vida celestial (el amor, el gozo y la paz) que Jesús conoció, vivimos la obra del Espíritu en nosotros.

Por fuera, la vida en el Espíritu se manifiesta de dos maneras. Los *dones* del Espíritu nos permiten realizar alguna función específica (como el servicio, la sanidad o dirigir la adoración) con efectos que superan claramente los que nosotros mismos podemos hacer. Estos dones sirven a los propósitos de Dios entre su pueblo, pero no necesariamente representan el estado de nuestro corazón.

El *fruto* del Espíritu, por el contrario, nos da una señal segura del *carácter* transformado. Cuando nuestras actitudes y disposiciones más profundas son iguales a las de Jesús, se debe a que hemos aprendido a dejar que el Espíritu fomente su vida en nosotros. Pablo confesó: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gálatas 2.20). El resultado de que Cristo viva dentro de nosotros a través del Espíritu es el fruto: «Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gálatas 5.22–23; véase también Juan 15.8).

Tanto los dones como el fruto son el resultado, no la realidad, de la presencia del Espíritu en nuestras vidas. Lo que produce nuestra transformación en semejanza a Cristo es nuestra interacción directa y personal con él a través del Espíritu. El Espíritu hace a Cristo presente en nosotros y nos atrae hacia su semejanza. Es como si contempláramos «la gloria del Señor», por la cual constantemente «somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3.18).

Las disciplinas de la semejanza a Cristo

El tercer lado de nuestro triángulo se compone de disciplinas espirituales. Estas son actividades especiales, muchas practicadas por el mismo Jesús, tales como tener momentos de soledad y estudio, el servicio y la confidencialidad, el ayuno y la adoración. Estas son maneras en que nos comprometemos a seguir el mandato del Nuevo Testamento en cuanto a dar muerte o a no hacer provisión para los simples aspectos terrenales de nuestras vidas, de modo que nos vistamos del nuevo ser (Colosenses 3.9–10; Efesios 4.22–24).

El énfasis en esta dimensión de transformación espiritual está en *nuestros* esfuerzos. Es cierto que se nos da mucho y que sin gracia no podemos hacer nada, pero también se requiere nuestra acción. Pedro nos anima a demostrar «toda diligencia» (2 Pedro 1.5). *Debemos* añadir virtud a nuestra fe, conocimiento a nuestra virtud, dominio propio a nuestro conocimiento, paciencia a nuestro dominio propio, piedad a nuestra paciencia, amor fraternal a nuestra bondad y amor ágape a nuestro afecto fraternal (2 Pedro 1.5–7).

Pablo nos exhorta «como escogidos de Dios, santos y amados», a renovar nuestro ser interior con entrañable misericordia, benignidad, humildad, mansedumbre, paciencia y amor (Colosenses 3.12–14). No solo debemos querer ser misericordiosos, bondadosos, humildes y pacientes, sino que también debemos estar *haciendo planes* para llegar a ello. Debemos descubrir qué es lo que impide y

qué promueve la misericordia, la benignidad y la paciencia en nuestras almas; y también, hasta donde sea posible, debemos eliminar los obstáculos con respecto a esas virtudes, sustituyéndolos cuidadosamente con aquello que ayude a nuestra semejanza a Cristo.

Muchas personas bien intencionadas, para dar un ejemplo, no triunfan en cuanto a ser bondadosas porque se apresuran demasiado en obtener resultados. La prisa tiene a la preocupación, el temor y la ira como socios íntimos; es un enemigo mortal de la bondad y, por tanto, del amor. Si ese es nuestro problema, nos puede ayudar en gran manera un retiro de un día en soledad y silencio, en el que descubramos que el mundo sobrevive aunque estemos inactivos. Allí podríamos meditar en oración para ver claramente el daño hecho por nuestra falta de bondad y compararlo sinceramente con lo que, si fuera el caso, en realidad hemos adquirido con nuestra prisa. Llegaremos a entender que, en su mayor parte, nuestra prisa se basa realmente en el orgullo, los aires de superioridad, el temor y la falta de fe, y casi nunca en la producción de algo de verdadero valor para alguien.

Quizás terminemos haciendo planes para orar a diario por las personas con quienes tratamos habitualmente. O tal vez decidamos pedirles perdón por ofensas pasadas a aquellos con quienes nos relacionamos. Cualquiera sea el resultado de tal reflexión en oración, podemos estar absolutamente seguros de que nunca volveremos a ser iguales, y que vamos a disfrutar de mayores riquezas respecto a la realidad de Dios en nuestras vidas.

En general, es entonces cuando nos «vestimos de» la nueva persona por medio de actividades normales que están en nuestro poder y cuando nos convertimos en lo que no podríamos ser por medio del esfuerzo directo. Si tomamos en cuenta a Jesús y lo seguimos en lo que hizo cuando no estaba ministrando o enseñando, nos hallaremos encaminados y facultados para comportarnos igual que él cuando estaba «en el lugar».[1]

El rasgo más evidente de quienes profesan a Cristo, pero no crecen en semejanza a él, es su negativa a tomar medidas razonables y probadas por el tiempo para el crecimiento espiritual. Casi nunca encuentro a alguien que muestre frialdad, perplejidad, angustia y fracaso espiritual usando normalmente esos ejercicios espirituales que son evidentes en cualquiera que esté familiarizado con el contenido del Nuevo Testamento.

Como luminares en un mundo tenebroso

Los tres lados del «triángulo dorado» de la transformación espiritual van de la mano. Sin los otros dos, ninguno de ellos nos otorgará un corazón y una vida como la de Cristo. Ninguno puede tomar el lugar de cualquier otro. Pero cada uno, en relación con los demás, sin duda producirá en nosotros cada vez mayor semejanza a Cristo.

En Filipenses 2, el apóstol describe a los tres en una gran declaración: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo» (vv. 12–15).

Cuando aceptamos las tribulaciones y los acontecimientos cotidianos como el escenario en el que recibimos la provisión de Dios, anticipamos con paciencia la acción de su Espíritu en nuestras vidas. Con esperanza, hacemos todo lo posible por encontrar y poner en práctica las maneras en que nuestro ser interior puede asumir el carácter de los hijos del Altísimo. Esta es la senda del cambio radical, cambio suficiente para suplir las necesidades del mundo y preparar a un pueblo para ser la morada de Dios.

CAPÍTULO 5
La clave de las llaves del reino

UN PASTOR ME CONFIÓ QUE LE GUSTABA pasar un rato leyendo el periódico en la mañana, pero sentía que era una irresponsabilidad. Debido a su percibida carga de trabajo, esta era solo una de las muchas cosas a las que se negaba, o de las que se sentía culpable de hacer. El hombre estaba agobiado por la tarea de sacar adelante una pequeña iglesia en circunstancias muy difíciles. Por mucho que se esforzaba, nunca sería suficiente mientras la asistencia no fuera grande y creciente, y mientras no tuviera un edificio ni un flujo de dinero apropiados.

Sin embargo, en realidad la carga interior de ese pastor no era muy diferente en cantidad a la de muchos ministros que prosperan en iglesias más grandes y más «exitosas», ni de la de muchos que no están en el «servicio cristiano a tiempo completo». La necesidad de obtener logros es demasiado grande. Invariablemente, es la vida personal y espiritual del ministro lo que sufre. Y, al igual que médicos, abogados y otros profesionales de hoy, a menudo el individuo llega a sentir fuertemente que las circunstancias en que trabaja están en conflicto con los mismos objetivos por los que ingresó a su profesión en primer lugar. La frustración y la desilusión crecientes van de la mano, junto con una disminución de la fortaleza, la paz y el gozo. Las condiciones y los hábitos de nuestra obra ministerial con frecuencia parecen incompatibles con la vida que Jesús llevó y que sin duda nos ofrece.

Sin embargo, esto no tiene que ser así. Existe una manera de apropiarnos de nuestra situación ministerial concreta y encontrar gozo, fortaleza y visión en el servicio que obviamente caracterizó a Jesús, así como también a muchos de sus compañeros de trabajo y amigos a lo largo de las épocas.

Aquel para quien y con quien trabajamos ha puesto en nuestros corazones las llaves del reino de los cielos (Mateo 16.19). Al margen de siglos de controversia eclesiástica sobre el significado de este pasaje, simplemente debemos entender que nuestra confianza en Jesús como aquel a quien «toda potestad [le] es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28.18), puede convertirse en el acceso práctico a las riquezas del reino. A su vez estas riquezas nos permiten realizar la obra que debemos hacer, y vivir con las fuerzas, el gozo y la paz de Cristo.

Tener las llaves no significa controlar el acceso al reino, como a menudo se cree. Las llaves, en primer lugar, no tienen que ver con el derecho de controlar el acceso, sino con disfrutarlo. Imaginemos a un hombre que tiene las puertas cerradas y las llaves en la mano, ¡pero no entra a la casa! Tener acceso al reino, vivir en él, es lo que importa.

Por tanto, el significado de Mateo 16.19 no es básicamente distinto del de Mateo 6.33: «Busquemos más que cualquier otra cosa actuar con el reino de Dios y tener la clase de bondad del Señor, y todo lo demás que necesitemos será añadido» (paráfrasis). O de Romanos 8.32: «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?». O del conocido Filipenses 4.19: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús».

No obstante, si la abundancia está aquí, suficiente incluso para derrotar las «puertas del infierno», ¿por qué no estamos rebosando de ella? La respuesta es que debemos tener las llaves y usarlas. La abundancia de Dios en nuestras vidas, en nuestras familias, y en nuestros ministerios no se recibe ni se impone de forma pasiva ni nos llega por casualidad. Se afirma y se pone en acción mediante nuestra búsqueda activa e inteligente de esa abundancia. Debemos buscar maneras de vivir y de actuar en unión con el flujo de la vida del reino de Dios, que debería venir a través de nuestra relación con Jesús.

Desde luego, no hay que pensar solo en simplemente hacer las cosas por nuestra cuenta, pero debemos actuar. La gracia está en contra de ganarla, pero no en contra de que nos esforcemos. Y *el esfuerzo bien dirigido, decisivo y sustentado representa la clave en cuanto a las llaves del reino y respecto a la existencia del poder restaurador en el ministerio y en la vida que esas llaves abren para nosotros*.

¿Cuáles son algunas de las prácticas que harán que las llaves, dadas en respuesta a nuestra fe en Jesús como el Mesías, sean eficaces en nuestras vidas como seguidores de Cristo y como ministros? Necesitamos ver fuertemente la mano manifiesta de Dios en lo que somos y en lo que hacemos. Debemos estar seguros de que *Cristo* está jalando y llevando la carga… todo lo cual estamos muy dispuestos a suponer que depende únicamente de nosotros. Debemos entender que él está a cargo del *resultado* de nuestros esfuerzos, y

que el *resultado* será bueno y justo. Y todo esto se incluye en una expresión bíblica: «Día de reposo».

Jesús afirmó que «el día de reposo fue hecho por causa del hombre» (Marcos 2.27). Es decir, que sirve a la vida humana en maneras esenciales. Sin este día la vida no puede ser lo que debería. Por eso es que aparece en los Diez Mandamientos, en el centro de la ley moral. No es algo que debamos hacer porque Dios nos lo ha exigido de manera arbitraria, un aro sin sentido por el que nos haría saltar. Es un regalo para nosotros. Al mismo tiempo nos deja en claro que nuestra vida y nuestro ministerio *también* son sus regalos para nosotros.

El reposo es una forma de vida (Hebreos 4.3, 9–11). Nos libera de la esclavitud de nuestros propios esfuerzos. Solo de esta manera podemos llegar al poder y el gozo de una vida radiante en el ministerio y la obra, lo cual es una bendición para todos aquellos con los que nos relacionamos. Y, sin embargo, el reposo está casi totalmente ausente de la existencia de los cristianos contemporáneos y sus ministerios.

¿Qué es el día de reposo? Bíblicamente es sobre todo un día, una vez a la semana, en que *no trabajamos.* «Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna» (Éxodo 20.9–10). También era todo un año, una vez cada siete, en que el pueblo del pacto de Dios no sembraba semilla, no podaba vides, ni almacenaba la cosecha (Levítico 25.4–7). Y a la pregunta: «¿Cómo vamos a comer en el séptimo año?», Dios contestó: «Entonces yo os enviaré mi bendición el sexto año, y ella hará que haya fruto por tres años» (Levítico 25.21).

Sin duda, el principio moral también se aplica a nuestra vida contemporánea no agraria, aunque nuestra fe será desafiada en gran manera a desarrollar los detalles. En términos prácticos, el reposo simplemente es echar «toda [nuestra] ansiedad sobre él», para descubrir que en realidad «él tiene cuidado de [nosotros]» (1 Pedro 5.7; véase también Salmos 37.3–8). Debemos *usar* las llaves del reino con el fin de recibir los recursos para una vida y un ministerio abundantes.

Tres prácticas o disciplinas espirituales son especialmente útiles para hacer real el reposo en nuestra vida: *soledad, silencio* y *ayuno.* Estas son tres de las disciplinas centrales de abstinencia practicadas durante mucho tiempo por los seguidores de Jesús a fin de ayudarles

a encontrar y mantener en el reino una sólida base que no pueda moverse, tanto en medio de una vida ocupada y productiva como también en una vida de sufrimiento, conflicto y frustración.

Para la mayoría de nosotros no sería posible el reposo sin ejercer los momentos de soledad como una costumbre extensa y habitual. Es decir, debemos tener tiempo a solas, sin contacto con otras personas, en un cómodo ambiente al aire libre o en el interior, sin trabajar. No debemos llevar nuestro trabajo con nosotros a ese tiempo de soledad, o esta nos evadirá… ni siquiera en la forma de estudio bíblico, oración o preparación de un sermón, porque entonces no estaremos solos. Una tarde caminando por un arroyo o en la playa, en las montañas o sentado cómodamente en un cuarto o en un patio son buenas maneras de empezar. Esto debería volverse una costumbre semanal. Después quizás pasemos un día, o un día y una noche, en un centro de retiros donde podamos estar solos. Luego tal vez un fin de semana o una semana, como la sabiduría dictamine.

Al principio esto será bastante complicado para la mayoría de nosotros. Pero no debemos tratar de «hacer algo» para llenar nuestro tiempo. Eso únicamente nos lanzará de nuevo al trabajo. La orden es «no trabajar». Simplemente hagamos espacio. Prestemos atención a lo que nos rodea. Sepamos que no tenemos que *hacer* para *ser*. Aceptemos la gracia de no hacer nada. Permanezcamos así hasta que dejemos de sacudirnos y retorcernos.

La soledad bien practicada acabará con el poder de las ocupaciones, la prisa, el encierro y el aislamiento. Nos daremos cuenta de que después de todo, el mundo no reposa en nuestros hombros. Nos hallaremos, y Dios nos encontrará, de nuevas maneras. El gozo y la paz comenzarán a burbujear dentro de nosotros, procedentes de las cosas y los acontecimientos que nos rodean. La alabanza y la oración nos llegarán del interior de nosotros mismos. Con la práctica, el «ancla del alma» establecida en la soledad permanecerá sólida cuando regresemos a nuestra vida normal con otras personas.

El silencio también nos produce reposo. Silencio significa quietud, libertad de sonidos excepto los naturales como respirar, el canto de las aves, y el viento y el agua en suave movimiento. También significa no hablar. El silencio completa la soledad, porque sin él no podemos estar solos. Permanecemos sometidos a las presiones y demandas de un mundo que nos agota y nos mantiene en

esclavitud, distrayéndonos de Dios y de nuestra propia alma. Lejos de ser una simple ausencia, el silencio permite que la realidad de Dios permanezca en medio de nuestra vida. Es como el viento de la eternidad soplándonos en el rostro. No en vano el salmista declara: «Estad quietos, y conoced que yo soy Dios» (Salmos 46.10). Comúnmente el Señor no compite por nuestra atención. En medio del silencio llegamos a atender.

Cuando dejamos de hablar nos *abandonamos* a la realidad y a Dios. Nos ponemos en posición de atender en vez de ajustar las cosas con nuestras palabras. Dejamos de moldear y negociar nuestro «rodar». ¡Cuánta de nuestra energía se va en eso! Dejemos las cosas como están. Confiémosle a Dios lo que otros piensan.

Por supuesto, hay un tiempo para hablar, como hay un tiempo para estar con otros. Pero no estamos seguros ni somos ricos en conversación y compañía a menos que nuestras almas sean fuertes en la soledad y el silencio. Si hemos oído las buenas nuevas y hemos confiado en nuestro Salvador, él se nos unirá a través de la soledad y el silencio prolongados para estabilizar su amor, su gozo y su paz en nosotros. De modo fácil y profundo, su carácter se volverá nuestro cada vez más. Casi nunca se encuentra una persona que haya hecho gran progreso en la vida espiritual, que en un momento determinado no haya pasado mucho tiempo en soledad y silencio.

Un pastor que ha estado descubriendo todo esto escribe: «Cuando he desacelerado mi vida a través del silencio y la soledad, he descubierto tanto la iniquidad oculta por una vida apurada como el asombro y el deleite que mi Padre tiene en mí. Curiosamente, al practicar disciplinas espirituales en tiempos planificados, mi caminar con Jesús se ha vuelto más espontáneo. Él está presente mucho más tiempo en mi día. He amado mejor a los demás, y he visto progresos venciendo la ira y el deseo de hacer las cosas a mi manera. En pocas palabras, Jesús tiene mayor acceso y control de mi vida. Estoy más en sintonía con la voz apacible del Espíritu».

Ayunar es otra manera probada por mucho tiempo para encontrar nuestro camino al interior de nuestro reposo, donde vivimos y hacemos la obra de la mano de Dios. Al ayunar nos abstenemos del alimento común hasta un grado significativo y por algún tiempo importante. Al igual que la soledad y el silencio, el ayuno no se lleva a cabo para impresionar a Dios o merecer su favor, tampoco porque haya algo malo con la comida. Más bien se hace para que podamos experimentar de manera consciente el

sustento directo de Dios para nuestro cuerpo y nuestra persona integral. Estamos usando las llaves para acceder al reino.

Esta comprensión del ayuno la indica claramente Jesús en Mateo 4.4 (con su referencia a Deuteronomio 8.2–6) y en Juan 4.32–34. El ayuno es, en realidad, un banquete. Cuando hemos aprendido a ayunar bien, no sufrimos haciéndolo. Esto nos produce fortaleza y gozo. No nos sentiremos infelices y, por eso, Jesús nos dice que nuestro aspecto no debe ser lamentable (Mateo 6.16). ¿Estaba él sugiriendo que finjamos una condición de alegría y suficiencia cuando ayunemos? Desde luego que no. Él sabía que «tendríamos carne para comer» de la que «los demás no conocen». Muchos otros y yo podemos informar que varias veces hemos verificado esto por experiencia propia.

Ayunar es una manera de buscar y encontrar el reino real de Dios presente y activo en nuestras vidas. Y puesto que entonces estaremos más inmersos en la realidad del reino, utilizando de modo práctico las llaves, y nuestras vidas alcanzan el carácter y el poder de Jesús. Esto nos asegurará que nuestra obra es la de Dios y que él está procediendo. Aunque actuamos, y a menudo nos esforzamos, después de todo no se trata de nuestra batalla, el resultado está en manos del Señor. No «luchamos» por los resultados.

Otro pastor tuvo esto que decir en cuanto a su experiencia con el ayuno: «De modo sorprendente, después de ayunar es que comencé a darme cuenta de algo proveniente del ayuno. Al terminarlo tuve una sensación más clara de propósito y un sentido renovado de poder en mi ministerio. El enojo que mostraba hacia mi esposa y mis hijos fue menos frecuente, y el materialismo que vaciaba de espiritualidad a mi vida había perdido su asidero». Extraño, tal vez, ¡pero profundo!

Otro pastor comentó: «Ahora suelo ayunar con regularidad antes y durante mis tiempos de predicación. Tengo un sentimiento más profundo de dependencia y del inmenso poder de la palabra hablada. Esto lo ha corroborado la querida persona en mi congregación que dirige el ministerio de grabaciones. Ella dijo que desde enero de este año se han duplicado los pedidos de sermones. “No puedo explicarlo», comentó, «pero sea lo que sea, ¡sigue haciendo eso!”».

La implementación experimental y devota de prácticas como la soledad, el silencio, el ayuno (y de otras apropiadas como el servicio, la comunión, la adoración y el estudio [no hay tal cosa como una *lista* completa de disciplinas espirituales]) sin duda nos

liberará en cuanto a las riquezas de la vida del reino. *Ellas* son la clave de las llaves. No tenemos que vivir bajo la regla general de nuestras circunstancias. Para la mayoría de nosotros representa una prueba considerable de fe asumir el control de cómo esas disciplinas consumen el tiempo. Pero todo depende de nosotros. Y poner en práctica prudente las disciplinas bíblicas y probadas por el tiempo para la vida espiritual, nos llevará pronto a una abundancia de vida que es eterna en calidad y poder.

FORMACIÓN ESPIRITUAL Y DESARROLLO DEL CARÁCTER

CAPÍTULO 6
La formación espiritual en Cristo es para la vida integral y la persona plena

CUANDO LLEGÓ LA CARTA DE INVITACIÓN de Dean George y el profesor McGrath me alegré al ver que se suponía que la conferencia era para «resaltar la coinherencia de la integridad teológica y la vitalidad espiritual».

«Coinherencia» es un término encantador. La idea que transmite es que la integridad teológica y la vitalidad espiritual deben ser propiedades de una misma cosa: la vida individual. Eso es lo que significa coinherencia. Cuando usted deja caer en su café un terrón de azúcar (si suele hacerlo), el hecho de que es cúbico, blanco y dulce son propiedades coinherentes a la misma cosa: el terrón de azúcar.

En el caso de la integridad teológica y la vitalidad espiritual creo que la idea es que en realidad no se puede tener la una sin la otra. Cualquier persona que tenga la una debe tener la otra. ¿Podemos aceptar ese significado? Si lo hacemos, entonces estaremos en problemas reales con nuestras prácticas actuales. Hoy lo más común es que las encontremos, o según se afirma que estas se hallan en sí, separadas una de la otra.

Intentaré aquí abordar algunos de los asuntos que creo más importantes, y tengo ocho puntos que cubrir.[1]

Jesús declaró: «Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quién es semejante. Semejante es al hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca» (Lucas 6.47–48). También manifestó: «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6.46). Y además dijo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mateo 28.18–20). Espero que usted esté de acuerdo conmigo en que Jesús no solo quiere decir que se empapen totalmente mientras pronunciamos las palabras sobre ellos, sino también que «bautizándolos en el nombre» se refiere a rodearlos y sumergirlos en la realidad de la comunidad trinitaria. Y que además debemos mantenernos «enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado». Ese sería un siguiente

paso natural para completar el proceso que Jesús le asignó a su pueblo.

¿Se excusaría a una persona si entendiera estas palabras en el sentido de que Jesús quiere que le *obedezcamos*? La nota perdida en la vida evangélica de hoy no está en primera instancia en la *espiritualidad*, sino más bien en la *obediencia.* Hemos generado una variedad de religión en la que la obediencia no se considera esencial.

Ahora bien, debo advertirle que probablemente aquí voy a decir algunas cosas que lo irritarán, así que por favor tenga piedad de mí. Simplemente seguiré adelante y las diré, y contaré con que el Espíritu de Cristo esté en medio de nosotros y nos ayude. Desde luego, también que me ayude a mí así como a usted. Algunos de mis amigos íntimos me aseguran que en el pasado he estado realmente equivocado en uno o dos puntos, y lo acepto.

Usted podría creer que me equivoco al expresar lo que acabo de decir acerca de la obediencia. Sin embargo, no entiendo cómo alguien puede mirar ingenuamente el contenido de la Biblia y afirmar que Jesús desea para nosotros algo más que la obediencia. Por tanto, mi primer punto es sencillo: la vida en Cristo tiene que ver con la obediencia a su enseñanza. Si no empezamos allí, bien podemos olvidarnos de cualquier espiritualidad característicamente *cristiana.* Tal obediencia se expresa tanto en las palabras grandiosas como en las sencillas. Las primeras: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo». Las últimas, es decir, las sencillas: «Bendecid a los que os maldicen», «ve con él dos [millas]», etc.

Usted podría creer que en la vida común y corriente no encontrará explícitamente las palabras grandiosas y que son un poco más difíciles de alcanzar. Pero sin duda se encontrará con las sencillas. Incluso si solo hace algo como conducir un vehículo en nuestra sociedad, hallará personas que lo maldigan, y tendrá el reto de bendecirlas. «Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa». Y así sucesivamente. Estas son algunas de las palabras «sencillas» de Cristo.

Ahora bien, estar vivo en Cristo es en sí una cuestión *espiritual* (véase Juan 3). Por tanto la vida en Cristo implica esencialmente espiritualidad. Concuerdo con nuestro orador de ayer, a quien le divertía un poco la idea de la espiritualidad. Yo también me he

aventurado en la Internet para examinar el escenario, y casi siempre he querido huir de lo que aparece cuando escribo «espiritualidad» después de «www». ¡Es increíble! Y, por supuesto, allí también podemos encontrar la «espiritualidad cristiana» y, en general en la vida, nos topamos con un mundo raro, muy extraño. Sin embargo, debemos recordar que a pesar de todo eso Dios *es espíritu*, y está buscando a los que lo adoran *en espíritu* y en verdad. Creo que eso significa personas que en lo profundo de su ser, es decir, más allá de toda apariencia en el mundo físico por medio de sus cuerpos, quieren ser transparentes y justos delante de Dios. También hay personas que dedican por completo su ser interior (corazón, voluntad o espíritu humano) a hacer eso.

Dios está buscando tales personas. Y de vez en cuando podría encontrar a alguien que no haya sido guiado perfectamente de forma doctrinal o práctica, pero que *ha estado* buscando al Señor y tratando de adorarlo en espíritu y en verdad. Dios simplemente podría comunicarse con esa persona y animarle el espíritu con el Espíritu Santo. Podría dirigirla hacia sí mismo, mientras que no hay mucha esperanza para quien no esté buscando adorarlo en espíritu y en verdad. Pablo explica en Filipenses 3.3: «Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne». Eso significa que ponemos la confianza en lo espiritual: nuestro espíritu unido con su Espíritu (Romanos 8; 2 Corintios 4, 5).

Pues bien, muchos saben que la «carne», o la naturaleza pecaminosa, aparece en la Biblia más a menudo, no relacionada con «cigarrillos, whisky y mujeres audaces y alocadas», sino con actividades *religiosas.* Cuando Pablo afirma en Filipenses 3.3 que él también tiene motivos para no confiar «en la carne», procede a darnos una lista de *actividades religiosas* que es muy agobiante. Cuando les habla a los corintios de cristianos *carnales*, se está refiriendo a individuos que están riñendo en cuanto a quién es el mejor orador y líder en la iglesia. Este es un pensamiento aleccionador si tenemos en cuenta que hoy tal cosa se da de modo habitual entre nosotros. La carne defiende básicamente lo natural: los talentos de los seres humanos que no tienen ayuda espiritual o divina. Y *en ese sentido* en nuestras actividades religiosas es posible depender por completo de la carne.

No tengo espacio aquí para examinar a fondo todo Romanos 8.1–14, pero le ruego que lo estudie detenidamente: «Ahora, pues,

ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte» (Romanos 8.1–2). Le digo con seriedad que este pasaje *no* trata sobre el *perdón de pecados*. Y, en realidad, debo indicar en este momento que tenemos un grave problema con nuestra hermenéutica evangélica habitual al leer pasajes que *no* tienen que ver con el perdón de pecados como si así fuera, cuando realmente tienen que ver con la *nueva vida* (es decir, la espiritualidad fundamental) en Cristo.

Uno de los más famosos de tales pasajes se halla en Juan 3. Este texto no habla del perdón, sino de la «vida de arriba». Tiene que ver con la vida espiritual. Es acerca de la vida en el Espíritu y de quienes han nacido en el Espíritu. Pues bien, al llegar al final del gran pasaje en Romanos 8.1–14 encontramos: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios». Y al estudiar ese pasaje creo que nos damos cuenta de que Pablo se está refiriendo a un poder que ingresa a nuestra vida, un poder espiritual que viene con la regeneración. Y desde luego que este poder viene de Dios mismo y de todos los instrumentos a su disposición, desde el Espíritu Santo mismo hasta el Cristo resucitado en su reino, el poder de la Palabra escrita, los embajadores angelicales, otros individuos que son herederos de la salvación, así como también a la vida y los tesoros espirituales que están en el cuerpo de Cristo, visible y victorioso.

¿Qué es entonces el *espíritu*? El espíritu es *una realidad y un poder personal no corporal*. De la manera en que se podría esperar, o temer, de alguien que pasa la mayor parte de su tiempo trabajando en el campo de la filosofía, aquí voy a tratar de usar las palabras con mucho cuidado. Una de las cosas que más preocupante me parece en la escena actual es que muchas personas no tienen en absoluto ningún concepto de *espíritu*. Como resultado, para muchos cristianos, Dios se convierte en poco menos que en una gran mancha. Hoy tenemos personas en los círculos «cristianos» que creen en Jesús, pero no en Dios. No tienen una idea suficientemente clara de Dios como para formar una creencia acerca de él. Y gran parte del problema se deriva de la falta de comprensión del tipo espiritual del ser.

Bíblicamente, es Dios quien —en sentido paradigmático— constituye un *poder personal no corpóreo*. Todo lo que es corporal

(el universo físico en conjunto y en parte) viene de él y depende de él. El Espíritu puede *entrar en un cuerpo* y *actuar en él* (como sucede también con el espíritu humano), pero no es *del* cuerpo, incluso en el caso humano. No se deriva de lo físico. Me gustaría tener tiempo para extenderme en este punto y profundizar un poco en la obra filosófica necesaria al respecto, pero aquí simplemente es imposible.

El espíritu es *personal,* no impersonal. Nada como «la fuerza esté contigo» es relevante aquí. Esta es una de las cosas importantes que debemos entender en el contexto de hoy. Por supuesto, la naturaleza personal del espíritu se ve en el nivel más alto y claro en la esencia trinitaria de Dios. Un antiguo escritor puritano solía decir: «Dios es en sí mismo una sociedad placentera». Finalmente la personalidad es comprensible a la luz de la naturaleza trinitaria de Dios. Dios es espíritu; es realidad y poder personal, el poder que obra por medio del pensamiento, la decisión y la evaluación, no una fuerza ciega que se puede manipular con solo encontrar la técnica correcta.

Lo que se ve cuando se descorre el velo de las muchas «espiritualidades» de nuestra época es que estas resultan ser muchas versiones de *idolatría*. No son más que intentos personales de usar medios humanos con el fin de lograr identidad y poder para el individuo. La idolatría se caracteriza porque usamos a Dios a nuestra conveniencia. Por tanto, algunas de nuestras «espiritualidades» de hoy, incluso muchas que llevan el nombre de «cristianas», en realidad son formas de idolatría. Podría contarles varias historias divertidas que ejemplifican esto… no algo «gracioso de lo que uno se ría», sino algo «extrañamente divertido»». Algo tan «gracioso» que nos hace llorar.

Cuando dirigí una actividad en un centro católico de retiros hace algún tiempo, llegó alguien del personal a hacer el siguiente anuncio: «El padre Fulano de Tal estará celebrando sesiones sobre espiritualidad zen en tal y tal horario. Este padre es famoso por *volver a introducir* la meditación budista en la teología católica». ¿Volver a introducir? Muchas personas hoy, en los amplios campos de la espiritualidad, creen de veras que la espiritualidad zen se vio en Jesús y que —por desgracia— se perdió hasta hace poco, cuando algunos la han vuelto a introducir. La espiritualidad zen es una forma de idolatría del yo humano.

Podría ayudarnos en este punto referirme a la reseña impresa

para esta charla. Amablemente me permitieron poner un poco más en la reseña de lo que tal vez se acostumbra. Sin embargo, debemos entender realmente qué es la espiritualidad, y lo hacemos al ponerle atención a la *vida* espiritual. He aquí las palabras impresas:

> *La espiritualidad y la formación espiritual son asuntos de toda una vida. Una «vida espiritual» para el ser humano consiste en esa gama de actividades en que, después de experimentar el nacimiento espiritual por iniciativa de Dios a través de la Palabra, el individuo interactúa de manera cooperativa con Dios y con el orden espiritual («reino») proveniente de la personalidad y la acción de Dios. El resultado es una nueva calidad general de existencia humana con nuevos poderes correspondientes. Un individuo es una «persona espiritual» en la medida en que su vida se integre de forma eficaz en el reino o gobierno de Dios y se encuentre dominada por el Señor. Para el «bebé en Cristo», gran parte de su personalidad encarnada y concretamente socializada no se encuentra bajo la dirección de Dios, por lo que la reintegración de su vida plena bajo Dios aún no se logra.*

Es muy importante que nos aferremos a este lenguaje, porque a menudo la espiritualidad, como se entiende por lo general, se refiere a la *dimensión humana*, no al poder de Dios. A veces incluso se refiere al poder de los demonios y del diablo, porque él también es un ser espiritual, en el sentido ya explicado.

Por el contrario, la espiritualidad, como se ha llegado a usar ahora el término, simplemente se refiere a una *manera de conducir la vida religiosa*.[2] La espiritualidad podría entonces no ser más que un ejercicio de las habilidades humanas. Por eso ahora tenemos espiritualidad cuáquera, franciscana, benedictina y bautista, las que podrían constar o no de actividades y formas de vida en que podríamos participar si no hubiera Dios en absoluto.

Por supuesto, es cierto que hay diferentes maneras de «hacer» religión. Los católicos lo hacen a su modo, los bautistas al suyo, los hindúes al de ellos, etc.; lo cual marca a sus practicantes en formas fácilmente discernibles. Hace unos años abordé un avión en Chicago para ir a Louisville, todos en la nave me parecían bautistas. Hay una forma externa de ser bautista. Bueno, en realidad no puedo indicar cómo se ven los bautistas… no puedo decir cómo es su apariencia. Pero a menudo puedo reconocerlos, porque he estado en ese medio

toda la vida.

Por eso me emociona especialmente estar aquí bajo la foto de Lottie Moon, allá arriba en la cúpula. Ella ha sido parte de mi vida desde que yo era niño: las ofrendas misioneras anuales, la enseñanza acerca de la vida de Lottie Moon, etc. Me gusta verla allí erguida al lado de todos esos hombres. Es grandiosa. Me emociona ser parte de lo que ella es parte. Todo esto se relaciona con la realidad que Pablo les afirma a los corintios: «Tenemos este tesoro en vasos de barro» (2 Corintios 4.7). Es imposible que no tengamos un vaso. Tenemos un vaso bautista, benedictino, cuáquero, etc.

El problema viene cuando confundimos el vaso con el tesoro, porque *el tesoro es la vida y el poder de Jesucristo*. Debemos tener una forma de vida, un vaso, una «espiritualidad», si lo queremos. A ninguno de nosotros se nos concede ser ahora seres totalmente espirituales. Ser corporales y, por ende, sociales es parte de nosotros. Siempre seré el hijo de mis padres. Siempre seré el hijo de Albert y Mamie Willard. Y siempre seré la persona que se educó en la Primera Iglesia Bautista de Buffalo, Missouri, la Primera Iglesia Bautista de Willow Springs, Missouri, y la Iglesia Bautista Shiloh en Rover, Missouri. Agradezco a Dios por todo eso. No obstante, si conformo mi vida a esa espiritualidad (hasta el punto en que podría comenzar a pensar que ser un buen bautista es más importante que ser un buen cristiano, que ser obediente con todo mi ser a Jesucristo) regreso en ese punto a la carne y espiritualmente me desequilibro.

Pues bien, sustituyamos por «bautista» cualquier otra cosa. No importa mucho. Todo es lo mismo si una espiritualidad solo es una manera de llevar la vida religiosa. El problema es que llevar la vida religiosa puede convertirse en algo totalmente cultural. Y podemos idolatrar nuestra cultura religiosa. Existen muchas, muchas maneras de hacer eso. Es importante recordar que *la cultura puede capturarnos y cerrar nuestro acceso a la espiritualidad sobrenatural del reino de Dios*, como lo explican Juan 3 y Romanos 8, por ejemplo.

Lamento decir esto, pero gran parte de lo que llamamos cristiano *no* es una manifestación de la vida sobrenatural de Dios en nuestras almas. Demasiado de lo que llamamos cristiano solo es en realidad humano. Y ahora voy a decir algo realmente terrible, así que prepárese o deje de leer. La iglesia de Jesucristo no está necesariamente presente cuando hay una correcta administración del sacramento y una fiel predicación de la Palabra de Dios. La iglesia

de Dios está presente cuando las personas se reúnen bajo el poder de la vida resucitada de Jesucristo. Es posible administrar los sacramentos y predicar la Palabra de Dios, y hacer simplemente un ejercicio humano. La falta de comprensión de la iglesia en este sentido es uno de los aspectos que crean un problema principal para la integración de la teología y la espiritualidad. Porque, como se resaltó ayer, una mala teología eliminará cualquier perspectiva de una espiritualidad que provenga de la vida en Cristo.

¿A dónde hemos llegado? El primero de mis ocho puntos fue que la vida en Cristo, y por tanto la espiritualidad *bíblica*, tiene que ver con la obediencia a Cristo. Mi segundo punto fue que la vida en Cristo es cuestión del «espíritu». Mi tercer punto fue que la vida espiritual es un asunto de vivir *desde* la perspectiva de la realidad de Dios. Mi cuarto punto es que la espiritualidad cristiana es sobrenatural *porque* la obediencia a Cristo es sobrenatural y no puede lograrse excepto con el poder de una «vida de lo alto».

El deseo de obedecer es el motor que arrastra el tren de la espiritualidad en Cristo. Pero la espiritualidad en muchos círculos cristianos simplemente se ha vuelto otra dimensión del consumismo cristiano. Hemos generado un organismo de individuos que consumen servicios cristianos y que cree que eso es fe cristiana. El consumo de servicios cristianos reemplaza la obediencia a Cristo. Y la espiritualidad es algo más para consumir. Voy a muchas, muchas conferencias y hablo respecto a estos temas, y muy a menudo veo a esas personas que solo están consumiendo más servicios cristianos.

Sin embargo, *debemos* hablar de espiritualidad, lo cual nos lleva de manera natural a dialogar acerca de *disciplinas espirituales*. Las disciplinas espirituales son actividades en las que participamos porque nos permiten realizar lo que no podemos hacer por esfuerzo directo. Cantar himnos, por ejemplo, es una disciplina espiritual importante. No solo me refiero a cantarlos en la iglesia, sino a entonarlos a lo largo de nuestra vida diaria. Debemos decir, bajo este cuarto punto —que la espiritualidad cristiana es sobrenatural y se enfoca en la obediencia a Cristo— que cuando llegamos para cantar nuestros himnos debemos mantener nuestra mente y nuestra voluntad conscientes de lo que estamos cantando. Solo así el resultado será sobrenatural.

Me encanta ese antiguo himno que cantamos anoche: «Acércame más a ti, acércame más a ti, para mirarte en la hermosura de tu amor». Sin embargo, ¿qué significa acercarse más a la

hermosura del amor de Jesús? ¿Qué significa eso en la práctica? ¿Significa tan solo querer de vez en cuando un corazón más cálido, o significa *vivir* en sintonía con el Jesús de la cruz y la resurrección? Creo que significa lo último. Creo que significa unión en acción. *Unión en acción con el Dios trino es espiritualidad cristiana*. De allí es donde la vida extrae su sustancia de Dios. ¡Acércame más a ti! O, «crecer en gracia». ¿Qué significa? Significa obtener más perdón. Volveré a ese punto en un momento.

Mi quinto punto tiene que ver con la *formación espiritual*. Esta se refiere al *proceso* de conformar nuestro espíritu y darle un carácter definido. Significa formar nuestro espíritu en conformidad con el Espíritu de Cristo. Por supuesto, se trata del Espíritu Santo en acción. Pero el enfoque de la formación espiritual es forjar *nuestro* espíritu. (Perdóneme si me equivoco aquí, pero igualo espíritu, voluntad y corazón en el ser humano. Son el mismo componente del ser humano, mencionado en diferentes maneras.) Y si pudiéramos volver a mirar atrás a la reseña en nuestro pequeño folleto, veremos la expresión: «La formación espiritual en Cristo es el *proceso* mediante el cual el ser más íntimo del individuo (corazón, voluntad o espíritu) asume la calidad o el carácter de Jesús mismo». De eso se trata la formación espiritual, y debemos decir algo respecto a por qué ha habido tanto alboroto en cuanto a esta terminología en años recientes.

Desde luego, la formación espiritual no es un tema nuevo dentro de la iglesia en general, pero sí es novedoso en los círculos evangélicos. Creo que esto se debe a que hemos entrado en un tiempo de evidente necesidad de algo nuevo y más profundo. «Discipulado» es una palabra que ha perdido gran parte de su significado debido a la manera en que se la ha usado indebidamente. El discipulado en el aspecto teológico ha llegado a significar preparación para ganar almas, bajo la dirección de esfuerzos paraeclesiásticos que por su cuenta debieron encargarse del discipulado de esas almas debido a que la iglesia local en realidad no lo estaba haciendo. Por otro lado, el discipulado ha llegado a significar una forma de actividad o servicio social; desde servir sopas en líneas para comer hasta hacer protestas políticas y… cualquier cosa. El término «discipulado» actualmente está arruinado en lo que respecta a un sólido contenido psicológico y bíblico.

Otro aspecto que ha producido interés en la formación espiritual es el resquebrajamiento del significado de las diferencias

denominacionales. Es raro encontrar hoy a alguien que crea que su identidad denominacional asegura mucho en el camino a la esencia cristiana. Algunos aun podrían creer que sí, pero representan círculos cada vez más estrechos. Sociológicamente hemos perdido el significado de membresía denominacional. La mayoría de las personas que se confiesan cristianas, evangélicas o no, andan actualmente sin rumbo, de iglesia en iglesia, viendo simplemente la congregación local y su liderazgo como base para elegir su iglesia, no la denominación, y sin duda no a esta por sí sola. La mayoría de los jóvenes en especial no tienen idea de cuáles son las diferencias denominacionales. Hace poco la hija de un conocido le preguntó: «¿A qué cadena pertenecemos?».

Me interesaría mucho saber, por ejemplo, cuántas iglesias bautistas hoy —como sucedía en mi juventud—, si somos miembros de una de ellas, insisten en que vayamos a otra iglesia *bautista* cuando nos mudamos a otra localidad. Espero obtener alguna información al respecto, porque de veras me gustaría saberlo.

Con el resquebrajamiento del lenguaje y la asociación denominacional, en cualquier caso, existe la necesidad de un nuevo lenguaje, y la formación espiritual ha llenado ese vacío para expresar la esencia y la profundidad de nuestro compromiso con Cristo. En realidad, se trata de un lenguaje interdenominacional o no denominacional. Pero lo principal que esto intenta hacer es referirnos a la necesidad de una transformación *interna*, y estadística y anecdóticamente resulta común ahora encontrar que por lo general los cristianos no difieren de modo significativo de los no cristianos en nuestra cultura. Algunos cristianos sí lo hacen. Si examinamos de manera adecuada, descubriremos que hay un grupo de cristianos que difieren radicalmente de los no cristianos, pero ese tipo de compromiso, incluso entre cristianos mismos, se entiende como una clase de opción o lujo espiritual. Así que mi quinto punto es este: la formación espiritual es el proceso mediante el cual el ser interior del individuo asume la calidad o el carácter del mismo Jesús.

Mi sexto punto es que tal proceso no es asunto *solamente* del espíritu o el corazón humano. Debemos tener mucho cuidado en cuanto a cómo hablamos acerca de la persona y sus varias partes. Más aun, la formación espiritual es un proceso de vida integral que trata con el cambio en cada parte esencial del individuo. No funcionamos solo en nuestro espíritu, sino en todo lo que constituye nuestra personalidad.

La formación espiritual no tiene como objetivo controlar la acción. Este es un punto absolutamente crucial y que distingue a la formación espiritual en Cristo de lo que en primer lugar pretenden casi todos los grupos de doce pasos. (¡Sin menospreciar lo bueno que tales grupos obtienen!) Si en la formación espiritual nos enfocamos solo en la acción, caeremos en los legalismos más mortales y mataremos otras almas y hasta a nosotros mismos. Conseguiremos conformidad social. Eso ha sucedido una y otra vez en el pasado, y es donde las varias «espiritualidades» pasadas y presentes comienzan a exigir un terrible precio al centrarse en las actividades y acciones externas, no en la persona interior, no en el «espíritu». Dios está buscando quienes adoren en espíritu y en verdad. No podemos fingir delante de Dios. Debemos recordar que él mira el corazón y que el hombre mira la apariencia externa. Enfocarse solo en la acción es caer en el fariseísmo de la peor clase y matar el alma.

Así que la formación espiritual es un proceso holístico, y para ayudar ahora a captar este punto sugiero que creemos nuestra propia ayuda visual. Tracemos en un papel un círculo del tamaño de una moneda de cincuenta centavos de dólar y escribamos allí las palabras «espíritu», «corazón» y «voluntad». Luego tracemos alrededor otro círculo y denominémoslo «mente», que incluye pensamientos y sentimientos. El tercer círculo es el «cuerpo». El cuarto círculo es las «relaciones sociales». El último círculo es nuestra alma. Por tanto, tenemos espíritu (voluntad), mente (pensamientos y sentimientos), cuerpo, relaciones sociales y alma.[3]

Ahora bien, podríamos meternos en una larga discusión en cuanto a los elementos esenciales del ser humano, pero pido disculpas porque simplemente debo añadir algo. Si queremos dividir al individuo completo en otras formas, adelante. Creo que este pequeño diagrama es una presentación adecuada del yo para puntualizar lo que quiero decir. Y es que *la formación espiritual es un asunto de revisar todos los aspectos del yo*. Esto explica por qué la verdadera formación en Cristo nunca lleva a la *privatización* o el *legalismo*. La formación espiritual no es cuestión únicamente del espíritu o el corazón, ni siquiera del alma ni de la conducta exterior. El espíritu, o corazón o voluntad, conforma el centro ejecutivo del yo. Es de donde, en última instancia, viene la acción; y es absolutamente fundamental. Pero no funciona separado de la mente, del cuerpo, de las relaciones sociales y del alma, ni estos de él.

Funcionan en dependencia mutua. Por tanto, si hemos de tener formación espiritual, debemos obrar en *todos* esos aspectos del ser humano.

Una de las tentaciones más grandes que como evangélicos enfrentamos (por el momento incluyo lo que a veces se llama la corriente carismática de la iglesia) es la idea de que la personalidad y el corazón van a ser transformados por algún tipo de rayo del Espíritu. Lo podemos llamar avivamiento o cualquier otra cosa. Va a venir este gran *auge* y entonces, de repente, seremos transformados en cada aspecto de nuestro ser. No habrá necesidad de un proceso… todo será logrado de manera pasiva e inmediata.

Pero ahora consideremos: cuando el pueblo de Israel entró en la tierra prometida, la primera ciudad a la que se acercaron fue Jericó, cuyos muros, como sabemos, *se derrumbaron*. Pues bien, ¿cuántos otros muros de ciudades se derrumbaron en la conquista de la tierra prometida? ¿Qué tuvieron que hacer los israelitas con esas otras ciudades? Tuvieron que *tomarlas*, ¿no es así? Hoy estamos adormecidos en una falsa pasividad por nuestras enseñanzas básicas acerca de la naturaleza de la salvación y la obra de Dios en nuestras almas. Nos gustaría citar versículos como «separados de mí nada podéis hacer», lo cual es absolutamente cierto. Sin embargo, olvidamos que *si no hacemos nada, lo estaremos haciendo sin él*. Y esto, aunque no es un versículo bíblico, es absolutamente cierto y está confirmado por la enseñanza de la Biblia como un todo.

Hoy nos preocupamos mucho respecto a la actividad humana; y tenemos vocablos como «sinergia», que en algunos círculos teológicos es una mala palabra. Pero si tomamos esa ruta tendremos dificultades ante el llamado del discipulado, o en el lenguaje de Pablo, el llamado a «despojarnos del viejo hombre y vestirnos del nuevo». Lo que debemos entender es que la formación espiritual es un proceso que implica la transformación de todo el individuo, y que todo el individuo debe estar *activo con Cristo* en la obra de formación espiritual. La transformación espiritual a la semejanza de Cristo no va a ocurrirnos a menos que actuemos. Volveré a eso en solo un momento cuando concluya con mi octavo punto, el cual trata con algunas cuestiones problemáticas.

Mi séptimo punto consiste en ilustrar cómo la transformación de estos variados aspectos del yo humano afectan nuestros poderes en general. Pensemos por un momento en el pensamiento, el cual es una subdimensión de la mente. Pues bien, si vamos a ser

transformados espiritualmente, debemos serlo también a nivel del pensamiento. Recordemos lo que Pablo afirmó en Romanos 1: «Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios» (v. 21). Francamente, lo que eso significa es que no podían pensar en Dios y en lo que él es. Si *nosotros* estamos en el trono de nuestra vida, no querremos pensar en Dios, porque después de todo él es *Dios*, y no habrá espacio tanto para él como para alguien más en el trono de nuestras vidas. Y cuando los seres humanos no glorifican a Dios, como declaró Pablo, entonces Dios pone frente a ellos un terrible destino.

Dios no es agresivo… por ahora, en todo caso. Él no va a agobiarnos si no lo queremos. Nos concede el poder de sacarlo de nuestra mente. Y si queremos tenerlo, tendremos que buscarlo. Bueno, comprendo que en cierto sentido él ya nos está buscando, y no debemos desechar eso, pero malinterpretamos cuál es nuestra parte y cuál es la de Dios. Él está listo para actuar. Está actuando. Nosotros no estamos esperando por Dios; y si eso no lastima demasiado nuestra teología, él está esperando que respondamos. Sabemos que aquí nos topamos con un problema. Como a menudo suelo indicar, hoy no solo somos salvos por gracia, estamos *paralizados* por ella. Predicamos una hora acerca de que no podemos hacer nada para ser salvos y luego, cantamos cuarenta y cinco minutos, tratando de hacer algo para ser salvos. Eso confunde, por decir lo menos. Tenemos realmente en nuestra teología un problema con la actividad y la pasividad. No puedo comenzar a tratar con todo eso aquí, pero simplemente estoy llamando la atención sobre ello.

Tenemos que pensar en *obrar con Dios* en cuanto al contenido de nuestra mente. David declara en Salmos 16.8: «A Jehová he puesto siempre delante de mí». Mantengo al Señor *siempre* delante de mí. *He* puesto siempre al Señor delante de mí. ¿Qué le decimos a David? ¡Sinergia! ¡Funciona! «A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido». He aquí *nuestra* acción en el centro de ese gran salmo mesiánico, del que me gustaría tener tiempo para hablar, porque dice mucho acerca de la formación espiritual.

¿Cómo hacemos entonces para ubicar siempre al Señor delante de nosotros? La *memorización de la Biblia* es absolutamente básica para la formación espiritual. Si yo tuviera que elegir (y por supuesto que tengo que hacerlo) entre todas las disciplinas de la vida

espiritual y tomar solo una, elegiría la memorización de la Biblia. No sería pastor de una iglesia que no tuviera un programa de memorización bíblica, porque esta es una manera fundamental de llenar nuestras mentes con lo que estas necesitan. «Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley» (Josué 1.8). ¡Allí es donde lo necesitamos! En nuestra boca. Ahora bien, ¿cómo tenemos la Palabra en nuestra boca? Memorizándola. A menudo les señalo a las personas cuántos problemas se habrían eliminado si hubieran estado susurrando las Escrituras. A nuestro amigo Bill Clinton le hubiera ido mejor con eso. Susurrar la Biblia. Debemos meditar en ella día y noche. ¿Qué significa eso? Guardarla y, por tanto, tener a Dios delante de nuestra mente todo el tiempo. ¿Puede alguien imaginar de veras tener algo mejor que guardar en la mente? ¡No! «Acontecerá que si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos […] vendrán sobre ti todas estas bendiciones» (Deuteronomio 28.1–2).

Suelo decirles a las personas que puedo darles un versículo que vale más que cualquier educación universitaria, se trata de Josué 1.8. Les garantizará la vida que solo en sueños vagos pueden tener. ¿Cómo funciona? Bien, a menudo uso frases de Salmos 23, por ejemplo. En un día determinado puedo renovar en mi mente a cada instante las palabras: «Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre». O en un día particularmente difícil puedo usar: «Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores». Ese solo es un ejemplo de cómo poner al Señor en todo momento delante de nosotros.

Mucho más podría decirse en cuanto a los efectos de transformar el ámbito de nuestros pensamientos. Pero volvamos por un momento a la esfera de la sensibilidad en nuestra personalidad: muchas personas viven llenas de ansiedad, enojo o desprecio. Llenan sus vidas de resentimiento. Voluntariamente atestan sus vidas de lujuria. Nuestra cultura nos estimula en todo instante a ella. No solo por sexo, aunque desde luego el sexo sigue siendo una de las cuerdas más poderosas de jalar a fin de captar nuestra atención y llevarnos a la acción, y constantemente tenemos una demanda dominante en este campo.

Sin embargo, nuestra responsabilidad es cambiar todo eso en formación espiritual. Después de todo, no se trata de la ley de la gravedad. Tenemos que cambiar nuestros sentimientos (por supuesto con la ayuda de Dios). Si José hubiera llenado su mente de

pensamientos románticos o hubiese pensado en su gratificación sexual con la señora Potifar, ella se habría quedado con él y no solo con su túnica (Génesis 39.7–12).

Cuando escuchamos historias de hombres y mujeres que, como ellos dicen, han caído, espero que nos demos cuenta de que lo más triste no es solo que cayeron, sino lo que ha estado en sus mentes todo el tiempo, tal vez por muchos años o incluso todas sus vidas. Ese es el escenario en el que se debe hacer la obra de formación espiritual. No solo se trata de controlar la acción. Ese es el error de los fariseos.

Pensemos por un momento en la formación espiritual en el campo de las relaciones sociales. Muchísimo se puede decir aquí. Sin embargo, pensemos en una sola cosa: en las personas que por la gracia de Dios en sus relaciones con los demás han cultivado *la vida de siervo*. Estén donde estén y hagan lo que hagan, viven como siervos.

Usted recordará que Jesús declaró: «Yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lucas 22.27). Y también afirmó: «El que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos» (Marcos 10.44). A propósito, es terrible ver esto recomendado solo como otra *técnica* para triunfar en el liderazgo. Jesús no estaba ofreciendo técnicas para un liderazgo exitoso. Nos estaba diciendo *quién es la persona grandiosa*. Es quien está al servicio de todos. Ser siervo cambia la relación con todo el mundo. ¿Qué cree que le haría esto a la tentación sexual si usted se considerara a sí mismo como siervo? ¿Qué cree que le haría a la codicia? ¿Qué cree que le haría a la sensación de resentimiento porque no obtuvo lo que creía merecer? Se lo diré. Desaparecería la carga.

Estas son solo unas cuantas ilustraciones de cómo ocurre la transformación general del yo en el proceso de formación espiritual. Me gustaría tener tiempo para hablar también del alma y el cuerpo, porque cada uno de ellos tiene su propio papel central en la formación espiritual. También tienen como objetivo transformar el yo, todo el individuo. Pero ahora debo concluir. Mi séptimo punto, en caso de que no lo haya captado, era que el propósito de la formación espiritual es la transformación del yo, y eso funciona a través de la transformación de la mente, los sentimientos, las relaciones sociales, el cuerpo y el alma. Cuando trabajamos en *todos* esos campos, la transformación del espíritu (corazón y voluntad) en gran medida, aunque no totalmente, se ocupará de sí misma.

Tal vez ahora yo simplemente podría preguntar cuánto de nuestros esfuerzos personales, así como de nuestros esfuerzos ministeriales y de enseñanza, están enfocados en la transformación espiritual en este sentido integral. A fin de acentuar el punto a menudo lanzo este reto: No conozco una denominación o iglesia que tenga como meta enseñar a su gente a hacer todo lo que Jesús dijo. No me refiero a un capricho o un anhelo, sino a un *plan*.[4] Le pregunto sinceramente, ¿está esto en *su* programación? ¿Está enseñando a los discípulos rodeados de la realidad trina a hacer todo lo que Jesús dijo? Si ese es su objetivo, sin duda va a encontrar una manera de conseguir integridad teológica junto con vitalidad espiritual. Sin embargo, mientras lo hace, tanto su teología como su espiritualidad resultarán refrescantes y fuertemente modificadas.

Mi octavo y último punto trata simplemente con algunos asuntos que siempre surgen. En primer lugar, *gracia y obras*. ¿No es la «formación espiritual» realmente otra expresión para «obras»? Sí, es de lo que estamos hablando si usted quiere preguntar: «¿Voy a tener que hacer algo?». Usted no puede ser alguien que solo ocupa un lugar el domingo en la iglesia y al mismo tiempo participar en la formación espiritual a semejanza de Cristo. Tiene que comprometer toda su vida con el discipulado a Jesucristo, si eso es lo que quiere decir con obras. Pero por otra parte, nada funciona como lo hace la verdadera fe o la confianza en Dios.

Gran parte de nuestro problema *no* es, como a menudo se dice, que no hayamos logrado bajar a nuestro corazón lo que está en nuestra cabeza. Mucho de lo que nos estorba es que hemos tenido un montón de teología errónea en nuestra cabeza que *ha* bajado a nuestro corazón, y que está controlando nuestra dinámica interior en tal manera que la cabeza y el corazón no pueden, incluso con la ayuda de la Palabra y el Espíritu, enderezarse mutuamente.

¿Puedo de modo sencillo darle este mensaje? La gracia no se opone al esfuerzo, se opone a tratar de obtener las cosas. Conseguir u obtener algo es una actitud. El esfuerzo es una acción. Como sabemos, la gracia no solo tiene que ver con el perdón y los pecados. Muchas personas *no* saben esto, y ese es uno de los principales resultados de acortar el evangelio a la teoría de la justificación, lo cual ha sucedido en nuestro tiempo. He oído a dirigentes evangélicos decirle a la congregación que la gracia solo tiene que ver con la culpa. Mucha gente entiende hoy la justificación como el único resultado esencial del evangelio, y el evangelio que predican

es (y se oye esto una y otra vez por parte de dirigentes presentadores de la fe evangélica) que los pecados pueden ser perdonados. ¡Eso es todo!

Al contrario, me atrevo a decir que el evangelio de todo el Nuevo Testamento es que se puede tener nueva vida ahora mismo en el reino de Dios si se confía en Jesucristo; no solo en algo que hizo, o en algo que dijo, sino que se puede confiar en toda la persona de Cristo en todo aquello con lo que tiene que ver… lo cual es absolutamente todo. «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2.5). Si a usted le gustaría disfrutar de la gracia consumidora, simplemente lleve una vida santa. El verdadero santo utiliza gracia como un 747 utiliza combustible al despegar. Conviértase en el tipo de persona que usualmente hace lo que Jesús hizo y dijo. Consumirá mucha más gracia cuando lleva una vida santa que la que consumirá cuando peca, porque todo acto sagrado que usted realice tendrá que ser confirmado por la gracia de Dios. Y esa confirmación significa totalmente el favor inmerecido de Dios en acción. Esa es la vida de regeneración, resurrección *y* justificación, que es absolutamente vital para que nuestros pecados sean perdonados. Pero la justificación no es algo *separable* de la regeneración. Además, la regeneración conduce naturalmente a la santificación y la glorificación.

Por otra parte, si predicamos un evangelio que solo tiene que ver con el perdón de pecados, estaremos como vivimos hoy: estancados en una posición en que tenemos fe aquí y obediencia y abundancia allá, y ninguna manera de ir de aquí para allá, porque el puente necesario es el discipulado. Si hay algo que deberíamos saber ahora es que *un evangelio de justificación sola no genera discípulos*. El discipulado es una vida aprendiendo de Jesucristo en cuanto a cómo vivir ahora en el reino de Dios, según lo hizo él mismo. Si queremos ser personas de gracia, llevemos entonces una vida santa de discipulado, porque la única forma en que podemos hacer eso está en una dieta firme de gracia. Las obras del reino viven de la gracia.

El segundo tema es el *perfeccionismo*. La gente se preocupa rápidamente por esto cuando tomamos en serio la formación espiritual y, sin duda, con alguna buena razón. Pero la mayoría de nosotros no tendría que preocuparse con la perfección al menos por algunos meses. Sin embargo, sé que muchas personas en los círculos evangélicos están más desencantadas con el perfeccionismo que lo que lo están respecto a la gente que continúa en pecado. Pues bien,

solo para que conste, hasta donde sé todos tenemos que mejorar mientras vivamos.

Me encanta esta cita de San Agustín:

> *Si alguien supone que al hombre, viviendo como aún lo hace en esta vida mortal, podría serle posible disipar y despejar toda oscuridad inducida por fantasías corporales y carnales, y obtener la más serena de las luces de la inmutable verdad, y de manera constante y sin vacilar adherirse a esta con una mente totalmente alejada del curso de la vida actual, ese individuo no entiende ni lo que pide ni a quién está poniendo en tal suposición […] Si alguna vez se ayuda al alma a llegar más allá de la nube con la que toda la tierra está cubierta (cp. Ecclus. XXIV, 6), es decir, más allá de esta oscuridad carnal con la cual toda la vida terrestre está cubierta, simplemente es como si el individuo fuera tocado con un brillo rápido, solo para volver a hundirse en su enfermedad natural, sobreviviendo al deseo por el cual podría volver a ser levantado a las alturas, pero con una pureza insuficiente que lo establezca aquí. Sin embargo, mientras más pueda cualquier persona hacer esto, más grande es, y mientras menos pueda hacerlo, menos es.*[5]

No importa cuánto progresemos, siempre habrá en nosotros un carbón sometido y brillante que posiblemente si se le sopla con viento adecuado, estallará en una llama de iniquidad. Pero eso no tiene que ocurrir. En cuanto a las personas que abogan por continuar en pecado, debo preguntarles: «¿Está planeándolo?». A veces parece que lo están. Por eso mi tercer tema es este: *no podemos tener un evangelio que solo trate con el pecado*. Debemos tener un evangelio que nos lleve a la nueva vida en Cristo, y entonces la espiritualidad se puede presentar como un desarrollo natural de esa nueva vida. Pero si dividimos entre justificación y regeneración en una manera tal que el evangelio se limite *solamente* a que «crea que Jesús murió por los pecados y usted irá al cielo cuando muera», estamos atascados en una teología que es esencialmente resistente a la espiritualidad vital. Bueno, por favor, no me malinterprete: esa declaración es estrictamente cierta, pero tenemos que llegar a aceptar que es necesario «creer que Jesús murió por los pecados» en una manera que no involucre la idea de «creer a Jesús en todo». El evangelio es nueva vida por medio de la fe en Jesucristo. Si no predicamos eso, entonces no habrá posibilidad de una espiritualidad

que sea teológicamente sana o una teología que sea espiritualmente vital.

El cuarto y último tema bajo mi octavo punto es *la inevitabilidad del proceso serio a lo largo del tiempo*. No podemos seguir esperando que nos caiga un rayo y que de esto salgamos resplandeciendo con espiritualidad. Quiero leer solo unas palabras que son típicas; las mismas ciertamente provienen de un escritor carismático. No me gusta ese lenguaje, porque en realidad no creo que haya tal cosa como un cristiano no carismático, pero esa es una historia diferente. He aquí lo que el hombre expresa quejándose por el estado del movimiento carismático. Él afirma: «El movimiento carismático de hoy está muy lejos de ser malo, pero igualmente está muy lejos de ser bueno». Y si se me permite decirlo, eso es cierto en cuanto al movimiento evangélico en general. El hombre sigue preguntando: «¿Qué se debe hacer? Creo que la respuesta empieza con un fuego espiritual fresco. El fuego que consuma la necesidad juvenil de reconocimiento humano. El fuego que arda sin la invitación de la cultura estadounidense. Un fuego que absorba la carnalidad. Dejemos que las llamas se eleven hasta que nos recuerden que Jesucristo es la fuerza más dinámica que alguna vez liberaremos en medio de una sociedad decadente. Fuego nacido en la oración, que nos adiestra con armas».

Bueno, perdóneme, pero creo que esa es la esencia de lo inútil que es hablar de este modo. Y estas palabras acerca del movimiento carismático se pueden trasladar al evangélico. Generalmente expresado, el bautismo en el Espíritu, las experiencias espirituales, los actos sublimes de adoración y otras experiencias de adoración *no transforman el carácter*. Sencillamente no lo hacen. Soy alguien que ha tenido experiencias gloriosas, y que les debe mucho. Ellas tienen un papel especial en la vida espiritual. No hablo de las experiencias que he tenido porque creo que son algo entre el Señor y yo, y en todo caso deben ser conocidas por sus efectos. Significan mucho para mí, pero *no* me han transformado el carácter.

Usted u otras personas deben ser los jueces de cuánto se está transformando mi carácter, si eso en alguna manera es de algún interés, pero desde mi punto de vista puedo decirle que la transformación del carácter llega al aprender cómo actuar en armonía con Jesucristo. *El carácter se forma a través de la acción, y se transforma a través de la acción*, incluidas las disciplinas planeadas con cuidado y sustentadas por la gracia. Entrar a la senda

de la obediencia a Jesucristo, tratar de obedecerle y de aprender cualquier cosa que debamos saber a fin de obedecerle, es el verdadero camino de la formación o la transformación espiritual.

Debemos tener en cuenta muchos momentos clave y profundos. No quiero perderme ninguno de ellos. Los aprecio, y a veces cuando llego al final del Padrenuestro, después de haber tenido una maravillosa sesión con este modelo de oración (puedo pasar horas y sumergirme en él) no quiero decir: «Amén», sino: «¡Viva! ¡Gracias a Dios! ¡Tuyo es el reino! ¡Tuyo es el poder! ¡Tuya es la gloria! ¡Por siempre!». El «amén» es simplemente demasiado blando.

Espero que su vida esté llena de momentos en que pueda exclamar: «¡Viva!». Todos deberíamos tenerlos, pero estos momentos no nos transforman. Lo que nos transforma es la voluntad de obedecer a Jesucristo, a partir de una vida que día a día sea una con la realidad resucitada de él, aprendiendo a mostrar obediencia a través de la transformación interior.

Pablo entendía esto muy bien. Cerramos con sus palabras a los colosenses (3.1–4): «Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria».

¿Cuál es el próximo paso? ¿Lo sabe alguien? Es este:

Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno (Colosenses 3.5–10).

Qué increíble y arrollador cambio de mente es este:

Donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de

humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales (Colosenses 3.11–16).

Y entonces viene el gran versículo 17, que explica sólidamente el punto de nuestra charla, la naturaleza de la vida integral de nuestra formación espiritual en Cristo: «Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él».

CAPÍTULO 7

Formación espiritual en Cristo

Una perspectiva sobre lo que es y cómo podría hacerse

«…hasta que Cristo sea formado en vosotros».
—Gálatas 4.19

«FORMACIÓN ESPIRITUAL» ES UNA FRASE QUE recientemente se ha disparado en labios y oídos de cristianos protestantes de manera tan repentina, que puede inquietar a una persona razonable. Si en realidad es algo tan importante, por no decir esencial, ¿por qué entonces es tan reciente? Debe ser tan solo otra moda pasajera en la religiosidad protestante, cada vez más cohibida y amenazada por «no suplir las necesidades de las personas». Y realmente, ¿no es la formación espiritual simplemente algo un poco demasiado «católico» como para que los protestantes puedan estar cómodos con ella?

Podríamos olvidar la frase «formación espiritual», pero el hecho y la necesidad de ella es algo con lo que tendríamos que seguir tratando. El lado espiritual del ser humano, llámese cristiano o no, se *desarrolla* hacia la realidad en que este se convierte, para bien o para mal. Todo el mundo recibe formación espiritual, así como todo el mundo obtiene educación. La única pregunta es si esa formación y esa educación son buenas o malas. Debemos tomar cartas en el asunto de modo consciente e intencionalmente trabajar en el proceso de desarrollo. Debemos entender qué es la formación del espíritu humano y cómo puede concretarse de la mejor forma en que Cristo lo habría hecho. Este es un aspecto indispensable acerca del desarrollo de una psicología que sea adecuada para la vida humana.

Creo que la razón de la nueva y abrupta aparición de la terminología respecto a la formación espiritual en la vida religiosa es una creciente sospecha o comprensión de que no hemos actuado bien en cuanto a la realidad y la necesidad. Hemos contado con la predicación, la enseñanza y el conocimiento o la información para crear fe en el oyente, y hemos contado con la fe para forjar la vida interior y la conducta exterior del cristiano. Pero por alguna razón, esta estrategia no ha salido bien. El resultado es que tenemos multitudes de cristianos profesantes que muy bien podrían estar listos para morir, pero obviamente no están listos para vivir, y que casi no se pueden llevar bien con ellos mismos, mucho menos con los demás.

La mayoría de las medidas estadísticas y las descripciones anecdóticas de los cristianos evangélicos, por no mencionar a los cristianos en general, muestra un notable parecido en la textura vital tanto de cristianos como de incrédulos. Incluso entre el clero, el simple descanso en Cristo y la obediencia a él no es algo que se asuma sin indicaciones especiales; por tanto, deberíamos examinar con cuidado todo el asunto de la formación espiritual, especialmente para identificar la esencia del evangelio y el tipo eterno de vida que le correspondería a esta cuestión.

Con demasiada frecuencia a la formación espiritual se le considera como algo de una categoría general que transmite poca información específica. Gerald G. May escribe: «La formación espiritual es más bien una idea general que se refiere a todos los intentos, los medios, las instrucciones, y las disciplinas destinadas a la profundización de la fe y la promoción del crecimiento espiritual. Incluye actividades educativas y también el proceso más íntimo y profundo de dirección espiritual».[1]

Por eso es útil hablar de formación espiritual distinguiendo tres significados o momentos diferentes. Primero, al identificar ciertas actividades como obra o ejercicio espiritual se podría pensar en la *formación espiritual como preparación en estas actividades espirituales especiales.* Desde luego, esto es gran parte de lo que en muchos casos se entiende como «formación sacerdotal», o como la formación espiritual del sacerdote, según se menciona en la literatura católica, con el reconocimiento de que esta formación va más allá de la conducta manifiesta y muy hondo en la vida interior o espiritual del individuo.

La contraparte protestante es la conducta externa del ministro, pastor, líder o trabajador cristiano exitoso a tiempo completo. Se puede pensar en la formación espiritual como la capacitación que hace a los individuos tener éxito en los papeles antes mencionados. Aunque se reconoce que el corazón debe ser recto, si alguien triunfa suficientemente en ciertas condiciones externas es muy probable que no se le haga ninguna investigación posterior. Y si se sabe que algo falta en lo interior o la vida privada del obrero, como a menudo ocurre entre los miembros de un personal cristiano, esto muy bien podría pasarse por alto o justificarse «por el bien del ministerio».

De vez en cuando también se encuentran aquellos que opinan acerca de la formación espiritual en términos de practicar disciplinas espirituales. Este es un acontecimiento relativamente reciente entre

evangélicos. Las disciplinas se consideran parte del proceso de formación espiritual (lo que no es del todo una mala idea) o como la práctica de la espiritualidad, y a la formación se le considera todo aquello que se necesita para llevarnos hacia donde podamos comprometernos correctamente a llevar una vida de disciplinas espirituales. Sea como sea, una manera de pensar respecto a la formación espiritual es identificarla por medio de referencias a determinadas prácticas religiosas. Es común que hoy se denomine a tales prácticas como «espiritualidad».

En segundo lugar, a la formación espiritual se le puede considerar como la *conformación de la vida interior, el espíritu, o el lado espiritual del ser humano.* La formación del corazón o la voluntad (lo cual creo que es mejor tomar como el espíritu) del individuo, junto con las emociones y el intelecto, es por tanto el objetivo principal, independientemente de las prácticas que puedan estar implicadas o no. Aquí lo que se forma es explícitamente la dimensión espiritual del yo. Hablamos de *formación espiritual* en este caso precisamente debido a que aquello que se forma (el tema conformado a debatir) es el aspecto espiritual de la personalidad. Por supuesto, se supone que habrá efectos en el ámbito de la práctica manifiesta.

En tercer lugar, la formación espiritual puede considerarse como una *conformación por parte del espíritu o el reino espiritual, y por parte del Espíritu Santo así como de otras formas espirituales* implicadas en el reino de Dios, en especial la Biblia. Hablamos aquí de formación espiritual porque el *medio* (o agente) que conforma la personalidad y la vida humana es espiritual.

Ahora bien, debemos reconocer que la formación espiritual en todos estos sentidos no necesariamente es una formación espiritual *cristiana.* Las espiritualidades abundan por todas partes, y estamos llegando a toda prisa al punto en que tenemos una espiritualidad de prácticamente todo. Un reciente comercial de televisión para cierto tipo de camiones empieza con un hombre diciendo que un camión es «algo espiritual», y continúa hablando del significado especial que le da a la vida.

A fin de conservar la integridad, creo que la espiritualidad es el escenario en que específicamente la fe y la práctica cristiana tendrán que luchar con desesperación en los años venideros. Todas las demás «espiritualidades» se presentan como iguales bajo lemas tales como «interreligioso» y «ecumenismo», términos que cada vez más

se aplican a todas las culturas religiosas, no solo a las distintas ramificaciones del cristianismo.

Los programas de doce pasos, a menudo portadores de gran bien desde el punto de vista de la evidente necesidad humana, en la actualidad están haciendo mucho por instaurar sólidamente espiritualidades anticristianas, o al menos no cristianas, en medio de las congregaciones y las vidas cristianas. Además, la presión por el inclusivismo presupone que todas las culturas son iguales, ¿y cómo puede ser esto a menos que las religiones correspondientes también lo sean? Por otra parte, si los estilos de vida son iguales, ¿no lo deben ser *moralmente*? ¿Y cómo podemos criticar cualquier religión que se practica según esos estilos de vida si son moralmente iguales?

¿Cómo entonces hemos de pensar acerca de la formación espiritual en una manera que sea fiel al evangelio y a la naturaleza de esa vida eterna que está presente en Cristo y que se nos otorga con él?

Comencemos con las prácticas y el comportamiento evidentes. La formación espiritual *en Cristo* está orientada a la obediencia explícita a Cristo. El lenguaje de la Gran Comisión en Mateo 28 deja en claro que nuestro objetivo y la descripción de nuestra función como pueblo de Cristo es llevar *discípulos* al punto de la obediencia a «todas las cosas que os he mandado» (Mateo 28.20). Desde luego, esto supone que nosotros mismos estemos en obediencia, tras haber aprendido *cómo* obedecer a Cristo. Aunque la dinámica interna está en mostrar amor a Cristo, él no dejó ninguna duda de que el resultado estaría en guardar sus mandamientos. «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él» (Juan 14.21).

Gran parte de la desgracia del cristianismo occidental en cuanto a cómo cumplir con nuestro llamado como pueblo de Cristo se deriva del hecho de que el objetivo y la medida de la formación cristiana, según se describió anteriormente, no se aceptan ni se implementan. Desde luego, este ha sido el caso durante mucho tiempo, y se remonta a siglos. Sin embargo, podría ser que el desafío del mundo moderno para la iglesia no se haya igualado desde su nacimiento.

Frente a este desafío no conozco ninguna denominación o congregación que tenga un plan concreto ni la práctica de enseñar a las personas a guardar «todas las cosas que os he mandado». Muy

pocas incluso consideran esto como algo que en realidad deberíamos tratar de hacer, y muchas de esas denominaciones o congregaciones piensan que simplemente es imposible hacerlo. No es de extrañar entonces que sea difícil identificar una versión específicamente cristiana de formación espiritual entre los cristianos y sus instituciones. A medida que nos alejamos de la marca establecida por la Gran Comisión encontramos cada vez más difícil diferenciar nuestro *tipo de vida* de la de aquellos que no son cristianos o que son anticristianos.

Bueno, por supuesto que la formación espiritual en este sentido no se puede llevar a cabo centrándose solo en acciones o prácticas. Eso lleva a legalismo, fracaso y muerte, como dejara muy en claro Jesús en su «Sermón del Monte» (Mateo 5.20). Pero esto no quiere decir que debamos renunciar al objetivo conductual establecido por el mismo Cristo. Enseñamos a las personas a guardar «todas las cosas» conformándoles sus corazones al amor a Cristo y sus mandamientos, y adiestrándoles toda su personalidad (alma, mente, cuerpo e incluso ambiente hasta cierto punto) para que se ponga al nivel de su nuevo corazón o espíritu, que es el elemento creativo del yo al que también llamamos voluntad. *Desear* (*querer hacer el bien;* Romanos 7.18) no solo es importante, es inevitable. Pero la *persona* actúa, y más hay en la acción que en el deseo.

En realidad, el espíritu o el corazón podría estar dispuesto (Mateo 26.41), pero a menos que la carne o la personalidad encarnada como un todo esté entrenada para acompañarlo o apoyarlo, el movimiento complementario por medio de la acción no ocurrirá, o no sucederá de modo fiable, o incluso podrá estar en conflicto directo con el espíritu o el deseo: «Lo que aborrezco, eso hago» (Romanos 7.15). Aunque el espíritu o el corazón es la fuente suprema de vida (Proverbios 4.23), no *vivimos* allí. Vivimos en nuestro cuerpo y su mundo. La formación espiritual cristiana actúa *desde* el espíritu o la voluntad y a partir de su nueva vida «de arriba». Pero su obra no se lleva a cabo hasta que nos hayamos despojado del viejo yo y nos hayamos vestido del nuevo yo (Efesios 4; Colosenses 3).

Este es un proceso activo, no pasivo, que requiere nuestra participación lúcida e implacable; no resultará por sí solo. Sin embargo, no podemos obedecer a Cristo, ni siquiera confiar en él, por esfuerzo directo. ¿Cuáles son entonces los medios indirectos que nos permiten cooperar en la remodelación de la personalidad

(sentimientos, ideas, procesos e imágenes mentales, y la profunda disposición de alma y cuerpo) de modo que todo nuestro ser esté preparado para ir a la par con los movimientos del corazón regenerado que está en nosotros mediante la influencia de la palabra del evangelio que a su vez se encuentra bajo la dirección y la energía del Espíritu Santo?

Estos medios son principalmente las disciplinas para la vida en el Espíritu: soledad y silencio, oración y ayuno, adoración y estudio, comunión y confesión, y otras similares. Estas disciplinas en sí no son meritorias ni incluso obligatorias, sino específicamente necesarias. No obstante, permiten que el espíritu o la voluntad (un poder infinitesimalmente pequeño en sí mismo, con el que no podemos contar para llevar nuestras intenciones en justicia determinada y eficaz) dirijan el cuerpo en contextos vivenciales en que todo el yo se reestructura internamente para seguir al espíritu ansioso a una obediencia más plena. Este es el segundo significado o momento en la formación espiritual cristiana.

Los procesos de formación espiritual así entendidos requieren un conocimiento cabal, preciso y comprobable del ser humano. La comprensión psicológica y teológica de la vida espiritual deben ir de la mano. Ninguna de ellas está completa sin la otra. Una psicología que sea cristiana, en el sentido de un entendimiento comprensible de las realidades de la vida y el crecimiento espiritual, debería ser una prioridad máxima para los discípulos de Jesús, en particular para quienes trabajan en los varios campos de la psicología y que la consideran una disciplina intelectual y práctica. Ninguna comprensión del ser humano puede ser adecuada en teoría o práctica si no se ocupa de la vida espiritual.

Por supuesto, la formación espiritual en el segundo momento solo obra debido al tercer y último momento: la formación *por medio* del Espíritu de Dios en Cristo. Esto viene inicial y principalmente a través de la inmersión en y por la constante aplicación de (Juan 8.31; 15.7) la *Palabra* de Cristo, su evangelio y sus mandatos, que son inseparables de su persona y su presencia. Él declaró: «Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Juan 6.63). Además, es el movimiento del Espíritu en la formación espiritual de la personalidad individual lo que trasforma las raíces del comportamiento a través del alma y el cuerpo del creyente. Esto va más allá de simplemente oír y recibir este mensaje. Por tanto, cuando nos hemos vestido de la nueva persona (y debemos *actuar*

para hacerlo, ya que nadie puede hacerlo por nosotros) descubrimos un desbordamiento del carácter de Cristo en nosotros, lo que después de todo es el fruto del Espíritu.

A menudo los movimientos del Espíritu Santo en la personalidad encarnada son hechos identificables y tangibles. Con frecuencia vienen en forma de «palabras» individualizadas de Cristo para sus aprendices que están participando en la vida del reino. Él es nuestro maestro vivo, y no permanecemos dormidos mientras andamos con él. La formación espiritual en Cristo no es simplemente un proceso inconsciente en el que los *resultados* podrían observarse aunque aquel que obra en nosotros permanezca oculto. Experimentamos de veras sus obras. Las *buscamos,* las esperamos y agradecemos por ellas. Estamos comprometidos de manera consciente con él en los detalles de nuestra existencia y nuestra transformación espiritual.

Sin embargo, no es la inmediatez de tales experiencias lo que nos indica que es el Espíritu de Dios en Cristo quien nos está formando. Más bien, la prueba, si no el bienestar, yace en la persona en que nos convertimos y en los hechos que emanan de nosotros. Al árbol se le conoce por su fruto. Cuando el Espíritu que nos forma hace que amemos a Jesucristo por sobre todo y que andemos según su ejemplo y sus obras (1 Pedro 2.21–23), cuando nos mantiene en *obediencia,* entonces sabemos que es el Espíritu por medio del cual somos formados (2 Corintios 3.17). Y con ese conocimiento como nuestro marco, también podremos consolarnos con el sentimiento inmediato de los movimientos del Espíritu en nuestras personalidades, vidas y entornos.

La formación espiritual en Cristo se consigue, y la Gran Comisión se cumple, cuando el alma regenerada realiza su más elevado empeño por vivir en los mandamientos de Cristo, y en consecuencia hace planes realistas para llevar a cabo su intención mediante un curso adecuado de disciplinas espirituales. Desde luego, nadie puede obtener este objetivo por sí mismo, no obstante, nadie *tiene que* hacerlo. Dios nos da a otros como parte del peregrinaje, y Cristo nos acompañará en cada paso del camino. «He aquí yo estoy con vosotros todos los días», es lo que prometió Jesús, y eso es exactamente lo que está haciendo.

Debemos dejar de usar el hecho de que no podemos *ganar* la gracia (ya sea para justificación o para santificación) como una excusa para no desear enérgicamente *recibirla*. Después de haber sido hallados por Dios, nos convertimos en buscadores de la vida

cada vez más plena en él. La gracia es contraria a que la ganemos, pero no a que nos esforcemos. Las realidades de la formación espiritual cristiana son que no seremos transformados «a su semejanza» mediante más información, ni solo por medio de inyecciones, inspiraciones o ministraciones. Aunque todos esos aspectos tienen un lugar importante, no son suficientes, y confiar en ellos tan solo explica el fracaso muy común en los cristianos comprometidos de no ascender muy por encima de cierto nivel de decencia.

En el centro del ser humano está la voluntad, el espíritu y el corazón. Este núcleo se encuentra formado nuevamente, y dispuesto a conformar la vida entera, solo mediante el *compromiso.* En primer lugar, el compromiso implica actuar con Cristo según su ejemplo y sus mandamientos, pues él declaró: «Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad» (Juan 14.15–17). El compromiso debe ser lo primero, seguido por el ayudador en lo que concierne a la obediencia; cuando intentamos, fallamos y aprendemos, nos comprometemos con las disciplinas espirituales. Al hecho de intentar le añadimos capacitación de por vida. Reconocemos que lo acostumbrado religiosamente, es decir, la rutina recomendada para un «buen» miembro de iglesia, no es suficiente para suplir la necesidad del alma humana. El problema de la vida es demasiado radical como para que esto sea la solución. Nos dedicamos a actividades más apropiadas a nuestra condición de vida actual, y adecuadas para transformar todo el ser mediante la gracia, permitiendo que la intención de vivir los mandamientos de Cristo pase del deseo a la acción.

La formación espiritual cristiana entendida de esta manera es automáticamente ecuménica e inclusiva en el sentido de que los así formados, aquellos que viven en obediencia a Cristo, estén por tanto unidos y se destaquen como iguales en su obediencia. El contenido de la obediencia es lo único que puede superar las divisiones impuestas por las diferencias incrustadas en doctrina, ritual y herencia. La lámpara que está encendida en la vida obediente *resplandecerá*. La ciudad ubicada sobre la colina *no* podrá ocultarse. La obediencia de todo corazón a Cristo mediante el Espíritu es una realidad tan radical, que quienes la viven perciben de forma automática la unidad que nunca se podría lograr por esfuerzos directos. Esto no se consigue por esfuerzo, sino por lo que *somos*:

«Compañero soy yo de todos los que te temen» (Salmos 119.63).

Hace algunos años el ecumenismo trató de centrarse en la confesión de Cristo como Señor. Poco resultó de ello porque, según la forma a la que hemos estado acostumbrados por la historia, las actitudes y las acciones de la vida real se quedaron al margen de tal profesión. Sin embargo, la verdadera obediencia a Cristo como Señor podría transformar por completo la vida común y reunir a aquellos discípulos que caminan junto con Cristo dondequiera que sus vidas toquen. Los cristianos que están juntos en los contextos naturales de la vida se identifican de inmediato entre sí debido a su tipo radicalmente distinto de vida, la clase de vida eterna que de modo manifiesto fluye de ellos. Su simple falta de cooperación con la maldad que los rodea los atrae como imán al hierro. Ninguna otra de las demás diferencias tendría algún significado dentro de la unidad de la obediencia a Cristo, quien está presente en su pueblo.

Pues bien, por desgracia las otras diferencias (culturales, sociales, denominacionales y hasta personales) son las que gobiernan la desunión de aquellos que a pesar de todo se identifican como cristianos. En general, el poder de esas diferencias actúa de manera tangible cuando los cristianos profesantes de diferentes grupos se juntan. En realidad, no puedo imaginar que esa desunión continuaría si todos se centraran en la verdadera obediencia a Cristo. Establezcamos la clara intención e implementación de este objetivo, y todo lo demás sigue. Sin eso, ¿qué importa realmente lo demás? Desde luego que el cielo importa, y obtenerlo sin duda no depende de conseguir la madurez en Cristo. Pero planear basándose en esto como un curso de acción, o enseñarlo como el patrón cristiano normal, es algo muy diferente que difícilmente puede recomendarlo alguien que en realidad haya puesto su confianza en Cristo.

Creo que la adecuada *exclusividad* cristiana también será controlada en gran medida por la formación espiritual cristiana centrada en la obediencia a Cristo por parte de una personalidad transformada. Esto tendrá la exclusividad del «Dios que contesta por fuego». Dejemos, si es posible, que las demás espiritualidades sean iguales a la que florece en obediencia a Cristo, y permitamos que los demás sean los jueces. «Porque la roca de ellos no es como nuestra Roca, y aun nuestros enemigos son de ello jueces» (Deuteronomio 32.31).

El verdadero problema afín con la exclusividad es si el cristiano tiene de veras una relación con Dios, una presencia divina, que los

no cristianos no poseen. Aparte de la formación espiritual cristiana como se describe aquí, creo que hay poco valor en reclamar exclusividad para el camino cristiano.

La comprensión de esto puede verse reflejada en el actual abandono masivo de la exclusividad del cristianismo que está ocurriendo ahora entre los cristianos occidentales, en especial en sus centros académicos. ¿Por qué insistir en la exclusividad del cristianismo si todo no es más que una forma cultural? Pero dejemos que la realidad de la formación espiritual cristiana llegue a su plenitud, y la exclusividad se encargará de sí misma. Si la bruja y el hechicero, el budista y el musulmán, pueden caminar de veras en una santidad y un poder iguales a los de Jesucristo y sus seguidores fieles, no hay nada más que decir. Sin embargo, Cristo mismo, y no el cristianismo como una forma de cultura humana, es la norma por medio de la cual tanto «nosotros» como «ellos» deben medirse (Hechos 17.31).

Tal vez esta beneficiosa ocasión en la vida de un importante centro de formación evangélica sea una oportunidad para preguntarnos: ¿Somos serios y realistas en cuanto al asunto de la formación espiritual cristiana medida por el amor incondicional de Jesucristo, y especificada por nuestra «descripción de trabajo» en la Gran Comisión? ¿Cómo se relaciona nuestra labor, lo que *realmente* hacemos, con el encargo que él nos ha dejado? ¿Cuánto de lo que sucede en nosotros, en nuestras asambleas locales, y en nuestras escuelas está dictaminado solo por la «vana manera de vivir […] de [nuestros] padres» (1 Pedro 1.18)?

Supongamos que debemos participar en la planificación de la zona cero, planificación que, armada con la mejor comprensión teológica y psicológica, considera únicamente el objetivo sin intentar salvar o justificar lo que ya está en su lugar por medio de esfuerzos anteriores. ¿Cuánto de lo que hacemos se omitiría? ¿Y cuánto de lo que ahora omitimos se haría, si *lo único* que intentamos hacer es lograr que nosotros mismos y otros guardemos «todas las cosas que os he mandado»? Esta pregunta sin duda expone de forma individual a cada uno de nosotros, así como a todos nuestros programas e instituciones, ante aquel que dijo: «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6.46).[2]

CAPÍTULO 8
El espíritu está dispuesto, pero…
El cuerpo como herramienta de crecimiento espiritual

LA FORMACIÓN ESPIRITUAL ES EL PROCESO a través del cual aquellos que aman a Jesucristo y confían en él adquieren eficazmente su carácter. Cuando este proceso es lo que debería ser, tales seres viven cada vez más como él lo haría si estuviera en lugar de ellos. La conformidad exterior que exhiben ante el ejemplo y las instrucciones de Jesús se elevan hacia la plenitud, a medida que sus fuentes internas de acción adquieren el mismo carácter de Cristo. Llegan a participar más y más en la visión, el amor, las esperanzas, los sentimientos y los hábitos del Maestro.

Este proceso de «conformación a Cristo», como podríamos llamarlo de manera más apropiada, es apoyado constantemente por la gracia, pues de otro modo sería imposible. Sin embargo, por supuesto que no es pasivo. La gracia se opone a que *la ganemos*, no a que nos esforcemos. Es más, nada inspira y resalta el esfuerzo como la experiencia de la gracia.

No obstante, hoy es necesario aseverar con valor y con frecuencia que *llegar a ser como Cristo no es algo que ocurre sin una acción intensa y bien documentada de nuestra parte.* Esto a su vez no puede sustentarse fuera de un compañerismo de igual parecer. Nuestras iglesias serán centros de formación espiritual solo cuando entiendan lo que es la semejanza a Cristo, cuando de manera convincente y solidaria la comuniquen a otros a través de la enseñanza y el ejemplo.

El cuerpo y la vida espiritual

Tal vez el aspecto menos comprendido del progreso en lo concerniente a la semejanza a Cristo es *el papel del cuerpo en la vida espiritual.*

Casi todos estamos muy conscientes de la manera en que los incesantes clamores de nuestros cuerpos derrotan nuestras intenciones de «ser espirituales». El apóstol Pablo explica que «el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis» (Gálatas 5.17). Y, por lo general, las palabras de Jesús, «el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil» (Mateo 26.41), se aceptan como un veredicto final sobre cómo debe ser la vida humana hasta que escapemos del cuerpo por medio de la

muerte.

Por otra parte, si el cuerpo está simplemente *más allá* de la redención, entonces la vida común y corriente también lo está. Muchos cristianos parecen preparados para aceptar esto, al menos en la práctica. Pero entonces la formación espiritual se vuelve realmente imposible. Tal situación sería una derrota de importantes proporciones para la causa de Cristo y nunca podría reconciliarse con el llamado a *vivir* de modo piadoso que de principio a fin impregna la Biblia y resuena con la bien arraigada necesidad humana de vivir como deberíamos.

Nos alegra entonces encontrar enseñanzas bíblicas acerca del cuerpo y su carne directamente contrarias al punto de vista «sin esperanza». Jesús es el testigo principal para la unidad de la carne y el espíritu delante de Dios. Sin embargo, mucho antes de su entrada en la historia el salmista declaró que su cuerpo anhelaba a Dios (Salmos 63.1), que su «corazón y [su] carne cantan al Dios vivo» (84.2), e invitó a toda carne a bendecir el «santo nombre [de Dios] eternamente y para siempre» (145.21).

El profeta Joel predijo el momento en que el Espíritu de Dios se derramaría sobre toda carne (Joel 2.28–29). Esa profecía comenzó a cumplirse el Día de Pentecostés (Hechos 2.16–21). De este modo, la imagen del cuerpo y la carne hallada en los escritos de Pablo se encuentra en el más marcado de los contrastes con el punto de vista sin esperanza del cuerpo, al cual se le presenta como un templo habitado por el Espíritu Santo, no destinado a ser usado para pecar «sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo» (1 Corintios 6.13).

A través del poder de Dios que resucitó a Cristo de los muertos, Pablo nos expresa: «Vuestros cuerpos son miembros de Cristo» (1 Corintios 6.15). Nuestros cuerpos ni siquiera nos pertenecen, sino que han sido comprados por Cristo, que les otorga una vida «de lo alto» y nos abre el camino «para glorificar a Dios en nuestros cuerpos» (1 Corintios 6.20). Por tanto, podemos presentar nuestros «cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios», lo que llega a ser nuestro «culto racional» (Romanos 12.1).

Naturaleza humana

A fin de entender el papel (tanto negativo como positivo) del cuerpo en la vida espiritual, y en la vida en general, debemos tener una perspectiva más profunda de la naturaleza de la personalidad, el carácter y la acción del ser humano.

Todos crecemos en ambientes que nos enseñan a hablar, pensar,

sentir y actuar como quienes nos rodean. «¿A dónde va Vicente? A donde va la gente», reza el proverbio popular. Este es el mecanismo por el cual se forma la personalidad humana, que en gran medida es para bien. Pero también introduce en nosotros hábitos de maldad que impregnan toda la vida humana. Los patrones humanamente normales de responder a «los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida», de los cuales el apóstol Juan afirmó que provienen «del mundo» (1 Juan 2.16), se apoderan de los niños pequeños a través de su participación en las vidas de quienes los rodean. Las costumbres pecaminosas se convierten en sus hábitos, *después* en su decisión y, por último, en su carácter.

El mismo lenguaje que los niños aprenden a hablar incorpora la profanación de Dios y del prójimo. Los pequeños llegan a identificarse y a ser identificados por otros a través de estas prácticas. Lo que es malo y destructivo se hace sin que se piense en ello. Lo malo que se hace parece muy «natural», mientras que lo bueno que se debe hacer se vuelve forzado y antinatural en el mejor de los casos, en especial si se lo hace porque es correcto. Se puede observar esto en casi cualquier niño de diez años que actúa libremente con sus compañeros o que vive en el entorno familiar.

Los textos del Nuevo Testamento por lo general usan la palabra «carne» para referirse al cuerpo humano formado en los caminos del mal y en contra de Dios. No es que el cuerpo humano sea malo como tal, ni siquiera los deseos, que son creaciones buenas de Dios, capaces de servirlo y glorificarlo, según ya hemos visto. Pero al estar conformados por la familia, el vecindario, la escuela y el trabajo en un contexto impío de vida, o que está contra Dios, dichos cuerpos constituyen una estructura generalizada de maldad. El deseo entonces se convierte en «las pasiones pecaminosas» que actúan «en nuestros miembros» (Romanos 7.5). Nuestros propios cuerpos están prestos a pecar, solo esperan la ocasión. Así le dijo Dios a Caín: «El pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él» (Génesis 4.7). La situación llega a ser tan mala que Pablo declara: «Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien» (Romanos 7.18).

Cuando llegamos a la nueva vida en Cristo, nuestros cuerpos y su deforme sistema de deseos no pasan automáticamente al lado de Jesucristo, sino que siguen oponiéndosele. De vez en cuando puede ocurrir un cambio extraordinario, como el total alivio de una adicción. Pero esto es muy poco frecuente, y *no* es cierto que

mediante el nuevo nacimiento los hábitos pecaminosos se desplacen generalmente de nuestras partes corporales y nuestra personalidad.

Santiago nos recuerda «que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte» (Santiago 1.14–15). Pedro nos exhorta: «Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma» (1 Pedro 2.11). Pablo nos advierte: «Si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Romanos 8.13). En otra parte habla así de él mismo: «Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado» (1 Corintios 9.27). Todas estas declaraciones se relacionan con cristianos de mucho tiempo.

La semejanza a Cristo debe planificarse

Cierto es que todo esto parece extraño en el contexto religioso de hoy. Es un simple hecho que en nuestros días la tarea de llegar a ser como Cristo casi nunca se toma como un objetivo serio que se deba planificar y que, por lo tanto, se trate con la realidad de nuestra personalidad encarnada. He preguntado en muchos grupos eclesiales y paraeclesiales cuáles son sus planes para hacer morir o *mortificar* «cualquier cosa que pertenezca a su naturaleza terrenal» o carne (véase por ejemplo Colosenses 3.5). *Ni una sola vez* he tenido una respuesta positiva a esta pregunta. En realidad, mortificar o hacer morir cosas no parece que sea el tipo de actividad en que podríamos sorprender a los cristianos de hoy. Sin embargo, allí está, en el centro de las enseñanzas del Nuevo Testamento.

Por otro lado, cuando Jesús enseñó en cuanto al discipulado dejó en claro que nadie podía ser siervo del cuerpo y sus exigencias, y al mismo tiempo triunfar en su curso de entrenamiento. Este es el significado de lo que él afirmó acerca de negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz, perder nuestra vida por él y su evangelio (Mateo 10.39; 16.24–26), y renunciar a todo por seguirlo (Lucas 14.25–35). Es el mismo tema tratado por Pablo: «Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (Gálatas 5.24). El apóstol pone en contraste a quienes hacen de sus vientres un dios (Romanos 16.18; Filipenses 3.19), siendo los «vientres» el centro corporal del deseo.

Desde luego que solo a fuerza de voluntad no se pueden vencer

los endurecidos patrones de los deseos. Más bien, es al poner por fe nuestro ser corporal en subordinación a Cristo que experimentamos una nueva presencia en nuestros miembros, llevándolos a las cosas buenas de Dios y permitiendo que las viejas fuerzas corporales retrocedan hasta el fondo de la vida a donde pertenecen. Por tanto, es realmente «por el espíritu» que hacemos «morir las obras de la carne». Por supuesto, los deseos naturales y mi propio cuerpo permanecen conmigo, pero ahora como siervos de Dios y de mi voluntad para servirle a él, no como mis amos.

Nuestra parte en esta transformación, además de la fe y la esperanza constantes en Cristo, es usar determinada y estratégicamente nuestros cuerpos a fin de reeducarlos, reemplazando las «propuestas de pecado en nuestros miembros» con las propuestas de Cristo. Así es como tomamos nuestra cruz cada día. Así sometemos nuestros cuerpos, como un sacrificio vivo, y ofrecemos las partes de nuestros cuerpos «a Dios como instrumentos de justicia» (Romanos 6.13).

Cuando el esfuerzo directo falla

Desde luego, a veces la sumisión a Dios es simplemente hacer lo que le agrada. Ese siempre es nuestro objetivo final. Pero con frecuencia nos resulta imposible hacerlo por esfuerzo *directo.* A menudo cuando llegamos a hacer lo bueno, *ya* hemos hecho lo malo, porque a esto es a lo que estaba «dispuesto» nuestro cuerpo. La intención por sí sola no puede ser suficiente en la mayoría de las situaciones en que nos encontramos. Debemos estar «en forma». De lo contrario, normalmente tratar de hacer lo bueno resultará muy tarde, o estará totalmente ausente. En vez de eso, nuestros esfuerzos e intenciones deben llevarse a cabo mediante la *preparación* que deje a nuestros cuerpos *dispuestos* a hacer lo que Cristo haría, mucho antes de que surja la situación. Tal entrenamiento lo proporcionan las *disciplinas para vivir en el Espíritu.*

Ahora bien, una *disciplina* es una actividad a la que nos dedicamos con el fin de llegar a ejecutar lo que no podemos hacer por esfuerzo directo. Las disciplinas son necesarias en todos los aspectos de la vida, incluso el espiritual. De ahí que Jesús dirigiera y llevara a sus discípulos a disciplinas para la vida espiritual: ayuno, oración, soledad, silencio, servicio, estudio, comunión, etc.

Por ejemplo, Jesús les advirtió a sus amigos más íntimos que saldrían huyendo como conejos asustados cuando sus enemigos llegaran a capturarlo. Los discípulos negaron eso de manera enfática

y sincera. Pero el cuerpo tiene una vida propia que supera con creces lo que sabemos de nosotros mismos. La disposición que tenían en sus cuerpos no apoyaría su intención. Jesús, desde luego, lo sabía.

Cuando llevó a Pedro, Santiago y Juan al huerto de Getsemaní para que lo apoyaran en la lucha que tenía, se quedaron dormidos. Jesús los despertó y les informó cómo podían tener éxito con sus buenas intenciones, las cuales él no cuestionó. ¿Cómo iban a morir por Jesús si ni siquiera podían permanecer despiertos con él durante una hora? Por eso les dijo: «Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil» (Mateo 26.41). Jesús trató de ayudarlos a entender cómo sus cuerpos estaban influyendo en ellos y qué podían hacer para mantenerlos alineados con sus espíritus. «Velar», o estar alerta a lo que estaba sucediendo, y orar con él era algo que ellos podían haber hecho. Sin duda, participar con Jesús en los impresionantes acontecimientos del huerto los *habría* fortalecido, de modo que más tarde no habrían fracasado en cuanto a permanecer con él. Al final resultó que lo que había en sus cuerpos y almas (miedo a la muerte y vergüenza) permaneció intacto, y la «tentación» los venció.

Pues bien, en general hoy las enseñanzas de Jesús se ven como muy «duras» solo porque nuestras personalidades encarnadas están formadas *contra* ellas. Tomemos por ejemplo su enseñanza en Mateo 5.22, respecto a que no debemos andar insultando a otros, llamándolos «fatuos» (es decir, «imbéciles», o algo peor). He conocido a muchos «cristianos fieles» que usan un lenguaje vil y despectivo hacia otros que no actúan muy bien en medio del tráfico, en el trabajo, o incluso en el ambiente del hogar. Ellos afirman: «Así soy yo», o «no puedo evitarlo».

De igual modo, podemos observar la mirada intencional y lujuriosa de la que Jesús habla en Mateo 5.28, o el contraataque con palabras o con el puño del que habla más adelante en este capítulo, o la religiosidad practicada por conveniencia que él trata en el capítulo siguiente. Ninguna ley de la naturaleza intima a dar una respuesta «fácil» y desobediente en esas situaciones. Simplemente se trata de un hábito alojado en nuestros cuerpos, y desde luego los hábitos siempre tienen poderosas justificaciones.

Ahora bien, supongamos que decidimos aprender a hacer lo que Jesús dice que deberíamos hacer en estos casos. Supongamos por ejemplo que deseamos entrenarnos para bendecir y orar por cualquier individuo que en medio del tráfico hace algo que nos pone

en peligro o nos desagrada. En lugar de llamar tonta, estúpida o algo peor a tal persona, vamos a usar palabras de bendición y a dejar que de nuestros corazones brote buena voluntad hacia los demás. ¿Podríamos hacerlo? Por supuesto, si damos los pasos apropiados. No existe una ley natural que nos haga asesinar la humanidad de otros.

Cómo podemos cambiar

¿Y *cómo* lo haríamos? En primer lugar, comencemos reconociendo el bien que vamos a hacer y pidamos la ayuda de Dios. En segundo lugar, comencemos a practicar controlar nuestra lengua, en lugar de tratar de no insultar a las personas *cuando* nos afecten. No, empecemos más atrás de la situación en que nos enfocamos. Posiblemente demos un paso fuera del reino de las palabras sin hablar durante un período de veinticuatro horas, estando incluso en silencio con la televisión y la radio apagadas. Esto quizás requiera que entremos en soledad por un buen tiempo.

Consideremos que todo esto es algo que hacemos con nuestros cuerpos. Los reubicamos y reorientamos en nuestro mundo. Aprendemos una nueva relación para nuestros cuerpos… específicamente los oídos y la lengua. Tal cosa influye de forma dominante en nuestros corazones, mentes y almas, puesto que nos ofrece la oportunidad de explorar nuestro mundo en silencio y hallar nuestro lugar apropiado allí. A su vez nos permite obtener perspectiva en cuanto a por qué usamos el acostumbrado lenguaje sucio e insultante.

Esto desde luego se debe a que tal forma de proceder nos da una sensación de poder sobre los «imbéciles», sensación que yace en un continuo ataque a las personas. Dicha perspectiva se abre luego a mejores maneras de ver lo que en realidad está sucediendo en el tráfico o en cualquier otra parte… realmente en la vida. De repente vemos cuán «explotador» es nuestro comportamiento patético y descubrimos alternativas atractivas. Ahora incluso podemos comenzar a desarrollar el hábito de bendecir, porque vemos la bondad de esto y sabemos que somos capaces de permanecer en silencio, donde hallamos la presencia de Dios. Las palabras de Santiago se vuelven muy significativas: «Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse» (Santiago 1.19).

Entramos a *cada una* de las enseñanzas de Jesús eligiendo comportamientos diferentes que sean relevantes, hallando el espacio (haciendo los arreglos) en nuestras vidas para ponerlos en práctica, y

volviendo a visualizar la situación en el nuevo espacio conductual que incluye a Dios. La interacción entre los nuevos usos del cuerpo y el reposicionamiento interior en cuanto al contexto es esencial. Aprender a hacer lo que Jesús enseñó no es tan solo un cambio mental sin ayuda de un uso modificado del cuerpo, porque el comportamiento y la vida no son mentales.

La mirada lujuriosa también es una conducta corporal, se basa en un comportamiento corporal. Nosotros elegimos asumir esa posición y esa actitud. Millones de individuos afirman que no pueden detenerla, al igual que aquellos que justifican sus ataques verbales a otros. Pero en realidad solo es un hábito de falta de moderación. Puede romperse fácilmente cuando se desea con ahínco. No tenemos que mirar las partes del cuerpo de otros; podemos alejar nuestros pensamientos de la lujuria si cultivamos hábitos castos en cuanto a nuestros pensamientos y actitudes. Practicar las disciplinas del estudio, la meditación y el servicio adecuadas, por ejemplo, puede romper el hábito de la lujuria, según muchos han establecido por experiencia. Aquí también el uso y el entrenamiento del cuerpo es el lugar en que la fe se encuentra con la gracia a fin de lograr la conformidad a Cristo.

Lo que encontramos entonces es que en el cuerpo tenemos nuestro poder *directo.* Se trata del pequeño «paquete de energía» que Dios nos ha asignado como campo para nuestro desarrollo y nuestra libertad. Nuestras vidas dependen de nuestra dirección y de cómo las manejemos. Pero el cuerpo puede adquirir una «vida propia», regida por tendencias conductuales sin tener en cuenta nuestras intenciones conscientes. En nuestro mundo caído esta vida se encuentra influida por el mal, de modo que no tenemos que *pensar* para hacer lo que es malo, pero sí *debemos* pensar, planear y practicar (y recibir gracia) si hemos de tener éxito en hacer lo que es correcto.

Sin embargo, Cristo nos muestra cómo hacer que el cuerpo —que antes se oponía— ahora apoye la nueva vida que él nos concede: «el Espíritu» está ahora en nosotros. Él nos llama a participar en los *ejercicios* que sustentan su propia relación con el Padre. En realidad, tales prácticas (soledad, silencio, estudio, servicio, oración, adoración) ahora son los escenarios en los que nos disponemos a unirnos periódicamente con él y su Padre para ser sus estudiantes o discípulos en el reino viviente.

Algunos podrían creer que es extraño que todas esas prácticas —

las disciplinas para la vida en el Espíritu—, sean conductas corporales. Pero no puede ser de otro modo. Aprender la semejanza a Cristo no es algo pasivo. Es un compromiso activo con Dios y en Dios. Y actuamos a través de nuestros cuerpos. Además, este compromiso corporal es lo que sienta la base en los miembros de nuestros cuerpos para que estén dispuestos a la santidad, lo que cada vez más reduce la disposición al pecado, de modo que «ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Filipenses 1.20–21).

Lectura adicional

Foster, R. *Celebración de la disciplina* (Peniel, 2008). Un clásico contemporáneo sobre las disciplinas para la vida espiritual.

McGuire, M. «La religión y el cuerpo: Rematerialización del cuerpo humano en las ciencias sociales de la religión». *Journal for the Scientific Study of Religion* 29 (1990), pp. 283–96. Una excelente introducción a las interpretaciones académicas y filosóficas del papel del cuerpo en la personalidad, con bibliografía.

Taylor, J. *Holy Living and Holy Dying*, Clásicos de la serie Espiritualidad Occidental (Paulist, 1992). Muchas otras ediciones. Instrucciones prácticas sobre el uso del cuerpo para el crecimiento espiritual por parte de un gran cristiano del siglo XVI.

Willard, D. *El espíritu de las disciplinas* (Editorial Vida, 2010). En especial los capítulos 1 al 7, que tratan con puntos básicos en una teología y soteriología del cuerpo.

CAPÍTULO 9

Cómo vivir según la visión de Dios

Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.
—Jesús (Juan 12.26)

SI USTED VA A ASÍS, ENCONTRARÁ GRAN CANTIDAD de personas que hablan mucho de San Francisco, varios monumentos dedicados a él y un sinnúmero de negocios prósperos dedicados a la venta de recuerdos alusivos. Sin embargo, no encontrará a alguien que lleve en sí mismo el *fuego* que llevaba Francisco. Sin duda allí habrá muchas personas buenas, pero que no tienen el carácter de Francisco, ni hacen las obras de ese hombre, ni tienen sus efectos.

Lo que resulta cierto en este caso es que no se trata de algo particular. Más bien, este es simplemente uno de los ejemplos más evidentes de una tendencia general de la vida humana, así como de la vida espiritual. Sucede en el mundo profesional, comercial, gubernamental, educativo y artístico: una persona con gran inspiración y habilidad emerge y se eleva muy por encima de sus orígenes y sus entornos. Podría tratarse de un rey de Israel, un Sócrates, un San Antonio o San Francisco, un Martín Lutero, un George Fox o un Juan Wesley. En cada uno de estos individuos hay un… bueno, un «algo especial».

Ellos en realidad *son* diferentes, y esa diferencia explica por qué tienen tanta influencia, y por qué sus movimientos e instituciones crecen tanto. Es como si estuvieran en otro mundo desde el cual ejercen extraordinaria influencia en este mundo… mientras Dios actúa con ellos. La organización de las actividades de esos individuos se desarrolla y otras organizaciones giran alrededor de ellos mientras cantidades de personas talentosas son atraídas a dichos sujetos y viven siguiendo sus pasos. No obstante, estas otras personas (por lo general, pero no siempre, con muy buenas intenciones) no llevan en su interior ese «fuego» o ese «algo especial». La misión o las misiones que se han puesto en marcha empiezan a diferenciarse sutilmente de la visión que tuvo el fundador, y al poco tiempo la institución y su propia misión se han convertido en la visión.

Esto también sucede en los medios seculares. Arthur Andersen era un hombre íntegro como la roca, con una visión nítida de la

contabilidad como profesión. Levantó una magnífica empresa de contabilidad basada en fuertes principios morales. Pero con el tiempo las personas que dirigían la empresa se obsesionaron con obtener dinero y éxito, y después con ayudar a que los clientes también consiguieran dinero y tuvieran éxito, pero sin hacerlos responsables (hacer que rindieran cuentas) ante los bienes públicos a los que todos profesaban servir. Estos sujetos, que actuaban bajo el buen nombre de Arthur Andersen, pero sin tener la visión de él, ocasionaron desastres para sí mismos y miles de personas inocentes que dependían de ellos. Eso no habría ocurrido si en esos individuos hubiera ardido el fuego moral que ardía en Arthur Andersen. Un fuego falso de codicia y ambición ardió en su lugar. El engaño del «éxito» puso sus huevos en el nido del servicio a los bienes públicos, y del cascarón salió un monstruo que destruyó el nido y todo en su interior.

San Francisco y Arthur Andersen están entre los ejemplos más llamativos y evidentes de una difícil realidad. En la mayoría de los casos, cuando el fuego original se extingue, las instituciones y los individuos relacionados siguen adelante por un tiempo, cada vez más preocupados por el éxito y la supervivencia, y entonces o encuentran otra base sobre la cual actuar o simplemente desaparecen. (Considere el caso de Charles Finney y la Universidad Oberlin, la cual este hombre fundó, o cualquier cantidad de otras universidades e instituciones originalmente cristianas.)

Aunque el proceso visto aquí no se restringe a movimientos religiosos, es especialmente obvio y doloroso observar los casos descritos. Hay algo cierto cuando decimos que en asuntos religiosos *nada fracasa tanto como el éxito.* Estas clases de movimientos tocan muy profundamente el corazón humano y sirven a hondas necesidades humanas. Debido a eso, pronto atraen a muchos que ni siquiera *desean* el fuego del fundador, que en realidad ni lo entienden. Pero necesitan y les gusta la luz y el calor que dicho fuego proporciona. Sin embargo, con el tiempo y sin la intención consciente de hacerlo, extinguen el mismo fuego que provee luz y calor, o este simplemente muere por falta de atención. Es probable que la operación continúe bajo ese nombre, comerciando con objetos del recuerdo, pero en el interior no se trata de la misma operación y, a decir verdad, sus efectos no son iguales.

De ahí que la «apostasía» (alejarse de) sea en realidad un proceso natural bastante normal en la vida. Es lo que debería

esperarse, no algo que sorprenda. Sería extraordinario y anormal que no sucediera. Nunca se trata principalmente de una falla en la fe o de un error de la doctrina correcta, ni de una decisión consciente. Se trata de un cambio sutil de visión, de sentimiento y voluntad, de cómo las personas ven las cosas y de lo que creen acerca de estas, en especial en cuanto a sí mismas y a lo que están haciendo. Los cambios en la creencia y las decisiones conscientes solo son el *epicentro* del «temblor en el alma». Están en la superficie de la vida. El *centro* yace a kilómetros de profundidad en el alma de los individuos implicados.

El temblor en el alma puede ser algo que ocurre *durante* la vida de las personas, como en los casos de algunos reyes bíblicos como Saúl, Amasías y Uzías, o de muchos individuos que han captado la atención pública en años recientes. O puede ocurrir a través de unas pocas generaciones (casi nunca más que unas pocas) como pasó con la degeneración de la realeza en Israel desde David, a través de Salomón, hasta Roboam.

Un conocido y contemporáneo maestro de ministerios ha declarado que *pocos ministerios terminan bien.* Esta declaración es aun más cierta en cuanto a los ministerios que a los ministros, a los que sospecho que en términos generales les va mejor de lo que parecería ser el caso. Por el contrario, es lamentable que casi toda denominación que se pueda nombrar ejemplifique vívidamente el proceso que se analiza aquí, al igual que muchas organizaciones educativas y caritativas.

Sin embargo, ¿cuál es la casi invisible estructura del cambio subyacente que se revela en la pérdida del fuego interno de la visión y lo que se agrega externamente a la misión o al ministerio? El punto central está en un hecho observado por Henri Nouwen: *nada choca con el amor de Cristo como el servicio a Cristo.* ¡Qué cosa más extraña de decir! Tal vez sea una exageración. Pero es cierto que el servicio bienintencionado *a* Dios tiene una tendencia muy fuerte a socavar el tipo de visión de Dios que alimenta la grandeza *para* Dios en el escenario humano. Con la posible excepción de David, que en realidad terminó bien, vemos esta constante en los reyes de Judá e Israel.

El caso de Uzías es especialmente instructivo: «Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enalteció para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar

incienso en el altar del incienso» (2 Crónicas 26.16). Uzías se hizo fuerte por medio de su devoción al Señor. Durante gran parte de su vida se centró en conocer a Dios en una relación íntima. «E hizo lo recto ante los ojos de Jehová […] Y persistió en buscar a Dios en los días de Zacarías, entendido en visiones de Dios; y en estos días en que buscó a Jehová, él le prosperó» (vv. 4–5).

No obstante, las obras que se lograron por la relación de Uzías con Dios lo distrajeron de su visión original y lo volvieron a enfocar en sí mismo y en lo que estaba haciendo. «Su corazón se enalteció» (v. 16). Este lenguaje de la Biblia se volvió una manera de diagnosticar el fracaso de los reyes de Judá e Israel. Siempre resultó que estos *se sirvieron más a sí mismos de lo que se justificaba.* En el caso de Uzías, fue su decisión de realizar ciertos rituales del templo lo que no se le permitió. Pero en la mayoría de los casos esos reyes formaron alianzas humanas, o trataron de establecer costumbres que sobrevaloraban lo que podía lograrse por medio de fuerzas humanas. Se glorificaron y no confiaron en Dios.

Debido a que se enfocaron erróneamente, esos reyes no pudieron vivir la lección del profeta Jahaziel: «No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios […] No habrá para qué peleéis vosotros en este caso; paraos, estad quietos, y ved la salvación de Jehová con vosotros […] no temáis ni desmayéis […] porque Jehová estará con vosotros» (2 Crónicas 20.15, 17).

¿Cuál es entonces el patrón general? Una intensa devoción a Dios por parte de la persona o el grupo trae un éxito exterior sustancial. El éxito exterior produce una sensación de logro y responsabilidad por lo que se ha logrado, y por *más* logro. Para los espectadores el éxito exterior es todo. El logro y la responsabilidad reorientan la visión lejos de Dios hacia lo que estamos haciendo y lo que vamos a hacer, por lo general hacia el aplauso y el apoyo de las personas compasivas. La misión cada vez más *se convierte* en la visión, llegando a ser aquello en lo que nos centramos. La misión y el ministerio son la meta en que enfocamos pensamientos, sentimientos y fuerzas. Los objetivos ocupan el lugar de la visión de Dios en la vida interior, y sin visión nos encontramos atrapados persiguiendo varios objetivos. Haciéndolo mecánicamente.

Ese es el momento en que el servicio a Cristo reemplaza al amor por Cristo. La realidad interior del amor por Dios, y la absorción en lo que él está haciendo, ya no es el centro de la vida, e incluso puede

llegar a despreciarse, o al menos a no ser tenido en cuenta. «No hay tiempo para eso» se vuelve la actitud gobernante, independientemente de lo que podamos decir. El fuego de Dios en el alma humana siempre les parecerá ridículo a aquellos que les gustan sus efectos, pero que no entienden de dónde vienen los mismos.

Una conciencia generalizada de los derechos y beneficios podría afianzarse en este punto. Amasías, que había sido un rey bastante justo en Judá, derrotó a los edomitas, ¡y llevó a Jerusalén los dioses de ellos y los adoró! Cuando fue reprendido por un profeta, declaró: «¿Te han puesto a ti por consejero del rey? Déjate de eso. ¿Por qué quieres que te maten?» (2 Crónicas 25.16).

Muy a menudo no son los fundadores, sino los que los rodean, quienes insisten en los beneficios y derechos. Con frecuencia ven tal cosa como una manera de servir a quien admiran, y tal vez estén convencidos de que el fundador de determinado ministerio no es un ser humano común y corriente. Cuando tuvo sed en el campo de batalla, David hizo un comentario informal acerca de querer beber del pozo profundo de la puerta de Belén. Tres de sus «valientes» oyeron el comentario y se abrieron paso a través de las líneas enemigas para llevarle el agua. Sin embargo, David no la bebió. «La derramó para Jehová», porque la devoción de ellos la había hecho demasiado preciosa para que la bebiera (2 Samuel 23.16). Esta es una perspectiva más iluminadora acerca del corazón bueno y humilde de David, visto en muchas otras ocasiones de su vida. Muestra cómo se veía él mismo en el mundo de Dios.

San Francisco también ofrece muchos ejemplos de este tipo de humildad perdurable. Pero en su caso demostró ser tan extrema que su «orden» no podía seguirle y pocos años después el hombre se hallaba en una lucha con sus seguidores debido a que las regulaciones que les proponía (la «regla») eran demasiado humildes para ellos. Francisco perdió. Incluso se convirtió en objeto de burla entre algunos de sus primeros compañeros debido al fuego que ardía dentro de él.

Según acabamos de señalar, esa desviación que se aleja del fundador puede ir acompañada de suposiciones en el sentido de que de alguna manera él no es «normal», ni «carne y sangre», aunque en realidad es lo «normal», y su aguda conciencia de ello, lo que lleva a esos fundadores a adoptar las medidas que toman para mantenerse centrados en Dios, a fin también de mantener correcta y brillante la visión. Son ellos, no sus seguidores, quienes entienden la batalla

interior que se debe pelear. Para liberarse de la carga de ser genuinamente como los promotores, sus seguidores a menudo se basan en la suposición de que el fundador o líder es «extraordinario» o «anormalmente dotado». Esto, por lo general, se concreta mediante una falta total de entendimiento en cuanto a la manera en que los líderes llegan a tener la visión de Dios que poseen, y a veces los líderes mismos tampoco están claros al respecto.

Por tanto, podemos resumir el proceso por medio del cual la misión y sus objetivos reemplazan la visión original como el punto final de referencia para las personas implicadas. La visión de Dios y de la persona misma en Dios inspira una combinación de humildad y gran aspiración para Dios. Esta combinación da lugar a extraordinarios esfuerzos dependientes del Señor. Los grandes efectos se logran porque Dios actúa *con* esfuerzos que se hacen dependiendo de él y para su bien. *Los efectos cobran vida propia.* Las personas que están alrededor no ven nada más que los efectos, que en realidad *son* muy notables y dignos de apoyo. En ocasiones el apoyo humano también puede ser de Dios. Pero los efectos de todo esto deben vigilarse con cuidado a fin de evitar que corrompan el corazón y lo alejen de una visión adecuada de Dios y el valor humilde que por consiguiente se deriva.

El rey Salomón comenzó bien. Al menos sabía acerca de Dios debido a la relación con su padre David, y comprendió que no podía llevar a cabo la obra por sí mismo. Así que oró pidiendo sabiduría y conocimiento. Dios se los concedió. Salomón se convirtió en un gran rey (2 Crónicas 9). Pero a fin de fortalecer su posición hizo alianzas mediante matrimonios con la realeza de muchas naciones, y sus setecientas esposas lo alejaron de Jehová y lo llevaron a adorar a sus dioses (1 Reyes 11.1–6). En el momento de su muerte Salomón había desarrollado un gobierno que era cruelmente opresivo, con el pueblo listo a rebelarse, y el hijo que debía gobernar después de él era un insensato. No es descabellado pensar que lo que realmente falló en Salomón fue un programa de formación.

Sin embargo, ¿tiene esto que pasar? ¿Es sencillamente inevitable? La respuesta en general es: «No». Algunos individuos se las arreglan para evitarlo, aunque muchos no lo hacen. Y algunos grupos u organizaciones lo han pospuesto durante mucho tiempo. Los primeros cristianos sostienen el récord por sustentar el fuego interior de la visión de los «fundadores». Durante dos o tres siglos, según

parece, la visión de Jesucristo como Señor ardió brillantemente en los corazones de ellos. El tremendo éxito del movimiento solo generó, muy lentamente, un «vaso» externo que reemplazó al tesoro de Cristo como el centro de atención y devoción en sus vidas.

Las primeras generaciones de cristianos tuvieron un éxito notable transmitiendo a la generación siguiente la sacra visión que les posicionó y protegió en vida. Este no fue un fenómeno totalmente nuevo. En el Antiguo Testamento, Josué (Éxodo 33.11) y Eliseo (2 Reyes 2.9) fueron dos casos en los que los discípulos buscaron al Señor igual que hicieron sus maestros (Moisés y Elías), y como resultado se desarrollaron en el mismo espíritu a lo largo de sus vidas.

En la historia cristiana posterior encontramos ejemplos claros del intercambio intergeneracional del fuego original en los jesuitas, los cuáqueros, los hermanos moravos y los metodistas. Sin duda existen muchos otros casos no tan conocidos. Por tanto, ello puede hacerse. Además, hay muchos casos de individuos en cada generación que han acabado bien. ¿Qué es lo que esencialmente se encuentra involucrado?

La respuesta es simple en concepción, pero evidentemente no resulta fácil de ejecutar, en especial, para el caso intergeneracional. El asunto es *identificar y sustentar el sentido o la visión de Dios, de uno mismo, y del mundo que impregnó y animó a los iniciadores.* No se puede escribir una receta para eso, ya que es una cuestión muy personal que permite mucha variación individual y mucha libertad. También depende de la gracia, es decir, de Dios actuando en nuestras vidas para lograr lo que no podemos conseguir por nuestra propia cuenta.

Reconocido todo eso, existen cosas que toda persona puede hacer (y que debe hacer) para recibir y sustentar el fuego espiritual interior que mantiene la misión y el ministerio en su lugar apropiado, impidiéndoles convertirse en la visión limitante que nos obsesiona y que, en última instancia, nos ahoga.

Lo primero es reconocer de buena gana la inevitabilidad práctica de la pérdida de la visión. Reconocerlo debe ser algo explícito y normal. No tenemos que ser paranoicos al respecto, solo sinceros. Debemos hallar maneras de mantener la visión delante de nosotros mismos y nuestras relaciones sin volvernos latosos, usando la creatividad y el buen gusto.

Lo segundo es identificar, entender y adherirnos a la visión

inicial. Esto no es fácil. Ni siquiera los fundadores mismos pueden estar muy claros en cuanto a qué los ha movido y cómo llegaron a ser las personas que son. A menudo es una modestia y humildad admirables lo que les impide indagar muy profundamente en sus propias vidas, y sin duda lo que también evita que «impongan» a otros lo que encuentran allí. Sin embargo, aunque esta actitud es digna de elogio, tiene intrínseca la desventaja de hacer muy difícil sustentar la visión tanto en nosotros mismos como en los demás. Por tanto, debemos ser sinceros, esmerados y explícitos respecto a cuál fue la visión, y a lo que esta debe ser ahora. El enfoque debe estar en la visión, no en los individuos que la poseen, aunque deben ser los individuos quienes la mantengan firme y lleven la misión a cabo.

En tercer lugar, debemos dar los pasos necesarios para vivir en el contexto central de la visión. La sabiduría de Proverbios declara: «Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas. No seas sabio en *tu* propia opinión» (3.5–7, cursivas añadidas). Y también: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida» (4.23).

En el centro del cuidado del corazón está el amor a Dios. Este debe ser el feliz objetivo de nuestra vida. Por eso Jesús, al resaltar el profundo entendimiento de la vida ejercitada a través de la experiencia judía, declaró que el primer mandamiento es: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Marcos 12.30). Esta es una orden. Es algo que debemos hacer y que *podemos* hacer. *Aprenderemos* a hacerlo *si lo intentamos*. Dios nos ayudará y encontraremos un camino.

Es el amor a Dios, y solo el amor a Dios, lo que garantiza la visión de Dios y la mantiene constantemente delante de nuestra mente. Thomas Watson nos dice que «el primer fruto del amor es *la meditación de la mente en Dios.* El que está enamorado siempre tiene sus pensamientos en el objeto de su amor. Quien ama a Dios se embelesa y se transporta al contemplar a Dios […] Dios es el tesoro, y donde está el tesoro, allí está el corazón». El rey David nos ofrece el secreto de su vida: «A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido» (Salmos 16.8).

La visión de Dios garantiza la humildad. Ver a Dios por lo que él es nos permite vernos a nosotros mismos por lo que somos. Esto nos hace *audaces,* porque vemos claramente que están en juego un

gran bien y un gran mal, y vemos además que no depende de nosotros lograr aquella visión, sino de Dios, que es más que capaz. Así se nos libera de fingir, de ser presuntuosos con nosotros mismos, y de presionar como si el resultado dependiera de nosotros. Persistimos sin frustración, y practicamos la tranquila y gozosa desvinculación del mal de cualquier clase.

Dios mira a quienes son humildes y contritos de espíritu y que tiemblan cuando él habla (Isaías 66.2). Resiste a los orgullosos, pero da gracia a los humildes (1 Pedro 5.5). Recordemos que gracia significa que él está actuando en la vida de las personas.

Por tanto, los humildes dependen de Dios, no de sí mismos. Se humillan «bajo la poderosa mano de Dios» (1 Pedro 5.6), es decir, dependen de Dios para actuar. Le dejan los resultados totalmente a él. Echan toda su ansiedad sobre Dios, porque él tiene cuidado de ellos (1 Pedro 5.7). El resultado es la seguridad de que la misión y el ministerio se lograrán, en el tiempo de Dios y a la manera de Dios. *Ellos* no deben ser la visión, y los objetivos que establecemos son asunto de Dios, no nuestro. Hacemos lo mejor que podemos y nos esforzamos, incluso de manera sacrificial. Sin embargo, *no llevamos la carga, y nuestro ego no participa* de ninguna manera en la misión y el ministerio. Debido a nuestro amor por Jesús y su Padre realmente hemos entregado nuestra vida a él. Nuestra vida no es un objeto de profunda preocupación.

Con el fin de mantener y desarrollar tal vida de renuncia amorosa a Dios se requiere un plan general de vida que incorpore prácticas especiales que cuiden a la persona interior. Estas son las conocidas disciplinas para la vida espiritual. No podemos analizarlas aquí, pero el siguiente paso hacia adelante para aquellas personas que han decidido amar a Dios con todo su corazón, alma, mente y fuerzas es poner en su lugar esas prácticas normales que harán eso posible. Se necesitará algún tiempo, y requerirá estudio, experimentación y guía por parte del Espíritu Santo, pero se puede hacer, y cuando se haya hecho la vida se volverá incalculablemente más fácil, más tierna y más fuerte. La misión y el ministerio ya no resultarán gravosos, aunque podrían ser bastante difíciles y extenuantes. Sin embargo, el yugo de Dios es fácil, su carga es ligera, y produce descanso al alma (Mateo 11.29–30).

Para aquellos que han conocido esto en el pasado, el llamado es a regresar al primer amor, hacer las primeras obras y después —en la vida que ahora llevan— aprender a desarrollar esa primera

posición. Para quienes nunca lo han conocido, el llamado es a enfocarse en el amor que Dios les tiene hasta que a cambio sus corazones, almas, mentes y fuerzas rebosen con amor. «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1 Juan 4.19).

Y para aquellos que, estando en el amor de Dios se preocupan por la próxima generación que los rodea, y porque ella entre en la visión total del Dios de amor, el llamado es a hacer de estos asuntos un tema de serio y prolongado análisis y oración junto con aquellos a quienes introducirán al futuro. Y a que hablen de esto de manera franca, periódica, sincera y amorosa.

Finalmente se deben hacer juicios en cuanto a quién se le confiará el futuro de la organización. Estos juicios deben hacerse con amor pero con firmeza, y «bajo la poderosa mano de Dios». No pueden evitarse. Lo que podemos hacer es prepararlos por medio de la enseñanza y la práctica inteligente, bíblica y constante, con la palabra y el ejemplo. Y también en este asunto debemos confiar en la acción de Dios en medio de nosotros (gracia)… del Dios a quien amamos y cuyo amor encomendamos constantemente a otros.

Todo se reduce a amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas, y ante todo incluir en nuestros planes esas actividades que encontrarán la gracia activa de Dios para permitir que ese amor sea nuestra vida.

CAPÍTULO 10
Consultas en Idaho Springs con relación a la formación espiritual

EN EL OTOÑO DE 1999 SE REUNIÓ UN PEQUEÑO grupo de maestros cristianos en un retiro cerca de Idaho Springs, Colorado, para reflexionar en oración sobre el significado y las perspectivas de la formación espiritual cristiana de hoy. Sin autoridad humana, pero con profunda preocupación por la vida de Jesucristo en medio de su pueblo ahora y para la comprensión mundial de su evangelio, buscamos respuestas claras y útiles a varias inquietudes relacionadas con la formación espiritual que ahora enfrentamos. Las siguientes respuestas a esas inquietudes están formuladas por mí, y quizás no sean exactamente lo que otros del grupo dirían. Pero mi esperanza es que puedan servirnos para hacer frente a los desafíos de nuestra época a fin de parecernos a Cristo y vivir como él, y también espero que podamos obtener para la iglesia los máximos beneficios que produce el incremento del interés en la formación espiritual que caracteriza el final del siglo XX y el inicio del siglo XXI.

¿Qué es la formación espiritual? ¿Cómo se describe en el lenguaje de la vida contemporánea?

En toda vida humana existe una dimensión oculta que no es visible para los demás o no es totalmente comprensible incluso para nosotros mismos. Se trata del regalo de Dios para nosotros en la creación, de poder tener el espacio para convertirnos en las personas que decidamos ser. Desde allí manejamos nuestras vidas lo mejor posible, utilizando todos los recursos comprensivos, emocionales y circunstanciales que están disponibles. Es ahí donde estamos delante de Dios y nuestra conciencia. Comúnmente se piensa de esta dimensión oculta del yo en términos de espacio, tales como «el interior», «las entrañas» o «lo profundo» de la persona o el ser. Tal lenguaje expresa el hecho de que está escondido y es fundacional. El corazón, el alma, la mente, los sentimientos y las intenciones se encuentran en esta zona, y conforman el verdadero carácter del individuo: quién es y qué se le puede confiar.

Dentro de la dimensión invisible de la persona, y justo en su centro consciente, se halla el espíritu *humano.* «Dios es Espíritu», la creativa voluntad que crea y gobierna el universo, y el «espíritu» es el elemento creativo en la naturaleza humana, la «imagen de Dios en el hombre». El espíritu humano es principalmente lo que hoy

llamamos «voluntad», la capacidad de decisión y resolución, y a lo que bíblica y tradicionalmente se le llama «corazón». Se trata de la fuente radical de nuestra vida: de la corriente conformada por acciones, influencias y contribuciones que hacemos tanto a nuestro compartido y visible mundo, como a su historia.

La formación espiritual, independientemente de cualquier contexto religioso específico o de cualquier tradición, es *el proceso por medio del cual al espíritu humano o voluntad se le da una forma definida o carácter.* No se equivoque, se trata de un proceso que le sucede a *todo el mundo.* Tanto las personas más despreciables como las más admirables han tenido una formación espiritual. Sus espíritus o corazones han sido conformados por algo. Todos nos convertimos en cierto tipo de persona, obtenemos un carácter específico, y ese es el resultado de un proceso de formación espiritual entendido en términos humanos generales. Afortunados o bendecidos son aquellos que pueden encontrar, o a quienes se les ofrece, un sendero de vida que les formará el espíritu y el mundo interior de una manera que realmente sea fuerte y buena.

Por el contrario, la formación espiritual cristiana es *el proceso redentor de formar el mundo interior humano para que adquiera el carácter del ser interior del mismo Cristo.* En la medida en que esto se consiga, la vida exterior del individuo se convierte en una expresión natural o una emanación del carácter y las enseñanzas de Jesús. Pero la manifestación externa de la semejanza a Cristo no es el centro del proceso, y cuando se convierte en el énfasis principal el proceso resultará en el fracaso, cayendo en legalismos destructivos y una estrechez mental. «Hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gálatas 4.19) es la consigna eterna de la formación espiritual cristiana, fortalecida por la seguridad de que «la letra [de la ley] mata, mas el espíritu vivifica» (2 Corintios 3.6).

Así por ejemplo las enseñanzas de Jesús en el Sermón del Monte (Mateo 5-7) hacen referencia a varios comportamientos: conducta iracunda, miradas lujuriosas, divorcio cruel, manipulación verbal, devolución de mal por mal, etc. Pero según la abundante experiencia enseña ahora, esforzarse simplemente por *actuar* en conformidad con esos ejemplos de cómo es vivir en el reino de Dios es como intentar lo imposible, y también dará lugar a hacer cosas que obviamente son equivocadas y hasta ridículas. Esto no haría más que aumentar «la justicia de los escribas y fariseos», en vez de ir más allá a fin de encontrar verdadera transformación de quiénes somos

como hombres y mujeres de Cristo en su reino (Mateo 5.20).

Los instrumentos de la formación espiritual cristiana (a la que de aquí en adelante nos referiremos simplemente como «formación espiritual») implican mucho más que esfuerzo humano. El esfuerzo humano bien documentado es necesario, porque la formación espiritual no es un proceso pasivo. Sin embargo, la semejanza a Cristo que el ser interior llega a tener no es un logro meramente humano. En definitiva, es un don de la gracia. Los recursos que emplea no son humanos, sino provienen de la presencia interactiva del Espíritu Santo en las vidas de aquellos que ponen su confianza en Cristo, así como de los tesoros espirituales almacenados en el cuerpo del pueblo de Cristo sobre la tierra. Por tanto, lo que tenemos en mente no solo es la formación del espíritu o ser interior del individuo, sino también la formación *mediante* el Espíritu de Dios y *por medio de* las riquezas espirituales de la continua encarnación de Cristo en su pueblo, pasada y actual, las que incluyen principalmente los tesoros de su palabra escrita y hablada.

¿Cuáles son los principales elementos o actividades que intervienen en un proceso eficaz de formación espiritual cristiana?

Antes que todo es la acción del Espíritu Santo y el mensaje del evangelio lo que despierta a quienes están «muertos en sus delitos y pecados» al amor de Dios y la disponibilidad de vida en su reino a través de la confianza en Jesucristo. Esto hace posible que acepten a Cristo como Salvador, lo que a su vez les sensibiliza el alma a la afluencia de la vida divina, haciéndolos «participantes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1.4) y, en ese sentido, hijos de Dios. La iniciativa del Espíritu, de la Palabra y de quienes en varias formas ministran al Espíritu y a la Palabra nunca cesa en el proceso de formación espiritual.

No obstante, también hay una búsqueda constante por parte del discípulo individual y de los grupos de discípulos. La palabra profética es: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29.13). Y también: «[Dios] es galardonador de los que le buscan» (Hebreos 11.6). Esta búsqueda es motivada por el deseo de ser interiormente puros delante de Dios, de ser íntegros para él, de amarlo con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas. Inseparable de ese deseo está el anhelo de ser buenos como el mismo Cristo, es decir, de amar a nuestros parientes, amigos y semejantes como él los ama, y servirles con los poderes del reino de Dios.

Esta búsqueda se lleva a cabo al descubrir la situación de nuestro propio corazón y nuestro mundo interior por medio de estudio, meditación, oración y consejo, y luego por la adopción de medidas apropiadas para cambiar lo que no está bien en el interior, así como en el mundo visible y social del que formamos parte. Descubrimos lo que Dios está haciendo en nosotros y en el mundo invisible, y unimos nuestras acciones a las suyas. Esto es lo que Jesús describió como buscar «primeramente el reino de Dios y su justicia» (Mateo 6.33) de modo constante.

La mayoría de las actividades comúnmente identificadas como «religiosas» *pueden* ser parte del proceso de formación espiritual, y deberían serlo. La adoración pública y privada; el estudio de las Escrituras, la naturaleza y las acciones de Dios en la historia humana; la oración; la generosidad con causas piadosas; y el servicio a los demás pueden ser elementos eficaces en la formación espiritual. No obstante, los individuos deben estar cuidadosa y resueltamente enfocados en ese propósito, o tendrán poca o ninguna influencia en promoverla.

Otras actividades menos practicadas, como el ayuno, la soledad, el silencio, oír en oración, la memorización bíblica, la vida frugal, la confesión, el registro diario, la sumisión a la voluntad de otros cuando sea pertinente, y la dirección espiritual bien utilizada, son en realidad más básicas para la formación espiritual en la semejanza a Cristo que las prácticas religiosas mejor conocidas, y esenciales debido a los beneficios de su uso.

Todas esas actividades deben considerarse en el contexto de una relación íntima y personal con Jesús mismo como nuestro constante Salvador y Maestro. No puede recetarse fórmula alguna para la formación espiritual, porque se trata de una relación dinámica que es sumamente individualizada. Sin embargo, podemos estar seguros de que cualquier proyecto de formación espiritual bendecido por Dios incluirá gran parte de lo que se ha mencionado aquí.

¿Cómo se expresa la formación espiritual en el lenguaje de la Biblia? ¿Es un concepto bíblico? Además, ¿hay algo realmente novedoso en el uso actual de la formación espiritual o es tan solo un nuevo lenguaje para algo que hemos estado haciendo todo el tiempo?

Se trata de un concepto bíblico expresado en la Biblia de muchas maneras: por medio de la amonestación, la oración, la enseñanza, el ejemplo. El libro de Proverbios declara: «Guárdalas [las palabras de

Dios] en medio de tu corazón; porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo. Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida» (Proverbios 4.21–23). El salmista clama: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí […] Y espíritu noble me sustente […] Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios» (Salmos 51.10, 12, 17; véase también Isaías 66.2–6). Más adelante se indica una estrategia de formación espiritual: «En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti» (Salmos 119.11; véanse también Josué 1.8 y Salmos 1).

Dios considera lo que está en el corazón (1 Samuel 16.7), busca a quienes lo adoran en espíritu y verdad, y solo puede ser adorado por dichas personas (Juan 4.23–24). Él pronuncia un mensaje tan perspicaz que puede diferenciar entre lo que es alma y lo que es espíritu en el ser humano (Hebreos 4.12). Dios identifica y rechaza a quienes lo honran con los labios, pero cuyos corazones están alejados de él (Isaías 29.13; véase también Mateo 15.8–9, 18).

La religión bíblica es ante todo una religión del corazón y cómo mantenerlo. Por tanto, Jesús mismo hace hincapié en que no hay árbol bueno que produzca fruto malo, ni árbol malo que produzca fruto bueno (Lucas 6.43), y que lo bueno y lo malo que sale de las personas viene de sus corazones (Lucas 6.45; Marcos 7.21–23). Debemos limpiar, no el exterior, sino el interior del vaso, y lo exterior se cuidará de sí mismo (Mateo 23.25–26).

La instrucción constante del apóstol Pablo es que renovemos nuestro ser interior despojándonos «del viejo hombre» y revistiéndonos «del nuevo hombre», que está lleno «de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia […] De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto» (Colosenses 3.12–14). El apóstol ora porque los efesios sean «fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en [sus] corazones […] para que [sean] llenos de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3.16–19); y atestigua que nuestra propia naturaleza «interior no obstante se renueva de día en día. Porque […] no [miramos] las cosas que se ven, sino las que no se ven» (2 Corintios 4.16–18).

Por tanto, está claro que la formación espiritual no es algo nuevo en la historia del pueblo de Cristo. Las antiguas comunidades

cristianas de oriente y occidente muestran que las prácticas de la formación espiritual son tan antiguas como ellas mismas; el mismo lenguaje de formación espiritual usado desde tiempos inmemoriales a lo largo de muchas subdivisiones de la iglesia universal continúa hoy. En tiempos más antiguos los cristianos hablaban de las *instituciones* de la vida espiritual.[1] Además, la realidad, si no el lenguaje, está en buena medida presente en el ala protestante de la iglesia en sus formas reformada y puritana, así como entre anabaptistas, metodistas y muchas otras subdivisiones posteriores.

Sin embargo, con referencia a las iglesias protestantes de finales del siglo XX en Estados Unidos y Occidente, la formación espiritual es claramente algo nuevo. Nos hallamos en un momento crucial en el avance de la fe cristiana en nuestros tiempos, y actualmente está abierta una puerta de oportunidad que no se debe perder.

El acontecimiento que ensombrece en los dos últimos siglos de vida cristiana ha sido la lucha entre el institucionalismo y el modernismo. En esta lucha el tema principal *no* ha sido en realidad ser discípulos de Cristo ni tener una transformación del alma que se exprese en la obediencia generalizada y rutinaria a «todas las cosas que os he mandado». En vez de eso, ambas partes de la controversia se han enfocado casi por completo en lo que explícitamente se afirma o se rechaza como doctrina cristiana básica. En el proceso de las batallas sobre los puntos de vista de Cristo el Salvador, *Cristo el Maestro se perdió en ambos frentes.*

El discipulado como tema esencial desapareció de las iglesias, y con ello también se evaporaron los planes y programas realistas para la transformación del ser interior en semejanza a Cristo. Ahora se puede ser cristiano para siempre sin tener realmente un cambio de corazón ni de vida. La correcta *profesión,* positiva o negativa, era lo único que se requería. Esto ha producido ahora generaciones de cristianos profesantes que, como un todo, no difieren de sus prójimos no profesantes en carácter, sino tan solo en ritual; además, en Estados Unidos se ha levantado ahora una enorme población que cree en Dios, y que incluso se identifica como espiritual, pero que no tiene nada que ver con las iglesias, algo considerado a menudo como una cuestión de orgullo. Lo que en otras épocas se llamó cristianismo «nominal» ahora se ha convertido en cristianismo «normal», incluso entre aquellos cuya tradición los había enorgullecido de no ser tan solo cristianos nominales.

Lo novedoso en el actual renacimiento del interés en cuanto a la

formación espiritual es el reconocimiento generalizado de que pasar por una transformación auténtica, sistematizada y total de la vida interior del ser humano no es algo deseable ni necesario, y quizás no sea permisible. Estamos viendo que el alma humana tiene hambre de transformación, plenitud y santidad, que está enferma y muriendo sin ellas, y que las buscará donde fuera necesario, aun si en el proceso se destruye a sí misma. Estamos viendo que la iglesia se traiciona a sí misma y traiciona su mundo si no hace claro y accesible el sendero de la profunda transformación interior por medio de Cristo.

¿Qué relación existe entre la formación espiritual y la salvación? ¿Cómo interviene la gracia en la formación espiritual?

Cuando hoy se habla de «salvación», si es que se habla de ella, lo que casi siempre significa es entrar al cielo en el momento de la muerte. Uno es «salvo» si desde ahora Dios lo cuenta entre aquellos que serán admitidos en su presencia al morir o en algún momento a partir de entonces. Este uso de «salvación» y de «ser salvo» priva a la terminología del sentido general de *liberación* que estas palabras tienen en la Biblia como un todo. Tal pérdida es el resultado no solo de la obsesión de llegar a la vejez habiendo obtenido el perdón de los pecados y el dominio de este como las únicas cosas que realmente importan, sino también del éxito de los evangélicos en los últimos siglos en cuanto a resaltar la importancia fundamental del perdón.

Ahora bien, si agregamos que ese perdón es estrictamente un asunto de lo que profesamos creer, tenemos la receta para el consumista «cristianismo sin discipulado» que hemos heredado en la actualidad.

No obstante —sin negar de ninguna manera la importancia esencial de la creencia correcta y el perdón de pecados— si entendemos que la «fe salvadora» debe ser confianza *en Jesucristo,* la persona integral, y no solo tener confianza en alguna parte de lo que él hizo o dijo, tenemos la comprensión de una salvación que libera al discípulo, a todo el individuo, hacia una vida plena en el reino de Dios. Eso incluye una progresiva transformación interior del creyente, no como condición de ingreso al cielo (salvación, en el sentido común), sino como parte natural de un todo que también incluye nueva vida, crecimiento espiritual constante e ingreso al cielo como consecuencia natural más bien que como el enfoque central. Esta liberación en realidad «será la doble cura del pecado:

me salva de la ira y me purifica».

Tal liberación es gracia en todos los aspectos. Es el regalo de vida en una relación constante e interactiva con un Señor, Salvador y Maestro vivo. Jesús mismo declaró: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17.3). «Conocimiento» en el entendimiento bíblico es relación interactiva. Es la relación redentora de discípulo a maestro, en la que se recibe un favor inmerecido desde las primeras etapas del arrepentimiento y el perdón hasta los dones más avanzados como la visión, el carácter, el servicio y el poder (Hechos 6.8). La formación espiritual es simplemente el proceso a través del cual crecemos «en la gracia [¡sin duda, no en el perdón!] y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 3.18).

¿Qué relación tiene la formación espiritual con la espiritualidad y las muchas «espiritualidades» que ahora abundan? ¿Cómo es, en todo caso, la formación espiritual cristiana más exclusiva que inclusiva?

En el contexto cristiano somos espirituales en la medida en que *nuestras vidas obtengan su dirección y fortaleza de Jesucristo,* el Señor vivo, por medio del Espíritu Santo y de otros organismos creados por Dios en su reino, el cual es en sí una realidad espiritual. Fuera de ese contexto hay, por supuesto, otros espíritus (1 Corintios 10.20; 12.2).

El espíritu es un poder personal no corpóreo. No es una simple fuerza o energía, ni siquiera algo que se encuentra fuera del marco de lo físico, como casi siempre se lo entiende. Es un poder que funciona independientemente de las fuerzas corporales y naturales, aunque puede estar involucrado íntimamente con ellas. Toma la forma de ideas, actitudes, emociones, juicios, decisiones y acciones. Por tanto, es personal. El ser humano tiene un espíritu, como hemos señalado, y es básicamente un ser espiritual, aunque se especifica eternamente por su historia corporal. Los ángeles son seres espirituales, tanto los malos como los buenos. Y, por sobre todo, «Dios es Espíritu».

En la medida en que la vida actual de un ser humano dependa de sus interacciones con Dios, tal individuo será un ser espiritual. La espiritualidad es la cualidad de vida que caracteriza a alguien. En contraste, se es carnal o corpóreo en la medida que esta cualidad de vida sea deficiente y actúe con recursos puramente humanos o

naturales. Mientras más avanzada se encuentre una persona en el proceso de formación espiritual, mayor y más generalizada será su espiritualidad.

Hoy existe un buen suministro de «espiritualidades». A menudo involucran nada más que una forma externa de «hacer religión» o incluso un simple estilo de vida. Pero en el contexto cultural más amplio, todas las variadas espiritualidades representan intentos de obtener identidad y poder en un mundo en que falta la individualidad, y en el que los sentimientos de insignificancia e impotencia aplastan el alma y el espíritu humano. Todas ellas implican prácticas explícitas (tal vez rituales, maneras de vestirse y apariencias, o rutinas especiales de dieta, ejercicio o interacción social) que prometen marcar al individuo como alguien especial y aprovechar una energía que está fuera de lo «natural». A menudo dichas prácticas se cruzan con las disciplinas espirituales que se usan en diversas manifestaciones cristianas u otras tradiciones.

Cualquier cosa que sea buena es buena, y Jesús sería el primero en afirmarlo. Sin embargo, en términos generales *todas* las «espiritualidades» son más o menos exclusivas con relación a lo demás. Ninguna admite que simplemente todo se vale. Todas insisten en que hay una manera correcta y una incorrecta de manejar su propia versión de la vida espiritual. Y no encontraremos ninguna espiritualidad (incluso las que profesan la mayor inclusividad) que por sus creencias y prácticas no excluyan creencias y prácticas de otras… en realidad de la mayoría. Es una ilusión contemporánea que el camino cristiano es *excepcionalmente* crítico y exclusivo, o que en general es más exclusivo que los demás.

La exclusividad de la espiritualidad y la formación espiritual cristiana yace simplemente en la vida que esta es y produce. Dejemos que sea lo que ella es, y permitamos que todos vean y comparen. El cristiano no debe ser cerrado de mente ni antagónico, no obstante, solo debe seguir y aprender totalmente de Jesucristo. El objetivo de la formación espiritual es la obediencia a Cristo a partir de la conformidad interior a él. Dicha conformidad será tajantemente exclusiva, no debido a la arrogancia hacia otras espiritualidades, sino a su grado de verdadero amor y preocupación eficaz por todos sin discriminación. La inclusividad es una gracia de vida que, entendida de manera adecuada y sincera, debe estar enraizada en la formación espiritual en Cristo. No se trata de una posición ética o política que simplemente cualquiera puede aceptar o

rechazar a voluntad. Es necesario tener los recursos para ella y, por decir lo menos, no están ampliamente disponibles.

¿Cuál es el papel de las disciplinas espirituales en la formación espiritual?

Por «disciplinas» entendemos conscientemente las actividades emprendidas o elegidas que nos permiten hacer lo que no podemos realizar por esfuerzo directo. Las disciplinas *espirituales* son las actividades específicamente relevantes para el crecimiento y la obtención de la vida espiritual. Por tanto, son factores importantes en la formación espiritual. Representan una parte esencial de lo que podemos hacer para contribuir con nuestra propia formación espiritual.

Por ejemplo, si descubro, como la mayoría de las personas, que por esfuerzo *directo* no puedo tener éxito en «bendecir a los que me maldicen» o en «orar sin cesar», en poner a un lado la ira, o en no satisfacerme en la codicia o la lujuria, entonces *es responsabilidad* mía *averiguar cómo puedo entrenarme* (siempre bajo la gracia y la guía divina, no debemos olvidarlo) de modo que pueda hacer lo que no puedo conseguir solamente intentándolo en el momento de necesidad.

«Velad y orad, para que no entréis en tentación» fue el buen consejo dado por Jesús a sus amigos, a fin de ayudar contra las debilidades de sus capacidades naturales («carne») (Mateo 26.41) a sus espíritus verdaderamente dispuestos. Y la antigua orden era: «Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien» (Josué 1.8). Tales versículos incorporan la sabiduría de la Biblia con respecto a que debemos *tomar medidas* para recibir el apoyo espiritual que necesitamos, y que generalmente tal ayuda no nos será impuesta de manera pasiva ni nos será inculcada.

La soledad y el silencio, el ayuno y la frugalidad, el estudio y la adoración, el servicio y la sumisión, así como otras prácticas que sirven del mismo modo (no existe una lista completa) son por tanto partes de todo programa confiable de formación espiritual. Deberían formar parte esencial de nuestras vidas privadas y de nuestras relaciones con otros en el cuerpo de Cristo. Dichas prácticas no consiguen méritos, pero sí nos permiten recibir de Dios lo que no se nos concede pasivamente. No representan justicia, sino sabiduría.

¿Cómo participan los dones y el fruto del Espíritu en la formación espiritual?

«El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gálatas 5.22–23). Esto es lo mismo o se encuentra en estrecha relación con lo que Pablo llama en otro lugar «el fruto del Espíritu», el cual consiste «en toda bondad, justicia y verdad» (Efesios 5.9). Obviamente es lo mismo que amor, en el *sentido amplio* explicado por el apóstol en 1 Corintios 13 y Colosenses 3.14, y del cual Jesús hizo un tema constante de enseñanza.

El *fruto* del Espíritu simplemente es el carácter interior del mismo Jesús que se produce en nosotros por medio del proceso de formación espiritual cristiana. Es el *resultado* de la formación espiritual. Es «Cristo formado en nosotros». Se le llama «fruto» porque, al igual que el fruto en los árboles y las vides, es una consecuencia de aquello en que nos hemos convertido, no el resultado de un esfuerzo especial para llevar fruto. Nos hemos vuelto «fructíferos» de este modo por haber recibido la presencia del Espíritu de Cristo a través del proceso de formación espiritual, y ahora ese Espíritu, al interactuar con nosotros, nos llena de amor, gozo, paz, etc.

Es evidente que a medida que el fruto del Espíritu crece dentro de nosotros se convierte en un elemento dinámico por derecho propio en el proceso constante de formación espiritual. Ser poseído por el amor, el gozo, la paz… es poseer abundantes recursos para sustentar y mejorar una vida colmada de fe y para crecer en todas las dimensiones de la gracia interna y externa. El fruto del Espíritu y la formación espiritual se apoyan mutuamente a medida que esta última avanza en el individuo.

Lo mismo se aplica de modo distinto a la formación espiritual y los *dones* del Espíritu. Los dones del Espíritu son habilidades sobrenaturales específicas que se distribuyen entre quienes conforman el cuerpo terrenal de Cristo, a fin de que cada miembro pueda beneficiarse de todos esos dones según sea necesario. «Hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho» (1 Corintios 12.6–7). La formación espiritual simplemente no puede seguir adelante como Dios lo desea, a menos que el individuo esté incorporado a un cuerpo de creyentes en el que pueda recibir el beneficio de los dones que otros

tienen. Sin los dones, el fruto no se producirá ni se sustentará.

A la inversa, los dones del Espíritu solo pueden usarse correctamente si quien los recibe y sirve a otros por medio de ellos está bien conformado en la semejanza interior a Cristo. No somos pasivos en cuanto a recibir los dones del Espíritu y servir con ellos. Estos deben buscarse, recibirse y cultivarse activamente, todo lo cual requiere una transformación continua del ser interior. La formación espiritual sienta la base y proporciona un marco adecuado para ejercer los dones del Espíritu por parte del individuo y el grupo, y el ejercicio adecuado de esos dones por parte del individuo para con el grupo, y dentro del grupo para con el individuo, resulta necesario si la formación espiritual ha de seguir adelante como debería. Los dones mismos tienen muy poco que ver en la formación del espíritu y el carácter de quienes los ejercen. De suma importancia es indicar que los dones del Espíritu no son sustitutos de la formación espiritual, aunque deben participar en ella.

¿No es la formación espiritual un proyecto humano que se expresa igualmente bien en muchas tradiciones distintas a la cristiana?

La formación espiritual es realmente un proyecto humano. Es parte natural y requisito de la condición humana. Ninguna sociedad ha existido sin ella. El ser humano no es un animal instintivo que desarrolla de manera natural lo que requiere para su existencia. Es necesario enseñarle, y elemental para lo que se le enseña (y percibe) son las condiciones interiores de vida (pensamiento, emociones, intenciones, etc.) que hacen posible la existencia social y que habilitan al individuo para esperar una vida que sea buena.

Gran parte de lo que es bueno se encuentra en toda tradición humana de formación espiritual, y el cristiano respeta con gusto lo que es bueno dondequiera que eso se halle. Creemos que «toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces» (Santiago 1.17; véase también Hechos 14.15–17). Si no podemos darnos el lujo de ser generosos, poseemos poco.

No obstante, que la formación espiritual del ser humano «se exprese igualmente bien en muchas tradiciones distintas a la cristiana» es una cuestión de hecho, y no algo que se deba contestar simplemente siendo generosos, o tratando de no ser críticos o superiores. En muchos casos (por ejemplo en las antiguas culturas griega y romana, que profunda e inteligentemente se preocupaban por la formación correcta del espíritu humano según la entendían) la respuesta a esta pregunta es claramente «No». No fue por casualidad

que en los primeros siglos de la era cristiana la vida y la enseñanza cristiana suplantaran dichas espiritualidades, como ahora se les llama. Estas no fueron «amedrantadas» para que dejaran de existir por medio del engaño o la fuerza política o física.

No parece probable en verdad que las espiritualidades contemporáneas (desde la Nueva Era hasta el paganismo y el secularismo revividos) puedan aspirar a desafiar con éxito la formación espiritual cristiana, en el mejor de sus casos históricos, como la manera principal de fomentar una vida que se aprecie entre los seres humanos, mucho menos una que sea agradable delante de Dios, que examina el corazón. Pero esa no es una pregunta que debamos bloquear de antemano. Toda comparación justa e inteligente debería efectuarse, en especial con otras grandes religiones en *su* mejor momento histórico, y dejar que la decisión quede en los hechos del caso. Esto es parte esencial de lo que significaría seguir el mandamiento apostólico de honrar «a todos» (1 Pedro 2.17) y de examinarlo todo y retener lo bueno (1 Tesalonicenses 5.21). El Camino de Cristo no esquiva ni niega los hechos, todo lo contrario: apela a los hechos e insta a que todos hagan lo mismo.

¿Cuál es la relación entre la psicología y la formación espiritual?

Es natural que debamos recurrir a la psicología para entender el alma y tratar de suplir sus necesidades. Por mucho que cambie, la psicología no puede evitar su responsabilidad en cuanto a la comprensión del alma humana, o la vida, si usted lo prefiere. Una tendencia importante dentro del campo ha sido la «psicología profunda». Inocentemente podríamos preguntar: «¿Cuál es la otra clase?». «¿Psicología superficial?». La psicología está llamada a las *profundidades* del ser humano por el objeto mismo de su investigación.

A la inversa, la formación espiritual también debe tratar con las realidades del alma. La vida espiritual del ser humano, incluso en su forma más elevada y extática, es una realidad psicológica, aunque no se trata solo de eso. Por ende, fue a la vez tanto natural como apropiado que, cuando se hizo evidente a principios de este siglo que el estudio bíblico, la oración, la enseñanza pública y la predicación de la Palabra, así como el ritual religioso (al menos del modo en que se practicaba) obviamente no estaban supliendo las a menudo desesperadas necesidades de los cristianos profesantes, emergiera entonces un movimiento de «psicología cristiana». En tal

momento no había literatura ni investigación en ese campo, a excepción de algunos fragmentos aislados de psicología pastoral, la mayoría de los teóricos de renombre en el campo de la psicología eran hostiles o despreciaban al cristianismo y la religión en general.

La relación entre la psicología moderna y la religión fue problemática en sus inicios y lo sigue siendo. Sin embargo, ha surgido una gran cantidad de psicólogos que son cristianos, y que se han convertido en una presencia vital e influyente en la psicología clínica. Por desdicha, aunque existen muchos excelentes psicólogos que son cristianos, no ha surgido una verdadera psicología cristiana ni una comprensión teórica del alma humana que haga justicia a todos los hechos de nuestra existencia física que incluyen la vida espiritual y la formación espiritual. El psicólogo que es cristiano está obligado a improvisar perspectivas teóricas y prácticas de muchas fuentes, algunas de las cuales son la antítesis de la comprensión cristiana respecto a la naturaleza y el destino del ser humano.

Por supuesto, de manera metodológica la psicología es en sí un campo profundamente dividido. Esto podría parecer un obstáculo para colocar a la psicología y a la formación espiritual en una relación fructífera. Pero puede ser que en realidad provea una oportunidad para desarrollar un entendimiento verdaderamente adecuado del ser humano, dentro de un marco de esa vida espiritual para la cual es adecuado por naturaleza. Tal entendimiento, o psicología, serviría entonces para iluminar y dirigir el proceso de formación espiritual.

Es necesario decir que en la actualidad uno de los grandes peligros para la formación espiritual auténticamente cristiana viene de la *dependencia exclusiva* de las enseñanzas y prácticas psicológicas, las cuales simplemente omiten las realidades de la formación espiritual cristiana, o bien las reemplazan con procesos que no hacen justicia a la vida en el reino de Dios. La transformación del ser interior en semejanza a Cristo solo se puede lograr por medio de la vida de Dios en el alma, y cualquier cosa menos que eso, por buena y adecuada que pudiera ser, no bastará para suplir las más profundas necesidades del corazón humano o satisfacer la mente y las emociones. Esto dejaría la vida sin dirección.

¿Importa realmente la formación espiritual cristiana? ¿No podemos arreglárnoslas bastante bien sin ella?

La respuesta a esta pregunta debe ser antes que todo que no nos está

yendo muy bien sin la formación espiritual cristiana. En gran manera no la experimentamos, sin duda alguna, pero no nos está yendo bien. La «vida de silenciosa desesperación», que según Henry David Thoreau la mayoría de las personas siempre ha tenido, en la actualidad se está volviendo notablemente más desesperada y menos silenciosa. La triste letanía de malas acciones y personajes depravados que Pablo enumera en pasajes como Romanos 1 y 3, Gálatas 5.19–21 y 2 Timoteo 3.2–7 está tan actualizada como la última edición de los periódicos y revistas semanales o como las noticias nocturnas.

La educación, los gobiernos, los negocios, las profesiones, el arte y el entretenimiento, así como las vidas privadas de multitudes de personas, se tambalean bajo las cargas de la maldad humana y el fracaso causado por otros y traído hasta nosotros. Todo eso es tan común y generalizado que el individuo normal está casi ciego a ello, y lo acepta como «simplemente así son las cosas». Los procesos de formación del espíritu que dominan al mundo contemporáneo son un desastre cuando se los ve desde el punto de vista de su resultado: una llaga abierta, una herida sin curar (Isaías 1.2–9).

Además, los que saben algo de la bondad y la belleza de Jesús anhelan ser como él o al menos sienten una responsabilidad de serlo. Pero se quedan indefensos a menos que puedan hallar una senda de transformación interior. ¿Quién puede mostrarles el camino si las personas identificadas con la causa de Cristo en este mundo no están preparadas para enseñar y ejemplificar un proceso de formación espiritual que dé lugar a una emanación de Cristo desde las profundidades de sus corazones y caracteres, desde su mismísima identidad, desde lo que ellos son?

Y desde el punto de vista de los responsables de guiar el programa de Cristo para hacer discípulos de todos los grupos étnicos, sumergiéndolos en la realidad del nombre trino y enseñándoles a hacer todo lo que él nos ha ordenado (Mateo 28.19–20), la formación espiritual cristiana es simplemente indispensable. La falta de entendimiento y ejecución de dicha formación es la razón de que en general haya tan poca diferencia verdadera entre cristianos profesantes y no cristianos. ¿Dónde podemos encontrar algún grupo de cristianos con un verdadero plan de enseñanza para sus miembros, a fin de que hagan todo lo que Jesús dijo? En realidad, ¿quién está seguro de la posibilidad de tal plan? Influye enormemente que una formación espiritual a semejanza de Cristo

esté disponible para la iglesia y el mundo.

Como pueblo cristiano, estamos en un momento muy oportuno. Según Pablo escribiera a los corintios, «se me ha abierto puerta grande y eficaz, y muchos son los adversarios» (1 Corintios 16.9). Muchos callejones son atractivos, y existe gran cantidad de desinformación respecto al modo en que Cristo nos llama a ir y hacer discípulos, así como profundos antagonismos con la manera de hacerlo. Es importante que en medio del actual interés por la formación espiritual solo veamos una invitación a seguir haciendo lo que hemos estado haciendo, excepto que ahora «realmente queremos esa formación espiritual cristiana». El consejo común que de manera rutinaria se ofrece a los cristianos comunes y corrientes, e incluso a los más entusiastas entre nosotros, es desesperadamente inadecuado a las necesidades del corazón, el alma y el cuerpo. Debemos hallar maneras que en nuestro contexto actual puedan triunfar en cuanto a la renovación sincera y total del ser interior, a fin de que este sea portador de idénticos sentimientos, visión y carácter que los de Jesucristo. «Por tanto, id…».

CAPÍTULO 11
Cuidado personal del alma
Para ministros… y otros

Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida.
—Proverbios 4.23

EL LLAMADO DE DIOS A MINISTRAR el evangelio es a la vez un gran honor y un reto noble. Lleva consigo oportunidades únicas así como también cargas y peligros especiales tanto para los miembros del clero como para sus familias. Estas cargas pueden llevarse de manera provechosa y los peligros pueden superarse de forma victoriosa.

Pero tal cosa no sucederá a menos que el «hombre interior» del ministro (2 Corintios 4.16) se renueve constantemente mediante el acceso a las riquezas de Dios y su reino en ese hombre interior.

El alma y el gran mandamiento

«Alma» se entiende aquí en su uso común como una referencia al lado oculto o espiritual de la persona. Por tanto, incluye los pensamientos y los sentimientos del individuo, junto al corazón, o la voluntad, con sus intenciones y decisiones. También incluye la vida corporal y las relaciones sociales de la persona, las cuales en su significado y naturaleza interior están tan ocultas como los pensamientos y los sentimientos. Esta comprensión inclusiva del «alma», aunque cercana a lo que la palabra significa en la calle, en última instancia no es satisfactoria para fines analíticos. No obstante, funciona aquí bastante bien para nuestras necesidades.

El secreto de una vida ministerial fuerte, saludable y fructífera yace en cómo trabajamos *con* Dios en todas esas dimensiones ocultas del ser. Juntas forman la vida de la persona real. Son las fuentes ineludibles de nuestra vida exterior, y casi por completo determinan los efectos, para bien o para mal, que como ministros tendrán nuestras actividades. Los dones naturales, las circunstancias externas y las oportunidades especiales tienen poca importancia. Jesús afirmó que el buen árbol «da buenos frutos» (Mateo 7.17). Si atendemos el árbol, el fruto se encargará de sí mismo.

Las dimensiones internas de la vida son las que se mencionan en el gran mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (Lucas 10.27). Este

mandamiento no nos habla tanto de lo que debemos hacer, sino de lo que debemos cultivar en el cuidado de nuestras almas. Esta es una realidad para todos los creyentes y, desde luego, para los ministros del evangelio.[1] Nuestro supremo llamamiento y nuestro servicio sacrificial pueden hallar apoyo adecuado solo en una personalidad totalmente saturada con el tipo de amor ágape de Dios (véase 1 Corintios 13).

Sin embargo, debemos tener muy claro que los grandes pasajes bíblicos sobre el amor (los ya citados y otros, entre ellos 1 Juan 4) *no* nos dicen que *actuemos como si* amáramos a Dios con todo nuestro ser y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Tal intento, sin el amor de Dios morando en nosotros, sería una carga imposible de lograr. Llegaríamos a estar enojados y sin esperanza, como en realidad les sucede a muchos ministros y sus familias, *que tratan de ser* «*buenos*».

El carácter y el «fruto del Espíritu»

Los fracasos «repentinos» que aparecen en las vidas de algunos ministros, y en otros creyentes, en realidad nunca son repentinos, sino que son la aparición de deficiencias de larga data en lo «interno […] del corazón» (1 Pedro 3.4). El amor divino que impregna cada parte de nuestras vidas es, en contraste, un recurso adecuado para toda condición de vida y muerte, según nos asegura 1 Corintios 13. Este amor es, en palabras de Jesús, «una fuente de agua que salte para vida eterna» (Juan 4.14). Y *de* los poseedores del amor divino verdaderamente fluyen «ríos de agua viva» hacia un mundo sediento (Juan 7.38).

Las personas a quienes servimos y con quienes hablamos no recordarán el noventa y nueve por ciento de lo que les decimos. Pero nunca olvidarán el tipo de personas que somos. Esto es sin duda una realidad en cuanto a los ministros influyentes de mi propio pasado. La calidad de nuestras almas influirá de forma indeleble en otros, para bien o para mal. Por tanto, no debemos olvidar que lo más importante que sucede en cualquier momento, en medio de todos nuestros deberes ministeriales, es el tipo de personas en que nos estamos convirtiendo.

A Dios le interesa en gran manera la calidad del carácter que estamos construyendo. El futuro que ha planeado para nosotros será construido por su gracia según la fuerza del carácter que forjamos. La devoción inteligente y amorosa a Cristo crecerá en importancia a través de la eternidad y nunca se volverá obsoleta.

Es la intención de Dios que nuestras vidas sean una manifestación perfecta del fruto del Espíritu, que es «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gálatas 5.22–23). Él ha hecho abundante provisión para morar en nuestras vidas ahora mismo. La adecuada atención al cuidado de nuestras almas por medio de su fortalecimiento dará este abundante fruto espiritual, y nos liberará de la triste lista de «obras de la carne» (Gálatas 5.19–21). Podemos ser canales de la gracia del Cristo resucitado y, mediante nuestras actividades ministeriales (predicar, orar, sanar, administrar), él podrá ministrar a otros. Pero debemos atender los medios de su gracia de maneras prácticas y específicas, a fin de experimentar su vida en la nuestra y a través de ella.

Cómo percibir la presencia de Dios

Lo primero y fundamental que podemos y debemos hacer es mantener a Dios delante de nuestras mentes. David sabía este secreto y por tanto escribió: «A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente» (Salmos 16.8–9).

Este es *el* secreto primordial del cuidado de nuestras almas. Nuestra parte en cuanto a sentir la presencia de Dios es dirigir y redirigir constantemente nuestras mentes hacia él. En el primer momento de nuestra experiencia bien podríamos ser desafiados por nuestros hábitos excesivos de hacer hincapié en asuntos diferentes a Dios. Pero esos hábitos (no así la ley de la gravedad) se pueden romper. Un hábito nuevo y lleno de gracia reemplazará los antiguos a medida que damos pasos intencionales para mantener a Dios ante nosotros. Pronto nuestras mentes regresarán a Dios como la aguja de la brújula regresa constantemente al norte, sin importar cómo se mueva. Si Dios es el gran anhelo de nuestras almas, se convertirá en la estrella polar de nuestro ser interior.[2]

Jesucristo es, desde luego, la Puerta, la Luz y el Camino. Somos privilegiados al andar en esta profunda realidad, no solo al predicarla. Primero recibimos a Dios en nuestras mentes al recibir a Jesús. Abrimos nuestra conciencia a él y le dirigimos nuestra atención. Esto y nada más constituye nuestra «normalidad». El camino a seguir yace entonces en mantener de forma intencional delante de nuestras mentes las escenas y palabras de los evangelios del Nuevo Testamento, leyéndolas y releyéndolas con cuidado día tras día. Las memorizamos. Las revivimos en palabra e imaginación

cuando nos levantamos en la mañana, cuando experimentamos los acontecimientos del día y cuando nos acostamos en la noche. De este modo andamos momento a momento con él, el que prometió estar siempre con nosotros.

Como paso inicial en este proceso experiencial podemos optar por practicar constantemente volviendo nuestras mentes hacia Dios en Cristo en un día determinado. Solo debemos decidirnos a hacerlo, y luego hacer lo mejor que podamos sin afanarnos. Entonces en la noche podemos revisar el modo en que realizamos las cosas y pensar en maneras de hacerlas mejor al día siguiente. Al seguir con esta práctica, con cuidado y persistencia, pronto descubriremos que la persona de Jesús y sus hermosas palabras ocupan de forma automática nuestras mentes en lugar del desorden y el ruido del mundo, incluso el ruido en el ambiente de la iglesia.

Nuestra concentración en Jesús se fortalecerá mediante la memorización de grandes pasajes (*no* solo de versículos) de la Biblia. Pasajes como Mateo 5—7, Juan 14—17, 1 Corintios 13 y Colosenses 3 son fenomenales selecciones de crecimiento para el alma. Esta práctica de memorizar las Escrituras es más importante que un tiempo diario en silencio, porque a medida que llenamos nuestras mentes con estos grandes pasajes y los tenemos disponibles para nuestra meditación, los momentos en silencio se encargan de la totalidad de nuestras vidas. «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado» (Isaías 26.3).

El mensaje de Dios para Josué, cuando este emprendió la gran tarea que tenía por delante, fue: «Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien» (Josué 1.8). Salmos 1 demuestra que esto se volvió parte de la práctica reconocida de la vida espiritual entre los israelitas. La meditación en el Señor y su Palabra también debe convertirse en parte integral de nuestras vidas.

Sin embargo, ¿cómo llega la ley *a nuestra boca?* Mediante la memorización, por supuesto. La ley se convierte en parte esencial de cómo pensamos respecto a todo lo demás a medida que *moramos en ella.* Entonces lo que se presenta delante de nosotros durante el día viene a la presencia de la Palabra iluminadora de Dios. La luz mora dentro de nosotros y nos permite ver las cosas de la vida de la

manera correcta. «En tu luz veremos la luz» (Salmos 36.9). Esta es la verdadera educación para el ministerio y la vida.

Amor y adoración

A medida que la Palabra, tanto viva como escrita, ocupa nuestras mentes, de manera natural y sobrenatural llegamos a amar más y más a Dios, porque vemos clara y constantemente cuán precioso es él. El ser glorioso de Dios no solo constituye una verdad que mejor haríamos en creer. Se trata de una inagotable maravilla y delicia.

El sabio anciano puritano Thomas Watson escribió:

> *El primer fruto del amor es la meditación de la mente en Dios. Aquel que está enamorado piensa siempre en el objeto de su amor. Aquel que ama a Dios se embelesa y se transporta con la contemplación a Dios. «Despierto, y aún estoy contigo» (Salmos 139.18). Los pensamientos son como viajeros en la mente. Los pensamientos de David lo mantuvieron en la ruta celestial. «Aún estoy contigo». Dios es el tesoro, y donde está el tesoro, allí está el corazón. Por esto podemos probar nuestro amor a Dios. ¿En qué están puestos nuestros pensamientos? ¿Podemos decir que estamos embelesados con delicia cuando pensamos en Dios? ¿Tienen alas nuestros pensamientos? ¿Se elevan? ¿Contemplamos a Cristo y su gloria? […] Un pecador deja a Dios fuera de sus pensamientos. Nunca piensa en Dios, a menos que lo haga con horror, como el prisionero que piensa en el juez.*[3]

De este modo entramos a una vida, no solo *a algunos momentos*, de adoración. El himno celestial será una presencia constante en nuestras vidas: «Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 5.13).

La adoración se convierte en el matiz constante de nuestras vidas. Es la fuerza más poderosa para completar y afirmar la restauración de todo nuestro ser a Dios. Nada puede informar, guiar y sostener la bondad generalizada y radiante en cualquier persona que no sea la verdadera visión de Dios y la adoración que brota espontáneamente de ella. Entonces el poder de la presencia de Cristo fluye desde nosotros hacia los demás.

No obstante, recordemos que no estamos *tratando* de adorar. La adoración no es otra labor que debamos ejecutar. Es un aspecto del regalo de «agua viva» que brota «para vida eterna» (Juan 7.38;

4.14). Nuestra parte es volver nuestras mentes hacia Dios y poner atención a sus gráciles acciones en nuestras almas. Este es el principal «cuidado del alma» que debemos ejercitar. Entonces el amor y la adoración, la adoración y el amor, fluyen en nuestras vidas a medida que andamos constantemente con Dios. Al dar pasos con él (en la corriente de su gracia) vivimos con espontaneidad, amamos a nuestro prójimo, y ministramos el mensaje y el poder del evangelio.

Apertura a la plenitud del gozo

El cuidado personal del alma también requiere atención a nuestros sentimientos. Las emociones son un componente real de la vida y de nuestras vidas en Cristo. Algunos ministros, y muchos pero muchos individuos más, permiten que sus emociones los derroten.

No obstante, hacemos bien en observar que el *amor* es la base de la vida espiritual y que el *gozo* es un componente clave en la vida de Cristo. El gozo no es placer, una simple sensación, sino un sentido generalizado y constante de bienestar. La esperanza en la bondad de Dios es un apoyo indispensable del gozo.

En un momento de adoración y alabanza, Pablo expresó espontáneamente una bendición sobre los cristianos en Roma: «El Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo» (Romanos 15.13). Este versículo se enfoca en las profundas necesidades del aspecto emocional de la vida del cristiano.

Los grandes términos centrales de la vida en Cristo son «fe», «esperanza», «amor» y «paz». Estos no son *únicamente* sentimientos; en esencia, no son sentimientos. Son condiciones en que cada parte de la vida de un individuo participa, incluso el cuerpo y el contexto social. Nos preparan para los compromisos de la vida. Sin embargo, tienen sentimientos que los acompañan, y estos sentimientos abundantemente positivos caracterizan a quienes viven en la presencia de Dios. Dichos sentimientos desplazan la amargura y las sensaciones de ira que caracterizan la vida «en la carne» (vida únicamente con las energías humanas). Incluso transforman los repugnantes tonos emocionales que permean y gobiernan en gran manera al mundo que nos rodea… aun, muchas veces, el mundo de la iglesia misma.

Jesús nos enseñó a permanecer en el amor de Dios, «para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido» (Juan 15. 10–11). Nuestro gozo está completo cuando no hay espacio para más.

Permanecer en el amor de Dios provee la fuente inquebrantable de gozo, que es a su vez la fuente de paz. Todo se basa en la realidad de la gracia y la bondad de Dios. *Fe, esperanza, amor, gozo* y *paz* («los cinco magníficos») son inseparables y se apoyan recíprocamente. ¡Tratemos de imaginar alguno de ellos sin los demás!

Soledad y silencio

Entre las prácticas que pueden ayudarnos a atender el cuidado del alma en un nivel básico están la *soledad* y el *silencio.* Los practicamos al hallar maneras de estar solos y lejos de charlas y ruidos. Descansamos, observamos, «olemos las rosas»… ¿nos atrevemos a decirlo?… *no* hacemos *nada.* Esta disciplina puede ser usada por Dios como un medio de la gracia. En ella incluso podemos encontrar otro recordatorio de la gracia: que somos salvos, justificados mediante su poder redentor, no por nuestros esfuerzos y logros.

Al apartarnos por prolongados períodos intentamos librarnos de la corrosión del alma que se acumula debido a la constante interacción con otros y el mundo que nos rodea. En este lugar de comunión tranquila descubrimos otra vez que *tenemos* almas, que en realidad poseemos seres interiores que deben nutrirse. Entonces en el santuario interior comenzamos a experimentar de nuevo la presencia de Dios hablándonos e interactuando con nosotros. Entendemos otra vez que Dios no competirá por nuestra atención. Debemos organizar el tiempo para nuestra comunión con él al apartarnos en soledad y silencio.

El salmista declaró: «Estad quietos, y conoced que yo soy Dios» (Salmos 46.10). E inmediatamente después de esto el escritor afirma el éxito de la misión de Dios en la tierra: «Seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra. Jehová de los ejércitos está con nosotros; nuestro refugio es el Dios de Jacob» (Salmos 46.10–11).

Otras traducciones de este versículos afirman: «Quédense quietos, reconozcan que yo soy Dios» (NVI) y «¡Todas las naciones del mundo reconocen mi grandeza! ¡Reconózcanme como su Dios y ya no se peleen!» (TLA). La provisión de Dios para nosotros y para su obra a través de nosotros es adecuada. No tenemos que «hacer que suceda». Debemos dejar de cargar con el peso de los «resultados». Estos están con seguridad en manos de Dios.

Alguien ha dicho de manera perspicaz: «La mayor amenaza para la devoción a Cristo es el servicio a Cristo».

¡Qué paradoja! Esto es fácilmente un reto para muchos

ministros. Dejar que el servicio a Cristo nos robe nuestra devoción a él es una falla radical en el cuidado personal del alma. Pero es algo de lo cual la práctica de la comunión con Cristo en tiempos de soledad y silencio puede liberarnos.

El tiempo *se hace*, no se encuentra

Una respuesta en cuanto a prestar atención al cuidado personal del alma es a menudo: «No tengo tiempo para dedicarme a mucha soledad y mucho silencio. Tengo demasiadas cosas que hacer». La verdad es que no tenemos tiempo para *no* estar en soledad y silencio. No hay tiempo más beneficiosamente gastado que el que se usa para realzar la calidad de una relación íntima con Dios. Si pensamos de otro modo, nos hemos educado mal. La verdadera pregunta es: ¿sacaremos tiempo para hacer lo que es necesario a fin de tener una vida y un ministerio abundantes, o intentaremos salir adelante sin ello?

Por tanto es apropiado un par de consejos a fin de atender nuestra vida interior. En primer lugar, Dios nunca le da a alguien demasiado para hacer. Eso es algo que nos imponemos nosotros mismos o permitimos que otros nos impongan. Podríamos estar mostrando nuestra falta de confianza en el poder y la bondad de Dios, aunque es posible que nuestros modelos y nuestra educación nos hayan fallado. En segundo lugar, el ejercicio del poder de Dios en el ministerio nunca modifica por sí solo el carácter, y casi nunca compensa nuestra propia insensatez. El poder de Dios puede activarse y buscarse con sabiduría, recibiéndolo solo cuando tratamos de crecer por gracia en semejanza a Cristo. El poder *con un* carácter como el de Cristo es la combinación imbatible de la vida triunfante en el reino de Dios en la tierra y por la eternidad. El poder sin el carácter de Cristo nos da los Sansones y Saúles de nuestra época.

Conocer a Cristo a través de los momentos que pasemos en soledad y silencio permitirá que nuestro «gozo sea cumplido» (Juan 16.24). Nos traerá una sensación generalizada de bienestar, sin importar lo que esté sucediendo a nuestro alrededor. Se eliminarán la prisa y la soledad del liderazgo. Podremos permitir que la paz de Dios se profundice en nuestras vidas, extendiéndose a través de nuestras relaciones con otros (véase Mateo 10.12–13).

Un joven cristiano, a quien eficazmente lo habían guiado a la práctica de la soledad y el silencio, dijo lo siguiente:

Cuanto más practico esta disciplina, más valoro la fortaleza

del silencio. Cuanto menos me vuelvo escéptico y crítico, más aprendo a aceptar lo que no me gusta acerca de otros, y más los acepto como seres creados exclusivamente a imagen de Dios. Cuanto menos hablo, más palabras plenas expreso en un momento apropiado. Cuanto más valoro a otros, más les sirvo en formas pequeñas, y más disfruto y celebro mi vida. Cuando más celebro, más me doy cuenta de que Dios ha estado dándome cosas maravillosas, y menos me preocupo acerca de mi futuro. Aceptaré y disfrutaré lo que Dios está obsequiándome continuamente. Creo que estoy comenzando a disfrutar de veras a Dios.[4]

Sentir a Dios a través de la práctica de relacionarse con él por medio de esta disciplina trae abundantes recompensas.

Planificación de la vida plena

Nuestro análisis hasta ahora ha sido más ilustrativo que expositivo. La soledad y el silencio son absolutamente básicos en nuestra responsabilidad de cuidar el alma. Pero también abren ante nosotros todo el ámbito de las *disciplinas* para la vida espiritual. Es de vital importancia recordar que hay caminos probados y verdaderos por los que podemos ir tras la vida abundante en Cristo. A menudo nos referimos a estos caminos como «disciplinas espirituales».[5] Podemos y debemos incorporar estas disciplinas a nuestras vidas como formas totalmente confiables de cuidado personal del alma. No hay reemplazo para esto.

Una persona podría hacer una larga lista de tales disciplinas, basándose en la historia del pueblo de Cristo. La lista incluiría sin duda el ayuno, que cuando se practica de manera correcta tiene poder increíble para la transformación del carácter y para el ministerio. En esta lista también estarían prácticas como: frugalidad, servicio, celebración, oración (como disciplina), registro diario, comunión, relaciones con rendición de cuentas, sumisión, confesión y muchas otras.

No hay tal cosa como una lista completa de disciplinas. Toda actividad que está en nuestro poder y que nos permite lograr por gracia lo que no podemos conseguir por esfuerzo directo es una disciplina de la vida espiritual.[6]

Al tratar de conocer a Cristo mediante la incorporación de disciplinas adecuadas en nuestras vidas debemos tener en cuenta que no hay manera de ganar mérito. No son sendas de sufrimiento o

tormento personal. No son algo heroico. No implican hacer justicia. Pero son una sabiduría indispensable.

Una vez que nos enteramos de que la gracia no se opone al esfuerzo (acción), aunque sí a ganarla (actitud), el camino está abierto para «ejercitar» todo lo que participa en nuestra salvación, no solo «con temor y temblor», sino también con la tranquila confianza de que es Dios quien obra en nosotros para llevar a cabo toda su buena voluntad (véase Filipenses 2.12–13).

Cuando entramos en una vida de disciplinas conscientes con nuestro Maestro eterno, entonces la amonestación de Pedro (2 Pedro 1.5–7) de añadir virtud a nuestra fe, conocimiento o entendimiento a nuestra virtud, dominio propio a nuestro conocimiento, paciencia a nuestro dominio propio, bondad a nuestra paciencia, amor fraternal a nuestra bondad, y amor divino (ágape) a nuestro amor fraternal, demostrará ser un plan razonable para la vida. Dios usará este curso de acción para ayudar también a otros a través de nuestro ministerio.

«Porque haciendo estas cosas», continúa Pedro (v. 10), «no caeréis jamás». En nuestro caminar con Dios en Cristo se nos proporcionarán «sus riquezas en gloria» (Filipenses 4.19), dulzura y fuerza de carácter, profundidad de visión y entendimiento, y abundancia de poder para manifestar la gloria de Dios en la vida y el ministerio… ¡cualesquiera que sean las circunstancias! Y además nos «será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Pedro 1.11) mucho antes de que muramos.

Lectura adicional

Thomas à Kempis. *La imitación de Cristo*, https:/books.google.com.ec/books?id=Ba1lWN-RDh8C. Aparte de la Biblia misma, esta es sin duda alguna la obra más reeditada en la historia cristiana. Absolutamente indispensable.

Baxter, Richard. *The Practical Works of Richard Baxter* (Baker Book House, 1981).

Bouyer, Louis. *A History of Christian Spirituality*. 3 vols. (Seabury Press, 1982).

De Sales, Francisco. *Introduction to the Devout Life* (Doubleday, 1957).

Finney, Charles. *Revival Lectures* (Fleming H. Revell Co., s.f).

Law, William. *A Serious Call to a Devout and Holy Life* (Paulist Press, 1978). Muchas ediciones disponibles.

Murray, Andrew. Especialmente *Humility* and *Absolute Surrender*.

Muchas ediciones.
Nouwen, Henri. *The Way of the Heart* (Ballantine Books, 1981).

DISCIPULADO DEL ALMA Y LA MENTE

CAPÍTULO 12
Disciplinas espirituales, formación espiritual y restauración del alma

La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma.
—Salmos 19.7

Confortará mi alma; Me guiará por sendas de justicia
por amor de su nombre.
—Salmos 23.3

Un renovado interés en la espiritualidad

Actualmente hay mucho interés en las disciplinas espirituales y en el proceso de formación espiritual. Esto proviene de un sentido de nuestra urgente necesidad de salud mental y emocional, así como de profundidad espiritual, y de la simultánea comprensión de que la reciente práctica normal del cristianismo estadounidense no está supliendo esa necesidad.[1] Muchos cristianos serios y pensantes están buscando maneras de alcanzar una inteligente y poderosa semejanza a Cristo que pueda informar a la totalidad de la existencia y no solo producir momentos religiosos especiales. Prácticas y conceptos que han tenido larga vida en el pasado cristiano se están experimentando y explorando de nuevo, y muchos de los implicados en el campo de la psicología están tomando un interés profesional en ellos y en el alma.[2]

Este es un avance muy esperanzador. No obstante, a menos que el interés en la espiritualidad, como ahora se le llama a veces, encuentre su fundamento en la naturaleza de la personalidad humana y adicionalmente en las interacciones redentoras de Dios, será a lo sumo una moda pasajera. Además, es posible que las personas no solo se desilusionen en este ambiente, sino que se vean seriamente afectadas. Debemos pensar profunda y claramente respecto a las disciplinas espirituales y la formación espiritual, y en particular acerca de sus relaciones con el alma humana, la dimensión más profunda de la personalidad humana.

Hipótesis para este análisis

A continuación no voy a tratar con cuestiones específicamente filosóficas acerca del alma, aunque tendré que tocar algunas. Afortunadamente, el ensayo del doctor J. P. Moreland, «Cómo restaurar la esencia del alma de la psicología», en esta edición del *Journal of Psychology and Theology* ofrece un excelente enfoque de los temas psicológicos, y sugiero una lectura completa de ese

documento como preliminar a lo que viene a continuación.

Según él explica con mucho cuidado, el alma humana debe ser tratada como una entidad propia, con su naturaleza y sus relaciones peculiares. Es el componente fundamental, pero no el único, de un ser humano y de una vida. Esa es la posición mantenida de manera uniforme por la tradición occidental de pensamiento hasta Hume, y en varias partes hasta mucho después.[3] El profesor Moreland señala que el alma es una sustancia en el aspecto de que es un ser individual que tiene propiedades y disposiciones naturales a este, que perdura a través del tiempo y el cambio, y que recibe y ejerce influencia causal sobre otras cosas, en particular en la *persona* de la cual es la parte más fundamental.

El alma no es un ser simple o no complejo, excepto en el sentido de no tener partes *espaciales.* Esto en realidad confunde a muchas personas, que cuando piensan en «parte» solo se les ocurre una porción espacial. Desde luego, cualquier cosa con porciones espaciales podría exactamente no ser un alma. Tal vez uno olvide que hay muchas otras cosas que no tienen partes espaciales, tales como un acorde tocado en música o los sabores en una sopa. Los conceptos como parte, propiedad, complejidad, etc., se tienen que manejar con sumo cuidado cuando se trata con las personas. El profesor Moreland hace esto de una manera ejemplar.

Ahora bien, el alma es esencialmente un componente de una persona (como lo son la mente y la voluntad, que están entre las partes esenciales del individuo) y no existe sin el individuo al que le pertenece. Ni el alma ni sus partes pueden estar esparcidas por doquier como sucede con los repuestos de un automóvil o de una computadora. Pero es igualmente cierto que la gente no existe sin alma. Una *persona* es un ser vivo que tiene cierto tipo de vida: tiene principalmente autodeterminación en cuanto a los valores adoptados, con la posibilidad (y la necesidad vital) de adorar. El alma es esa entidad dentro de un individuo que integra todos los componentes de la vida de esta persona en *su* existencia, *una* vida.

Por supuesto, el alma no es una entidad *física*, y los esfuerzos por pensar en tales términos son la base de la mayoría de las objeciones «modernas» al alma en los contextos intelectuales. En consecuencia, el conocimiento de ella no se puede lograr basado en la percepción sensorial o en la teoría física. Pero esa no es ninguna objeción en contra del alma, porque la percepción sensorial nos da conocimiento de muy poco interés humano significativo, menor a

toda comprensión del conocimiento en sí.

El empirismo (a menudo llamado después «positivismo») es simplemente una estratagema ideológica fracasada en la cultura occidental que prevaleció aproximadamente desde el siglo XVIII en adelante y que no se debe considerar más que un episodio histórico instructivo, aunque de algún modo desafortunado. De manera arbitraria especifica los sentidos o sentimientos como marcadores de límites para el conocimiento y la realidad. Pero no puede guiarnos en la interpretación del conocimiento y la realidad, porque básicamente los malinterpreta. Su función principal fue reemplazar a la ortodoxia religiosa con una ortodoxia epistemológica secular, a medida que la autoridad cultural estaba pasando de las instituciones religiosas a las meramente intelectuales en la moderna sociedad occidental. Como ortodoxia es, por supuesto, represiva y —entre otros aspectos— hace imposible el conocimiento del ser humano. Es posible juzgar por uno mismo el costo de esto al observar con franqueza el caos intelectual y moral que gobierna la sociedad moderna, no menos intelectual en sí misma. Desde luego, el empirismo no es en sí una teoría empírica, y nunca podría serlo en la mayoría de los casos. Se refuta a sí mismo.

Así que a continuación voy a presuponer (y señalo al profesor Moreland para los detalles del caso) una visión «clásica» del alma y la persona, junto con las líneas anteriores. La gente en nuestra cultura intelectual supone vagamente, en términos generales, que «se ha descubierto algo» que demuestra que esta opinión es errónea. Al adoptar posturas y fraseologías de pensadores como Hume y Nietzsche, a menudo colman de desprecio a Platón, a Descartes y al dualismo. *Pero nada se ha descubierto en este sentido.* Aparte del episodio desafortunado, aunque históricamente necesario, del empirismo/positivismo/naturalismo y sus secuelas paralizantes, nunca habríamos supuesto que se hubiera descubierto algo.

También paso a presuponer a continuación que la revelación bíblica es una fuente de conocimiento. Tenemos *conocimiento* de un asunto cuando *podemos representarlo como en realidad es, sobre una base apropiada de pensamiento y experiencia.* La autoridad es una fuente de conocimiento siempre y cuando sea una buena autoridad. La mayor parte de lo que sabemos lo conocemos en base a una autoridad u otra, mucho de ello por leer libros o escuchar a científicos y pensadores destacados. Por supuesto, toda autoridad debe ser receptiva a cualquier pregunta justa y razonable, y siempre

deberíamos evaluar a las autoridades en todas las formas adecuadas posibles. Igualmente con la Biblia. Usada de manera adecuada, es una fuente de conocimiento acerca de las cosas más importantes de la vida humana: la naturaleza del ser humano y su relación con Dios.

Distinciones descriptivas dentro del ser humano

Ahora bien, cualquier trato reflexivo que se le dé al ser humano resultará en una lista de capacidades naturales y sus interacciones. Esto se ve una y otra vez en las obras de filósofos, psicólogos y hasta en literatos tanto de oriente como de occidente. La lista incluye necesariamente nuestras capacidades de representar o pensar, de sentir (sensorial y emocionalmente), y de elegir o desear. Además, existen las dimensiones corporal y social del ser humano. Estas últimas son de fundamental importancia para encarnar seres personales como nosotros. La vida humana, las capacidades *humanas,* son inseparables de ellas.

Sin embargo, todas esas capacidades y dimensiones del ser humano se relacionan de forma interactiva entre sí, ya que son las capacidades y dimensiones de una sola persona. Es la sensación de que ocurrirá un desastre lo que evoca mi temor y me hace sudar las palmas. Es mi percepción al ver las luces de freno encendidas en el vehículo del frente lo que me lleva a presionar mis frenos. Es mi ira o mi lujuria lo que me persuade a hacer lo que sé que está mal, y mi respeto por las personas o por Dios lo que me permite tratar a otros con compasión y veracidad, y así sucesivamente.

Por otra parte, las acciones y las condiciones *dentro del* rango de cada una de estas capacidades distintivas están esencialmente interrelacionadas. Mi ira afecta a mis demás sentimientos y a la inversa. Las representaciones y los juicios en mi línea de pensamiento se afectan entre sí. Mi selección de objetivos inclusivos afecta mis decisiones particulares y viceversa. De esta abundante textura de interrelaciones dentro y entre las varias capacidades y dimensiones del ser humano surgen la personalidad individual humana y su vida.

Creo que esto se debe tomar como una simple descripción. Es difícil imaginar una teoría que niegue seriamente algo de ello. Pero tenemos que ir más allá de la descripción para darle sentido a lo que esto trae a la luz, y es de este modo que la conceptualización y la teoría tienen su lugar apropiado.

El alma como fuente y principio coordinador de vida

La manera más iluminadora y racional de pensar acerca del alma es

considerarla como el componente de la persona integral que coordina todas las capacidades y dimensiones del ser humano y conduce a su desarrollo interactivo con el fin de formar una vida individual.

Los pensadores modernos desde Hume hasta Derrick Parfit, impulsados por el empirismo o al menos el antisustancialismo, han tratado de evitar esta fuente única de coordinación dentro del ser humano, tomando los elementos descriptivos de la vida como átomos y reconstruyendo todo el individuo en términos de varias relaciones entre esos átomos. Parece evidente que este intento vuelve a fracasar, como Hume mismo reconoce por su propio intento. Más que «reconstruir» a la persona, esta simplemente se pierde. La pérdida del ser es la realidad central del pensamiento de los siglos XIX y XX en todas sus dimensiones. Supongo que esto es algo con lo que las personas más informadas concuerdan.

El punto de vista clásico

Al contrario, la ruta tomada tanto por los pensadores griegos más influyentes (Platón y Aristóteles entre ellos) como por los escritores bíblicos es tomar el alma como un ser por derecho propio. Ellos creen en el alma como la *fuente* de vida dentro del individuo y, simultáneamente, como su principio ordenador.

Por tanto, Platón presenta al alma como un instigador auto-trasladado.[4] El elemento de espontaneidad que caracteriza a los seres vivos contra los inertes (piedras, sillas) se atribuía a la posesión de alma, y las diferencias de clase entre seres vivos (seres vegetales, animales, humanos, divinos) a la posesión de almas de *tipos* distintos. Es decir, son almas que difieren en naturaleza las que originan distintas clases de actividades espontáneas (crecimiento, nutrición, reproducción, sensación, emoción, pensamiento, voluntad) y organizan y ordenan esas actividades de diversas maneras conducentes al bienestar del ser vivo en cuestión. Las distintas actividades y el flujo de vida forman la diferencia en el carácter interior.

Aunque el alma es un principio cósmico tanto para Platón como para Aristóteles, la abrumadora preocupación que tenían era entender el alma *humana.* Ellos sabían muy bien que a menudo las cosas van mal en la vida humana, por lo que entendían que eso es precisamente el resultado de un mal funcionamiento de la fuente interior de vida. Se trata de una expresión de *desorden* en el alma misma. Específicamente para ellos es una falta de razón (la

capacidad de pensar y entender) a fin de supervisar de modo apropiado la emoción y los apetitos humanos, incluso los sentimientos corporales. Tal falta de supervisión ocurre, según ellos entendían bien, tanto en el nivel individual como en el social.

Según Platón, la solución al problema de un adecuado ordenamiento del alma yace en proveer una apropiada educación para aquellos que dirigen la sociedad en varias capacidades, especialmente en materia de legislación. Aristóteles difería muy poco de él en este punto. Según su opinión, el legislador debe estudiar con mucho cuidado el alma humana, porque legisla totalmente con un punto de vista para producir buenas almas humanas.[5] Supone que si la sociedad está correctamente organizada por parte de la legislación, todo irá bien tanto en el individuo como en la sociedad. Si la fuente interior y el principio ordenador están funcionando de manera correcta, la vida que fluye de ella solo puede ser como debería ser.

La imagen bíblica

Aquí se ve la misma suposición acerca de la existencia humana que se encuentra en las fuentes bíblicas. El proverbio afirma: «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón [la fuente y el centro de la vida], porque de él mana la vida» (Proverbios 4.23). Pero desde luego que el punto final de referencia en el contexto bíblico no es la educación ni la legislación humana, sino lo divino. «Hijo mío, está atento a mis palabras; inclina tu oído a mis razones. No se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón; porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo» (Proverbios 4.20–22).

La misma idea básica se expresa en las enseñanzas de Jesús en cuanto a que un árbol bueno no puede dar fruto malo, y que lo que contamina al ser humano viene solo del corazón (Marcos 7.15–23). Por supuesto, en las enseñanzas bíblicas la fuerza de la revelación está agregada a la perspectiva humana de que la *fuente* está por dentro, en los profundos niveles de la personalidad, y que el orden o el desorden de la vida como un todo se debe rastrear hasta el orden y el desorden en ese nivel más profundo.

Una analogía útil

Se puede comparar el alma con la computadora en el centro de un sistema de producción informatizada de algún tipo, por ejemplo, en una fábrica de automóviles o una imprenta. Más crudamente aún, es como el mecanismo de tiempo en un aparato automático como un lavavajillas. La computadora o el temporizador son seres distintos

por derecho propio. Tienen una naturaleza intrínseca (partes, propiedades) que les permite coordinar las varias actividades y los diversos estados en el sistema como un todo. Sus propias capacidades de funcionamiento dependen de que estén adecuadamente posicionadas en el conjunto mayor.

Por supuesto, la computadora o el temporizador son entidades estrictamente físicas, mientras que el alma no lo es. Pero entonces, el conjunto que dirigen es también un ser físico, como no lo es la persona, aunque esta tiene componentes físicos en su vida. Después de admitir importantes diferencias, es útil pensar en el alma como la «computadora» que opera todas las dimensiones del sistema humano, gobernando y coordinando lo que pasa en ellas. Esta posee su propia naturaleza, sus partes, sus propiedades y sus relaciones internas y externas, según se indicó anteriormente.

El alma distanciada de la persona

Es este sentido de un nivel más profundo del ser el que da cuenta del lenguaje característico del «alma» que se encuentra en la Biblia y en otras partes. Por ejemplo, la misma persona a quien pertenece el alma típicamente se *dirige a* esta, o se puede referir a ella en tercera persona. La trata como si en alguna medida tuviera vida propia. Y en realidad así es. De ahí que se pueda decir: «¿Por qué te abates, oh alma mía? […] Espera en Dios» (Salmos 42.5); «bendice, alma mía, a Jehová» (Salmos 103.1); «mi alma ha guardado tus testimonios» (Salmos 119.167); «mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador» (Lucas 1.47).

Una razón por la que el libro de Salmos nos afecta de manera tan profunda es que constituye un libro del alma. Es el primer libro del alma en la tierra. Llega a los niveles más profundos de nuestras vidas, mucho más allá de nuestros pensamientos y esfuerzos conscientes. Manifiesta y nos ayuda a expresar las partes más profundas de nuestras vidas. Este elemento de profundidad y distancia es una caracterización principal del alma; se refiere a la mismísima naturaleza de ella. Por eso Thomas Moore, en su escrito *El cuidado del alma*, a la manera de un concepto de *alma*, solo afirma que es la parte «profunda» del ser.

Ahora bien, solo porque el alma es la fuente y la unidad de nuestra vida a veces se le usa como equivalente de la persona. Este constituye un común uso bíblico y también una manera corriente de hablar. «Pobre alma», decimos cuando queremos indicar «pobre individuo». Y no se responde a la señal internacional de angustia

extrema, «SOS» («Salven nuestras almas», por sus siglas en inglés), tratando de salvar ninguna otra cosa que a las personas implicadas. Junto con el alma, por supuesto, se salva la persona. Cuando el salmista declara: «Mi alma está entre leones» (57.4, LBLA, NBLH), quiere decir que él está entre leones. Y cuando el escritor de Hebreos habla de la «preservación del alma» (10.39), se refiere a la preservación de la persona. Con el alma, todo lo demás viene junto. Sin embargo, la persona no es igual a su alma. Hay mucho más para el individuo que el alma, y en esto reside la esperanza para la reestructuración del alma destrozada y corrupta.

El pecado como realidad psicológica

La condición de la vida humana normal es aquella en que los recursos internos del individuo están debilitados o muertos, y donde los factores de la vida humana no se interrelacionan como deberían por medio de su naturaleza y función. Esto es el pecado en singular: no una acción, sino una condición. No es que estemos equivocados, sino que nuestros componentes internos ya no se encuentran relacionados de manera correcta. Los cables están cruzados, por así decirlo. Estamos *estrujados* y retorcidos. Nuestras mismas disposiciones corporales, nuestro pensamiento y nuestro sentimiento son defectuosos y están relacionados erróneamente con referencia a la vida como algo indivisible.

Todo eso viene a la mente en la voluntad (lo mismo que el corazón o el espíritu humano). La voluntad se sitúa, por así decirlo, en el caos del sistema humano, debatiéndose entre sacudidas poco eficaces y esporádicas o moviéndose hacia la pasividad total.

Pablo nos proporciona el lenguaje definitivo para nuestra condición ante el alma destrozada y corrompida: Estamos «muertos en […] delitos y pecados» (Efesios 2.1). «Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago» (Romanos 7.19). Conocemos el fenómeno aunque no supiéramos nada de Pablo. Desde luego, aquí existe una cuestión gradual. No obstante, ningún ser humano escapa por completo al deterioro de la voluntad, y en algunos esto se convierte en un asunto de disfuncionalidad y miseria total, ya no es rebelión sino enfermedad. El individuo se aleja eficazmente de su propio bien; puede a menudo desear ser bueno y hacer lo que está bien, pero se encuentra *preparado y programado* para hacer lo malo. Esto es lo que la persona está dispuesta a hacer sin recapacitar.

En esta condición la mente se halla confundida, mal informada y

equivocada. Las emociones son al mismo tiempo parte dominante de la personalidad y se hallan en conflicto entre ellas. El cuerpo y el ambiente social están llenos de patrones regulares de maldad e inclinados constantemente a hacer lo malo. En esta condición, el intelecto encuentra razones de por qué lo malo es bueno (o al menos no es malo) y de por qué lo bueno es malo (o al menos no es bueno).

Pablo, aquel hombre profundamente reflexivo, una vez más tiene la descripción acertada para la situación: «Quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican» (Romanos 1.32).

¡Podemos estar siempre seguros de que habrá justificaciones elaboradas! Porque esto se convierte en una función principal de la mente en el estado destrozado del alma. Esta es la fuente más profunda del dicho de la antigua cultura griega de que «a quienes los dioses quieren destruir, primero los trastorna». Tal noción de autojustificarse y racionalizar es una expresión depravada del papel natural de la mente en la economía humana. Su papel natural es hallar la manera correcta de actuar, es decir, la justa y recta, y que conduce a lo que es bueno. Cuando la persona como un todo está comprometida a hacer lo que es malo y diabólico, la mente pasa de la razón a la racionalización. De establecer lo que es correcto a fin de llevarlo a cabo, pasa a establecer que *cualquier cosa* que se haga es «buena» y «correcta», o al menos «necesaria». Esa es la demencia.

La «luz» del evangelio

Por tanto, el patrón tradicional de la conversión o recuperación cristiana debe comenzar con un nuevo pensamiento que viene del exterior de todo el sistema humano. Es un nuevo pensamiento que lleva a nuevas emociones y que hace posible un acto de la voluntad novedoso. Por supuesto, tal pensamiento es la información contenida en el evangelio. Se trata de una nueva imagen del mundo real en que vivimos. Ese mundo resulta estar hecho y gobernado por una persona que amó tanto a este mundo y a nosotros que envió a su Hijo para salvarnos de la ruina total. Somos incapaces de descubrir esto por cuenta propia, en especial debido a que nos hallamos rodeados por capas y capas de pensamientos, sentimientos y costumbres que están en contra de esta verdad. Y *especialmente* porque a través del uso prolongado hemos asimilado todo eso y *lo* hemos identificado con la vida real y con *nuestra* vida.

Este nuevo pensamiento, que es el evangelio, atraviesa el velo intelectual de nuestra muerte espiritual por medio de una fuerza sobrenatural. Esa es la gracia en acción, la cercanía del Dios compasivo. Y a medida que lo atraviesa trae una nueva emoción. Esta es compleja, pues combina el anhelo de que este nuevo pensamiento sea cierto con el dolor de comprender que en lo más profundo de nuestro ser estamos enemistados con dicho pensamiento. Esa es la clásica «convicción de pecado», y con ella una fuerza empieza a moverse dentro del alma destrozada que puede llevar a que se restaure. Pero la fuerza aún no es «propiedad» nuestra. Podemos resistirnos a la convicción de pecado y, por lo general, lo hacemos por un tiempo. Durante este período todavía no nos hemos identificado con el toque de la mano divina sobre el alma. El nuevo pensamiento y la nueva emoción aún no nos pertenecen, pero son una carga, una presencia extraña en nuestra vida que podríamos rechazar o con la que podríamos incluso resentirnos.

Sin embargo, el nuevo pensamiento y la nueva emoción hacen *posible* una nueva opción que los convertirá en propiedad nuestra. La voluntad, una dimensión fundamental del alma humana, solo puede actuar mediante ideas o representaciones, por una parte, y a través de emociones o sentimientos por la otra. Sin lugar a dudas, se trata de un poder de autodeterminación y de una parte intrínseca del alma humana. Pero carece de *absoluta* independencia y dirección propia. Eso es únicamente cierto para Dios. Ahora bien, dado el nuevo pensamiento y la nueva emoción, con la gracia acompañante, somos capaces de tomar una nueva decisión. Podemos estar de parte del pensamiento y la emoción. Podemos afirmar: «Sí, quiero que este pensamiento sea cierto, y *mi* actitud es la respuesta que siento hacia Dios y hacia mí mismo basado en el pensamiento». Al hacer esto, decidimos confiar en Dios.

La mano divina que se ha movido por iniciativa propia en medio de las tinieblas de nuestra alma y nuestra vida destrozada es ahora asida con la poca fuerza que podríamos tener, y nuestra mano dispuesta a agarrar la de alguien es entonces asida a su vez por la persona cuya mano tomamos. Esta es la realidad del «nacimiento de lo alto». Fluyendo de atrás hacia adelante —a través de las manos asidas— está la realidad de una relación personal. Nuestra mente, nuestras emociones, nuestra voluntad y nuestro ser socializado encarnado comienzan a sentir completamente la presencia de la vida

de Dios. Nuestras almas destrozadas y corrompidas empiezan a reformar sus poderes. Comenzamos a ascender hacia la luz y la integridad.

El antiguo y gran himno wesleyano es asombrosa y profundamente teológico, además de preciso como descripción psicológica:

Largo tiempo estuvo mi espíritu encarcelado
En pecado y negra oscuridad aprisionado
Tus ojos arrojaron un rayo de luz vivificante
Desperté en una mazmorra de brillo inundada
Mis cadenas cayeron, mi alma fue librada
Me levanté y te seguí gozoso, hacia adelante.

Cómo volverse activo en el crecimiento espiritual

Si bien la iniciativa en el avivamiento y la reforma del alma originalmente vienen de lo que yace más allá de nosotros, nunca estamos *meramente* pasivos en *cualquier* punto del proceso. Esto se desprende de los *imperativos* bíblicos de arrepentirse y creer, además (para la persona con nueva vida ya en su interior) de despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo, ejerciendo así la salvación que nos ha sido dada, etc., etc. Esto sin duda es cierto según Jesús les dijo a sus amigos: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15.5). Pero para ellos es igualmente cierto que «si no hacen nada, será sin mí». En el proceso de reforma espiritual bajo la gracia, la pasividad no excluye la actividad, y la actividad no excluye a la pasividad.

Por tanto, la invasión de la personalidad por medio de la vida de arriba no forma por sí misma la personalidad a semejanza de Cristo. Por sí sola no restaura la plenitud del alma prevista en la creación. No nos lleva por sí sola al punto en que «las cosas que haríamos, las *hacemos*, y las cosas que no haríamos, *no las hacemos*», donde «el pecado no se enseñoreará de [nosotros]» (Romanos 6.14). Más bien, debemos aprender y aceptar la responsabilidad de movernos *con* Dios en la transformación de nuestra propia personalidad. La aplicación inteligente y constante de planes para cambiar se requiere si hemos de perder la incoherencia del alma destrozada, y si asumimos la obediencia fácil y la realización de la persona que vive aun más plenamente dentro del reino de Dios y la amistad con Jesús.

Planificación de la rutina de progreso en plenitud

Entonces la pregunta es: ¿*cómo* exactamente debo hacer mi parte

en el proceso de mi propia transformación? ¿Cuál es mi *plan*? La respuesta a esta pregunta en general es: mediante la práctica de las disciplinas espirituales o disciplinas para la vida espiritual. Tal vez no conozcamos esta terminología o no la usemos, pero se refiere a lo que debemos hacer.

¿Qué es una disciplina? Una disciplina es una actividad en nuestro poder (algo que podemos hacer) que nos lleva a un punto en que podemos realizar lo que en la actualidad no podemos hacer por esfuerzo propio. La disciplina es en realidad una parte natural de la estructura del alma humana, y sin ella no se consigue casi nada significativo en la educación, la cultura ni otros logros. Todo, desde el aprendizaje de un idioma hasta la halterofilia, depende de ella, y su disponibilidad en el carácter humano es lo que hace responsable al individuo por el tipo de persona que llega a ser. A los animales se les puede entrenar, pero son incapaces de ejercer la disciplina en el sentido que es esencial para la vida humana.

El principio de la disciplina es aun más importante en la vida espiritual. Una vez, en un seminario, un acaudalado y prestigioso dirigente me comentó que no podía dejar de «explotar» cuando intentaba hablar con su hijo rebelde, a lo que contesté: «Por supuesto que usted puede». Entonces él me miró con asombro y negación. «Simplemente dígale a su esposa», continué, «que la próxima vez que usted explote ante su hijo aportará cinco mil dólares a la obra benéfica que ella prefiera y también cada vez que vuelva a explotar a partir de entonces». El hombre hizo una pausa y una sonrisa de reconocimiento apareció en las comisuras de su boca.

Pero aunque este tipo de caso comunica algo importante, en realidad no transmite el punto primordial de la disciplina en la vida espiritual. Las disciplinas espirituales no son principalmente para resolver problemas de comportamiento, aunque ese es uno de sus efectos. Es por ello que, contrariamente a la opinión popular, los diversos programas de doce pasos no son programas de disciplina espiritual. *Son* disciplinas, desde luego. Con bastante precisión se enfocan en cosas que en su mayor parte pueden hacer: asistir a reuniones, confesar en público, llamar a otros del grupo en momentos de necesidad, etc., etc., a fin de poder llevar a cabo lo que no pueden hacer por esfuerzo directo: permanecer sobrios. No obstante, mantenerse sobrios, aunque resulta desesperadamente importante para el alcohólico, difícilmente es una característica del logro espiritual. Lo mismo puede decirse de no explotar ante los

hijos.

El objetivo de las disciplinas en la vida espiritual, y específicamente en cuanto a seguir a Cristo, es la transformación total del estado del alma. Es la renovación de todo el ser desde el interior, lo que implica diferencias de pensamiento, sentimiento y carácter que no pueden manifestarse del todo en el comportamiento externo. Esto es lo que Pablo tiene en mente cuando habla de despojarse del viejo hombre y revestirse del nuevo, «conforme a la imagen del que [nos] creó» (Colosenses 3.10).

La genialidad de las enseñanzas morales de Jesús y de sus primeros alumnos fue su insistencia en que no podemos cumplir la ley tratando de no romperla. Eso únicamente nos convierte en fariseos y nos hunde en capas de hipocresía. En vez de eso debemos ser transformados en cuanto a las funciones del alma, de modo que las obras de la ley sean un resultado natural de aquellos en quienes nos hemos convertido. Esto es formación espiritual en el camino cristiano, y *siempre* debe tenerse en cuenta cuando consideramos las enseñanzas de Jesús, tanto en el Sermón del Monte como en otras partes, acerca de varios comportamientos.

Por ejemplo, consideremos la famosa enseñanza en cuanto a dar la otra mejilla. Si lo único que tratamos de hacer es *eso,* descubriremos que podemos hacerlo con un corazón aun lleno de amargura y venganza. Por otra parte, si llegamos a ser personas que poseemos el carácter interior de Cristo, mantenernos adecuadamente mansos será un asunto de rutina, y no pensaremos que se trata de algo grandioso.

Un curso inteligente, equilibrado y persistente de las disciplinas tradicionales, bien conocido a través del campo de acción de la historia cristiana y de fuentes escritas, puede servir bien al individuo y es en realidad esencial para el desarrollo de su relación cooperativa con Cristo. Aunque estas disciplinas de ninguna manera son todo lo que se requiere (no representan *todo* en este proceso), resultan indispensables. Ellas no toman el lugar del mensaje del evangelio ni de los movimientos del Espíritu de Dios en nuestras vidas, y no pueden ser eficaces sin esos aspectos. Pero tampoco el evangelio ni el Espíritu toman el lugar de tales disciplinas. Desde luego, algunas personas son incapaces de ponerlas en práctica. Las disciplinas espirituales no están «en su poder», al menos no por el momento. Tales personas necesitan ayuda y ministración de varias clases, dependiendo del caso particular y las circunstancias. Sin

embargo, quienes no están totalmente destrozados y han experimentado el nacimiento de lo alto, con simple instrucción y ánimo casi siempre pueden iniciar un verdadero progreso hacia la plenitud por medio de prácticas sensitivas y persistentes tales como la soledad y el silencio, el ayuno, la memorización de la Biblia, los tiempos periódicos de alabanza y adoración tanto colectivos como individuales, etc. Las varias disciplinas ministran diferentes y complementarios aspectos de nuestra opresión y nuestro quebrantamiento.[6]

La soledad y el silencio son medios primordiales para corregir las distorsiones de nuestra existencia social encarnada. Nuestras buenas ideas e intenciones son prácticamente impotentes frente a lo que nuestro cuerpo está preparado para ejecutar de manera automática en el contexto social. Jesús, desde luego, entendía todo esto muy bien. Por tanto sabía que las declaraciones de Pedro de que no lo negaría eran irrelevantes a lo que realmente el apóstol haría en el momento de la prueba. Y, en realidad, el entorno social y los hábitos profundamente arraigados en Pedro lo llevaron a negar a Jesús tres veces, una tras otra, a pesar de que se le había advertido muy claramente que eso iba a suceder.

Los hábitos establecidos de la mente, los sentimientos y el cuerpo están afinados de manera tan íntima y rutinaria con el entorno social, que estar a solas y en silencio por largos períodos es, para la mayoría de las personas, la única manera de sacar al cuerpo y al alma de los circuitos del pecado y permitirles que encuentren una nueva orientación habitual en el reino de los cielos. Elegir hacer esto y aprender a realizarlo con eficacia es parte fundamental de lo que podemos efectuar para permitirnos hacer lo que nos es imposible por medio del esfuerzo directo, incluso con ayuda de la gracia.

De hecho, la soledad y el silencio son medios poderosos de la gracia. El estudio de la Biblia, la oración y la asistencia a la iglesia, entre las actividades más comúnmente señaladas en los círculos cristianos, por lo general tienen poco efecto en la transformación del alma, como es evidente para cualquier observador. El mundo cambiaría en gran manera si toda la gente que practica estas disciplinas fuera transformada a la salud y la justicia por medio de tales actividades. La incapacidad de estas personas para cambiar se debe precisamente a que el cuerpo y el alma están tan agotados, fragmentados y en conflicto, que las actividades señaladas no pueden estar adecuadamente vinculadas en rituales legalistas e

ineficaces por lo general degenerados. Los prolongados momentos de soledad y silencio, que incluyen el *descanso,* pueden infundir poder en quienes los practican.

No obstante, debemos elegir estas disciplinas. La buena voluntad, en términos generales, no compite por nuestra atención. Si no nos distanciamos de lo que nos obsesiona y agota, estando en soledad y silencio, por lo general Dios nos dejará a nuestra propia suerte. Él nos llama a «estar solos y a conocer». Dios se hará conocer a nuestra alma disciplinada en maneras que redirigirán todos nuestros pensamientos, sentimientos y decisiones hacia la espera en silencio delante de él cuando le *dediquemos* tiempo a esta práctica. Nuestro mismo cuerpo entrará en un mundo diferente de reposo y fortaleza, y los efectos de la soledad y el silencio se sentirán a través de los entornos sociales en que nos encontremos.

El *ayuno,* otra de las disciplinas fundamentales, nos da una nueva formación en cuanto a distanciarnos de nuestra dependencia de satisfacer los deseos, y hace del reino de Dios un factor vital en nuestra existencia concreta. Ayunar es una aplicación indispensable de lo que Jesús llamó *la cruz.* En los términos más sencillos, la cruz significa no hacer o no conseguir lo que deseamos. Y, por supuesto, desde el punto de vista simplemente humano, obtener lo que queremos lo representa todo. El enojo es antes que nada una respuesta a la frustración de la voluntad, y para el alma herida la situación no cambia si lo que se desea es algo perfectamente trivial. Lo que se denomina agresividad al volante, ahora algo epidémico y a menudo fatal en nuestra sociedad, es solo un ejemplo de ello.

El ayuno, que principalmente se relaciona con la abstención voluntaria de comida, en su totalidad o en parte, y que también puede extenderse a la bebida, tiene la función de liberarnos de tener que conseguir lo que queremos. Aprendemos a permanecer tranquilos, serenos y fuertes cuando experimentamos privación, e incluso una privación severa. Si nuestros deseos no están satisfechos, aprendemos… «¿Qué exactamente?».

De forma positiva, aprendemos que Dios suple nuestras necesidades a su manera. Hay «palabras de Dios» distintas a «pan» o comida física que son capaces de sustentar directamente nuestros cuerpos junto con todo nuestro ser (Deuteronomio 8.3–5; Mateo 4.4; Juan 4.32–34). El ayuno nos libera —basándose en la experiencia— en la abundancia de Dios. Los efectos que esta liberación produce en la reordenación de nuestras almas son enormes.

Los practicantes cristianos de todas las épocas han entendido que ayunar bien los libera del dominio del deseo y de la sensación en general, no solo en el ámbito de la comida.

La *memorización bíblica* es la última disciplina específica que mencionaremos aquí. En realidad se trata de una subdivisión de la disciplina del estudio. Como disciplina espiritual consiste en general en enfocar la mente en las obras y las palabras de Dios. En el estudio, nuestra mente se encarga del orden en el objeto estudiado, y ese orden invariablemente le da forma a la mente misma y por tanto al alma y la vida que surgen de ella. En consecuencia, la ley de Dios mantenida en la mente lleva el orden de Dios al interior de nuestra mente y nuestra alma. El alma es restaurada a medida que la ley se convierte en el patrón rutinario de la vida interior y la acción exterior. A través de esa ley nos integramos a los movimientos del reino eterno.

La libertad principal que tenemos es siempre la decisión del lugar en que vamos a colocar nuestras mentes. Esa libertad es resaltada por la práctica de la soledad, el silencio y el ayuno. Entonces podemos llenar eficazmente nuestras mentes con la Palabra de Dios preservada en las Escrituras. Para ese fin es vital la memorización. Es sorprendente lo poco que de memoria saben de la Biblia quienes confiesan que la honran. Si no la conocemos, ¿cómo puede ayudarnos? No puede hacerlo. La memorización, por el contrario, nos permite mantenerla todo el tiempo en nuestras mentes. Y eso hace posible que estemos conscientemente en el flujo de la vida de Dios que es la *Torá* y el *Logos.*

No hay en toda la Biblia un versículo disciplinario más grandioso que Josué 1.8 (reflejado y ampliado en Salmos 1 y Mateo 6.33), y ninguno más instructivo en cuanto a la restauración del alma. Allí leemos: «Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien». Memorizar nos posibilita musitar y meditar, lo que nos permite *hacer*, y en consecuencia nos lleva a ser prósperos (es Dios quien define la «prosperidad» para nosotros), porque estamos andando en los caminos de Dios con un carácter interior parecido al suyo.

Si alguien afirma que no puede memorizar las Escrituras es probable que esté viviendo en tal condición que la soledad, el silencio y el ayuno son la única respuesta. Las disciplinas

espirituales se necesitan mutuamente para lograr el máximo efecto. La memorización bíblica, por otra parte, fortalece esas otras disciplinas. Juntas las disciplinas conocidas entre cristianos a lo largo de los siglos nos pueden proporcionar un plan razonable y probado por el tiempo, a fin de que nos ocupemos de nuestra «salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en [nosotros] produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2.12–13).

Formación espiritual

La formación espiritual, como se le conoce hoy, consiste en reformar el alma herida del individuo con el fin de recuperarla por haberse alejado de Dios. En realidad se trata de una *reforma del alma*. El espíritu en el hombre no es el alma, pero es la parte central de ella, el poder de la libre determinación. Es el corazón o la voluntad: el poder, incrustado en el alma, de elegir. Es aquello en el ser humano que por sobre todo debe reestructurarse. Desde allí entonces la reestructuración divina puede extenderse hasta el resto de la vida, incluso el cuerpo. Para el espíritu o la voluntad también representa el centro administrativo del ser, el cual (dado el nacimiento de lo alto) le permite al individuo reformar o reprogramar el alma exprimida, junto con el cuerpo, mediante las disciplinas espirituales. Estas disciplinas, de modo irónico, son en su totalidad asuntos que tienen que ver con *utilizar el cuerpo* en maneras especiales que acceden a la gracia y la verdad para el ser integral.

Es en unión con estas actividades que Dios «restaura nuestras almas». El resultado es que andamos en sendas de justicia por amor a su nombre como una expresión natural de nuestra naturaleza interior renovada. Ahora todas nuestras experiencias y respuestas están conectadas correctamente, o al menos cada vez mejor. Desarrollar una comprensión cabal de este proceso y de su resultado, en base a estudios objetivos, sería un paso importante hacia la obtención de una psicología o teoría del alma verdaderamente cristiana.

Esto es esencial no solo para aquellos que tienen interés cristiano o incluso meramente psicológico. Ahora nos hallamos en un estado de crisis epistémica en todas nuestras profesiones, porque el conocimiento del ser humano no puede adaptarse a las categorías que socialmente se consideran aceptables. La ley y la educación, la medicina y la economía (¿y no debemos agregar la religión?) están

obrando en medio de las tinieblas por falta de entendimiento del alma humana, por no comprender lo que hace que la vida humana sea lo que es. Desarrollar un conocimiento exacto del alma humana constituye la necesidad principal de nuestros tiempos, ¿y quién debería estar en mejor posición para proveerlo que el psicólogo cristiano? Si aceptamos la realidad del alma, podemos comenzar a explorar su naturaleza y también a buscar los medios, de cualquier clase, que sean eficaces en su restauración.

Lectura adicional

Foster, R. *Celebración de la disciplina (Peniel, 2008)*.

Moore, T. *El cuidado del alma* (Urano, 2009).

Moreland, J. P. «Restauración de la esencia para el alma de la psicología». *Journal of Psychology and Theology* 26 (marzo 1998), pp. 29–43.

Ventura, M. «El alma al desnudo: Estados Unidos puede vender cualquier cosa, incluso el más efímero de los artículos: el alma». *Psychology Today* 30, no. 3 (1997), pp. 58–83.

Willard, D. *El espíritu de las disciplinas* (Vida, 2010).

_____. *La divina conspiración* (Vida, 2013).

_____. *Renueva tu corazón* (Clie, 2004).

CAPÍTULO 13
La piedad centrada en Cristo
El corazón del evangélico

MI ENFOQUE EN EL TEMA DE LA PIEDAD aquí se apoya en la suposición de que *uno* de los grandes motores de la transformación individual y social desde la Reforma ha sido el pensamiento «evangélico» y la experiencia «evangélica». Tal vez no siempre bajo ese nombre, pero al menos como una fuerza sustentadora. Sin embargo, mi interés en el evangelicalismo no es solo en su poder como un fenómeno social que ha menguado y crecido, sino también, y principalmente, en su poder sobre la existencia individual humana. Por varias razones, gran parte de ese poder se ha perdido actualmente.

«Piedad» se refiere a los estados y actos internos y externos que constituyen una vida de devoción, principalmente a Dios, pero en general también a los padres (como cuando hablamos de «piedad filial») y por extensión a toda relación adecuadamente similar a la de hijo a padre (por ejemplo, cuando hablamos de una escuela como «alma mater»). Vista desde fuera, la piedad consiste en las actividades rutinarias realizadas en una relación sustentada que honra a quienes nos dan vida y bienestar. Puede estabilizarnos, darle sustancia a nuestras vidas y llevarnos a los más enaltecidos ideales humanos. Esa es la piedad en su mejor expresión. ¿Puede reemplazarla alguna otra cosa?

En su informe para el año académico 1986–87, Derek Bok, el entonces presidente de Harvard, escribió: «Las instituciones religiosas ya no parecen tan capaces de impartir valores básicos a los jóvenes, como lo fueran una vez. En estas circunstancias, las universidades, entre ellas Harvard, tienen que pensar mucho en lo que pueden hacer frente a lo que muchos perciben como un descenso generalizado en las normas éticas». El presidente Bok continuó diciendo:

> *El rumbo actual en la ética aplicada no trata de transmitir un conjunto de verdades morales, sino que intenta animar a los estudiantes a pensar con cuidado acerca de complejos asuntos morales […] El objetivo principal del curso no es impartir «respuestas correctas», sino hacer que los estudiantes sean más perceptivos en cuanto a detectar problemas éticos cuando estos surjan, que estén más*

familiarizados con el mejor pensamiento moral que se ha acumulado a través de las épocas, y más adiestrados para razonar respecto a los temas éticos que enfrentarán en sus propias vidas personales y profesionales.

Al final del informe, Bok concluyó:

A pesar de la importancia del desarrollo moral para el estudiante individual y la sociedad en general, no podemos afirmar que una educación superior haya demostrado una preocupación profunda por el problema […] Especialmente en universidades grandes, el tema no se trata como una responsabilidad seria digna de un análisis sustentado y una acción determinada por parte de la facultad y la administración.

Soy un gran admirador de Derek Bok, y con regularidad uso su libro *The Cost of Talent* (1993) en un curso que dicto sobre «Las profesiones y el bien público en la vida estadounidense» en la Universidad del Sur de California. Al final de ese libro, Derek señala el dilema sobre qué hacer en cuanto a la desigual distribución de los ingresos entre las profesiones, puesto que muchas de las más importantes (en particular la enseñanza y el servicio público) están «muriéndose de hambre» en la escala de remuneraciones. Bok tan solo agrega que debemos *cambiar nuestros valores.*

Sin lugar a dudas. No obstante, ¿hacia dónde nos dirigimos para lograr eso? Es comprensible que no debamos ponerle mucha atención al desarrollo moral en nuestras universidades si *no hay bases en el conocimiento* sobre las cuales tratar con ese tema. Y dicho sin rodeos, allí es donde nos encontramos hoy. Muchos intelectuales ni siquiera piensan en la moralidad como una esfera del conocimiento. Muchos de los libros más importantes escritos sobre el tema de los valores morales durante los últimos ochenta años o más la consideran como un ámbito de declaraciones sistemáticas falsas o sin sentido.

Ahora bien, mi tesis aquí es que la piedad centrada en Cristo de la tradición evangélica proporciona tanto el conocimiento como la comunidad en que las personas pueden encontrar una base para el desarrollo moral, porque en esa tradición hallan un sólido fundamento para la vida humana.

De ninguna manera pretendemos que la piedad evangélica sea la única piedad centrada en Cristo. Eso sería históricamente erróneo y un obstáculo para cualquier consulta adicional. Existen muchas otras

piedades que se centran en Cristo y que tienen en común elementos esenciales con el evangelicalismo. Por ejemplo, uno de los primeros libros que Juan Wesley publicó era una pequeña versión de *La imitación de Cristo* de Thomas à Kempis, que llegó a llamarse *El modelo cristiano.* Una piedad esencialmente evangélica, aunque no bajo ese nombre o forma externa, se ha presentado en muchos movimientos cristianos y a menudo ha nutrido la religión evangélica. (Pensamos por ejemplo en el misticismo de Rhineland.) Sin embargo, una tradición claramente identificable de piedad cristocéntrica caracteriza al movimiento evangélico, por lo que quiero esbozar sus aspectos principales.

Antes de continuar debo reconocer que las características de la religión evangélica a través de las edades no son necesariamente las más resaltadas hoy. Un reciente vocero del evangelicalismo afirmó que habría tres características esenciales: creencia en la naturaleza única de Jesús, en la Biblia como la Palabra de Dios y en la necesidad de un nuevo nacimiento. Pero este evangelicalismo posterior a la Segunda Guerra Mundial es claramente una variante del evangelicalismo en general.

En mi opinión, los tres elementos verdaderos de la piedad evangélica a través de las épocas son: *convicción de pecado, conversión a una vida piadosa de fe* y *testimonio de la obra de salvación de Dios en el alma.*

La *convicción de pecado* ya no es un tema popular entre los evangélicos. Ha desaparecido en su mayor parte, pero esa es una novedad bastante reciente. Mordecai Ham, el evangelista por cuya influencia se convirtió Billy Graham, solía predicar durante semanas en un lugar determinado antes de darles a las personas la oportunidad de recibir a Cristo. Ese era un hábito común. A menudo el sufrimiento mental se volvía muy grande y se extendía a los creyentes. En Savannah, Georgia, la tensión llevó a los cristianos a estar tan agobiados que fueron al centro de la ciudad y alquilaron edificios comerciales vacíos con el fin de celebrar reuniones por cuenta propia en las que públicamente invitaban a las personas a recibir a Cristo haciéndoles una «invitación».

La famosa declaración de Wesley: «Debo predicar la ley antes de predicar la gracia», era la norma. Hoy en gran manera se le hace caso omiso a esa declaración, si es que se la conoce de algún modo. Nadie pensaría realmente en seguirla, como solía ser el caso. No obstante, creo que un fundamento para la piedad evangélica, a través

de las épocas e incluso ahora, sigue siendo no solamente la convicción de pecado, la separación de Dios, la condenación y el sentido de la perdición eterna, sino también la liberación de la *esclavitud al* pecado, de la incapacidad para dejar de pecar. Todavía oímos mucho al respecto, aunque esto no es exactamente algo central.

La tradición evangélica, en personajes como Martín Lutero, Richard Baxter, Philip Spener, Juan Wesley, Carlos Finney y muchos otros, trata en muchos aspectos con la culpa delante de Dios y con la esclavitud a la práctica del pecado. A veces en respuesta, la tradición roza en el perfeccionismo, que es uno de los fantasmas que han perseguido a varias formas de evangelicalismo. Sin embargo, la convicción de pecado sigue siendo en cierto sentido parte normal de la piedad cristocéntrica en la tradición evangélica de hoy, aunque en la actualidad conlleva una gran cantidad de confusión. Sin convicción de pecado realmente no hay problema que el evangelio deba solucionar. ¿Puede el hecho de «tener una necesidad» jugar el mismo papel en la piedad que la convicción de pecado? En la cultura contemporánea el «pecado» ha desaparecido totalmente como una categoría de análisis y comprensión. No obstante, sin el pecado la religión evangélica no tiene sentido, y el énfasis de esa religión en el pecado siempre ha producido reproche.

El segundo elemento básico en el evangelicalismo, ampliamente visto, es la *conversión.* En esta participa tanto la reconciliación como la regeneración. La pérdida del concepto de regeneración caracteriza gran parte de la teología evangélica de hoy. A menudo lo único que se ha resaltado es la reconciliación o el perdón, donde ni siquiera eso se ha reemplazado por el Cristo «que suple las necesidades». A veces la doctrina de la regeneración se absorbe totalmente en la doctrina de la justificación. Están directamente identificadas. Pero eso *no* es característico de la tradición en general. Si interpretamos no solamente las fuentes populares, sino también las teologías normales, veremos que la regeneración, o llegar a tener un nuevo tipo de vida («de lo alto»), es algo tan medular para la conversión como lo es el perdón. En realidad, tal vez el perdón incluso está subordinado a la regeneración. Obtenemos nueva vida por gracia mediante la fe y, en ese proceso —o a la luz de esa gracia —, nuestros pecados son desde luego perdonados. No podemos vivir en Dios, o Dios en nosotros, sin perdón y reconciliación.

El tercer elemento, el *testimonio,* sigue vivo en muchos sectores

del movimiento evangélico, pero en general no en la forma que sucedía tradicionalmente, cuando al testimonio se le trataba a menudo como parte integral de la conversión, por lo que la creencia y la confesión eran inseparables.

Pues bien, junto con esos tres elementos fundamentales de la piedad cristocéntrica en la tradición evangélica hay algunos aspectos disciplinarios («disciplinarios» porque se les considera, para usar la frase de Wesley, como «medios de la gracia» o maneras de sustentar y desarrollar la vida, desde luego no como modos de castigo). Entre esos medios están el ministerio público de la Palabra de Dios, el estudio individual de la Biblia, la oración y el ideal de la disciplina y la santidad de toda una vida. Para un amplio desarrollo de la piedad evangélica, toda nuestra vida —sin importar lo que estuviéramos haciendo— debía ser parte de nuestra fe en Cristo. Eso era parte del testimonio.

Aquella fue una trasposición válida de la idea luterana del sacerdocio del creyente. No significa primordialmente que cualquier creyente podía ejecutar cuestiones sacerdotales o religiosas, sino más bien que *cualquier cosa* que todo creyente estuviera haciendo debía ser un acto sacerdotal para Dios. Gran parte de esa creencia, pero no toda, desciende muy claramente de la tradición evangélica.

Por último, la piedad implica trabajar en «los campos blancos para la siega». Esta noción tiene varios significados, incluso *entrega* de dinero y bienes. Una de las grandes fortalezas de los pequeños grupos iniciales de Wesley era que se suponía que todos debían dar algo, por pequeño que fuera. Usted daba algo cuando se reunía con su grupo, y eso se usaba para el beneficio de la iglesia, así como para aquellos que tenían necesidades de algún tipo y para ayudar a los pobres. Según las estadísticas, los evangélicos de hoy aún se destacan por su entrega. Diezmar es una norma, no siempre cumplida, pero también a menudo superada.

Trabajar en los campos blancos para la siega también requiere *testificar*. En términos generales eso significa hablarles individualmente a otros acerca de la condición en que se encuentran ante Dios, y de la provisión divina que hay para ellos. También es necesario hablarles de la participación en los esfuerzos públicos de evangelización, incluso del alcance misionero a través del mundo. La piedad evangélica requiere presentar el evangelio en todas sus conexiones con la vida, así como en esfuerzos públicos especiales para «alcanzar a los perdidos». En este contexto se puede ver por

qué una concepción viva del pecado sigue siendo importante.

El último aspecto en cuanto a trabajar en los campos blancos para la siega es *defender la verdad.* Esta categoría amplia incluye «contender seriamente por la fe, una vez entregada». Pero también significa respaldar lo que es correcto, justo y bueno en la sociedad, incluso «decirle la verdad al poder» y a las tentativas políticas de varias clases.

Si alguna de estas tres esferas de actividad se ha perdido, es muy probable que quienes han vivido de manera cuidadosa en los círculos evangélicos durante todas las generaciones creyeran que no han estado muy a la altura. Para los evangélicos, la piedad cristocéntrica debe ser siempre desde el corazón y hacia el Señor. No es para sacar provecho por medio de apariencias. No es para impresionar a otros. Ni siquiera es para impresionar a Dios. Se trata de algo que nace de un corazón sincero y transparente delante de Dios, declarando simplemente a gritos: «Tal como soy Señor, sin nada que ofrecer», el himno del evangelicalismo actual.

Dicho himno expresa bellamente este ámbito de transparencia como un ideal evangélico: no tratar de hacer ajustes o impresionar, sino solo de ser lo que se es y comunicar que la muerte de Cristo en la cruz significa que ahora no tenemos que ser nada más que lo que somos. Puesto que llegamos ante Dios basándonos en eso, entonces también podemos ir ante los demás, como hermanos y hermanas, y manifestar: «Tal como soy Señor, sin nada que ofrecer». Podemos y debemos tratarnos unos a otros sobre esa base. Eso es la piedad evangélica en su máxima expresión. Desde luego, esto no es exclusivo para los evangélicos, y se encuentra en muchas tradiciones más que exhiben una actitud similar de piedad. Pero los evangélicos sí resaltan la necesidad de esta clase de transparencia como parte de la vida evangélica.

En la piedad evangélica, ampliamente concebida, se vive como discípulos de Jesús, y por supuesto que el discipulado es un proceso de aprendizaje y crecimiento. Por tanto, a menudo se cita entre evangélicos a 2 Pedro 3.18: «Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo». Como un proceso de aprendizaje, el discipulado significa vivir de modo interactivo con la presencia resucitada de Cristo (por medio de su Palabra y su presencia personal, y a través de otras personas) a medida que aprendemos cada vez más *a vivir como* él lo haría si estuviera en nuestra posición. Uno de los problemas principales para

los evangélicos *contemporáneos* es que hemos perdido el concepto de discipulado. Entre los evangélicos en general se supone ahora que se puede ser cristiano sin ser discípulo de Jesús, y muchos lo son, o al menos eso parece. Es más, esto se supone ampliamente entre cristianos más allá de los círculos evangélicos. Ser discípulo es ser un aprendiz o alumno de Jesús en la vida del reino. Pero hoy los evangélicos pueden incluso cultivar el mandato a hacer discípulos en organizaciones paraeclesiásticas y suponer que no necesariamente *ese* es un asunto de la iglesia local.

Es más, ahora estamos un poco perdidos en cuanto a qué es el discipulado. Eso en parte se relaciona con algunos desarrollos teológicos. En muchos aspectos, la enseñanza de la salvación por gracia mediante la fe ha llevado a las personas a no saber realmente qué se supone que deban hacer. Esto no es de extrañar. Mi formación es bautista del sur. Podemos predicar durante una hora acerca de que no hay nada que podamos hacer para ser salvos, y luego cantar durante media hora tratando de conseguir que hagamos algo («pase adelante», profese su fe) a fin de serlo.

En la actualidad no solo somos salvos por gracia; estamos paralizados por ella. Hay una profunda confusión. Nos resulta difícil ver que la gracia no se opone al *esfuerzo*, sino que se opone a que la *ganemos.* Tratar de ganarla y esforzarnos no es lo mismo. Tratar de ganarla es una actitud, a lo que la gracia definitivamente se opone. Pero no se opone al esfuerzo. Si observamos a una persona motivada por la gracia, veremos algunos de los esfuerzos más asombrosos que podamos imaginar (1 Corintios 15.10). Desde luego, la tradición evangélica está llena de esfuerzos; por ejemplo, los grandes misioneros (Judson y Carey, entre otros) que salieron de sus países. Hubo quienes les dijeran: «¿No cree usted que Dios salvará a los que va a salvar?». Y ellos respondieron, en efecto: «Sí, y por eso precisamente es que estoy yendo allá. Quiero estar presente cuando tal cosa suceda». La gracia es un tremendo motivador y revitalizador cuando se la entiende y se la recibe correctamente.

Otro problema es que a menudo los evangélicos han caído en el *legalismo* cuando de obedecer a Cristo se trata. Eso se debe en gran manera a que hemos resaltado el hecho de *tratar,* pero no de *entrenar,* y explica por qué podemos hallar un porcentaje tan alto de fariseos entre los evangélicos… aunque no necesariamente más que en otros grupos, sagrados o seculares. Cuando tratamos de «bendecir a los que nos maldicen», por ejemplo, *intentarlo* probará que no es

suficiente; debemos ser *entrenados* para eso. Tal entrenamiento viene bajo la esfera del discipulado, pero hoy, en términos generales, hemos separado la fe en Cristo de la obediencia o el cumplimiento. No existe un puente disponible para ir de lo uno a lo otro. Por supuesto, tal puente sería el discipulado. Si queremos hacer lo que Jesús nos enseñó, debemos dirigir nuestros esfuerzos a crecer hasta llegar a ser el tipo de persona que de manera natural haría tales cosas.

Hemos perdido el discipulado en gran parte porque en la tradición evangélica hemos *perdido a Cristo como Maestro.* Para los evangélicos la idea de Cristo como Maestro ya no significa gran cosa, si es que significa algo. Esto tiene sus raíces históricas en las controversias modernistas fundamentalistas del siglo anterior. En tales controversias los fundamentalistas y los conservadores comenzaron a entender y hablar de Cristo en calidad de Maestro como un código para la idea de que «Jesús *solamente* es un hombre». En realidad, esa fue a menudo una forma de omitir la divinidad de Cristo. Allí surgió una rama interna en contra de la idea de Cristo como Maestro. Pero por supuesto, si no tenemos un maestro, no podemos tener estudiantes o discípulos. Nos convertimos en meros espectadores y consumidores de artículos sagrados, no en *partícipes* de la vida que Jesús está viviendo ahora en la tierra, y perdemos la disciplina significativa.

La disciplina es algo que hacemos con el fin de permitir que podamos obtener lo que no podríamos conseguir por esfuerzo directo. Si bien la idea y la práctica de la disciplina espiritual abundan en la tradición evangélica, sin ningún maestro vivo no van a funcionar. Por ende, la idea de la disciplina desaparece como lo más importante en el evangelicalismo porque el maestro ha desaparecido.

Descubrimos entonces que los evangélicos enfrentan una larga serie de problemas en cuanto a recuperar, para nuestro tiempo, el poder de la prolongada y rica tradición evangélica, del pensamiento, y de la experiencia como el motor principal para impulsar la transformación moral de los individuos y la sociedad. Estos problemas están estrechamente vinculados al conflicto adicional sobre el uso de la razón y el entendimiento en la religión, asunto que también nos llega en parte como una reacción a las controversias del siglo XIX y la primera parte del siglo XX, pero que además se extiende mucho más lejos en el pasado. La razón y el conocimiento

fueron ubicados al lado del diablo por parte de muchos evangélicos, y de casi todas las personas que serían llamadas fundamentalistas. Ellos por consiguiente fueron fuertemente atraídos hacia el antiintelectualismo. Se llegó a creer que de alguna manera lo que resultó mal con esa gente de «allá» (los modernistas) fue el hecho de que comenzaran a pensar; y quizás de que leyeran demasiados libros, posiblemente en alemán o francés. Surgió entonces una ofensiva bélica en contra de la idea de la razón.

Hoy muchos evangélicos están tratando de volver a examinar esa cuestión, y deben hacerlo con el fin de capturar a Cristo como Maestro y comenzar a pensar en él como una persona *inteligente,* lo cual ahora es casi imposible para mucha gente, evangélica o no. Si les pedimos a los evangélicos que elijan al hombre más inteligente en el mundo, muy pocos de ellos pensarían en Jesucristo. Sin duda eso es triste. Se trata de una forma moderna de docetismo. Pero si él es divino, ¿sería tonto? ¿Y cómo podemos ser discípulos de alguien de quien no creemos que en realidad sea muy brillante?

Hace unos años hubo un experimento ecuménico realizado por evangélicos y otros que tomó el lema de «Jesús como Señor». No tuvo mucho éxito y pronto se extinguió, porque la persona integral de Jesús, que es crucial para cualquier piedad centrada en Cristo, no participó. Si no creemos que Jesús sea inteligente y muy competente con relación a todo aquello en lo que participamos, ¿qué queremos decir al llamarlo Señor? En una piedad cristocéntrica tendremos que recapturar la grandeza total de Cristo como el objeto de nuestra fe. Debemos poner nuestra confianza en lo que Pablo denominó «las inescrutables riquezas de Cristo» (Efesios 3.8).

Al hacer eso, el carácter *ideal* del evangelicalismo como fuerza transformadora de vida surgirá de nuevo. Entonces tendremos razón para creer que podría haber incluso alguna respuesta a las preguntas sobre el desarrollo moral hechas por líderes importantes como Derek Bok. Desde luego, él no es el único en hacer este tipo de preguntas. No obstante, ¿a dónde iremos si no podemos encontrar un conocimiento de la realidad, la virtud y la bondad en un nivel práctico, como a veces en el pasado fue provisto por personas en la tradición evangélica?

Al final de su libro *The Field of Ethics,* basado en las conferencias de William Belden Noble en 1899, George Herbert Palmer, profesor de filosofía de Harvard, enumeró los nombres de los líderes en el campo de la ética de ese tiempo y concluyó: «La

ética es sin duda alguna el estudio de cómo la vida puede ser plena y rica, y no según a menudo se creía, el estudio de cómo se la puede restringir y empobrecer», lo cual por desgracia es con frecuencia la imagen que tenemos de la vida evangélica de hoy. Palmer continúa: «Esas palabras de Jesús (de las que Phillips Brooks era muy aficionado) anunciando que había venido para que los hombres pudieran tener vida, y tenerla en abundancia, son la afirmación más clara de los propósitos tanto respecto a la moral como a la religión, y a la justicia en la tierra y en el cielo». Esto coloca a Jesucristo, como históricamente lo veían los evangélicos, en su contexto y perspectiva adecuados.

Tanto el pensamiento evangélico como su tradición ponen a disposición de la humanidad a un verdadero Salvador, uno que puede estar presente en el mundo actual para ofrecer una vida que es abundante y plena. Confío, espero y oro porque la oportunidad de este coloquio, bajo el liderazgo de Harvard, abra el camino hacia una renovación de ese tipo de profundidad de vida y pensamiento en el mundo.

CAPÍTULO 14
¿Por qué?

World Christian/U: ¿Por qué debemos practicar las disciplinas?

DW: La corta respuesta y la verdad absoluta es que sin disciplina no se puede obtener nada de valor. Esto sigue siendo cierto en la vida espiritual con Cristo. Y la verdadera pregunta no es *si* debemos practicar disciplinas. Debemos hacerlo, todo el mundo está de acuerdo en que así debe ser. Pero debemos pensar con cuidado acerca de qué disciplinas practicar y cómo deben llevarse a cabo.

Gran parte de lo que aprendemos en la vida humana es impuesto: aprender a caminar, aprender a hablar… las interacciones sociales. Más allá de esas cosas elementales, todo lo que desarrollamos de nuestras vidas que tiene algún valor es resultado de la disciplina, de las actividades voluntariamente elegidas y planificadas. Por lo general, la verdadera preparación de un individuo viene de las disciplinas que solo él puede elegir e imponerse a sí mismo. El niño que puede *aceptar* las disciplinas del entrenamiento podría convertirse en un gran músico. Si no las acepta, no lo conseguirá; no podemos imponer eso, sin importar lo que los padres o maestros puedan desear.

Por tanto, la respuesta corta a por qué practicar la disciplina es que no hay una sensación de plenitud, dignidad y calidad de vida que podríamos tener sin disciplina. Creceríamos con una sensación de inutilidad y fracaso, por lo que nos convertiríamos en una plaga y una carga para los demás. Por ejemplo, en casi cada iglesia todo el dolor que podemos encontrar viene básicamente de gente indisciplinada. Si no tenemos disciplina, no hay realmente nada con qué compensarla. Las disciplinas, junto con la gracia, producirán los ideales que deseamos en nuestras vidas: poder eficazmente amar, orar, etc.

WC/U: Con frecuencia se nos ha enseñado en la iglesia evangélica que para ser discípulo solo se nos exige que leamos a diario una parte de la Biblia y oremos. Sin embargo, esas dos actividades fácilmente pierden su sentido.

DW: Bueno, vea usted, en las iglesias evangélicas el gran secreto es que pocas personas realmente leen sus biblias y oran. La razón de que no lo hagan es que esto no se presenta como parte esencial de una vida en general que es muy deseable y en la que debemos enfocarnos de una manera determinada.

Los cristianos que sí leen sus biblias a menudo no las *conocen.*

La razón de que no las conozcan es que en realidad no las leen como un tratado sobre la *realidad,* como algo que produce cambio y transformación en nuestras vidas. Por ejemplo, muchas personas leen la Biblia con un plan de lectura. En realidad solo hay que mirar a esta gente para saber cuál es su *objetivo*: leerla toda en un año. Para lo que dicho programa es bueno es para que al final del año se pueda decir que se ha leído la Biblia. Eso es legalismo. (Desde luego, algunas personas se han beneficiado en gran manera por ello.)

Tras ello yace la idea de dividir algo en pequeños pedazos, como si «eso fuera a ser desagradable», así que si se toma en pequeños pedazos todo sería bueno. *Nunca* sugeriríamos esto para obras como *La guerra y la paz* o para cualquier otra pieza literaria. No hay absolutamente ninguna sugerencia en el Nuevo Testamento de que ser discípulo consista en leer la Biblia y orar con regularidad. Eso nos lleva de veras al núcleo del problema para el estudiante de hoy. Hay una concepción totalmente equivocada de qué es el discipulado. Se le ha presentado básicamente como asistir a la iglesia, leer la Biblia, orar, tal vez dar algún testimonio, y eso es todo. Luego el estudiante va a la universidad, busca cómo pasar su tiempo y piensa: «Voy a convertir estos "tiempos devocionales" en discipulado». Se opondría a manifestar: «Estar en la universidad *es* ahora mi discipulado. Mi *vida* es mi discipulado». O, más bien, el estudiante simplemente no sabría qué significa eso.

WC/U: Si puedo, encajo el discipulado en lo que leo dieciséis capítulos de historia…

DW: Sí. Muchos ministros universitarios intentan ser muy útiles al sugerir algo como eso, pero en realidad están perpetuando la idea de que si hacemos ciertas cosas en ciertos momentos, podríamos considerarlo un discipulado. Eso nunca ha tenido el efecto deseado… nunca. Por supuesto, podría ser de *alguna* ayuda.

WC/U: O tendemos a preguntarle a una persona que está teniendo problemas: «¿Cómo es su vida devocional?».

DW: Así es… lo cual presenta otra idea interesante, concretamente que su vida devocional lo sacará del problema.

WC/U: Mi vida estará libre de problemas…

DW: ¡Fascinante idea! El estudiante está en una situación muy especial; nunca volverá a tener tanto tiempo disponible. A menudo cree que no tiene tiempo para el discipulado. El problema es que no tiene sus valores en orden, ni sabe cómo ordenar su vida alrededor del discipulado. Dispone de estas actividades «serias» que le han

enseñado que tienen que ver con el discipulado, y no puede hacer acopio de la energía necesaria para organizar su vida en un intento serio de seguir a Cristo *en todo lo que hace*. Por tanto, el estudiante cree que estudiar la *República,* o su curso de contabilidad o de química, no tiene relación intrínseca en absoluto con el discipulado.

En realidad, el asunto de la motivación se convierte en lo principal en cuanto a la práctica de las disciplinas. La motivación viene de la visión, y esta debería venir de la predicación del evangelio del reino como una invitación general a vivir bajo el gobierno de Dios. Eso significa responsabilidad, eso significa la *República,* eso incluso significa *Mi lucha,* o cualquier cosa en que se esté trabajando: todo sirve como una experiencia de la gracia divina diariamente en todo lo que se hace. Luego eso provee la motivación para las disciplinas de la misma forma que participar en la música o los deportes proporciona su propia motivación. Comenzamos a disfrutar los valores de aquello que dominamos. Si podemos tocar un poco de Beethoven, ese es un regalo maravilloso. Algo nutritivo; algo que sustenta.

Cuando una persona se inicia en la vida del reino comienza a experimentar el gozo de esa vida, empieza a saber que «la soledad no es una privación, que el ayuno es una oportunidad de aprender acerca de cómo Dios nos nutre por medio de su Palabra». El estudio, el servicio y la comunión en la iglesia se vuelven cosas diferentes porque son parte de un todo, y dentro de ese todo es posible tomar decisiones que encajarían en aspectos tales como el estudio bíblico, la oración y todas las cosas que en realidad son valiosas. La pregunta es: «¿Cómo podemos tener una vida en la cual estas cosas tengan sentido?».

WC/U: ¿Cómo podemos empezar? ¿Cuáles son los pasos para ingresar en la vida disciplinada?

DW: Una vez más, al *planificar* un prolongado tiempo a solas en realidad tenemos que comenzar ahí. Nunca «encontraremos» tiempo. Tenemos que decidir sacar tiempo.

WC/U: ¿Qué quiere decir con «prolongado»? ¿Un fin de semana?

DW: Sí, un fin de semana es lo ideal. Pero quizás tendríamos que separar toda una tarde o veinticuatro horas. No seamos héroes. Tenemos que estar seguros de no meternos en algo que no podamos controlar. Un principiante que pasa una semana a solas probablemente estaría chiflado al final de los siete días. Pero no necesariamente. Un retiro o un entorno en que pueda haber un poco

de alternancia entre compañerismo y soledad, es un lugar excelente para empezar. La otra parte del consejo es: comenzar a pensar en por qué realmente queremos hacer esto. No es necesario llegar a estar *totalmente* claros al respecto, pero debemos tener *alguna* claridad. Sufriremos algunas desilusiones. Las personas van a un primer retiro y piensan que volverán andando sobre el agua. Pensemos en qué deseamos y por qué vamos a hacerlo. Una buena respuesta es: «Espero aprender más en cuanto a la experiencia de Cristo».

WC/U: ¿Por qué la soledad es un buen escenario para empezar?

DW: Con la soledad empezamos a desconectarnos de las respuestas automáticas que dominan la vida que nos rodea. Las reuniones de la iglesia no permiten eso. Vamos a la iglesia con nuestras familias y amigos. Si estamos buscando cambios allí, las personas no querrán permitirlo; van a querer encerrarnos dentro de lo que creen que somos. Debemos hacerlo a solas por un tiempo. En esa soledad hallaremos una interacción significativa y vivencial con Dios. Eso es parte de lo que la Biblia quiere decir cuando declara: «Buscad primeramente el reino de Dios». Eso significa buscar una relación significativa y experimental con él. Lo lamentable es que no encontramos indicaciones muy claras acerca de en qué consiste esa interacción en nuestra enseñanza habitual. La interacción significativa y vivencial con Dios no necesariamente se da cuando nos ponemos de pie y cantamos «Buscad primeramente el reino de Dios».

WC/U: Es difícil entender la relación entre motivación y visión. Vemos a la Madre Teresa y pensamos: «Sí, quiero ser así, pero ¿cómo paso de donde estoy ahora a donde ella está?».

DW: Oí que a un conocido ministro de California del Sur le hicieron una pregunta similar, y contestó que la Madre Teresa llegó a ser así porque oraba y leía la Biblia. Así de fácil. Desde luego, ella realmente oraba y leía su Biblia, pero lo hacía en un contexto de una vida que incluía, lo más importante, una increíble cantidad de soledad, silencio, servicio, confesión, etc. En su mayoría las personas no entienden los efectos de la soledad, por lo que tampoco entienden la razón de por qué deben practicarla. Lo que debemos conseguir (y a esto hoy se le considera casi pecaminoso) es el punto en que *no tengamos nada que hacer*.

WC/U: Bueno, ¿me siento simplemente allí?

DW: En pocas palabras, sí. Por supuesto, aún podemos respirar o andar de acá para allá. Pero esta es una aplicación de la ley del *día*

de reposo: obligarnos a dejar de *trabajar*, impedirnos hacer cualquier cosa en forma de trabajo. Vemos que el motivo para eso es que el reino de Dios es tan apacible, que mientras estamos actuando por lo general él simplemente nos permite seguir adelante con eso. No podemos desprendernos del mundo y del lugar que creemos tener allí. ¿No es interesante que el reino de Dios sea algo que tendríamos que buscar? La soledad es la forma principal y, por supuesto, después viene el silencio dentro de dicha soledad. Esta es una disciplina *dolorosa*, en sentido literal.

WC/U: Cuando alguien comienza a practicar el silencio (desconectando, por ejemplo, el teléfono, apagando el televisor y la radio, y estando simplemente callado durante una hora), después de un rato, podría ser desconcertante. ¿Puede el silencio volverse agradable?

DW: Sí, es alegre y reanimador. Debemos alejarnos de tales estímulos y respuestas que son normales para nosotros y han conformado nuestra vida. Entonces podemos recibir del silencio. Después encontraremos gozo.

WC/U: ¿Cómo empezó usted a investigar las disciplinas?

DW: Principalmente leyendo a Juan Wesley y Carlos Finney. Luego comencé a leer muy extensamente a quienes iban delante de ellos. Me impresionó el poder que exhibían, el cual —a través de mi lectura— vi que se relacionaba con la conducta de esos seres, y no solo con los actos de Dios *sobre* ellos. También aprendí hace mucho tiempo que existe una rigurosa correlación positiva entre el ayuno, el poder, y el efecto de la predicación y la enseñanza… o simplemente el estar con la gente.

WC/U: ¿En qué sentido es esto más poderoso?

DW: En el resultado para bien. A menos que lo hayamos experimentado, es difícil imaginar la diferencia en el poder y el efecto de la Palabra hablada. Por tanto, casi nunca tengo una cita regular de predicación o enseñanza para lo que no ayune durante por lo menos medio día. Pero también ayuno de manera sistemática.

WC/U: ¿Qué es de manera sistemática, una vez por semana, cada dos semanas?

DW: Más a menudo que eso, pero no tiene que ser demasiado largo, dependiendo de la incomodidad que sienta. La regla general para cualquier disciplina es: si nos cuesta llevarla a cabo, es probable que la debamos practicar más, y más a menudo.

WC/U: Como levantar pesas…

DW: Exactamente, o como aprender a tocar el piano. Se necesita práctica. Las disciplinas no son buenas en sí mismas. La característica de una persona con mente sana es que toma medicinas solo cuando las necesita. La lectura «espiritual» también ha sido importante para mí. Una lectura significativa fue la de *Holy Living and Holy Dying*, de Jeremy Taylor, que simplemente posee un buen sentido abrumador. Mire usted, hay una especie de ciclo al entrar en una interacción significativa con Dios: leer la Biblia, leer buenos libros, poner en práctica lo que se ha estado leyendo, volver a la Biblia y así sucesivamente. Nuestra experiencia supone practicar las disciplinas que nos llevan a actuar con más fe. Las disciplinas son una forma sencilla de buscar el reino de Dios. No para ganarlo, sino para conocerlo. Y, por supuesto, encontrar el reino de Dios es vivir el gobierno y el reinado de Dios en nuestras vidas.

WC/U: ¿Tiene usted un grupo de apoyo?

DW: No, no lo tengo. No hubo ninguno a mi alcance. En eso me ayudaron los libros y unos cuantos individuos. Pero imagino que podría ser útil tener un grupo. Ha habido casos de grupos muy famosos, por ejemplo, alrededor de San Francisco, Ignacio, San Felipe Neri, el Club Santo de Wesley, los primeros amigos de George Fox, y el actual grupo de toda la vida de Billy Graham. Pero debemos tener cuidado con dichos grupos y no permitirles que tengan predominio en alguna parte de nuestra alma. Tenemos que dejar de pensar en cómo describir lo que sucede cuando se rinden cuentas al grupo. Lo que me lleva a otra disciplina: la confidencialidad. El reino de Dios es en secreto… en la presencia de la visión íntima de Dios. Hasta donde sea posible, todas las disciplinas como orar, ayunar y dar limosnas (véase Mateo 6) deben llevarse a cabo en secreto, de modo que nadie sepa qué está pasando.

WC/U: ¿Cómo podemos evitar caer en el legalismo mientras practicamos las disciplinas?

DW: Ese es un gran peligro y lo primero que debemos hacer es reconocerlo como tal. En la sociedad el legalismo es casi como el aire que respiramos. Este puede ser, y a menudo lo es, tanto secular como religioso. Resulta de nuestra necesidad de *presentarnos* como seres buenos a los ojos de otras personas, o incluso (seríamos muy tontos) ante Dios. Si practicamos la confesión o la «rendición de cuentas» con individuos particulares, al igual que otras disciplinas nos ayudarán a mantenernos equilibrados. Mateo 6 aborda nuestra

necesidad de que otros piensen bien de nosotros. Las disciplinas nos enseñan a vivir sin depender de la opinión de los demás. Actuemos bien y luego oremos para que esto no se conozca, haciendo los preparativos para que determinado asunto no se llegue a saber a menos que tenga que ver con el engaño. Las disciplinas son un entrenamiento para soportar las faltas que los demás cometen contra nosotros, una formación para sobrellevar ser malinterpretados. George Fox declaró que debemos «sacar de los hombres a las personas y llevarlas a Cristo». No hay nada más importante que eso.

Encontrar el reino de Dios es ver y trabajar con sus actividades en nuestras vidas, tanto en el interior como alrededor de nosotros. El reino de Dios *es* Dios en el gobierno, Dios en acción. Para conocer la manera en que Dios actúa, en cada cosa que hagamos debemos ubicarnos en la posición de interactuar con él. El estudiante de la universidad o el colegio puede ver la mano de Dios en todo lo que hace. Lo mismo puede hacer cualquier otra persona.

CAPÍTULO 15
Jesús el lógico

HOY POCOS HABRÁN VISTO juntas las palabras «Jesús» y «lógico» a fin de formar una frase, a menos que sea para *negar* cualquier relación del todo entre ellas. La frase «Jesús el lógico» no es contraria a la gramática, como tampoco lo es «Jesús el carpintero». No obstante, a primera vista parece pertenecer a una categoría de equivocación o error en la clase de lógica, tal como «Púrpura está durmiendo», «Más personas viven en el invierno que en las ciudades», o «¿Va usted caminando al trabajo o lleva su almuerzo?».

En nuestra cultura hay una relación difícil entre Jesús y la inteligencia, y en realidad ante mi declaración de que Jesús es el hombre más inteligente que ha vivido he oído a cristianos alegar que esa es una afirmación al parecer contradictoria. Hoy posicionamos a Jesús automáticamente lejos (o incluso en oposición) al intelecto y la vida intelectual. Casi nadie lo consideraría como *pensador*, abordando los mismos temas, por ejemplo, que Aristóteles, Kant, Heidegger o Wittgenstein, y con el mismo método lógico.

Ahora bien, este hecho tiene importantes consecuencias para el modo en que vemos la relación de Jesús con nuestro mundo y nuestra vida, en especial si nuestro trabajo es con el arte, el pensamiento, la investigación o la erudición. ¿Cómo podría él encajar en tal línea de trabajo, y guiarnos en ella, si Jesús pudiera ser lógicamente obtuso? ¿Cómo podríamos ser sus discípulos en nuestro trabajo, y tomarlo en serio como nuestro maestro, si cuando entramos a nuestros campos de competencia técnica o profesional debemos dejarlo en la puerta? Es obvio que lo apropiado sería hacer alguna reubicación, y podría ser útil observar simplemente el uso que Jesús hace de la lógica y sus innegables poderes de pensamiento lógico como se manifiestan en los evangelios del Nuevo Testamento.

Pues bien, cuando hablamos de «Jesús el lógico» por supuesto que no queremos decir que él desarrollara *teorías* de lógica, como hicieron por ejemplo Aristóteles y Frege. No hay duda de que él *pudo* haberlo hecho, es decir, si en realidad es aquel por quien los cristianos lo han tomado. Jesús pudo haber proporcionado algo así como *Escritura de conceptos*, *Principios matemáticos*, axiomatizaciones alternativas de lógica modal, variadas pruebas de

plenitud o inconclusión para varios «lenguajes». (Presumiblemente, él es responsable por el orden que está representado a través de esfuerzos tales como estos.)

Jesús pudo haber desarrollado las fórmulas de la relatividad física o la teoría de las placas tectónicas de la corteza terrestre, así como pudo habérselas entregado a Pedro o a Juan. Pudo haberlo hecho, es decir, si él es en realidad aquel que tradicionalmente los cristianos han designado que es. Sin embargo, no lo hizo, y por razones que están obligadas a parecer muy obvias a cualquiera que se detenga a pensar en ello. Pero ese en todo caso no es mi tema aquí. Cuando hablo de «Jesús el lógico» me refiero a su uso de las perspectivas lógicas, a su maestría y su empleo de principios lógicos en su obra como maestro y personaje público.

Ahora bien, vale la pena observar que quienes realizan labores creativas o son expertos en el campo de la teoría lógica no necesariamente son más lógicos o más filosóficamente racionales que quienes no lo son. Podríamos esperar que lo fueran, pero tal vez son ilógicos incluso en la forma en que resuelven sus teorías lógicas. Por alguna razón los grandes poderes en la teoría no parecen garantizar de manera significativa mayor claridad en la práctica. Tal vez a ninguna persona bien informada en cuanto a la historia del pensamiento le sorprenda esta declaración, pero a la mayoría de nosotros nos la deben enfatizar. Tener entendimiento de la teoría del desarrollo lógico seguramente puede ayudarnos a pensar de forma lógica, pero esto no es suficiente para garantizar el pensamiento lógico y, a excepción de ciertos casos raros, ni siquiera es necesario. El discernimiento lógico casi nunca depende de la teoría lógica, aunque sí depende de relaciones lógicas. Las dos relaciones lógicas principales son la implicación (vinculación lógica) y la contradicción, y el papel que tienen en formas normales de argumento tales como el silogismo de Bárbara, el silogismo disyuntivo, el modus ponens y el modus tollens (e incluso en estrategias tales como la reducción al absurdo) puede apreciarse por completo, para propósitos prácticos, sin escalar en absoluto al nivel de la generalización teórica.[1]

Ser lógico sin duda requiere entender en qué consisten la implicación y la contradicción, así como la capacidad de reconocer su presencia o ausencia en casos evidentes. Pero también requiere el deseo de ser lógico, y después ciertas cualidades personales que lo hacen posible y real, cualidades tales como libertad de distracción,

atención centrada en los significados o las ideas que participan en la conversación y el pensamiento, devoción a la verdad, y disposición para seguir la verdad siempre que esto lleve por la vía de las relaciones lógicas. Todo eso a la vez hace importantes exigencias sobre el carácter moral, no solo en puntos tales como la firmeza y el valor, aunque son necesarios. Por ejemplo, un practicante hipócrita no encontrará una amistad en la lógica, y tampoco lo harán los mentirosos, los ladrones, los asesinos y los adúlteros. Estarán constantemente alertas a apariencias e inferencias que los puedan enredar lógicamente en sus acciones equivocadas. Por tanto, el género literario y cinematógrafo de *misterios* es impensable sin representar relaciones lógicas.

Pase lo que pase, quienes están dedicados a defender ciertas suposiciones o prácticas favoritas también tendrán que protegerse de la lógica. Creo que todo esto lo reconoce comúnmente la gente pensante. Mucho menos entendido es el hecho de que alguien puede ser lógico solo si está comprometido a ser lógico como un valor fundamental. No se es lógico por casualidad, no más de lo que alguien simplemente resulta ser moral de manera eventual. En realidad, la coherencia lógica es un factor importante en el carácter moral. Eso es parte de por qué en una época en que se ataca la moralidad, como lo hace la nuestra, la lógica también será degradada o hecha a un lado, igual que ocurre ahora.

Jesús no solo no se concentra en la *teoría* lógica, sino que tampoco explica los detalles de las estructuras lógicas que emplea en ocasiones particulares. El uso que hace de la lógica siempre es entimemático, como es habitual en la vida y la conversación normal. Sus puntos son, con respecto a la lógica *explícita*, subestimados y poco desarrollados. La importancia del entimema es que capta la mente del oyente o los oyentes *desde el interior*, *de* una manera en que la declaración completa y explícita del argumento no puede hacerlo. Su fuerza retórica es en consecuencia muy diferente a la de la argumentación totalmente explicada, lo cual tiende a distanciar al oyente de la fuerza de la lógica al ubicarla por fuera de su propia mente.

El objetivo de Jesús al utilizar la lógica no es ganar batallas, sino conseguir comprensión o visión en sus oyentes. Esta comprensión solo viene del interior, de los entendimientos que ya se tienen. Parece «brotar de nuestro interior». Por tanto, él no sigue el método lógico que a menudo vemos en los diálogos de Platón, o que

caracteriza a la mayor parte de la enseñanza y los escritos de hoy. Es decir, Jesús no trata de hacer todo tan explícito que al oyente se le imponga la conclusión por la fuerza. Más bien presenta los temas de tal manera que quienes deseen conocer puedan hallar su modo de llegar a la conclusión adecuada como algo que *ellos* han descubierto, sea o no algo que les interese de manera particular.

«Un hombre convencido en contra de su voluntad sigue teniendo la misma opinión». Así es, no hay duda de que Jesús entendía eso. Por tanto, él típicamente se enfoca en el cambio interior de visión que permitirá que sus oyentes se vuelvan considerablemente distintos como un pueblo que consigue esto a través de la operación de su propio intelecto. A menos que sean tan resistentes que lleguen al punto de quedar ciegos, tendrán la famosa experiencia «eureka», un triunfo arrollador, no el resultado de que otros los superen o abatan.

Considerando estos puntos, echemos un vistazo a algunas escenas típicas de los evangelios… escenas que desde luego son muy conocidas, pero que ahora debemos examinar por el papel que el pensamiento lógico distintivamente juega en ellas.

Observe Mateo 12.1–8, que contiene una enseñanza acerca de la ley ritual, específicamente en cuanto a las regulaciones del templo y el día de reposo. Jesús y sus discípulos atraviesan un campo de cereales, quizás trigo o cebada, en un día de reposo, y con sus propias manos desgranan las espigas y consumen los granos. Los fariseos los acusan de violar la ley, de ser transgresores. En respuesta, Jesús indica que hay condiciones en que las leyes rituales en cuestión no se aplican.

Jesús menciona casos de la ley que los fariseos ya reconocen. Uno es el ejemplo (1 Samuel 21.1–6) en que David, al huir para salvar la vida, llega al lugar de adoración y sacrificios administrado por el sacerdote Ahimelec. David le pide al sacerdote comida para él y sus compañeros, pero el único alimento disponible es el pan consagrado en el ritual de las ofrendas. Este pan, según Jesús señala (Mateo 12.4), por ley estaba prohibido para David y solamente los sacerdotes debían comerlo (después del ritual). Pero Ahimelec se lo entrega a David y sus hombres a fin de que satisfagan el hambre. Por tanto, el hambre como necesidad humana puede justificar que se haga lo que la ley ritual prohíbe.

Jesús continúa diciendo (segundo caso) que todos los días de reposo los sacerdotes hacen más trabajo en el servicio del templo del

que las regulaciones de la ley permiten: «En el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo, y son sin culpa» (Mateo 12.5). Lógicamente se deduce entonces que no se es automáticamente culpable de transgresión o desobediencia cuando no se guardan las observancias rituales según estas se dictaminan en el caso de que se deba suplir una necesidad mayor. Implícitamente esto es algo que los fariseos ya habían admitido al aceptar la corrección en los dos casos a los que Jesús se refiere.

La cuestión aun más profunda aquí es el uso de la ley para perjudicar a las personas, algo que no es la intención de Dios. Toda vez que el ritual y la compasión (por ejemplo, en el caso del hambre) entran en conflicto, Dios, el autor de la ley, favorece la compasión. Esa es la clase de Dios que él es. Pensar de otro modo es malinterpretar a Dios y darle una imagen negativa. Por tanto, Jesús cita al profeta Oseas: «Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio [Oseas 6.6], no condenaríais a los inocentes» (Mateo 12.7; véase también 9.13). Por consiguiente, aquí el uso de la lógica no solo es para corregir el juicio de que los discípulos (los «inocentes» en este caso) debían estar pecando al desgranar espigas y comer. La lógica se utiliza para sacar una deducción más respecto a Dios: él no es el tipo de persona que condena a quien actúa para satisfacer una necesidad importante a expensas de una trivialidad relativa en la ley. En otra parte Jesús señala que el día de reposo designado por Dios fue hecho para servir al hombre, no el hombre para servir al día de reposo (Marcos 2.27).

Ahora bien, el caso de la observancia del día de reposo (o más precisamente, de las leyes rituales desarrolladas por los hombres para el cumplimiento del día de reposo) aparece una y otra vez en los evangelios, y siempre Jesús lo enfoca en relación a la contradicción lógica de quienes afirman practicarla de la manera oficialmente prescrita en la época (véanse por ejemplo Marcos 3.1–3; Lucas 13.15–17; Juan 9.14–16). Los fariseos se ven obligados a elegir entre la hipocresía y la flagrante contradicción, y a veces Jesús usa la palabra «hipócritas» para referirse a ellos (véase por ejemplo Lucas 13.15), lo que sugiere que sabían que se estaban contradiciendo y lo aceptaban. Es más, la misma idea de la hipocresía sugiere contradicción lógica. «Dicen, y no hacen» lo que sus dichos insinúan (Mateo 23.3). El legalismo siempre lleva a la incongruencia en la vida, si no a la hipocresía, porque el asunto resultará en darle mayor importancia a las reglas de la que resulta

compatible con los principios que se defienden (darle mayor importancia al sacrificio, por ejemplo, que a la compasión en el caso en referencia), y también a una práctica incongruente de las reglas mismas (por ejemplo, llevar a abrevar un asno en el día de reposo, pero negarle a un ser humano la sanidad de una enfermedad de dieciocho años de duración, como se ve en Lucas 13.15–16).

Otro caso ilustrativo se encuentra en Lucas 20.27–40. Aquí son los saduceos, no los fariseos, los que están retando a Jesús. Estos son famosos por rechazar la resurrección (v. 27), y en consecuencia proponen una situación que creen que constituye una reducción de la resurrección al absurdo (Lucas 20.28–33). La ley de Moisés decía que si un hombre casado muere sin hijos, el hermano que le sigue debe casarse con la viuda, y los hijos que tengan heredarán en la línea del hermano mayor. En el «experimento mental» de los saduceos, el mayor de los siete hijos muere sin tener hijos de su esposa, el hermano que le sigue se casa con la mujer y también muere sin procrear hijos con ella, y el siguiente hermano hace lo mismo, y así sucesivamente con los siete hermanos. Entonces la esposa muere (una pequeña sorpresa). El supuesto absurdo del caso fue que en la resurrección la mujer sería esposa de *todos* ellos, lo que se asumía como una imposibilidad según la naturaleza del matrimonio.

La respuesta de Jesús es señalar que los resucitados no tendrán cuerpos mortales adecuados para las relaciones sexuales, el matrimonio ni la reproducción. Tendrán cuerpos como los ángeles, cuerpos de sustancia imperecedera. La idea de la resurrección no se la debe tomar de forma cruda. De ahí que Jesús socava la suposición errónea de los saduceos de que en toda resurrección debe participar el cuerpo, y que la vida de este continuará *exactamente como es ahora.* Por tanto la supuesta imposibilidad de la mujer para tener relaciones conyugales con todos los siete hermanos no es requerida por la resurrección.

Luego Jesús procede una vez más a desarrollar una enseñanza acerca de la naturaleza de Dios, lo cual siempre fue su interés principal. Tomando una premisa que los saduceos aceptan, llega a la conclusión que ellos no desean. Les dice que el hecho de que los muertos resuciten se desprende de la propia descripción de Moisés en la zarza ardiente. Dios se describe en ese incidente como «Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob» (Lucas 20.37; véase Éxodo 3.16). Los saduceos aceptan eso. Pero en la época del

incidente de la zarza ardiente, Abraham, Isaac y Jacob habían estado muertos desde hacía mucho tiempo, como Jesús señala. No obstante, Dios no es Dios de muertos. Es decir, un individuo muerto no puede sostener una relación de devoción y servicio a Dios, ni Dios puede mantener un pacto de fe con alguien que ya no existe. En la relación de pacto la persona está viva (Lucas 20.38). No es posible imaginarnos muy bien al Dios vivo en comunión con un cadáver o con un individuo inexistente, y manteniéndose fiel a la plenitud del pacto con esa persona.

(Por cierto, aquellos pensadores cristianos que hoy sugieren que los santos no existen o que se encuentran sin vida consciente, al menos, desde el momento en que su cuerpo muere hasta cuando *resucita*, quizás deseen proporcionarnos una interpretación de este pasaje.)

No obstante, otro ejemplo del uso obviamente autoconsciente que Jesús hace de la lógica sigue al que se acaba de citar en Lucas 20. De vez en cuando Jesús impartió enseñanzas misteriosas que requerían el uso de la lógica por parte de sus oyentes. Después del debate sobre la resurrección, los saduceos y los demás grupos ya no tuvieron valor para retar la poderosa enseñanza que se les ofreció (Lucas 20.40). Jesús entonces les declara un acertijo diseñado para ayudarles a entender al Mesías, a quien todos estaban esperando.

Basándose en lo que los judíos entendían como una referencia mesiánica, en Salmos 110, Jesús señala una aparente contradicción: el Mesías es el hijo de David (admitido por todos), y sin embargo, David le llama «Señor» al Mesías (Lucas 20.42–43). Jesús pregunta: ¿Cómo puede el Mesías ser hijo de David si David lo llama Señor? (Lucas 20.44). El veredicto planificado por Jesús es que ellos deben reconocer que el Mesías no es simplemente el hijo de David, sino también Uno más grande que David, y que por consiguiente es rey en un sentido más inclusivo que el jefe político de la nación judía (Apocalipsis 1.5). Las promesas para David, por tanto, van mucho más allá de sí mismo, incluyéndolo a él y a muchos más. Esta reinterpretación de David y el Mesías fue una lección aprendida y usada muy bien por los apóstoles y los primeros discípulos (véanse Hechos 2.25–36; Hebreos 5.6; Filipenses 2.9–11).

Para un último ejemplo recurrimos al uso de la lógica en una de las ocasiones más didácticas registradas en los evangelios. Las parábolas y las historias de Jesús a menudo ilustran su uso de la lógica, pero en vez de eso veremos el conocido pasaje del Sermón

del Monte. En su enseñanza acerca del adulterio y el cultivo de la lujuria sexual, Jesús hace la declaración: «Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno», y lo mismo se aplica a la mano derecha (Mateo 5.29–30).

¿Qué es exactamente lo que Jesús hace aquí? Sin duda podríamos estar equivocados al pensar que está aconsejándole a alguien que se desmiembre, como una manera de escapar a la condenación. Es necesario mantener en mente el contexto. Jesús está exhibiendo la justicia que va más allá de «la justicia de los escribas y fariseos». La última se trataba de una justicia cuyo objetivo era no hacer nada malo. Si no hacer nada malo es el objetivo, eso puede conseguirse desmembrándonos y de este modo haciendo imposible las acciones. Lo que no podemos hacer sin duda no lo haremos. Quitémonos ojos, manos, etc., y llegaremos al cielo con un muñón mutilado. El precio del desmembramiento sería pequeño comparado con la recompensa celestial. Esta es la conclusión lógica *para quien sostiene la creencia de los escribas y fariseos.* Jesús está instándolos a ser coherentes con sus propios principios y a ejecutar en la práctica lo que dichos principios sugieren. Él reduce a lo absurdo el principio de que la justicia yace en no hacer nada malo, con la esperanza de que abandonen su principio y vean y entren a la justicia que está «más allá de la justicia de los escribas y fariseos» (más allá, donde lo fundamental es la misericordia o el amor, no el sacrificio). Por supuesto, Jesús sabía que si nos desmembramos podemos seguir teniendo un corazón lleno de odio hacia Dios y hacia el hombre. Tal cosa sería en absoluto de verdadera ayuda para la justicia. Esta es la realidad básica que Jesús enseña en el pasaje indicado. No apreciar la lógica hace imposible entender el punto que enseña.

Estas escenas ilustrativas de los evangelios ya deben ser conocidas por cualquier estudiante de las Escrituras. Pero como sabemos, conocer tiene sus desventajas. Mi esperanza es que nos preparemos para ver a Jesús bajo una nueva luz: haciendo la obra *intelectual* con las herramientas apropiadas de la lógica, como alguien que no solo se siente cómodo con la materia, sino que también es el maestro de tal labor.

Debemos entender que Jesús es un *pensador,* que esta no es una mala palabra sino una obra esencial, y que los demás atributos que posee no le impiden pensar, simplemente garantizan que él es sin duda el más grande pensador de la especie humana: «El ser más

inteligente que ha vivido sobre la tierra». Jesús usa constantemente el poder de la perspectiva lógica con el fin de permitir que las personas lleguen a la verdad en cuanto a sí mismas y a Dios, desde el interior de sus propios corazones y sus mentes. Con toda seguridad, esto también jugó un papel en el propio crecimiento en «sabiduría» de Jesús (Lucas 2.52).

Me parece que con frecuencia vemos y oímos los hechos y las palabras de Cristo, pero no pensamos en él como quien *sabía de qué manera* hacer lo que hacía, o como quien tenía realmente una *perspectiva* lógica en lo que declaraba. No pensamos automáticamente en él como una persona muy competente. Por ejemplo, él multiplicó los panes y los peces, y caminó sobre el agua, pero pensamos que tal vez no *sabía de qué manera* hacerlo, y que simplemente usó conjuros u oraciones sin sentido. O que enseñó cómo ser realmente una buena persona, pero que no tenía perspicacia ni conocimiento moral. Creemos que tan solo recitaba palabras que eran canalizadas a través de él. ¿De veras?

Podemos asumir este enfoque de Jesús porque creemos que el conocimiento es *humano,* mientras que él es divino. La lógica significa obras, mientras que él es gracia. ¿Olvidamos algo aquí? ¿Posiblemente que él también es humano? ¿O que la gracia no se opone al esfuerzo, sino a que la *ganemos*? Sin embargo, se nos ha dicho que el pensamiento humano es perverso. ¿Cómo pudo él tener pensamiento y conocimiento humanos? En consecuencia lo distanciamos de nosotros mismos, quizás con la intención de elevarlo, y lo elevamos basándonos en la relevancia de nuestras vidas actuales, especialmente debido a que en ellas participa el uso de nuestras mentes. Por eso es sorprendente la idea de Jesús como lógico, de Jesús el lógico. Desde luego, eso se extiende a Jesús el científico, el investigador, el erudito, el artista, el literato, etc. Él simplemente no «encaja» en esos ámbitos. Hoy es más fácil pensar en Jesús como evangelista televisivo que como escritor, maestro o artista en el contexto contemporáneo. ¡Por el amor de Dios! Si él fuera divino, ¿sería tonto, lógicamente cuestionado, y no estaría enterado de *cualquier* tema? ¿No sería más bien el *más grande* de los artistas o conferenciantes? Pablo solo estaba siendo consecuente cuando manifestó a los colosenses que en Cristo «están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (2.3). ¿A excepción de qué exactamente?

En los círculos educativos cristianos hoy se habla mucho de

«integración de fe y aprendizaje». Esto por lo general tiene poco resultado sólido. En parte se debe al hecho de que en este punto del tiempo se trata de una tarea intelectual muy difícil, que no se puede lograr por medio del lenguaje ritualista y el desprecio por las dificultades. Pero una causa incluso más profunda de la dificultad es la forma en que de modo automático tendemos a pensar en Jesús mismo. No se trata solo de lo que *decimos* acerca de él, sino de la manera en que él se presenta ante nuestras mentes: es decir, cómo lo ubicamos automáticamente en nuestro mundo y cómo, en consecuencia, nos posicionamos nosotros mismos. Pensamos automáticamente que, en esencia, él no tiene nada que ver con el conocimiento «profano», con el aprendizaje y la lógica, y por tanto nos encontramos solos en tales ámbitos. Él no puede estar allí.

Sin embargo, debemos entender que Jesús estaría perfectamente muy a gusto en cualquier contexto profesional donde hoy se esté haciendo un buen trabajo. Por supuesto, él sería un reproche constante para toda la autopromoción orgullosa y el trato despectivo a otros que se da en los círculos profesionales. En este como en otros aspectos, nuestras profesiones están padeciendo de la presencia de Jesús. Si realmente lo vemos como el principal pensador de la humanidad (¿y quién *más* cumpliría este requisito?), entonces estamos también en posición de honrarlo como la persona con más conocimiento en *nuestro* campo, cualquiera que este sea, y de pedirle su cooperación y ayuda en todo lo que debemos hacer.

Catherine Marshall habla en alguna parte de una ocasión en que estaba tratando de crear cierto diseño con algunas cortinas para sus ventanas. No lograba conseguir las proporciones correctas para formar el diseño que tenía en mente. Desesperada se dio por vencida, salió del lugar y comenzó a reflexionar en el asunto en oración. Pronto le comenzaron a llegar ideas sobre cómo se podía lograr el diseño, al poco tiempo había completado la solución. Catherine aprendió que Jesús es maestro en decoración de interiores.

Tales historias son comunes en muchas esferas de la actividad humana, pero muy raras en las del arte y el intelecto. Por una falta de entendimiento adecuado de Jesús hemos llegado a hacer nuestro trabajo en campos como el intelectual, el académico y el artístico *por nuestra propia cuenta.* No tenemos confianza (también conocida como fe) en que él pueda ser nuestro líder y maestro en los asuntos en que pasamos trabajando la mayor parte de nuestro tiempo. En consecuencia, a menudo nuestros esfuerzos están muy por debajo de

lo que deberían lograr y podrían incluso tener menos efecto que los esfuerzos de los impíos, porque los emprendemos únicamente con el «brazo de la carne». Nuestra fe en Jesucristo no se levanta más de ahí. No lo vemos como realmente es: el maestro de todo lo bueno.

Aquí solo he sugerido una dimensión de Jesús que comúnmente se pasa por alto. Este no es un análisis a fondo de esa dimensión, pero la misma merece tal estudio. Se trata de algo de gran importancia para la fe saludable en él, especialmente hoy cuando las instituciones autorizadas de nuestra cultura, universidades y profesiones, lo omiten como una cuestión de rutina. Sin embargo, al saber qué buscar en los evangelios veremos fácilmente el uso exhaustivo, cuidadoso y creativo de la lógica a través de la actividad pedagógica de Jesús. En realidad, si ha de entenderse lo que él está diciendo, este uso debe identificarse y apreciarse. Solo entonces el brillo intelectual de Jesús podrá apreciarse y se le respetará como merece.

Por tanto, una manera excelente de enseñar en los colegios cristianos sería exigir que todos los alumnos hicieran extensos análisis lógicos de los discursos de Jesús. Esto iría de la mano con otras formas de estudiar sus palabras, incluso prácticas devocionales como la memorización o lectio divina y similares, lo cual haría una contribución sustancial a la integración de la fe y el aprendizaje.

Aunque tal concentración en la lógica podría parecer extraña hoy, solo es un reflejo de nuestra situación actual. La misma estuvo presente en muchas de las épocas más avivadas de la iglesia.

Creo que Juan Wesley habla para la iglesia cristiana más amplia a través del tiempo y el espacio en su notable tratado «Una dirección para el clero». Allí analiza a fondo las cualidades de un ministro eficaz de Cristo. Wesley habla de la necesidad de un buen conocimiento de las Escrituras y luego añade:

> *Algún conocimiento de las ciencias también es, por decir lo menos, igualmente oportuno. Es más, ¿no podemos decir que el conocimiento que se tiene (sea de arte o ciencia), aunque ahora no esté muy de moda, tal vez sea incluso necesario después y con el fin del conocimiento de la Biblia misma? Me refiero a la lógica. Si esta se entiende correctamente por lo que es, ¿no es otra cosa que el arte del buen sentido, de comprender cosas con claridad, de juzgar realmente y razonar de modo conclusivo? ¿Qué es esta, vista desde otra luz, sino el arte de aprender y enseñar; sea para*

convencer o persuadir? ¿Qué hay entonces en todo el ámbito de la ciencia que se pueda desear en comparación con la lógica?

¿No es con un poco de conocimiento que se ha denominado a la segunda parte de la lógica (metafísica), aunque no tan necesaria como esta y, sin embargo, muy oportuna (1.) para clarificar nuestro temor (sin lo cual es imposible juzgar correctamente, o razonar de manera cercana o concluyente), al clasificar nuestras ideas bajo mentes generales? ¿Y (2.) a fin de entender a muchos escritores útiles, que muy difícilmente se pueden entender sin ella?[2]

Más adelante en este mismo tratado Wesley enfoca si, como ministros, somos lo que deberíamos ser. Pregunta:

¿Soy un maestro tolerante con las ciencias? ¿He atravesado la misma puerta que ellos, la lógica? Si no es así, tal vez no vaya mucho más lejos cuando tropiece en el umbral. ¿La entiendo tanto como para siempre ser lo mejor para ella? ¿Para tenerla siempre lista a fin de usarla; así como para aplicar cada regla de ella, cuando se dé la oportunidad, casi de modo tan natural como giro mi mano? ¿Entiendo todo de ella? ¿No están ni siquiera los estados de ánimo y los personajes [del silogismo] por sobre mi comprensión? ¿No me esfuerzo ni siquiera escasamente por cubrir mi ignorancia, fingiendo reír ante los nombres bárbaros que tiene? ¿Puedo incluso reducir un estado indirecto de ánimo a uno directo; uno hipotético a un silogismo categórico? Más bien, ¿no me hicieron mi estúpida indolencia y mi pereza bastante dispuesto a creer lo que los ingeniosos y guapos caballeros afirman acerca de «que la lógica para nada es buena»? Al menos para esto es buena (dondequiera que se entienda), pues hace que las personas hablen menos; mostrándoles tanto lo que es, como lo que no es, sin rodeos; y lo sumamente difícil que es demostrar cualquier cosa. ¿Entiendo la metafísica; si no las profundidades de los escolásticos, las sutilezas de Escoto o Aquino, además los primeros rudimentos, los principios generales, de esa ciencia útil? ¿He conquistado tanto de ella como para aclarar mi entendimiento y clasificar mis ideas bajo parámetros adecuados; tanto como me permita leer con

facilidad y placer, también con provecho, las obras del doctor Henry Moore, la Investigación de la verdad *de Malebranche, y la* Demostración del ser y de los atributos de Dios *del doctor Clarke?*[3]

Sospecho que tales declaraciones serán extrañas, sorprendentes, y hasta extravagantes o ridículas para los líderes de la educación ministerial en la actualidad. Pero los lectores de Wesley y otros grandes ministros del pasado, como Jonathan Edwards o Carlos Finney, si saben lo que están buscando, verán fácilmente cuánto uso esos ministros hacen de la lógica cuidadosa. Igual pasa con los escritores puritanos de un período anterior y con los cristianos eficaces posteriores como C. S. Lewis y Francis Schaeffer. Todos ellos realizan un inclemente uso de la lógica y con muy buen impacto. Con ninguno de estos grandes maestros este es un asunto de confiar en la lógica más que en el Espíritu Santo. Al contrario, ellos sabían muy bien que simplemente es cuestión de cumplir las condiciones junto con las cuales el Espíritu Santo elige obrar. En esta relación será esclarecedor examinar con cuidado la estructura y la fuerza lógica del discurso de Pedro en el Día de Pentecostés (Hechos 2).

En la actualidad, en cambio, dependemos comúnmente de la influencia emocional de las historias y las imágenes para conmover a las personas. No entendemos que en la misma naturaleza de la mente humana la emoción no genera una creencia o fe fiables, si es que genera algo de ellas. Ni siquiera «ver» lo consigue, a menos que sepamos lo que estamos viendo. Es la comprensión, es decir, el discernimiento, lo que genera la creencia. En vano tratamos de cambiar los corazones o el carácter de las personas llevándolas a hacer cosas de maneras que les eviten comprender.

Hace algún tiempo alguien a quien se le consideraba un gran maestro de homilética estaba resaltando la importancia de las historias en la predicación. Fue en un programa de radio. El hombre comentaba que un ministro líder en Estados Unidos le había dicho que podía predicar la misma serie de sermones cada año, y cambiar las ilustraciones, y nadie se daría cuenta. Se supone que eso señalaría, con algún sentido del humor, la importancia de las historias en la predicación. Sin embargo, lo que en realidad señaló fue que el contenido cognoscitivo del sermón nunca se oyó (si es que había algo que se debía oír) y que no importó.

Prestar cuidadosa atención a cómo usaba Jesús el pensamiento

lógico puede fortalecer nuestra confianza en él como maestro de los centros del intelecto y la creatividad, y puede animarnos a aceptarlo como maestro en todos los ámbitos de la vida intelectual en que podamos participar. Entonces en esos ámbitos podemos ser sus discípulos, no discípulos de los actuales movimientos y de las brillantes personalidades que suelen dominar nuestro campo en términos humanos. El adecuado respeto por Jesús también puede animarnos a seguir su ejemplo como maestros en los contextos cristianos. De él podemos aprender a usar el razonamiento lógico en su máxima expresión, mientras trabaja con nosotros. Cuando enseñamos lo que Jesús enseñó en el modo en que lo hizo, veremos el mismo tipo de resultado que él vio en las vidas de aquellos a quienes ministramos.[4]

LIBROS SOBRE VIDA ESPIRITUAL: VISIONES Y PRÁCTICAS

CAPÍTULO 16
Cartas de un místico moderno de Frank C. Laubach

FRANK C. LAUBACH (1884–1970) es uno de nuestros más grandes ejemplos de un moderno discípulo de Jesús que lleva la vida interactiva del reino, tanto en los lugares más recónditos de la tierra como en un ministerio mundial lleno de innovación e influencia para su Maestro. El hombre demuestra de manera muy llamativa cómo a quienes son fieles en las pequeñas cosas se les brinda responsabilidad sobre mucho, a medida que crecen en carácter y comprensión.

Residente de Pennsylvania formado en Union Theological Seminary, Princeton, y en Columbia University (doctorado en sociología, 1915), Laubach fue a las Filipinas bajo órdenes de la junta estadounidense de misiones extranjeras. Después de catorce años de exitosa enseñanza, escritura y administración en Cagayn y Manila, en 1929 hizo realidad su antigua ambición de arraigarse entre los feroces moros, una tribu islámica en Mindanao. Allí, en la aldea de Lanao, vivió una notable serie de experiencias por parte de Dios y de forma simultánea desarrolló una técnica para poner por escrito el lenguaje moro, con símbolos muy correlacionados con las palabras que ellos hablaban. Esto no solamente le hizo posible enseñarles a leer en solo unas pocas horas, sino que a su vez permitió que de inmediato ellos enseñaran a otros. Así nació el famoso programa «Cada uno enseña a uno», y con la generalización de sus métodos lingüísticos se sentaron las bases para los esfuerzos de Laubach de promover la alfabetización, comenzando con India en 1935. Durante sus últimos treinta años fue una presencia internacional en círculos de alfabetización, religiosos y gubernamentales. Se pensó que sus contactos personales con el presidente Truman fueron en parte responsables de los «cuatro puntos» en el discurso inaugural de Truman de 1949, que patrocinaban «un novedoso y audaz programa […] para el progreso y crecimiento de las regiones no desarrolladas» del mundo.

Cartas de un místico moderno, publicado primero en 1937, consta de extractos de una serie de cartas que Laubach enviara a su padre en Estados Unidos, fechadas desde el 3 de enero de 1930 hasta el 2 de enero de 1932. Aunque derivaba de cartas, y era una narración de la profunda vida de Laubach activamente unida a Dios, este libro se encuentra en el linaje de las *Confesiones* de San

Agustín. El entrenamiento psicológico y teológico de Laubach le permitió observar y, con extraordinario grado de claridad, describir sus experiencias en el discipulado, haciéndolas accesibles para beneficio de otros discípulos.

Los temas principales en esta pequeña obra (y otros escritos de su vida) son:

Sumisión a la voluntad de Dios significa cooperación con Dios en las actividades cotidianas que conforman nuestra existencia diaria.

Esta cooperación se logra mediante una constante conversación interior con Dios.

Esa conversación es a su vez, por nuestra parte, una cuestión de mantener a Dios en mente con perseverancia.

Aprendemos a mantener constantemente a Dios presente por medio de la experimentación, tratando varios dispositivos vivenciales, hasta que se establezca de modo continuo el hábito de pensar en Dios.

Entonces Dios impregna el ser y transforma su mundo así como sus relaciones con otros en el campo divino de la acción constante, por la cual todas las promesas del evangelio de Cristo se cumplen en abundancia de vida.

Es posible para todas las personas bajo cualquier condición establecer este hábito si hacen un esfuerzo constante y experimentan en sus circunstancias peculiares, a fin de descubrir cómo puede hacerse esto.

¿Cómo llegó Laubach a entender estas cosas en el transcurso de su experiencia? Dos años antes de su transformadora vivencia de 1930 en Mindanao, se hallaba profundamente insatisfecho al darse cuenta de que después de quince años como ministro cristiano aún no estaba viviendo sus días «esforzándose minuto a minuto por seguir la voluntad de Dios». Entonces comenzó a tratar de «alinear» a cada instante sus acciones con la voluntad de Dios. Sus confidentes en ese tiempo le dijeron que estaba buscando lo imposible. Pero en 1929 Laubach empezó a tratar de vivir *todos* los momentos que pasaba despierto «escuchando de manera consciente la voz interior, y preguntando sin cesar: “Padre, ¿qué deseas decirme? ¿Qué quieres que haga en este minuto?”». En opinión de este hombre, eso es exactamente lo que Jesús hacía.

Laubach no cayó en la trampa de *tratar simplemente de* lograr su objetivo. Al contrario, entendió la necesidad de *aprender cómo hacerlo,* es decir, la necesidad del método espiritual. En realidad, él era un experimentador sutil y realista que se consideraba afortunado de estar viviendo en una «época en que la experimentación psicológica le ha dado un nuevo enfoque a nuestros problemas espirituales». Por tanto, experimentó algunos días dedicando suficiente tiempo de cada hora para pensar intensamente en Dios. Otra vez, «asqueado con la pequeñez y la inutilidad de mi yo sin guía», experimentó con «sentir a Dios en todo movimiento por un acto de la voluntad, deseando que él dirigiera estos dedos que ahora pulsan esta máquina de escribir, ansiando que se vertiera a través de mis pasos mientras camino». Una vez más Laubach deseó «obligar a su mente» a «sensibilizarse directamente a Dios». Sin embargo, conseguir dicho estado mental a menudo requería mucho tiempo en la mañana. Por tanto, determinó no levantarse «hasta que esa actitud mental, esa concentración en Dios, se estableciera». Descubrió que le requería gran determinación mantener la mente en Dios. Pero también supo rápidamente que esto se hacía cada vez más fácil y esperó que «quizás después de un tiempo se convertiría en un hábito, y la sensación de esfuerzo disminuiría».

En el pasaje más sutil de estas cartas (en cuanto a lo que concierne a los «mecanismos» de tener a Dios en la mente) Laubach trata con la cuestión de si es *posible* tener contacto con Dios todo el tiempo. ¿Podemos tener sus pensamientos todo el tiempo? ¿No *debe* haber períodos en que otras cosas hagan que Dios se aleje? La respuesta de Laubach a estas inquietudes debe citarse totalmente, porque nos presenta el núcleo de su comprensión acerca de la constante dependencia consciente de Dios para el discípulo de Jesús. Admitiendo que una vez pensó que debía haber períodos en que se excluye a Dios, Laubach continúa:

> *No obstante, voy a cambiar mi punto de vista. Podemos mantener dos cosas en mente a la vez. En realidad, no podemos mantener algo en mente más de medio segundo. La mente es algo que fluye. Oscila. La concentración es simplemente el regreso continuo al mismo problema desde un millón de ángulos. No pensamos en una misma cosa. Siempre pensamos en la relación de por lo menos dos cosas, y más a menudo de tres o más simultáneamente. Por eso mi problema es este: ¿Puedo a cada momento hacer volver a*

Dios a mi flujo mental para que siempre esté en mi mente como una imagen que persiste, a fin de que siempre sea uno de los elementos en todo concepto y percepción?

Decido hacer del resto de mi vida un experimento para responder a esta inquietud.

Los fantásticos resultados de este experimento se encuentran en la narración de estas cartas. Quizás se hallen elaborados de modo más sistemático y práctico en su *Game with Minutes* [Juego con minutos] (1961), en el que el método se reduce a llamar a Dios a la mente por lo menos un segundo de cada minuto. Pero la cita dada contiene los principios psicológicos del método de Laubach para lograr una unión activa con Dios, permaneciendo constantemente en medio de una vida abundante.

Pocas semanas después que Laubach iniciara sus experimentos comenzó a observar diferencias. Para finales de enero de 1930, y aún con mucho por aprender acerca de su método, tuvo la sensación de que era llevado por Dios a través de las horas, y que cooperaba con él en pequeños asuntos, lo que nunca antes había sentido. «Necesito algo, y giro alrededor para encontrarlo esperándome. Debo trabajar […] pero allí está Dios trabajando conmigo». Laubach descubrió para el 9 de marzo que «*esta hora* puede ser celestial. *Cualquier* hora para *cualquier persona* puede ser rica con Dios». En cierto modo conocido para los místicos de todas las épocas, lo encontramos diciéndole a Dios: «Señor, me cuesta imaginar cómo podría vivir alguien si su corazón se aferrara más a lo que el mío se ha aferrado a ti las dos últimas horas». Este hombre experimentó dificultades y fracasos en cuanto a mantenerse consciente de Dios, pero en la semana que culminó el 24 de mayo comenzó a experimentar una dimensión mayor en sus conversaciones con Dios. En un momento de inmersión en la belleza natural, «dejé que mi lengua se soltara, y de ella fluyó una poesía mucho más hermosa que la que alguna vez había compuesto. Fluyó sin detenerse y sin fallar ni siquiera una sílaba durante media hora». Eso le produjo una conciencia más profunda de Dios en cuanto a la belleza y el amor.

Al reflexionar en los resultados de dos meses de arduo esfuerzo para mantener en mente a Dios cada minuto, Laubach exclama: «Esta concentración en Dios es *extenuante,* ¡pero todo lo demás ha dejado de serlo!». Eso fue especialmente válido en su relación con los miembros de la tribu de los moros, quienes al ver la diferencia en él lo aceptaron por completo en sus corazones y sus vidas,

amándolo, confiando en él y ayudándolo sin tener en cuenta sus diferencias culturales y religiosas. Dos de los principales sacerdotes musulmanes recorrieron el territorio diciéndoles a los habitantes que Laubach los ayudaría a conocer a Dios. Él nunca pretendió ser algo más que un seguidor de Jesús, pero estudiaba la Biblia y el Corán con los sacerdotes y el pueblo, y oraba con ellos en sus cultos. Al observar eso, un sacerdote manifestó: «Él es islámico». Laubach contestó: «Soy amigo del islam». Sin embargo, el énfasis islámico en la sumisión constante parece haber sido uno de los factores que lo impulsó a desarrollar su manera de estar en contacto permanente con Dios. Laubach no podía soportar ver su práctica como la de un cristiano caído bajo la profesión del islam. La transformación interior fue sustancial y tuvo efectos externos reales. «Dios obra un cambio. El momento en que me vuelvo a él es como encender una corriente eléctrica que siento a través de todo mi ser». Hay una «presencia verdadera» que afecta directamente a otras personas, y eso también hace de la oración intercesora un ejercicio de poder sustancial en cooperación con Dios.

En las cartas posteriores a mediados de 1930 hay un diferente rango de inquietudes, que en su mayoría tienen que ver con varios aspectos prácticos de la vida en unión con Dios. Se han elaborado de manera más profunda y se concretan magníficamente para las variadas condiciones de vida en *Game with Minutes,* el cual por supuesto fue escrito para guiar a otros, mientras que las *cartas* no.

Debido a la inmensa participación de Laubach en los problemas sociales de todo el mundo, llegó a ser generalmente conocido por su obra, no por su vida interior. Muchos de los que han escrito acerca de él dicen poco de su lado espiritual, con el cual obviamente no saben qué hacer. Pero las propias palabras y escritos de Laubach (publicó más de cincuenta libros) revelan que ante todo permaneció como un hombre espiritual, viviendo básicamente de su relación continua con Dios hasta el final de sus días. Él conocía esta relación de tal modo que no llevaba ninguno de los accesorios externos asociados con la espiritualidad. No obstante, observar el efecto de este hombre es ver que verdaderamente era uno de aquellos nacidos del Espíritu, del «viento» que de modo invisible produce resultados visibles (Juan 3.8).

Lectura adicional

Edwards, Gene, ed. *Practicing His Presence: Frank Laubach and Brother Lawrence* (Christian Books, 1973). Una comparación

instructiva.
Frank C. Laubach, Man of Prayer (Laubach Literacy International, 1990). Contiene la mayoría de los escritos de Laubach sobre la vida espiritual con Jesús.
Laubach, Frank C. *Letters by a Modern Mystic, prólogo de* Alden H. Clark, editado y recopilado por Constance E. Padwick (New Readers Press, 1955; primera publicación en 1937).
_____. «Christ Liveth in Me» *y* «Game with Minutes» (Fleming H. Revell Co., 1961). Una guía práctica para vivir con Dios presente.
_____. *Prayer, the Mightiest Force in the World* (Fleming H. Revell Co., 1951).
_____. *The World Is Learning Compassion* (Fleming H. Revell Co., 1958). El capítulo 7 trata con los «cuatro puntos» de Truman.
Medary, Marjorie. *Each One Teach One: Frank Laubach, Friend to Millions* (Longmans, Green & Co., 1954). Un relato de los métodos lingüísticos de Laubach.

CAPÍTULO 17
El castillo interior de Teresa de Ávila

ESTUDIÉ POR PRIMERA VEZ *EL CASTILLO INTERIOR* de Teresa de Ávila hace más de veinte años, después de muchos años de esfuerzos por entender, vivir y comunicar lo que debía ser la vida espiritual descrita en la Biblia. Para entonces yo había encontrado muchas compañías útiles en el Camino, extendidas a través del tiempo, el espacio y muchos «distintivos denominacionales». Sin embargo, este libro y su autora se anunciaron inmediatamente como una presencia única de Dios en mi vida. La obra proporcionaba instrucción sobre una relación viva con Dios que yo no había encontrado en ninguna parte. Creo que cuando usted lea este libro es muy probable que experimente el mismo impacto refrescante que yo sentí.

Lo primero en lo que Teresa me ayudó fue en apreciar la dignidad y el valor (mejor dicho, la enorme realidad) del alma humana. El énfasis en la maldad y la necesidad del ser humano, un tema dominante en mi crianza, tiende a sumergir la conciencia de nuestra grandeza y nuestro valor para Dios. Tal énfasis a su vez nos inclina a pensar en nosotros mismos como *nada,* y a confundir nuestra perdición y vileza con la *inconsciencia*, un simple vacío, en lugar de verlas como la desolación de una *ruina espléndida.*

Teresa nos insta a iniciar el camino de la transformación «considerando que nuestra alma debería ser como un castillo hecho totalmente de un diamante o un cristal muy claro, en el que hay muchas habitaciones». Se supone que debemos llenar cada habitación o «moradas» con Dios y por consiguiente convertirnos en los seres radiantes que él desea que seamos. Teresa deja en claro lo que yace medio encubierto en las páginas de la Biblia y en las vidas de los «grandes» para Cristo: *que soy un ser espiritual infinito, con un destino eterno en el gran universo de Dios.* Podemos estar lejos de la voluntad de Dios, pero debemos saber «que para un Dios tan grande es posible en este exilio estar en comunión con estos gusanos malolientes, y al ver esto llegar a amar a una bondad tan perfecta y una misericordia tan inconmensurable».

Las «moradas» en el interior del castillo son *formas de vida en relación* con el Dios que nos hizo y nos busca. Los superiores de Teresa le habían ordenado escribir acerca de la oración. Y ella así lo hizo, pero respecto a la oración entendida precisamente como una

forma de vida, no como un ejercicio ocasional. Este libro, y otros como *El progreso del peregrino,* me ayudaron a entender cómo es llevar una *vida* de oración. Aprendí lo que significa vivir en comunicación con Dios, no solo hablarle, sino también escucharlo y actuar. La mayor parte de lo que sé acerca de la fenomenología del Dios que nos habla la aprendí al estudiar y poner en práctica lo que Teresa dice en *Moradas sextas,* capítulo tres. Creo sin embargo que este es el mejor enfoque escrito alguna vez de lo que significa para Dios *hablarles* a sus hijos.

Otra cosa que llegué a entender con más claridad al estudiar este libro fue por qué en las vidas de los que profesan ser cristianos las cosas resultan como suelen ocurrir. Aun hoy no hay mucha información buena al respecto. Pero si vemos la «vida eclesial» común y corriente comparándola con las *moradas uno al cuatro,* podremos entender una enorme cantidad de lo que está sucediendo en realidad, y de qué esperar para bien o para mal, y así podremos dar un buen consejo y dirección tanto a nosotros mismos como a otros a medida que recorremos juntos el proceso de la vida. Nos daremos cuenta de que Teresa es una maestra absoluta de la vida espiritual y posee una asombrosa profundidad y riqueza en cuanto a teología espiritual. Sin embargo, en ella no hay para nada pomposidad o simple «conocimiento intelectual». Teresa tiene extraordinaria libertad para ser experimental y declarar: «Bueno, en realidad no puedo explicarle esto», y luego seguir adelante y de todos modos decir cosas asombrosamente aclaratorias. Se puede someter a prueba lo que ella dice.

Tras toda esa instrucción se encuentra el hecho, que fue muy importante para mi formación particular, de que existe un orden confiable y una secuencia para crecer en la vida espiritual. Esta se construye en el modelo del «castillo» del alma de Teresa. En realidad ella dice: «Pues bien, este es el diseño, esto es por lo que se debe pasar, aquí es donde se tiene que empezar, aquí están algunas cosas que se deben hacer, y he aquí lo que se puede esperar que suceda y lo que significa». Además, ella transmite toda esa sabiduría con humildad atractiva y en tono experimental.

Por último, las *moradas cinco a siete* resultaron ser para mí los mejores enfoques de unión con Cristo y con Dios que he hallado en la literatura espiritual. Hay otras cosas útiles en este sentido, como *A Man in Christ* de James Stewart, pero en cuanto a fenomenología, al análisis descriptivo de los detalles de cómo este tópico es realmente,

nada ha superado al *Castillo* de Teresa. La unión con Cristo (en regeneración, justificación, santificación y glorificación) es de todos los temas el que más necesita recuperación hoy. Además, el rumbo que Teresa ofrece acerca de la redención en la vida espiritual con Cristo es insuperable e improbable que sea superado en el futuro.

Uno de los aspectos desafortunados que han ocurrido en las últimas interpretaciones del *Castillo interior*, e incluso al libro como un todo, es que las personas han tratado de leerlo como si fuera una descripción «interreligiosa», y no una interpretación distintivamente cristiana de la «unión mística». Sin duda entendemos por qué hoy podríamos intentar tal lectura. Pero hacer esto es pasar por alto la esencia del escrito, privarlo de su contexto, y hacerlo poco provechoso para aquellos cuya fe está en Cristo y su Padre, así como para casi todos los demás. Por supuesto, cualquiera es libre de tomar lo que pueda de este libro, pero descartar su particularidad dejará poco para ayudar realmente al lector en cuanto a caminar con Dios.

Una advertencia acerca de cómo leer este libro. No se trata de un modelo de fácil lectura, a juzgar por las normas de hoy, y debe abordarse como si se estuviera buscando un tesoro, lo cual se está haciendo. En primer lugar, léalo sin parar (simplemente siga adelante) para tener una visión total. Marque claramente los temas y las divisiones a medida que lee, y al final bosqueje un resumen. Esto es esencial para entender el proyecto de Teresa como maestra. Después regrese y léalo lentamente de principio a fin. Esta vez marque los pasajes sobresalientes para mayor estudio. Luego póngase a meditar en esos pasajes, no necesariamente de principio a fin, sino en el orden que el corazón y la mente le indiquen. Pida en oración que la «majestad de Dios» le ayude como ayudó a Teresa. Y el castillo de diamante que es su alma brillará cada vez más con la presencia divina.

CAPÍTULO 18
Una invitación al silencio y a la quietud de Ruth Haley Barton

BLAISE PASCAL, el notable científico, teólogo y cristiano del siglo XVII, comentó críticamente en sus *Pensées,* o *Pensamientos* (sección 136), que «toda la infelicidad de los hombres se debe a un solo hecho, a no poder permanecer en silencio en su propia alcoba». Pascal descubrió que la razón de esa incapacidad es la «pobreza natural de nuestra condición débil y mortal, tan miserable que nada puede consolarnos cuando meditamos detenidamente en ella». De no hacerlo, debemos tener cuidado. Logramos esto por medio de lo que Pascal llama «desviación». Necesitamos cosas para distraernos de nosotros mismos: «por eso las personas aman sobremanera el ruido y la agitación; por eso la prisión resulta un castigo tan horrible; por eso es que el placer de la soledad se convierte en algo incomprensible».

Es cierto, Pascal observa que tenemos «otro instinto secreto, un remanente de la grandeza de nuestra naturaleza original, que enseña que para obtener felicidad en medio de la realidad solo necesitamos reposo, no estar agitados». Este instinto entra en conflicto con el impulso a la desviación, por lo que desarrollamos la idea confusa que lleva a las personas a enfocarse en el reposo a través de la emoción, «y siempre a imaginar que la satisfacción que no tienen les vendrá si, venciendo cualquier dificultad que enfrenten, pueden de este modo abrir la puerta al reposo».

Desde luego que tal cosa no llega de esa manera. Esa es la falacia en el modo de pensar que hace creer que lo único que se necesita es más tiempo. A menos que se encuentre una solución más profunda, «más tiempo» solo nos hartará en la misma forma que lo ha hecho el tiempo que ya hemos tenido. El camino hacia la liberación y el descanso yace a través de una decisión y de la práctica.

La decisión es entregar el mundo y nuestro destino —incluidos nuestra reputación y nuestro «éxito»— en las manos de Dios. No es que decidamos no actuar en absoluto, aunque en algunas situaciones podría llegarse a eso. Más bien es una decisión relacionada con *cómo* actuaremos: lo haremos siempre dependiendo de Dios.

No nos corresponde encargarnos de los resultados. Tendremos que hacer nuestra parte, desde luego, pero «nuestra parte» siempre será corregida por un sentido de quién es Dios, ¡no de quiénes

somos nosotros!

Cuando el rey Saúl asumió el papel sacerdotal y ofreció sacrificios en lugar de esperar a Samuel (1 Samuel 13.8–12), decidió «hacer que las cosas sucedieran». Confió en el «brazo de la carne» o en las habilidades naturales para salirse con la suya. Casi sin excepción, esa fue la manera de actuar de los reyes en el Antiguo Testamento. Sin embargo, eso no ocurre únicamente con los monarcas. La elección de hacer lo que sabemos que está mal siempre tiene esta naturaleza.

Pues bien, la decisión de entregarle a Dios el mundo y nuestro destino va en contra de todo lo que hay dentro de nosotros y a nuestro alrededor. Nos ha «atrapado» un sistema de conducta que ya estaba cuando llegamos aquí, y que se filtra en cada poro de nuestra piel. Pablo nos dice que «el pecado estaba en el mundo» incluso antes de que viniera la ley. Se trata de una enorme presencia social que nos forma internamente a medida que nos presiona desde afuera. Por tanto, debemos pedir ayuda. Debemos aprender a elegir cosas que podamos hacer y cumplan con las acciones divinas de la gracia a fin de escapar del sistema que nos invade. Estas «cosas» son las disciplinas para vivir en el Espíritu, conocidas por la historia cristiana, pero bastante evitadas y malinterpretadas. Para aquellos que no entienden nuestra situación desesperada, estas disciplinas parecen extrañas o incluso perjudiciales. Pero son absolutamente necesarias para quienes encontrarán descanso en Dios para sus almas, sin tener que vivir la existencia distraída que Pascal describe de manera tan exacta.

Aquellos que son capaces de «permanecer en silencio en su propia alcoba» son personas (salvo alguna condición anormal) que han encontrado un bien que les basta, sin estar amenazadas por nada que pudiera sucederles. Las tendencias a encargarse del mundo que han ocupado sus dimensiones física y espiritual ya no tienen poder para gobernar o trastornar a estos seres. Han aprendido por experiencia y gracia que todo está perfectamente seguro en las manos de Dios. Ahora pueden ser activos, si ese es su llamado, pero aun entonces actúan con reiterado amor, gozo y paz.

La soledad y el silencio son las disciplinas más radicales para la vida espiritual porque atacan más directamente las fuentes de la miseria y la maldad humanas. Estar en soledad es decidir no hacer nada. Por largos períodos. Renunciamos a todo logro. Aprendemos a tener «las manos quietas». Se necesita silencio para completar la

soledad, porque a menos que entremos en un estado de quietud, incluso sin escuchar ni hablar, el mundo aún nos tiene atrapados. Cuando entramos en la soledad y el silencio dejamos hasta de hacerle exigencias a Dios. Resulta suficiente que él sea Dios y que le pertenezcamos. Aprendemos que tenemos un alma, que él está aquí, que este mundo es «el mundo de mi Padre».

Cuando practicamos la soledad y el silencio de manera adecuada, este conocimiento de Dios reemplaza poco a poco el ajetreo furibundo y la importancia propia que impulsan a la mayoría de los seres humanos, aun a los religiosos. Dicho conocimiento se apodera de nosotros estemos donde estemos. Ya no necesitamos estar en soledad y silencio externo para que permanezca en nosotros. Ahora bien, todo lo que hacemos, «sea de palabra o de hecho, [lo hacemos] todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Colosenses 3.17). No se trata de otra labor por sobre todo lo demás que debamos hacer. En realidad, no es algo que tengamos que pensar hacer, porque es en lo que nos hemos convertido. Todavía debemos ocuparnos de la soledad y el silencio, cultivándolos y renovándoles de vez en cuando su profundidad y su fortaleza estando solos y en silencio. Pero los llevamos a dondequiera que vayamos.

En el contexto contemporáneo (en especial el religioso), alguien tiene que hablarnos de la soledad y el silencio solo para hacernos saber que tales prácticas existen. Alguien tiene entonces que decirnos que está bien entrar en ellas. Alguien tiene que decirnos cómo hacerlo, qué sucederá cuando lo hagamos, y a dónde iremos a partir de allí. Para Ruth Barton esta persona fue su directora espiritual. Ahora Ruth lo es para usted.

Si usted realmente quiere saber que existe «un reposo para el pueblo de Dios» (Hebreos 4.9), entonces decida dejar a Dios todos los resultados y unirse a practicar la soledad y el silencio con Ruth Barton como su guía. Mientras lo hace, pídale a Jesús que le acompañe y confíe en que él lo hará. En un tiempo relativamente corto usted llegará a conocer el «reposo para vuestras almas» prometido por aquel que es manso y humilde de corazón. Esta práctica llegará a ser el fundamento sencillo e inquebrantable para su vida y su muerte.

CAPÍTULO 19
Cuando Dios se mueve
Mi vivencia con Las experiencias más profundas de cristianos famosos

EL ÚNICO LIBRO DIFERENTE A LA BIBLIA que ha influido en mí en gran manera es una obra poco conocida escrita por James Gilchrist Lawson titulada *Las experiencias más profundas de cristianos famosos*. La publicó primero, en 1911, Warner Press de Anderson, Indiana, y fue últimamente reeditada en el 2000 por Barbour Publishing, Uhrichsville, Ohio.

Desde un punto de vista literario o académico, el libro no tiene mucho mérito, lo que quizás explica por qué no es muy conocido ni parece haber sido leído ni tener amplia influencia. No obstante, en 1954 me lo obsequió un compañero de universidad, Billy Glenn Dudley. El libro llegó a mi vida en un momento muy apropiado y, quizás más importante aún, me abrió el camino hacia las inagotables riquezas de Cristo y su pueblo a través de las edades. A su vez esto trajo ante mí un mundo de literatura profundamente cristiana acerca del entendimiento y la práctica de la vida en Cristo, de mucho mayor significado que el libro en sí.

El peculiar punto de vista doctrinal del autor lo llevó a interpretar «experiencias más profundas» casi totalmente en términos de llenura del Espíritu Santo o el bautismo en él. Un marco desafortunado en el cual encajar las experiencias más profundas de cristianos famosos o no tan famosos, según se evidencia en las «experiencias» de los individuos descritas en el libro. Sin embargo, en hora buena ese punto de vista peculiar no le impidió al autor analizar con múltiples detalles lo que realmente sucedía en las vidas de una amplia gama de eminentes seguidores de Cristo, algunos de los cuales nunca habrían estado de acuerdo con la perspectiva de Glenn acerca de la relación entre llenura o bautismo y experiencias más profundas de Dios.

La obra comienza analizando personajes bíblicos, desde Enoc hasta el apóstol Pablo. Después curiosamente trae a colación a ciertos «sabios gentiles» (griegos, persas y romanos), a quienes también se les describe bajo la influencia del Espíritu Santo de Dios. Luego el libro dedica una sección a cristianos destacados de los primeros siglos de la iglesia y, por último, presenta una sección (muy breve) referente a las «iglesias reformadas» y el período de la

Reforma.

El primer personaje seleccionado por Lawson en todo un capítulo fue Girolamo Savonarola (nacido en 1452), un importante precursor de la Reforma Protestante. Lo que más me sorprendió acerca de Savonarola (y que realmente me *impactó*) fue su camino hacia la *santidad*, hacia un tipo de vida diferente y sobrenatural (una vida de lo alto), y su disposición a sacrificar todo para alcanzarla. En realidad, *esto* es precisamente lo destacado en todas las personas sobre las que Lawson trató en su libro. Está claro que no todas las profundas experiencias que esos personajes experimentaron en su trayecto fueron llenura o bautismo en el Espíritu Santo, aunque sin duda este participó siempre y sí sucedieron tales cosas.

Las experiencias de esas personas ocasionalmente tienen el carácter de una llenura o bautismo, pero la mayoría de las veces resultan ser momentos de *comprensión*, de extrema claridad en cuanto a la percepción profunda de la verdad, junto con aluviones de corazonadas que surgían dentro de ellos. Esas experiencias a menudo fueron lo que George Fox denominó «aperturas», que llegan directo al fondo y cambian las vidas para siempre.

En consecuencia, Lawson escribe del autor de *El progreso del peregrino*: «La liberación total que Bunyan experimentó de sus terribles dudas y desesperanzas le llegó un día mientras atravesaba un campo. De repente la frase le cayó en el alma: *Tu justicia está en el cielo.* Por el ojo de la fe le pareció ver a Jesús y su justicia, a la mano derecha de Dios. Él dice: "Ahora mis cadenas cayeron realmente de mis piernas; fui liberado de mis aflicciones y creencias; mis tentaciones también desaparecieron; ¡de modo que a partir de aquel momento esas temibles Escrituras de Dios dejaron de preocuparme! Ahora también yo me dirijo a casa, regocijándome por la gracia y el amor de Dios"».[1]

Creo que la influencia que el libro tuvo en mí se entenderá mejor si mencionamos por capítulo a las personas escogidas para ser tratadas. Después de Savonarola vienen Madam Guyon, François Fenelon, George Fox, John Bunyan, John Wesley, George Whitefield, John Fletcher, Christmas Evans, Lorenzo Dow, Peter Cartwright, Charles G. Finney, Billy Bray, Elder Jacob Knapp, George Müller, A. B. Earle, Frances Ridley Havergal, A. J. Gordon, D. L. Moody, el general William Booth, y en el último capítulo «otros cristianos famosos» (Thomas à Kempis, William Penn, el doctor Adam Clarke, William Bramwell, William Carvosso, David

Brainerd, Edward Payson, Dorothea Trudel, el pastor John Christolph Blumhardt, Phoebe Palmer, y P. P. Bliss).

Ahora bien, es evidente que esta es una lista muy selectiva y no muy equilibrada de «cristianos famosos». Pero eso no fue algo que me molestara al tomar el libro y estudiarlo. Es más, que en general se tratara de personas bastante comunes me impresionó en gran manera, ya que la asombrosa vida a la cual fueron manifiestamente guiadas podría ser la *mía.* Me crié en círculos religiosos con personas muy buenas en los que el énfasis había estado exclusivamente en la fidelidad a las creencias correctas y en llevar a otros a profesar dichas creencias. Desde luego que ahora esa realidad es de vital importancia. Pero si es *lo único* que se resalta, el resultado es una vida religiosa seca e impotente, por sincera que sea, y constantemente susceptible a las tentaciones de todo tipo.

Por tanto, percibir invasiones reales en la vida humana por parte de la presencia y la acción de Dios, bien entrado el siglo XX, me animó mucho a creer que la vida y las promesas dadas en la persona de Cristo y la Biblia eran para nosotros hoy. Entendí que individuos comunes que *buscaron* al Señor lo encontraron de veras, que él llegaría a ellos para transmitirles la realidad divina. Era evidente que esos «cristianos famosos» no estaban buscando vivencias, ni siquiera experiencias de llenura ni bautismo en el Espíritu. Buscaban tanto al Señor como a su reino y su santidad (Mateo 6.33).

En los ejemplos descritos se observa claramente que *la búsqueda* formaba parte importante de la vida que llevaban en Cristo. El punto de vista del cristianismo apegado a la «sola exactitud doctrinal» era en la práctica una propuesta para no buscar. Básicamente se trataba de la idea de que «ya llegaron», no de una *búsqueda continua, y la próxima parada esencial en* el trayecto sería el cielo, después de la muerte. Pero a la luz de esos «cristianos famosos» se me hizo evidente que la senda de la búsqueda constante, como se describe en la Biblia (por ejemplo en Filipenses 3.7–15; Colosenses 3.1–17; 2 Pedro 1.2–11; etc.) es la vida de fe que Dios desea para nosotros. Entendí que la salvación por gracia mediante la fe abarca toda la vida, no solo es una mera consecuencia, y que la sincera e incesante búsqueda de Dios no constituye «obras de salvación», sino la expresión natural de la fe en el Cristo que salva. El discipulado constante, con su búsqueda continua de *más* gracia y vida, es la única respuesta razonable a la confianza en Jesús como Mesías. Y desde luego, el acompañamiento natural (sobrenatural) de esa

respuesta serían experiencias intermitentes pero no poco frecuentes de Dios, algunas más profundas, pero otras no tanto.

Bueno, «más profundas» también significa «más amplias». Lawson fue notablemente imparcial al seleccionar a los «cristianos famosos», y eso me enseñó mucho. Los creyentes seleccionados para su presentación variaban muy ampliamente en cuanto a relaciones culturales y denominacionales. En el grupo había muchos bautistas, que era mi propio trasfondo denominacional. Eso me ayudó. Pero también había católicos, anglicanos, metodistas, del Ejército de Salvación y otros más.

Entender que experimentar a Dios en el llamado a la santidad y el poder no respetaba fronteras sectarias me enseñó que debo pasar por alto muchos aspectos que contribuyen a la estrechez doctrinal y práctica en otros, y que no debo hacer énfasis en ellos en lo que respecta a mí mismo.

Según la estupenda imagen de Pablo eso me aleccionó a distinguir el tesoro del vaso (2 Corintios 4.7) y a cuidar el tesoro: el Cristo que mora en la vida individual y el individuo que vive en obediencia a Cristo. Entre los hombres, la bendición de Dios presenta una tendencia natural a crear denominaciones, pero estas no tienden a fomentar exclusivamente la bendición de Dios sobre nadie. Podemos y a menudo debemos honrar a una denominación o tradición porque Dios ha bendecido a quienes están en ella. Sin embargo, después de todo solo es el vaso, no el tesoro. Además, humildemente reconocemos que esto también se aplica a nuestro propio vaso.

El anhelo de santidad, y de poder para mantenerse en ella con la finalidad de bendecir a multitudes de personas, tampoco conoce fronteras económicas o sociales. Esto también fue muy importante para mí y se me hizo brillantemente claro en las vidas de los «cristianos famosos», muchos de los cuales no tenían ninguna posición entre la humanidad o renunciaron a ella. No solo personalmente eso me dio esperanza, sino que me sensibilizó de nuevo a los sucesos de las Escrituras y me mostró para los tiempos modernos cómo unos «hombres sin letras y del vulgo» (Hechos 4.13) pueden aportar al mundo el conocimiento y la realidad de Dios. Me mostró cómo Dios y una persona, por insignificante que sea ante los ojos de los hombres, puede ser de tan enorme influencia para bien. Determiné que si algo venía a mi vida y mi ministerio, no sería a causa de mis esfuerzos para hacer que tal cosa sucediera.

Al pasar del libro de Lawson a estudiar las obras de estos y muchos otros «cristianos famosos», antes que todo fue *La imitación de Cristo,* de Thomas à Kempis, la que se convirtió en mi compañía constante. Después fueron las obras de John Wesley y, en especial, su *Diario* y el conjunto de sus *Sermones.* Luego William Law, con *A Serious Call to a Devout and Holy Life,* y *Holy Living and Holy Dying* de Jeremy Taylor. Más tarde los escritos de Charles Finney, en especial su *Autobiography* y *Revival Lectures.*

A medida que mi lectura se ampliaba, los escritos de Lutero y Calvino, junto con los posteriores escritores puritanos, significaron mucho para mí, sobre todo en cuanto a perfeccionar una teología que pudiera apoyar la vida espiritual como una de discipulado y búsqueda de santidad y poder en Cristo, sin el más mínimo toque de perfeccionismo u obras meritorias. (El libro 3 de la *Institución* de Calvino ha sido especialmente útil en este sentido.) Aprendí que las locuras del discipulado menor del «cristianismo» y lo que Bonhoeffer denominó «gracia barata» nunca pudo haberse derivado de Lutero o Calvino.

Estos grandes escritos cristianos se entrelazaron íntimamente con las lecturas continuas de filósofos, desde Platón en adelante, que comencé a estudiar después de graduarme del colegio y continuaron durante dos años de vida como trabajador agrícola migrante. (Yo solía llevar un volumen de Platón en mi bolsa de lona.)

La consecuencia de toda esa lectura ha sido que constantemente me ha llevado de vuelta a la Biblia, y sobre todo a los evangelios, y a encontrar en Jesús y sus enseñanzas (en lo que Pablo llamó correctamente «las inescrutables riquezas de Cristo» [Efesios 3.8]) la sabiduría y la realidad por las que los seres humanos se esfuerzan en vano por cuenta propia.

Jesús contesta las cuatro grandes preguntas de la vida: ¿Cuál es la verdad? (Dios y su reino.) ¿Quién es rico o «bendecido»? (Cualquiera que vive en el reino de Dios.) ¿Quién es verdaderamente una buena persona? (Cualquier individuo poseído e impregnado del ágape, la clase de amor de Dios.) ¿Y cómo puedo llegar a ser una persona realmente buena? (Siendo un fiel aprendiz de Jesús en la vida del reino, y aprendiendo de él cómo llevar mi vida de la manera en que él la viviría si estuviera en mi lugar.)

Estas son las preguntas que cada ser humano debe contestar, y que todo gran maestro debe abordar, debido a la misma naturaleza de la vida. Jesucristo las contesta en los evangelios y luego en su

pueblo de una manera que se vuelve cada vez más comprensible y experimentalmente verificable, y como ninguna otra persona en la tierra las ha contestado alguna vez. Él no evade ninguna pregunta ni elude ningún problema. La época actual está esperando que los discípulos de Jesús hagan lo mismo hoy.

Nunca dejo de agradecer por James Gilchrist Lawson y su librito. Este me llegó en el momento adecuado y me ayudó a ver la verdadera presencia de Jesucristo, su reino y su Espíritu en la vida real de personas reales. De ahí que me ayudara a saber algo acerca de «cuál es la esperanza a que él [nos] ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales» (Efesios 1.18–20).

De la lectura de este libro cualquier lector debería extraer la simple pero profunda verdad de que también él, por experiencia, puede conocer las verdades de Cristo y su reino, las que están establecidas en la Biblia: que si de todo corazón busca realmente a Dios, será encontrado y reclamado por él (Jeremías 29.13). De esto es lo que se trata la vida humana.

CAPÍTULO 20
Un cuarto de maravillas de James B. Smith

DE TODAS LAS PRUEBAS QUE DESGASTAN la confianza y los nervios de los cristianos, la más difícil de soportar es sin duda alguna la muerte de los seres queridos. Una parte legítima del dolor la constituye simplemente la *partida.* El hecho de que ahora yo ya no pueda levantar el teléfono y hablarle a mi hermana o a mi padre, o visitarlos, es un dolor perdurable para mí. Pero el temor y la incertidumbre frente a la muerte, que por desgracia es la regla y no la excepción, se basa principalmente en el fracaso a la hora de hacer que la vida más allá de la muerte física tenga algún sentido intuitivo.

Como cristianos sabemos, o al menos hemos oído, las gloriosas palabras de Cristo y su pueblo respecto a la vida futura en la presencia de Dios. No obstante, francamente pocos las creen. Creerlas *de veras* sería actuar de manera expresa y espontánea como si fueran verdad. Sería tener confianza con cada poro de nuestro ser en que cualquier amigo de Jesús se encuentra mucho mejor estando muerto. Sería regocijarse en medio de nuestras penas por la partida, por el indescriptiblemente mayor bienestar de nuestro ser querido que ha pasado a estar «más arriba y más allá» dentro de la grandeza de Dios y su mundo. Jesús les manifestó de manera muy razonable a sus amigos íntimos: «Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que yo» (Juan 14.28).

La actitud de Jesús hacia la muerte francamente es muy desenfadada. Aquí se encuentra él mismo, pereciendo, y un desdichado hombre agonizando lo reconoce. Le pide a Jesús que lo recuerde cuando entre a su lugar de poder, su reino. Jesús contesta: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23.43). Ahora bien, se sobreentendía que el «paraíso» debía ser un buen lugar en el cual estar, un lugar de vida y plenitud.

Esta afirmación va junto con la declaración de Jesús de que quienes reciben su palabra nunca verán ni saborearán la muerte (Juan 8.51–52). Es decir, nunca experimentarán lo que todo ser humano normalmente espera que le va a acontecer. Jesús declara de nuevo, esta vez ante la tumba de Lázaro: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente» (Juan 11.25–26). Los cristianos de la primera generación tenían en común que entendían

que en su propia persona Jesús había *destruido a la muerte* (Hebreos 2.14–15; 2 Timoteo 1.10).

El punto central de referencia en todo esto es Jesús, que vive en ambos lados de la muerte física: tanto la de él como la nuestra. La canción reza de modo realista: «Porque él vive…». Por eso Pablo, rico en experiencia respecto al Jesús que está más allá de la muerte, declara en forma confiada: «Entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor […] más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor» (2 Corintios 5.6–8). El apóstol había vislumbrado a través de sus propias experiencias el mundo al que el ladrón agonizante había ido para reunirse con Jesús, sin el beneficio de la resurrección.

Cuando Pablo les dice a los filipenses que para él «el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (1.21), y que está «puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros» (1.23–24), está expresando una relajada y tranquila confianza acerca de la continuidad de su vida y su persona que se basaba en las experiencias del apóstol respecto al mundo de Dios y al lugar de Jesús en este mundo. Sus experiencias hacían todo eso *real para él* y provocaban que resultara fácil y natural actuar como si Jesús y su reino fueran la realidad permanente para la vida perdurable de quienes se hallan bajo el cuidado de Cristo.

La seguridad en la continuidad de nuestras vidas bajo Dios y en su universo con él es lo que nos impide tener tristeza «como los otros que no tienen esperanza» (1 Tesalonicenses 4.13). Y es precisamente en este punto que la maravillosa historia de James Smith nos ayuda. El contenido bíblico y teológico es bastante sólido, pero será sorprendente para muchos que no ponen los cinco sentidos en la lectura de la Biblia y su reflexión teológica. Debe ser sorprendente si se trata de hacerle frente a la necesidad. Y la necesidad es grande, pues es algo terrible observar a cristianos devotos padecer frente a la muerte física. La razón de que Jesús llorara ante la tumba de Lázaro (Juan 11.35) fue sin duda a causa del sufrimiento impuesto sobre la humanidad al no ver de modo vívido la realidad de la vida eterna en Dios, un sufrimiento abrumadoramente ejemplificado en la escena que lo rodeaba en ese momento.

También resulta importante que el enfoque tenga un toque ligero: suave y astutamente humorístico; sin embargo, al mismo

tiempo conmovedor, inteligente y realista. Todos conocemos esto en los escritos de C. S. Lewis y algunos otros. El autor aquí ha logrado esta agradable combinación de cualidades. Como resultado, es posible adentrarse en el escrito como se haría con cualquier obra literaria sobresaliente. Disfrutémosla. Sus efectos para que a través de la imaginación podamos hacer real la verdad y la realidad actual de la vida más allá de la muerte física se harán cargo de sí mismos. La «seguridad de la continuidad de nuestras vidas bajo Dios y en este universo con él» entrará sigilosamente en nuestras almas. La Palabra y el Espíritu ingresarán con la historia. Seremos capaces de ver las verdades de la Biblia de tal manera que nos cautive, fortalezca, dirija en la vida, y quite de nosotros el dolor y la insensatez impuestos sobre aquellos que no pueden pensar de manera concreta acerca del curso de sus vidas como seres espirituales infinitos en el rico universo de Dios. El paraíso está ahora en sesión.

UNAS PALABRAS DE DESPEDIDA: «SOBRE LA MARCHA…»

¡Qué hacer ahora!

¿Convertir al mundo? No.

¿Convertir a la iglesia? Famosamente se ha dicho: «El juicio comienza por la casa de Dios». Ella tiene la luz y las provisiones divinas y, debido a eso, es la más responsable de guiar a la humanidad.

Pero otra vez la respuesta es «no». No hay que «convertir a la iglesia».

El primer movimiento que se debe hacer «sobre la marcha» es, por así decirlo: *convertirme.*

Si queremos convertir a la iglesia y al mundo debemos comenzar con nosotros mismos. Eso es algo que con la ayuda divina se puede llevar a cabo con claridad y eficacia, una vez que entendamos el discipulado hacia Jesús y cómo opera. Nuestro Maestro nunca nos dijo que convirtiéramos al mundo ni que reformáramos a las organizaciones religiosas. Sí nos dijo que, una vez llenos de él, fuéramos sus testigos «hasta lo último de la tierra» (Hechos 1.8). *Testigos* son los que hacen que otros *sepan.* Atestiguan. No son manipuladores (no *necesitan* de eso) aunque lo que hacen es radicalmente transformador.

En cambio, el Maestro ordenó a sus *discípulos:* «Haced discípulos». No tenemos otra responsabilidad designada por Dios sino esta, por eso debemos permitir que todo lo demás desaparezca con tal de cumplirla.

Por tanto, «vamos» ahora, vamos *como discípulos.* No como «cristianos» según el significado de esa palabra común hoy, aunque eso también es bueno siempre y cuando primero seamos discípulos de Jesús. No olvide que el diminuto grupo al que Jesús le entregó su Gran Comisión realmente estaba conformado por individuos comunes y corrientes, pero que durante tres años habían escogido estar con él en la más íntima de las comuniones. Ellos lo observaron vivir en la presencia y la acción manifiesta del reino de Dios. Recibieron día a día la influencia personal de la enseñanza, dirección y corrección del Maestro. Lo vieron morir y lo conocieron más allá de la muerte. No eran perfectos, pero en comunión con él aquello simplemente no fue problema. Todo giraba alrededor de lo que estaban aprendiendo y de quién los estaba «dirigiendo».

Mi primer paso «sobre la marcha», entonces, es *ser* discípulo de Jesús y constantemente *aprender de él* respecto a cómo guiar mi vida en el reino de Dios ahora mismo, mi verdadera vida, aquella que estoy viviendo en la realidad. No solo en la iglesia o en ocasiones «religiosas». Eso es lo que él quiso decir cuando manifestó: «Buscad primeramente el reino de Dios *y* su justicia» (que por supuesto, son inseparables). Esta es la consigna principal de Jesús, y suple la primera necesidad del ser humano común y corriente que anda errante por el mundo. Nos hallamos ante una decisión radical: elegir al maestro personal y recibir instrucción y entrenamiento. Se trata del primer acto de fe en Jesús para quienes han oído hablar de él. Mientras rechacemos o eludamos esta decisión, es imposible seguir avanzando (Lucas 14.26). En realidad estamos en gran peligro. No debemos jugar a la «fe en Jesús», o a la fe en Dios a través de él, sin haber tomado la decisión radical de vivir como sus aprendices. Cualquier otra cosa que se haga sin duda alguna no «funcionará». Allí es precisamente donde nos encontramos hoy, según analizamos en la introducción de esta obra. Inventamos algo distinto a la fe del discipulado, tal vez lo llamamos «cristianismo», y luego tenemos que vivir con eso.

Una vez que somos discípulos con cierta esencia de la vida de Cristo, de la persona de Jesús mismo, entonces estamos en posición de «dar testimonio», de hacer que otros conozcan, de llevarlos a ser conscientes de la realidad. Entonces pueden saber quiénes son *ellos* y qué es lo que Dios desea para sus vidas. Se enteran que pueden llegar a ser lo que deberían ser, lo que sus corazones anhelan ser (¡si fuera posible!), contando con Jesús para todo. Además se convierten en aprendices de Cristo bajo el cuidado de su Padre, que ahora es Padre y Dios de ellos (Juan 20.17). La presencia trinitaria los envuelve, junto con otros discípulos (Juan 14.20–26), y reciben instrucción y formación eficaz sobre cómo hacer todas las cosas que Jesús dijo. Ya no se trata más de una «Gran Omisión».

He aquí entonces los factores básicos de lo que debemos hacer ahora. Ingresamos a la Gran Comisión por medio de la fe práctica, y aquel que realmente tiene el control se ocupará de que funcione, como siempre ha hecho cuando obedecemos el mandato indicado. Él está «siempre con» sus discípulos, y en realidad es cierto que «a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8.28). Sin embargo, antes de tratar de hacer efectivas esas promesas,

observemos que se han hecho para los *discípulos de Jesús.*

Alguien podría decir: Bueno, ¿qué hay de la iglesia y el mundo? ¿No se les tiene que corregir? ¡No hay ninguna duda al respecto! Pero eso no nos corresponde ni a usted ni a mí. Además, si nos dedicamos a corregir a la iglesia y al mundo perjudicaríamos a muchas personas y traeríamos infelicidad para nosotros mismos. Eso le corresponde a Dios, él lo hará, y del modo en que debe hacerse… de lo cual es muy probable que tengamos poca o ninguna idea en absoluto.

Sin embargo, ¿no debemos hacer *algo* acerca de nuestra situación en este mundo? Por supuesto que sí y, sin duda, se nos presentarán muchas oportunidades. Hagamos lo mejor que podamos. Eso sí, no nos echemos encima la carga intentando *hacer* que eso suceda. Recordemos siempre quién está realmente a cargo del escenario superior; no somos ni usted ni yo. Seamos humildes ante otros así como ante Dios, y en especial ante quienes están seguros de que somos nosotros los equivocados.

Más importante aún, no permitamos que nuestros pensamientos y nuestras intenciones cambien las cosas a fin de que *lleguen antes, o para que tomen el lugar de nuestra práctica discipular,* caminando con Jesús. Esa debe ser nuestra *pre*ocupación constante; lo que resulte de esto atestiguará e influirá poderosamente a quienes nos rodean. Este es el sendero seguro para cambiar las cosas, en la iglesia o en el mundo.

Los que creen que el cultivo de la semejanza interior a Cristo mediante el discipulado personal de Jesús equivale a una «privatización» de nuestra fe en él («quietismo» y «beatismo» son palabras usadas a menudo en tal sentido) simplemente no entienden cómo funciona la vida espiritual en Jesús. No *podemos* privatizar el fuego de Dios que arde a través de la vida de un discípulo de Cristo. Este fue el planteamiento del Maestro al decir que «una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder», «ni se enciende una lámpara para cubrirla con un cajón» (Mateo 5.14–15; Marcos 4.21; Lucas 11.33, NVI).

Esta realidad se ha demostrado una y otra vez en la historia del pueblo de Cristo, pero nunca con más fuerza que en el mundo mediterráneo de los siglos II y III de nuestra era. Solo con el vigor de la presencia de una vida nueva que se extendió de individuo a individuo, el mundo se sobresaltó debido al avance de un poder imparable en medio de ellos. En su primera *Apología,* Tertuliano

comenta: «Los hombres vociferan que el estado se encuentra asediado, pues los cristianos están en los campos, en los puertos, en las islas. Los hombres se acongojan, como por una pérdida, de que cada sexo, edad, condición e incluso rango haya de pasar por esta secta».

En *Contra Celso,* Orígenes escribe que «toda forma de religión será destruida menos la religión de Cristo, que es la única que prevalecerá. Y en realidad un día triunfará, a medida que sus principios se apoderen más y más cada día de las mentes de los hombres».

Tertuliano le señala una vez más al mundo romano circundante que «no somos sino el ayer, y sin embargo hemos llenado cada lugar que les pertenece: ciudades, islas, castillos, pueblos, asambleas, sus propios campos, sus tribus, compañías, palacio, senado, foro; solamente les dejamos sus templos […] Todas sus ingeniosas crueldades no pueden lograr nada. Nuestra cantidad aumenta a medida que nos destruyen. La sangre de los mártires es su semilla».

Todo lo que se necesita de nosotros para cambiar las cosas (sea en la iglesia o en el mundo) es el aprendizaje ininterrumpido que las personas tengan acerca de Jesús, el Salvador del mundo muy amado por Dios. Nuestras instrucciones «sobre la marcha» son claras: ser discípulos (aprendices) de Jesús en la vida del reino, por medio de nuestra vida y nuestras palabras como sus aprendices, a fin de testificar, es decir, llevar a otros a conocer y anhelar la vida que está en nosotros a través de la confianza en él. Todo esto es verdad. Funciona. Está a disposición de cualquiera. Y no hay nada en el mundo que se le compare.

Eso es todo.

NOTAS

Capítulo 1: Discipulado: *¿Únicamente para supercristianos?*

1. Dietrich Bonhoeffer, *El precio de la gracia*, traducido por José L. Sicre (Salamanca: Ediciones Sígueme S.A.U., 1968).

2. León Tolstoi, *The Kingdom of God and Peace Essays*, traducido por Aylmer Maude (Oxford University Press, 1936), p. 158.

Capítulo 2: ¿Por qué molestarse con el discipulado?

1. A. W. Tozer, *I Call It Heresy* (Harrisburg, PA: Christian Publications, 1974), p. 5s.

Capítulo 4: A semejanza de Jesús: *Recursos divinos siempre disponibles para una vida transformada*

1. Véase mi libro *El espíritu de las disciplinas* (Vida, 2010), capítulo 1.

Capítulo 6: La formación espiritual en Cristo es para la vida integral y la persona plena

1. Los puntos centrales de esta charla se desarrollan con más detalle en mi libro *Renueva tu corazón* (Clie, 2004).

2. Véase Richard McBrien, *Lives of the Saints* (HarperSanFrancisco, 2001), p. 18ss., para una buena ilustración de esto.

3. Véanse los diagramas en *Renueva tu corazón*.

4. Véase mi libro *El espíritu de las disciplinas*.

5. *An Augustine Synthesis*, editado por Erich Przywara (Peter Smith Publisher, 1970), p. 89.

Capítulo 7: Formación espiritual en Cristo: *Una perspectiva sobre lo que es y cómo podría hacerse*

1. Gerald G. May, *Care of Mind, Care of Spirit* (Harper, 1982), p. 6.

2. Para más estudio de los temas analizados en este artículo, véase mi libro *El espíritu de las disciplinas*.

Capítulo 10: Consultas en Idaho Springs con relación a la formación espiritual

1. Véase San Juan Casiano, *The Monastic Institutes* (Londres: Saint Austin Press, 1999).

Capítulo 11: Cuidado personal del alma: *Para ministros… y otros*

1. Para el desarrollo de este punto, véase mi libro *Renueva tu corazón*, especialmente el capítulo 2.

2. Para algunos ejemplos de cómo funciona esto, véase Frank

Laubach, «Letters of a Modern Mystic» y «Game with Minutes», en *Frank C. Laubach: Man of Prayer* (Laubach Literacy International/New Readers Press, 1990).

3. Thomas Watson, *All Things for Good* (1663; reimpresión, Banner of Truth Trust, 1986), p. 74.

4. Citado en Dallas Willard, *El espíritu de las disciplinas* (Vida, 2010).

5. Para un mayor análisis, véase Richard Foster, *Celebración de la disciplina* (Peniel, 2008), así como su *Streams of Living Water* (HarperSanFrancisco, 1998). Véase también mi libro *El espíritu de las disciplinas.*

6. Véase Foster, *Celebración de la disciplina,* así como el capítulo 9 de mi libro *El espíritu de las disciplinas,* para hallar maneras de enumerar y clasificar muchas de las disciplinas, y analizar algunas en particular.

Capítulo 12: Disciplinas espirituales, formación espiritual y restauración del alma

1. Esta condición se describe en detalles en mi libro *La divina conspiración* (Zondervan, 2013), capítulo 2.

2. Sobre el asombroso renacimiento actual del interés en el alma, véase M. Ventura, «El alma al desnudo: Estados Unidos puede vender cualquier cosa, incluso el más efímero de los activos: el alma», *Psychology Today* 30, no. 3 (1997), pp. 58–83.

3. Personajes históricos importantes en esta tradición son Platón (*República*), Aristóteles (*On the Soul* and *Nicomachean Ethics*), y Plotino (*Enéadas,* en especial la cuarta «enéada»); sus escritos han aparecido en muchas ediciones. En la tradición cristiana, Tertuliano escribió su propio *Acerca del alma* (Madrid, Ediciones Akal, 2001). Existen numerosas obras de San Agustín sobre la naturaleza del alma. Aproximadamente en la misma época que Agustín, Nemesio, obispo de Emesa, escribió su *On the Nature of Man,* que es en gran parte un enfoque en el alma (disponible en el volumen 4 de la Biblioteca de clásicos cristianos [Filadelfia: Westminster Press, 1955]). El enfoque clásico desde el punto de vista cristiano sigue siendo Santo Tomás de Aquino, «Tratado sobre el hombre», en su *Suma Teológica,* primera parte, preguntas 75–90 (muchas ediciones).

4. Platón, *Leyes,* libro 10.

5. Aristóteles, *Nicomachean Ethics,* libro 2.

6. Para un enfoque extenso de las disciplinas espirituales, véase

Foster, *Celebración de la disciplina.* Véase también mis libros *El espíritu de las disciplinas* y *Renueva tu corazón.*

Capítulo 15: Jesús el lógico

1. Véase mi «Degradación de la forma lógica», *Axiomathes* 1–3 (1997): 1–22, esp. 3–7.

2. Herbert Welch, ed., *Selections from the Writings of the Rev. John Wesley* (Eaton & Mains, 1901), p. 186.

3. Welch, *Selections from the Writings of the Rev. John Wesley,* p. 198.

4. Para la necesaria elaboración de muchos temas tratados en este documento, véase la obra fundamental de J. P. Moreland, *Love Your God with All Your Mind* (NavPress, 1997).

Capítulo 19: Cuando Dios se mueve: Mi vivencia con *Las experiencias más profundas de cristianos famosos*

1. James Gilchrist Lawson, *Las experiencias más profundas de cristianos famosos* (Casa Evangélica de publicaciones, 1911).

CRÉDITOS Y PERMISOS

Se ha hecho todo lo posible por obtener permiso para las partes reimpresas en esta obra. Si alguno de los requerimientos exigidos se ha omitido, o algún derecho se ha pasado por alto, no es intencional. Notifique por favor a los editores cualquier omisión y será rectificada en futuras ediciones.

Capítulo 1: Discipulado: ¿Únicamente para supercristianos?

Publicado originalmente en la revista *Christianity Today* (octubre 10, 1980). También reproducido como Apéndice II en *El espíritu de las disciplinas* (Vida, 2010).

Capítulo 2: ¿Por qué molestarse con el discipulado?

Publicado originalmente en un boletín ocasional, *The Journey* (1995), para una conferencia en Biola University sobre la transformación espiritual.

Capítulo 3: ¿Quién es su Maestro?

Publicado por primera vez en *Promise*, una publicación cristiana coreana de Tyrannus International Ministry, enero 1996.

Capítulo 4: A semejanza de Jesús: *Recursos divinos siempre disponibles para una vida transformada*

Publicado originalmente en la revista *Christianity Today* (agosto 20, 1990).

Capítulo 5: La clave de las llaves del reino

Una versión más breve de esta obra apareció en *Leadership Journal* 19, no. 4 (otoño de 1998), p. 57.

Capítulo 6: La formación espiritual en Cristo es para la vida integral y la persona plena

Discurso para una conferencia en Samford University (Facultad de Teología Beeson), Birmingham, Alabama (octubre 2–4, 2000), publicado más tarde en las ponencias: *For All the Saints: Evangelical Theology and Christian Spirituality*, editado por Timothy George y Alister McGrath (Westminster John Knox Press, 2003), pp. 39–53. Usado con permiso.

Capítulo 7: Formación espiritual en Cristo: *Una perspectiva sobre lo que es y cómo podría hacerse*

Estos comentarios, preparados para un seminario en conjunto con la inauguración de Richard Mouw como presidente del Seminario Teológico Fuller el 22 de octubre, 1993, fueron publicados en *Journal of Psychology and Theology*, vol. 28, no. 4, © 2000, Facultad de Psicología Rosemead, Biola University, pp. 254–58.

Capítulo 8: El espíritu está dispuesto, pero… *El cuerpo como*

herramienta de crecimiento espiritual

Publicado por primera vez en *The Christian Educator's Handbook on Spiritual Formation*, editado por Kenneth Gangel y James Wilhoit, Baker Academic, una división de Baker Publishing Group, 1998.

Capítulo 9: Cómo vivir según la visión de Dios

Folleto publicado originalmente por Tell the Word, una publicación ministerial relacionada con Church of the Saviour, Washington, D.C., 2003.

Capítulo 10: Consultas en Idaho Springs con relación a la formación espiritual

Previamente inédito. En el otoño de 1999 un pequeño grupo de maestros cristianos se reunió en un retiro cerca de Idaho Springs, Colorado, para reflexionar en oración en el significado y las perspectivas de la formación espiritual cristiana en la actualidad.

Capítulo 11: Cuidado personal del alma: *Para ministros… y otros*

Publicado por primera vez en *The Pastor's Guide to Effective Ministry*, editado por William H. Willimon, Beacon Hill Press, 2002.

Capítulo 12: Disciplinas espirituales, formación espiritual y restauración del alma

Publicado por primera vez en *Journal of Psychology and Theology*, vol. 26, no. 1, © 1998, Facultad de Psicología Rosemead, Biola University.

Capítulo 13: La piedad centrada en Cristo: *El corazón del evangélico*

Esta es una versión revisada considerablemente de una charla presentada en la facultad de teología de Harvard en la conferencia inaugural de la Cátedra Familiar en Estudios Teológicos Evangélicos Alonzo L. McDonald, en 1998. Apareció por primera vez en el volumen de la conferencia *Where Shall My Wond'ring Soul Begin?: The Landscape of Evangelical Piety and Thought*, editado por Mark A. Knoll y Ronald F. Thiemann, © 2000, Wm. B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids MI. Reimpreso con permiso del editor; todos los derechos reservados.

Capítulo 14: ¿Por qué?

Publicado originalmente en *World Christian/U* (enero 1989), una revista para estudiantes de universidades y colegios.

Capítulo 15: Jesús el lógico

Publicado por primera vez en *Christian Scholar's Review*, vol. 28, no. 4, 1999.

Capítulo 16: *Cartas de un místico moderno de* Frank C. Laubach

De *Christian Spirituality*, editado por Frank Magill e Ian McGreat, Harper and Row, 1998.

Capítulo 17: *El castillo interior* de Teresa de Ávila

Publicado originalmente en *Teresa of Avila: Selections from* The Interior Castle (Harper-SanFrancisco, 2004).

Capítulo 18: *Una invitación al silencio y a la quietud de* Ruth Haley Barton

Tomado de *Una invitación al silencio y a la quietud de* Ruth Haley Barton. © 2004 por Ruth Haley Barton. Usado con permiso de InterVarsity Press, P.O. Box 1400, Downers Grove, IL 60515. www.ivpress.com.

Capítulo 19: Cuando Dios se mueve. Mi vivencia con *Las experiencias más profundas de cristianos famosos*

Publicado originalmente en *Indelible Ink*, editado por Scott Larsen (WaterBrook Press, 2003).

Capítulo 20: *Un cuarto de maravillas* de James B. Smith

Publicado por primera vez como el Epílogo en *Un cuarto de maravillas de* James Bryan Smith (Broadman Holman, 2004).